

KELLY ANDREW

Autora *best seller* del *New York Times*

La muerte vive en mí



La muerte vive en mí

KELLY ANDREW

Traducción de Laura Castro Trullén

UMBRIEL

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *I Am Made of Death*
Editor original: Scholastic Press
Traducción: Laura Castro Trullén

1.ª edición: junio 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2025 *by* Kelly Andrew
Derechos de traducción gestionados por ADAMS LITERARY y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL
All Rights Reserved
© de la traducción 2026 *by* Laura Castro Trullén
© 2026 *by* Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.umbrieleditores.com

ISBN: 979-13-88011-59-7

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Para todos aquellos que han aprendido
a quererse a sí mismos por las malas



Primera parte

La Bailarina

«¡Desdichados, que en vida bajasteis a casa de Hades sometidos dos veces a muerte cuando una vez sola la padecen otros!».

Homero, *Odisea*



1

Thomas

Thomas Walsh estaba acostumbrado a hacer trabajos temporales de poca monta. De esos que uno hacía durante el tiempo que pasa entre el instituto y la universidad. El pasado invierno, Thomas se pasó esos fríos meses en Massachusetts quitando la nieve de los caminos de entrada de las casas hasta que se le dormían los brazos. Pasó las mañanas esparciendo sal y las tardes aprendiendo a utilizar la quitanieves. En primavera, una vez que todo el mundo dejó de preguntarle por qué aún no había retomado los estudios, empezó a trabajar a tiempo parcial con su tío reparando tejas en los abrasadores tejados hasta que la piel de la nuca se le ponía roja como un cangrejo.

Cortó el césped. Limpió el estiércol en establos. Cargó mierda de caballo en carretillas con una pala, para luego volcarla como abono en huertos apestosos. Cuidó de dos peces betta machos que parecían estar determinados a palmarla, de una vieja cacatúa que no paraba de lanzarle silbiditos seductores y de siete gatos seniles.

Thomas limpió *mucha* mierda de gato.

Y aun así no había sido suficiente. La pila de facturas en la encimera de su madre era cada vez más alta y las notificaciones de pagos vencidos, en letras rojas, se deslizaban por la rendija del buzón. Mientras, en el piso de arriba, su madre veía sus telenovelas en la cama, se tomaba la medicación y le aseguraba a Thomas que todo iba bien, muy bien.

Pero su madre mentía.

Y, por eso, él limpiaba la mierda de esos gatitos sin quejarse lo más mínimo, desatascaba baños públicos y ahorraba hasta el último centavo. Aceptaba cualquier trabajo que se le presentara.

Y este no sería una excepción.

Eso fue lo que se dijo a sí mismo mientras estaba sentado en el silencio de la sala de estar de la familia Farrow con un vaso largo de un coñac carísimo en la mano. Solo tenía dieciocho años —ni siquiera alcanzaba la edad legal para beber—, pero supuso que ese tipo de cosas no les importaban a personas como Philip Farrow, con una fortuna millonaria que él mismo se había labrado y socio director del bufete Farrow & Goldman.

Sentado frente a él se encontraba Philip Farrow en persona, un auténtico hombre de éxito con un traje de tres piezas hecho a medida. Embutido en el viejo traje de funeral de su padre, Thomas se sentía completamente fuera de lugar. Se preguntó si Philip Farrow tendría una opinión distinta de él si supiera cuánto tiempo se había pasado limpiando mierda de gato solamente durante la última semana.

Un hombre como Farrow esperaría recibir candidatos de las mejores universidades de la Ivy League y con unas referencias

excelentes. No a un chico que hubiera abandonado los estudios y tuviera un expediente disciplinario más que decepcionante.

Y aun así, aquí estaba sentado Thomas.

—Obviamente, esperamos discreción por tu parte —dijo Philip—. Eso es primordial. Nuestra familia es muy discreta. Cualquier cosa que veas u oigas mientras estés trabajando aquí se considera un asunto familiar y, como tal, debe mantenerse en la más estricta privacidad de la familia.

Thomas se aferraba firmemente al vaso, que le sudaba entre las manos.

—Entendido.

—Ya hemos entrevistado a varios intérpretes, pero ninguno de ellos cumplía con los requisitos necesarios para las exigencias específicas del puesto. Pero tú sí los cumples, ¿verdad?

—Eso espero, señor.

Ese era el primer requisito que se especificaba en la carta que había recibido, escrita a ordenador sobre un papel fino del bufete Farrow & Goldman: «Comprender con fluidez la lengua de signos es un prerrequisito indispensable para el puesto».

Como hijo oyente de una madre sorda, Thomas había aprendido a hablar con las manos mucho antes de decir sus primeras palabras. Ahora, tras tantos años de práctica, era algo que le salía de forma natural, pero eso era todo.

—Como ya le comenté por teléfono —dijo Thomas—, no soy intérprete profesional.

—Ah, bueno —Philip le quitó importancia con un movimiento de la mano—, eso no me preocupa. ¿Qué es un título sino un trozo de papel? A mí me interesa más la *experiencia*.

Thomas consideró decirle que ese era exactamente el problema: él *no* tenía experiencia. No de forma profesional, al menos. Observó cómo Philip Farrow bebía un largo trago de coñac y se preguntó si debería hacer lo mismo, si era de mala educación seguir agarrando el vaso así, sin siquiera probarlo.

—Vivi puede ser sumamente peculiar —añadió una voz desde las cortinas. La mujer de Philip, Amelia, estaba de pie entre las telas, mirando hacia el camino de entrada—. No te olvides de decirle eso.

Philip se desabrochó el botón de arriba de la americana y prosiguió hablando, como si su mujer no hubiese dicho nada:

—A menos que se dé alguna ocasión especial, se espera de Vivienne que cumpla con un estricto toque de queda. El sol se pone a las ocho y media. Ella sabe que se la espera en casa no más tarde de las ocho y cuarto, aunque a veces necesita un empujoncito, ya me entiendes.

—Entiendo —respondió Thomas, aunque se le pasó por la cabeza que, normalmente, el trabajo de los intérpretes no incluía dar un *empujoncito* a sus clientes, de la forma que fuera. Se abstuvo de decir eso. Tan solo llevaba diez minutos en presencia de Philip y ya se había dado cuenta de que el hombre no era el tipo de persona que se tomaba bien que lo contradijeran. Thomas se había gastado lo que le quedaba de dinero para gasolina en el trayecto hasta Greenwich esta mañana. No tenía planeado hacer o decir algo que pudiera acarrear que lo mandasen para casa.

En consecuencia, Philip le sonreía radiante desde el otro lado de la habitación. Parecía estar profundamente satisfecho consigo mismo, como si Thomas fuera un rubí rojo y perfecto que él mismo había extraído de la tierra.

—Eres un buen chico —dijo, y levantó su vaso para brindar—. Responsable. Entregado. Leal hasta la médula. Tengo buena intuición para estas cosas.

En la ventana, Amelia emitió un sonido que, en alguien menos refinado, podría haberse confundido con uno de burla. La contracción del ojo izquierdo de Philip fue casi imperceptible.

—Entre las clases de verano y sus numerosos compromisos sociales, Vivienne tiene un horario bastante ocupado. Tú la acompañarás siempre que salga de la casa. Nos hemos encargado de que el servicio lleve tus cosas a una de las habitaciones de invitados.

Ese era el segundo requisito que indicaba la carta: «La oferta requiere que la persona contratada tenga disponibilidad para vivir *in situ* durante la vigencia del contrato».

Esa condición casi hizo que Thomas rechazara la oferta de inmediato. No quería estar lejos de su madre. No ahora que, aunque ella fingiese lo contrario, estaba demasiado enferma como para salir de la cama. Él había querido quedarse cerca, pero aun así, los cobradores de deudas siguieron llamando a su casa y el prestamista hipotecario continuó metiendo cartas por debajo de la puerta. Poco a poco, su cuenta de ahorros para gastos médicos se quedó sin fondos.

Al final, la promesa de un salario estable fue demasiado buena como para dejarla escapar.

Un salario estable y *considerable*.

—Lo mencioné también en la carta, como ya sabes —dijo Philip evaluándolo mientras bebía de su vaso—, pero Vivienne ha decidido, ya desde hace bastante tiempo, no hablar.

—No lo ha *decidido* —dijo Amelia entre dientes—. Está traumatizada, por eso guarda silencio.

—Amelia.

El nombre sonó como una advertencia. Ella no le hizo caso.

—¿*Qué*? Si va a vivir bajo nuestro techo, tendrás que contárselo.

Se hizo un tenso silencio. Durante unos segundos, lo único que se oyó en la habitación fue el tintineo de los cubitos de hielo en el vaso y el amortiguado zumbido de la podadora eléctrica del jardinero.

—Todo a su debido tiempo —respondió Philip antes de vaciar el coñac de un trago. Clavó los ojos en Thomas y sonrió de manera forzada—. Estoy bastante seguro de que no has conducido hasta aquí sin haber investigado un poco por tu cuenta. Los jóvenes de tu edad encontráis todo en internet. Doy por hecho que habrás visto las distintas cuentas que tiene Vivienne en redes sociales.

—Las he visto, señor —admitió Thomas, ya que no tenía ningún sentido mentir.

—Es una chica muy guapa, nuestra Vivienne —dijo Philip—. Estoy seguro de que te habrás fijado.

A Thomas se le atascó la voz en la garganta. Cualquier respuesta le parecía inapropiada.

—*Philip*. —Amelia reapareció de detrás de las cortinas—. Esto no es la sala de audiencias. No le hagas sentir incómodo.

—¿Qué? El chico tiene ojos. Es muy guapa, ¿verdad que sí, Walsh?

—Lo es, señor. —Las palabras sonaron monótonas.

—Exacto, lo es. —Parecía que Philip se había apaciguado al ver que Thomas cooperaba—. Y, pese a nuestros esfuerzos, Vivienne no es especialmente cuidadosa con lo que sube a internet. Una chica así suele llamar la atención. Atención de todo tipo, ¿sabes a lo que me refiero?

—Pues, eh…, no estoy del todo seguro.

—Vivienne ha pasado toda su vida en una burbuja. Admito que soy responsable de eso, siempre hemos sido sobreprotectores con ella. Pero ¿quién puede culparnos sabiendo cómo está el mundo?

Esta vez, la burla de Amelia no dejó lugar a dudas. La sonrisa de Philip vaciló.

—En lo que llevamos de año —continuó él—, su presencia en internet ha explotado esa burbuja. Está conociendo a gente nueva. Gente indeseable, gente que no forma parte de los círculos en los que nos movemos. A su madre y a mí nos preocupa que estas nuevas amistades suyas puedan estar afectando negativamente a su capacidad para tomar buenas decisiones.

—Demasiada palabrería para decirle lo que realmente quieres de él —saltó Amelia, saliendo por fin de detrás de las cortinas—. No te andes por las ramas. Ve al grano y díselo. Está aquí para ser tus ojos y tus oídos.

La inquietud abrió una grieta en el pecho de Thomas.

—Tampoco hace falta que seas tan melodramática —dijo Philip, mientras se quitaba una pelusa inexistente—. Si, por casualidad, Walsh oyera algo que cree que puede poner en riesgo la seguridad de Vivienne, espero que me lo haga saber. Ni que fuera espionaje encubierto.

—Es una violación de su privacidad.

—Tú y yo sabemos que Vivienne perdió su derecho a la privacidad hace mucho tiempo.

—Disculpen —dijo Thomas lo suficientemente alto como para que la atención volviese a recaer sobre él—. Yo, eh…, no sé si me siento cómodo espiando a alguien sin que lo sepa.

Philip le lanzó a Amelia una breve y acusadora mirada de «mira lo

que has hecho». Para cuando volvió a dirigir su atención hacia Thomas, su ceño fruncido ya se había transformado en una sonrisa apaciguadora.

—Te aseguro que puedes estar tranquilo, hijo, Vivienne sabe perfectamente que quienquiera que trabaje con ella me estará informando de todo. Lleva toda la vida viviendo bajo mi techo, sabe cómo dirijo mi casa. Espero cierto tipo de orden, y tu presencia aquí servirá, simplemente, para reforzar ese orden.

—Ah… —dijo Thomas, que no se sintió para nada tranquilo tras escuchar eso.

Por una milésima de segundo, se imaginó a sí mismo rechazando la oferta educadamente. Después, se imaginó también en el coche de vuelta a su casa en Worcester —a esa nevera vacía y a esa encimera llena de facturas—, y la visión empezó a desvanecerse hasta que se esfumó por completo.

Su madre estaba a unos pocos impagos más de la ejecución hipotecaria. A él no le quedaba dinero de la beca. Si quería tener un futuro, por *cualquiera* que fuese, no le quedaba otra opción que aceptar este trabajo.

—No me parece bien —dijo Amelia tras un tenso silencio—. Y tampoco se lo parecerá a Vivienne.

—Vivienne sobrevivirá —dijo Philip, tajante—. Y tú también.

—¿Y qué pasa con *él*?

—¿Cómo que *qué* pasa con él? —preguntó, brusco, Philip.

—¿Y si las cosas se descontrolan? ¿Qué pasaría si ella…? —Amelia se contuvo y miró nerviosa a Thomas—. ¿Y si la *situación* se complica cuando estén fuera de casa? Solo es un crío. ¿Qué se supone que debe hacer?

Thomas se había estado preguntando exactamente lo mismo. Si bien era cierto que su altura le daba una presencia imponente —había heredado el metro noventa y el temperamento irlandés de su padre—, el tamaño no implicaba que alguien fuera un buen defensor. No estaba seguro de con qué tipo de *gente indeseable* pasaba el tiempo Vivienne Farrow, pero podía imaginárselo.

Frente a él, Philip se inclinó hacia delante y evaluó a Thomas con un interés repentino que lo dejó frío.

—Yo también he estado investigando —dijo—. Estás en una fraternidad, ¿no es así?

A Thomas no le gustaba hablar de ello, de su breve experiencia universitaria. De cómo su facultad perdió la acreditación. De cómo no pudo permitirse volver cuando se le hubo acabado el dinero de la beca. Definitivamente, no tenía planeado mencionar esto en una *entrevista de trabajo*. En cualquier caso, su fallido primer semestre fue poco más que un sueño febril. Y su iniciación en la exclusiva hermandad de la facultad aún más todavía.

—Lo estuve —dijo, prudente—. Pero ya no.

—Ah, bueno. —Philip le quitó importancia con un gesto de la mano—. Una vez que formas parte de algo así, siempre eres uno de ellos. Yo mismo fui miembro de Phi Epsilon Nu. Me gradué en el 91, pero aún veo a algunos de los miembros de mi *alma mater* una o dos veces al año. Eso es lo bonito de una hermandad, que puedo acudir a cualquiera de ellos, por la razón que sea, y estarán ahí. Sin preguntas. Esa clase de lealtad es algo de otro mundo. No se puede comprar. ¿Entiendes a dónde quiero llegar?

—Sí, señor —respondió Thomas, quien empezaba a entender por dónde iban los tiros.

—Formar parte de sociedades como estas —reflexionó Philip— implica cumplir cierto nivel de discreción, ¿no crees?

Thomas se imaginó a un montón de novatos apiñados y una pared llena de nombres, con la tinta aún húmeda brillando a la luz del fuego.

—Sí.

—Y tú nunca traicionarías la confianza de tu hermandad, ¿verdad que no?

—No, señor.

—Exacto. Yo tampoco la de la mía. —Philip lo observó durante un rato—. Creo que tú y yo nos entendemos bastante bien. Vamos a facilitar un poco las cosas, ¿te parece?

Metió la mano en el bolsillo interior de la americana y sacó un talonario y una lujosa estilográfica. Rellenó un cheque, lo arrancó y se lo entregó a Thomas. Un solo vistazo a la cantidad casi hizo que se le parase el corazón. Cualquier intención de marcharse de allí se evaporó de inmediato.

Era más dinero del que Thomas había visto en toda su vida.

—Considera esa la cantidad que estoy dispuesto a pagarte cada quince días —dijo Philip—, por tu tiempo, así como por tu confidencialidad.

—Esto es… eh, bueno, es…

No sabía ni qué decir. Pero Philip sí:

—Es justo lo suficiente, si no me equivoco. Lo suficiente para pagar todas esas facturas que se te acumulan en casa. Lo suficiente como para ayudar a que tu madre empiece en ese ensayo clínico para el que lleva cinco años en la lista de espera. Lo suficiente para pagar una asignatura o dos, en el caso de que decidas continuar con tu

educación superior.

Thomas levantó la vista, sorprendido de oír cómo soltaba todos sus secretos con tanta facilidad. No podía negarlo: Philip Farrow lo tenía calado. Thomas necesitaba el dinero, y ambos lo sabían.

Ante su sorpresa, Philip sonrió:

—Como te decía, yo también he estado investigando. Bueno, ¿tienes alguna pregunta?

Se le ocurrieron por lo menos una docena. Pero tenía en las manos un cheque con el dinero suficiente como para cambiarle la vida, así que solo hizo una:

—¿Cuándo empiezo?

Desde el exterior les llegó el inconfundible retumbo de una moto acelerando por el camino de entrada.

Philip alargó la mano para estrechar la de Thomas.

—Ya lo has hecho.

—Ha vuelto —susurró Amelia conforme la puerta principal se abría de golpe.

Philip se puso en pie, y Thomas también, agradecido de poder dejar el vaso sin que lo vieran. Con cuidado, dobló el cheque y se lo guardó en el bolsillo. Se sentía como si llevara un lingote de oro macizo encima.

En el vestíbulo, un par de tacones mordían el mármol con un rítmico *tac, tac, tac*.

—Vivi —la llamó Amelia—. Vivi, cariño, estamos aquí, en la sala de estar.

Una pamela apareció ante ellos. Debajo de ella, había una chica menuda con un vestido rosa palo. Llevaba los ojos ocultos tras un oscuro par de gafas de sol y unos tacones de plataforma que la

hacían parecer unos veinte centímetros más alta de lo que era en realidad. Tenía el pelo negro liso y recto. Sus labios, oscuros y delicados, tenían forma de corazón. Estos se torcieron al ver a sus padres esperándola juntos.

—Ahí estás —soltó Philip—. Pasa, quiero que conozcas a Thomas Walsh.

Vivienne observó a Thomas por encima de la montura de sus gafas. Toda ella exudaba un palpable desdén. En la distancia, la moto se marchó, hasta que, poco a poco, el motor dejó de oírse.

—¿Con quién has salido? —El tono casual de Amelia no fue muy convincente—. Ahora, me refiero.

—*F-r-a-n-k-i-e* —deletreó ella. Vivienne seguía observando fijamente a Thomas y, de algún modo, se las apañó para mirarlo por encima del hombro pese a ser casi medio metro más baja que él. Hizo una pequeña mueca con el labio que hizo sentir a Thomas como si fuera un insecto que Vivienne llevaba pegado a la suela del zapato.

—Ya sabes lo que opino de que te lleve de paquete en esa moto —se preocupó Amelia—. Espero que por lo menos hayas tenido la sensatez de ponerte un casco.

Vivienne continuó observando a Thomas, sin responderle a su madre. Él le aguantó la mirada como pudo e intentó por todos los medios no parecer amenazador.

En su interior era una maraña de nervios. Tendría que haber hecho más preguntas. Viendo la situación, no estaba seguro de *qué* se esperaba de él. ¿Debía decir algo? ¿Signar algo? ¿Presentarse? De lo que sí estaba completamente seguro es de que no se esperaba de él que se quedase ahí embobado, como un triste mimo atrapado en su

caja invisible. Al final se decidió por una sonrisa con los labios cerrados.

Vivienne no se la devolvió.

—El señor Walsh viene de Worcester —explicó Philip, en un tono demasiado alto—. Va a ser tu nuevo intérprete.

Solo un ligero arqueo en una de sus cejas dejó entrever que Vivienne había escuchado a su padre.

—Sabe signar —se apresuró a añadir su madre—. Podría estar bien tener a alguien a mano que pueda hacer de intérprete cuando la situación lo requiera. ¿No te parece, cariño?

La única respuesta de Vivienne fue quitarse las gafas y tirarlas contra el perchero que tenía al lado. Cayeron con tal estrépito que su madre pegó un brinco. Thomas se encontró con una mirada del color del ámbar quemado.

—Estoy impaciente por trabajar contigo, señorita Farrow —dijo él, porque sentía que debía decir *algo*. De todos modos, pareció ser la decisión incorrecta.

—*Ya soy mayorcita para tener un niñero* —signó Vivienne. Su sintaxis imitaba el inglés oral, no la ASL, la lengua de signos americana. Thomas se preguntó si quizás había aprendido por su cuenta en lugar de recibir clases, si quizás ella misma había improvisado una lengua a partir de un batiburrillo de lenguas.

—No estoy aquí para eso —le aseguró—. He venido para…

—*Controlarme* —concluyó ella, interrumpiéndole—. *No mientas* —trazó una línea recta y acusadora con la mano plana a la altura de la barbilla.

—Vale —dijo él—, no lo haré.

Vivienne ladeó la cabeza, como estudiándolo con otros ojos. Era

evidente que había dado por hecho que él no iba a dar su brazo a torcer. Sin embargo, su sorpresa se esfumó tan pronto como había aparecido, y volvió a quedarse con la misma expresión inescrutable.

—*Pareces demasiado joven para este trabajo. ¿Cuántos años tienes? ¿Veinte?*

—¿Qué estás diciendo? —exigió saber Philip—. ¿Qué está diciendo?

—Tengo dieciocho —respondió Thomas. No tenía muy claro qué órdenes debía obedecer, si las de la Farrow que era su clienta o las del Farrow que le firmaba los cheques.

En el vestíbulo, la boca de Vivienne se abrió en una bonita y amplia sonrisa. Nada más verla, Thomas sintió que le atravesaba como una flecha.

—Yo, eh… —Se tapó la boca con el puño y se aclaró la garganta—. Estoy impaciente por trabajar contigo.

—*Solo eres un bebé.*

Amelia Farrow palideció.

—Cariño, no olvides tus buenos modales.

La tez de Philip se había enrojecido varios tonos.

—El señor Walsh —añadió de modo brusco— está excepcionalmente cualificado para lidiar con tu *situación*.

—*Excepcionalmente* —signó Vivienne, tirando hacia arriba de su dedo índice—. *¿Y qué es lo que tiene de excepcional?*

El rojo de la cara de Philip se tornó morado.

—Ya sabes lo que pienso de que signes delante de mí. Si *insistes* en no hablar, podrías al menos escribirlo en una libreta.

Vivienne lo ignoró y continuó arremetiendo contra Thomas:

—*¿Ya te ha dado P-h-i-l-i-p «la charla»? ¿Ya te ha dado el discursito de*

«mantener la privacidad de la familia»? ¿Ya te ha hablado de su fraternidad?

—Puede que lo haya mencionado —admitió Thomas.

—*Típico* —signó moviendo los puños en círculos con los pulgares y los meñiques extendidos.

—Vivi, *por favor* —dijo Amelia—. Ya es suficiente.

Vivienne se quitó la pamela y la tiró también al perchero, junto a las gafas.

—*Ya tuve otra persona controlándome en el pasado* —signó—, *solo para que lo sepas. No eres el primero. El primero está ahora mismo pudriéndose en el fondo del S-o-u-n-d.*

—¡Vivienne!

También ignoró a su madre.

—*Dile que no aceptas el trabajo* —signó.

—¿Y por qué debería hacer eso? —preguntó Thomas, aunque tuvo el mal presentimiento de que estaba tentando demasiado a la suerte.

Vivienne movió los dedos furtivamente, como si le estuviera contando un secreto. Entonces, Thomas se fijó en que debajo del pintauñas rosa que llevaba había unas finas medias lunas marrones. Toda ella estaba impoluta, arreglada y pulcra, pero sus uñas… sus uñas estaban llenas de tierra.

Como si hubiera estado excavando en el suelo.

—*¿Por dónde empiezo?* —signó ella—. *Primero, porque no quiero que lo aceptes. Segundo, porque no me gusta la idea de que vivas en mi casa y te dediques a husmear en mis cosas.*

—Ah —dijo Thomas. Se sorprendió al notar que eso había herido su orgullo—. ¿Eso es todo?

—*Para nada* —signó, cerrando el puño y estirando el pulgar. Su

sonrisa era toda falsa dulzura—. *Tercero, porque si no lo rechazas, haré que desees no haber nacido.*



2

Vivienne

Iba a ser un muy mal día. Vivienne Farrow podía sentirlo en los huesos.

Esta mañana se había despertado en el suelo alicatado del baño, con las baldosas hexagonales marcadas en la mejilla izquierda y una incipiente jaqueca justo detrás de los ojos. Tenía el camisón desgarrado y los brazos arañados en carne viva, como si se hubiera esforzado por sacarse a sí misma de su cuerpo a zarpazos en plena noche.

Y quizá lo había hecho.

No sería la primera vez.

Se vistió lentamente, sintiéndose extraña, rota, mientras se deslizaba dentro de unos leotardos y una falda rosa con capas en forma de pétalo. Por fuera de la ventana de su habitación, el cielo estaba blanquecino como la leche y la humedad era tan densa como una sopa. Aun así, se puso un jersey de punto, que estiró hasta que las mangas se tragaron el inflamado enrejado que tenía en los brazos.

Para cuando se enrolló el pelo en un moño y salió al pasillo, ya estaba sudando. Empezó a ver borroso por el ojo derecho.

Había pasado gran parte de la noche sin dormir, con sus pensamientos girando como un molinillo irisado de pánico, demasiado consciente del nuevo inquilino instalándose en la habitación de invitados debajo de la suya. Él no lo sabía todavía, pero Thomas tenía el poder de tirar por la borda todo por lo que ella había estado trabajando. Era inevitable. Iba a ser muy difícil seguir guardando sus secretos con él siguiéndola como un perrito todo el verano. Una sola palabra a Philip y estaría acabada.

Necesitaba que se fuera, eso estaba claro.

El problema era *cómo*. Se había pasado toda la noche dando vueltas en la cama, preocupada y pensativa. El aire de su habitación se había vuelto sofocante. La casa, demasiado tranquila. Todo parecía encajar de forma errónea: las sábanas le raspaban, el pijama le picaba y la piel le hormigueaba.

Y, entonces, como solía pasar en noches como aquella en las que la luna era afilada como una hoz, algo frío y desagradable se había retorcido hasta emerger a la superficie. Como una lombriz que se contorsiona para salir del barro bajo la lluvia. Vivienne no había podido mantenerlo a raya ni dejando las luces encendidas, ni tapando los espejos, ni dibujando con tiza un círculo protector alrededor de su cama. Hasta a los perros, que gruñían a su lado, se les erizaron los pelos del lomo.

Se había pasado las horas siguientes intentando quitarse la sensación de larvas en el estómago. De rodillas en el suelo del baño, se había abrazado a la taza del váter y había inhalado el olor del agua, que olía a porcelana y lejía. Había hecho todo lo posible para

que los retortijones desaparecieran.

Así era la mayoría de sus noches: largos episodios de insomnio seguidos de intensas luchas de arañazos. Su vida llevaba siendo así años. Era prácticamente parte de su rutina.

Sin embargo, normalmente no se desmoronaba con tanta intensidad.

Lo que significaba que la cosa estaba empeorando.



Su ya pésimo día empeoró aún más en cuanto salió por la puerta. Se detuvo nada más pisar el porche cubierto de la entrada, protegiéndose los ojos del sol de media mañana. Thomas Walsh estaba en la curva con forma de herradura del camino de entrada. Iba vestido con un traje que, sin duda, le había comprado su padrastro e inspeccionaba la llamativa fuente que su madre había hecho que instalaran hace poco. No parecía haberse dado cuenta de su presencia, pero aun así, estaba segura de que la estaba esperando específicamente ahí para tenderle una emboscada.

Haberse encontrado a Thomas en la sala de estar el día anterior le había caído como un jarro de agua fría, aunque quizá no debió ser así. Vivienne sabía que esto iba a pasar. El accidente de Mikhail el invierno pasado había quebrado algo vital en ella, mientras que, para Philip, esa pérdida había sido un mero inconveniente. Solo otro problema que solucionar. Una vacante que ocupar. Vivienne cometió el error de asumir que el sustituto de Mikhail sería una copia de este: de mediana edad, con aspecto amenazador y, aunque él siempre lo negó vehementemente, un presunto exmiembro de la mafia rusa.

Pero Thomas Walsh no era ninguna de esas cosas. Apenas era

mayor que ella, tenía una cara amable, el pelo rubio arena corto en un degradado y, cada vez que sonreía, le salía un marcado hoyuelo en la mejilla izquierda.

«Guapo» era la palabra que le venía a la mente, y eso era lo peor que le podía pasar. Iba a ser humillante tener a un chico como él merodeando por ahí todo el verano. La idea de que fuera detrás de ella, de que la *controlara* —de que viera su faceta más horrible, más miserable, su yo más depravado— se le antojaba lo más indigno que podía imaginar.

Sintió una punzada de resentimiento en el pecho e, instintivamente, dio una patada al suelo, con tan mala suerte que su arrebato hizo que una piedrecita suelta saliese rebotando por la gravilla hasta chocar contra el talón del arañado zapato de Thomas. Este miró hacia abajo con calma antes de volverse hacia ella.

—Buenos días.

Sus ojos eran de un tono difícil de definir. Azules. O quizá verdes. Vivienne no tenía intención de acercarse tanto como para determinar de qué color eran. Su cara tenía un aspecto ligeramente atormentado, aunque Thomas se esforzaba por ocultarlo con una sonrisa.

—Tu padre me ha pedido que te lleve hoy —dijo, cuando el largo silencio entre ambos se había vuelto incómodo.

—*P-h-i-l-i-p no es mi padre* —signó ella, y después maldijo para sus adentros. No tenía intención de decirle nada. Su plan era ignorarlo completamente hasta que se le ocurriera cuál era la mejor forma de deshacerse de él, como quien mete a su hámster muerto en el congelador hasta que llega la primavera y la tierra se ablanda lo suficiente para cavar una pequeña tumba.

—Ah. —Thomas se tocó la nuca con la mano—. Vale. Tu…

padrastro, entonces.

Estaba claro que Philip le estaba pagando unos honorarios desorbitados para que jugase limpio. Pero eso no iba a ser suficiente. En sus dieciocho años de vida, Vivienne había aprendido que todo el mundo tiene un límite. Y ella iba a encontrar el de Thomas muy pronto.

—*Voy al estudio* —signó ella—. *Estaré sola. No necesitaré un intérprete.*

Thomas no parecía saber qué responder a eso. No sin admitir que no era nada más que un empleado con pretensiones. Finalmente, y todavía algo dubitativo, optó por decir:

—Me han dicho que no tienes carnet de conducir.

Ella agitó el puño hacia delante, provocándole:

—*¿Y qué?*

—Pues que no hay nadie más en la casa —replicó él con vehemencia.

De inmediato, la expresión de Thomas se tornó en una de arrepentimiento, y respiró profundamente por la nariz. Vivienne casi podía *oírlo* contando hasta diez en su cabeza. Reprimió una incipiente sonrisa.

Así que Thomas era de mecha corta. Podía usarlo en su favor: molestarle hasta que saltara. Provocarle, solo lo justo, hasta que se cabreara lo suficiente para renunciar al trabajo.

Había estado toda la noche en vela preocupada para nada.

Deshacerse de Thomas iba a ser pan comido.

En el jardín, se encendieron varios aspersores que rociaron de gotas el camino de la entrada en una bruma fresca que reflejaba los colores del arcoíris. Vivienne sacó el móvil de su bolsa de danza y

miró la hora.

—Si quieres que te lleve alguien —dijo él—, soy tu única opción.

En el primer golpe de suerte de Vivienne esa mañana, a Thomas le respondió el rugido de una moto acercándose. Entre los ruidos del tubo de escape, la moto deportiva rojo brillante de Frances Lefevre dobló la esquina y apareció ante su vista. La antigua compañera del colegio de Vivienne giró bruscamente hasta pararse a pocos metros de distancia, dejando un rastro negro con las ruedas por todo el camino de la entrada que, con toda certeza, haría que la madre de Vivienne se pusiera hecha una furia.

Se quitó el casco y se encontraron con una apelmazada melena rubia estilizada en un *shag* y una piel color melocotón pálido. Todo esto acompañado por el característico ceño fruncido de Frankie.

—Es demasiado temprano para estar despierta —se quejó cuando Vivienne la saludó con la mano—. Luego no me digas que nunca te hago favores.

Thomas no esperó a que se presentara.

—¿Tú quién eres?

—Su carruaje. —Frankie cerró un ojo y lo miró de arriba abajo—. ¿Y tú de dónde vienes?, ¿del planeta Krypton?

—Casi —dijo Thomas—. De Worcester. Y, en realidad, *yo* soy su carruaje.

—¿Eh? —Frankie se giró para mirar a Vivienne—. ¿Viv?

—*El nuevo niñero* —signó en respuesta.

—Intérprete —le corrigió Thomas, girando primero las manos y luego bajándolas en vertical en el signo correspondiente.

Vivienne le lanzó a Frankie una mirada cargada de significado y pasó la pierna por encima de la parte trasera de la moto. Mientras se

ataba el casco por debajo de la barbilla clavó la mirada en Thomas. Él la miraba con ojos severos y tenía la mandíbula muy tensa. No hacía falta ser adivino para darse cuenta de que no sabía qué hacer, ni hasta qué punto podía presionarla, ni cuánta autoridad tenía.

Ninguna, quiso decirle ella. *Ríndete. Vete a casa.*

El motor arrancó. Vivienne movió los dedos, burlona, como despedida.

—Ya nos veremos, Superman —dijo Frankie en voz alta.

Y se marcharon, dejándolo atrás.

La academia Saylor era un emblema del pintoresco centro de Greenwich, con su alto edificio de ladrillo ubicado entre un deslumbrante atelier de vestidos de novia y una tienda de artículos de lujo de segunda mano. En su interior, la entrada principal estaba adornada con estanterías y estanterías de brillantes trofeos: una clara evidencia de la excelente reputación y del espíritu competitivo de la academia.

Tiempo atrás, cuando Vivienne aún era pequeña y perfeccionista, soñaba con convertirse en la *prima ballerina* de la compañía. Supuso que si trabajaba duro —si fingía que era una chica normal, con sueños normales—, finalmente lograría abrirse camino hasta el codiciado puesto de bailarina principal.

Pero entonces las cosas dieron un giro.

Se hizo mayor. Su cuerpo cambió, como hacían todos los cuerpos. Solo que, mientras que sus amigas lidiaban con unas hormonas revolucionadas y el acné adolescente, ella tuvo que enfrentarse a las consecuencias del pasado. Todo sucedió de un día para otro. Una

mañana, se miró en el espejo y vio a una chica mirándola a los ojos. Pelo negro. Ojos negros. Unos labios oscuros y delicados. A la siguiente, algo que no reconocía se reflejaba en su lugar.

Algo que había estado dormido se despertaba poco a poco.

Las noches se volvieron muy duras después de aquello. Y, más tarde, también los días. Cuando eligieron quién sería el Hada del Azúcar en *El cascanueces*, no fue Vivienne. Cuando la compañía se fue de gira, ella se quedó atrás. Sin alejarse, tal y como Philip la quería. Atada en corto, para que la maldición que llevaba en los huesos no pudiera sangrar a su antojo.

Hoy en día, Vivienne entrenaba sola.

Normalmente, la academia era su santuario, su oasis. Allí nada se retorcía. Nada le reptaba, ni le picaba, ni le arañaba. No había unos dedos largos y fríos desgarrándole las entrañas. Pero esto no era casualidad, era disciplina. Eran años de riguroso ejercicio, horas de entrenamiento diario. El dolor de los dedos del pie destrozados, los pies vendados y un infinito y agotador trabajo de puntas era su vía de escape. Mantenía su alma bajo control. Tranquilizaba su espíritu.

Normalmente, sí, pero ese día no.

Hoy, su reflejo estaba un poco demasiado quieto. La Vivienne del espejo no se movía nerviosa como ella, no parpadeaba cuando ella lo hacía. Vivienne no confiaba en ella. Se inquietaba cuando no era capaz de diferenciar si la criatura la estaba vigilando o no.

Estaba siendo especialmente cautelosa esta mañana. Estaba a punto de poner en marcha algo monumental. Algo que por fin, *por fin*, podría cambiar su vida a mejor. No quería que la criatura viese nada.

En las manos, sujetaba un elegante documento encuadernado en

espiral. Era una de las dos únicas copias que existían. La otra, la había enviado por mensajería urgente junto con una concisa lista de requisitos. Si sus cálculos eran correctos, el mensajero tendría que estar llegando en bicicleta a su destino para entregarlo de un momento a otro.

La página de la portada era tersa y blanca, y la tipografía una pulcra fuente con serifas:

Comparativa biomecánica entre una extirpación quirúrgica y un exorcismo ortopédico

Autor: Jesse C. Grayson

Debajo del título estaba el resumen, marcado con notas a lápiz:

Objetivo: establecer las similitudes biomecánicas entre un crecimiento maligno y una posesión demoniaca.
Metodología: un análisis cualitativo de libros de texto históricos que detallan los exorcismos religiosos que se realizaban de manera análoga a los procedimientos quirúrgicos actuales.

Para la mayoría, aquella tesis solo eran los delirios de un loco. Para Vivienne, era esperanza. El primer rayo de luz tras años al borde de la oscuridad. Un precipicio por el que estaba lo suficientemente desesperada para saltar. Le tembló la mano con la que sujetaba el documento. Por el rabillo del ojo, vio cómo la cara del espejo se alzaba hacia la suya. El miedo le recorrió toda la columna vertebral. Poco a poco, dejó la tesis boca abajo en el suelo y levantó la vista hacia el espejo.

La estaba mirando fijamente.

La criatura en el espejo.

Lo peor de su aparición infernal era que tenía *casi* su mismo aspecto. El parecido era asombroso, perturbador, como si una mano divina hubiera dibujado a la *auténtica* Vivienne Farrow de memoria y hubiese alterado algunos de los detalles más sutiles.

Sus labios eran demasiado finos y su sonrisa más ancha de lo que humanamente debería ser. Sus ojos estaban más separados y cada uno tenía dos pupilas que parecían manchas de tinta sobre una esclerótica amarillenta. Sus dedos, más flexibles de lo normal, eran demasiado largos y terminaban en unas puntas que se oscurecían hasta ser del color de la gangrena.

Cuando sonreía, sus dientes eran afilados como cuchillas.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó con voz áspera y grave—. ¿Qué pone en esos papelitos tuyos?

—Nada —susurró Vivienne. Ante su reticencia, la sonrisa de la criatura se abrió aún más.

—Ya sabes que no puedo oírte si murmuras.

Vivienne cerró los ojos, lo que era algo ridículo. No podía *desear* que aquella criatura maligna desapareciese. Estaba dentro de ella. Tenía cuatro años cuando ocurrió; cuando se cayó de cabeza por un desfiladero, como Alicia por la madriguera del conejo, y se encontró cara a cara con algo siniestro esperándola en lo más profundo.

Cuando la criatura le dio consuelo, Vivienne lo tomó. Cuando le ofreció ayuda, ella la aceptó. No sabía que todo aquello tendría un precio. ¿Cómo iba a saberlo? Solo era una niña, perdida y asustada, y la noche empezaba a caer. Hubiese confiado hasta en un lobo si este le hubiera prometido la salvación.

No supo que se la había llevado consigo a casa. No supo que la

criatura se pasó los siguientes años esparciendo sus semillas en silencio por sus venas, echando raíces. Nunca sospechó nada hasta que, un día, poco después de su decimosegundo cumpleaños, brotó.

Empezó por su voz, convirtiendo en veneno hasta el susurro más débil. La primera vez que Vivienne mató a alguien, aún llevaba aparato en los dientes. Philip se topó con ella en el vestíbulo, horrorizada junto al chofer, con las manos agarrándose la garganta. Pero la pesadilla no terminó ahí. Insaciable como una mala hierba, la criatura continuó consumiéndola. Año tras año. Poco a poco. Le rodeó los huesos, de la misma forma que una enredadera podía tragarse todo un árbol.

Esta mañana se había despertado en el suelo del baño.

Un día podría no llegar a despertarse.

—Estoy haciéndonos mejores —dijo la criatura, como si Vivienne hubiera dicho todo eso en voz alta. Su voz era una percusión que le resonaba dentro del cráneo—. Más fuertes. Eso *es* lo que me pediste que hiciera.

Empezó a palpitarle la pierna derecha, como solía ocurrir con las antiguas lesiones cuando hacía frío. De forma instintiva, Vivienne se frotó el muslo, masajeándoselo para quitarse el dolor. No se había tomado el tiempo suficiente para estirar adecuadamente. Si empeoraba un poco, se pasaría toda la tarde cojeando.

—Me estás ocultando cosas —canturreó la criatura—. Y eso no me gusta. Tú y yo no deberíamos tener secretos.

Aquella horrible voz fue interrumpida por el sonido de un mensaje entrante. Todavía agarrándose el muslo, Vivienne fue hasta su bolsa de danza y sacó el móvil. Cuando desbloqueó la pantalla, la recibió un solo mensaje.

Jesse

¿Es que estás mal de la cabeza? Estoy en el trabajo.

Eso quería decir que el mensajero había hecho la entrega según lo previsto. El corazón le golpeaba las costillas con un ruido sordo mientras escribía una respuesta.

Vivienne

¿Le has echado un vistazo a lo que te he enviado?

Jesse

Por desgracia, sí.

Vivienne

¿Y?

Pasó bastante rato hasta que obtuvo una respuesta. En el espejo, la criatura empezó a caminar lentamente de un lado a otro, arrastrando una larga uña contra el cristal. Cuando le sonó el móvil en la mano fue un alivio.

Jesse

Lo que me estás pidiendo que haga es imposible.

Vivienne

¿Dónde está tu sentido de la aventura?

Tras pensárselo un poco, añadió:

Vivienne

Si logras hacer esto, serás un dios.

Esta vez, ya no obtuvo respuesta. Esperó, sintiéndose cada vez más inquieta. La decepción la estaba corroyendo como el óxido. Daba igual. Si él se negaba, ya encontraría otra forma de someterlo.

Todo el mundo tenía un límite.

Fuera, en la entrada, la puerta principal se abrió y se cerró.

—Señorita Farrow. —La voz de Thomas Walsh sonó con eco. Reverberó nítida hasta ella, como una cuerda pulsada en un instrumento—. ¿Estás aquí?

Vivienne lanzó una mirada horrorizada al espejo, donde la espalda de la criatura ya estaba en posición depredadora. Había replegado los labios, enseñando los colmillos. Había olido una presa. Vivienne metió el móvil y el documento en su bolsa y derrapó hasta la entrada, cerrando de golpe la puerta del estudio tras ella.

—Ah —dijo Thomas, deteniéndose nada más verla—. Aquí estás.

—*¿Qué haces aquí?*

—Ya te lo he dicho antes —respondió él, decidido, pese a la indignación de Vivienne—. Hoy te llevo yo.

—*No. F-r-a-n-k-i-e me lleva* —le corrigió ella—. *Vendrá a buscarme en cualquier momento.*

—En realidad no, no vendrá. —Tuvo, al menos, la decencia de parecer avergonzado—. Me he encontrado con ella fuera cuando iba a entrar. La he mandado a casa.

—*¿Que has hecho qué?* —Una ira incandescente le burbujeó debajo de la piel—. *No hables con mis amigos.*

Hacía calor y Thomas se había quitado la americana. Sin ella, aún parecía más imponente, como si hasta ahora hubiese estado contenido en una caja demasiado pequeña. Llevaba la camisa arremangada y, por debajo, asomaba la tipografía fina de un tatuaje.

Vivienne solo pudo distinguir una palabra, tatuada en el antebrazo: *moriar*.

Reconoció esa palabra en latín, que, sola, significaba «yo moriré».

—Solo intento hacer mi trabajo, señorita Farrow —dijo él con suavidad.

Vivienne quiso preguntarle por el tatuaje, pero era necesario que siguiera enfadada. Así que, en su lugar, lo esquivó, golpeándole el brazo con el hombro al pasar. Sin desanimarse, Thomas aceleró el paso hasta alcanzarla.

—Siento que tú y yo hemos empezado con mal pie —dijo él, siguiéndole el ritmo—. ¿Podríamos empezar de cero?

Ella lo ignoró mientras se desplomaba en un banco cercano para quitarse las puntas de *ballet*. Afortunadamente, no le insistió más. Se puso a observar los trofeos, con las manos en los bolsillos y mirándola de vez en cuando por el rabillo del ojo. Vivienne estaba atándose las deportivas cuando Thomas volvió a hablar.

—Tu nombre está en muchos de estos. Debes de ser bastante buena, ¿no?

No quería hablar de danza. No con él. No quería contarle cómo solía soñar con ser la bailarina principal del New York City Ballet. Odette, Coppélia, Giselle. Había sido ridículo por su parte haber considerado la idea siquiera. Ridículo haber pasado años en secreto albergando esperanzas de representar a esas mujeres malditas, solo para acabar convirtiéndose en una ella misma. Con la excepción de que, en su trágica historia, no había un impresionante *pas de deux*. Ni rosas a sus pies. Ni fuertes aplausos.

Solo silencio, insoportable y eterno.

Se puso en pie, ignorando el dolor en el muslo mientras se dirigía

hacia la puerta. Thomas la siguió, irritantemente sereno, dando un paso largo por cada dos que daba ella.

—¿Te gusta la pizza? —le preguntó, mientras pasaba la correa de la bolsa de danza del hombro de Vivienne al suyo con facilidad—. Cuando venía con el coche he pasado delante de un sitio que tenía muy buena pinta. Daba la impresión de ser el típico cuchitril que luego tiene la mejor…

Vivienne se giró bruscamente hacia Thomas, obligándolo a pararse de repente para no chocar con ella.

—*¿Qué estás haciendo?*

—¿Pensando si pedir una pizza?

—*Error* —signó, girando la mano en la barbilla—. *Estás siendo amable. Estás mirando mis trofeos. Me estás haciendo preguntas. Me estás llevando la bolsa.*

Él se reajustó la correa.

—¿No quieres que te lleve la bolsa?

—*No quiero que seas amable. Parece una e-s-t-r-a-t-e-g-i-a.*

—Es que *es* una estrategia. —Thomas deslizó las manos de un lado al otro del pecho, el signo correcto de «estrategia», palabra para la que Vivienne había recurrido al deletreo manual. Le irritaba que Thomas supiera más que ella. *Él* la irritaba. La forma en la que caminaba. La forma en la que sonreía. Y también la forma en la que se le marcó el hoyuelo como un cráter cuando dijo—: Mi madre siempre me decía que más moscas se atrapan con miel que con hiel.

—*¿Y yo soy una mosca?*

Él dio un paso atrás y la evaluó.

—No, de hecho, no me lo parece. Creo que si fueras un insecto serías una mantis religiosa.

Ella parpadeó.

—Oye —dijo Thomas, levantando un dedo—, que la mantis es un bicho brutal. Después del apareamiento, las hembras matan a los machos y se los comen.

Las palabras resonaron entre ambos como el tañido de una campana. Vivienne observó cómo Thomas las repasaba en su cabeza y, acto seguido, ponía una mueca.

—Ahora que me he escuchado decirlo en voz alta, admito que podía haber elegido algo mejor.

Reprimiendo una repentina necesidad de gritarle a la cara, Vivienne echó a andar hacia el aparcamiento, cerrando de un portazo a sus espaldas. Thomas se vio obligado a pelearse con la puerta para abrirla de nuevo, cosa que hizo con el mismo aplomo con el que había gestionado todo lo anterior.

Fuera, el sol, amarillo y despejado, había evaporado la mayor parte de la neblina matutina. El voluminoso SUV que Philip reservaba para el uso del personal estaba aparcado en paralelo justo en frente. Mientras Vivienne esperaba a que Thomas desbloqueara las puertas, le sonó el móvil dentro de la bolsa.

Lo sacó apresuradamente y bajó la vista hacia la pantalla.

En esta ocasión, el mensaje de Jesse era largo.

Jesse

Soy residente de Cirugía. Un estudiante. Eres consciente de eso, ¿no? Escribí esa tesis de broma. Todo es hipotético. Solo he participado en operaciones como observador. Nunca he operado solo.

Llegó Thomas, que ya estaba sudando del calor, y desbloqueó el

seguro del coche.

—Su carruaje —entonó, mientras le abría la puerta.

Ella lo ignoró y se deslizó hasta el asiento del copiloto, demasiado ocupada tecleando una respuesta.

Vivienne

No seas tan derrotista. Confío en ti.

Jesse

Bueno, pues no deberías. Porque si seguimos adelante con esto, no sobrevivirás.

El motor se encendió y el aire acondicionado se puso en marcha. En ese frío artificial, Vivienne notó la piel extrañamente húmeda y pegajosa. Como si de repente tuviera fiebre. Sintió cómo su reflejo la observaba con desprecio desde el retrovisor. Ella no miró.

—¿Estás bien? —Thomas la estaba mirando fijamente, con expresión impasible—. Parece que ese último mensaje te ha molestado.

Le pagaban por husmear. No le importaba *de verdad*. No le importaban ni sus trofeos, ni la pizza, ni mucho menos cómo se sentía ella en ese momento.

—*Sí, bien* —signó, aunque nada iba bien en absoluto.

Estaba perdiendo a Jesse. Si quería convencerlo para que aceptara el plan, necesitaba hacer algo mucho más drástico. Y rápido.

En el asiento del conductor, Thomas aún la estaba mirando. Estando así de cerca, Vivienne vio que tenía los ojos grises, claros y tranquilos como un lago en un día de verano. No pretendía fijarse.

—*Deja de mirarme* —signó ella, estirando y moviendo dos dedos

entre ellos—. *Limítate a hacer tu trabajo y llévame a casa.*



3

Thomas

Cuando Thomas Walsh era muy pequeño, se encontró con que la muerte lo esperaba en el maletero de un sedán. Durante la primera hora en la que estuvo encerrado, pataleó y pataleó, golpeando la cerradura con los taloncitos de sus deportivas con luces —esas para las que su madre se había ajustado el cinturón y había ahorrado tanto—. A cada patada, la oscuridad le respondía con unos remolinos rojos y azules que parpadeaban sin control. Después de tantos años, Thomas aún soñaba con aquellas ráfagas de colores.

Pero no eran esos colores los que lo tenían inquieto y lo habían despertado ahora. Abrió los ojos en una oscuridad total, la piel le picaba con la palpable sensación de que le estaban observando. Durante lo que duraron varios latidos, Thomas se quedó tumbado boca abajo sobre el colchón tratando de discernir si ese picor en la piel era solo el resultado de despertarse en un lugar desconocido o si era algo más.

Al otro lado de la habitación, la puerta se cerró con un *clic*.

Thomas se incorporó como un resorte, con el corazón martilleándole.

—¿Hola?

El silencio le penetró por la piel como una helada. No le respondió nadie, pero la quietud parecía mirarlo con maldad, como un ente vivo que respiraba. Thomas contuvo un escalofrío, frotándose los brazos para devolverles el calor.

Su casa, en Worcester, hacía ruidos a todas horas; ruidos de casa: las bisagras chirriaban, los cimientos crujían, el terreno se hundía. Era una interminable cacofonía de perturbaciones. El radiador emitía sonidos metálicos. El viento silbaba a través de los burletes.

Por el contrario, la casa de los Farrow era tan silenciosa como una tumba.

No estaba seguro de que eso le gustara.

Se deslizó fuera de la cama y se puso una camiseta. Sigiloso, salió de puntillas al pasillo, que se extendía en ambas direcciones como una arteria y desaparecía de su vista entre las sombras.

—Hola —repitió, hablándole al silencio.

Su voz reverberó. *Hola. Hola. Hola.*

A lo lejos, por encima de su cabeza, se oyó el ruido amortiguado de una puerta. Inquieto, Thomas regresó a su habitación.

Después de eso, no pudo conciliar el sueño. No es que tuviera miedo a la oscuridad (eran los espacios pequeños los que lo aterraban), fue solo que se había ido a la cama con una sensación de angustia en el pecho y, ahora que se había desvelado, esta había vuelto. Se puso a caminar de un lado a otro, esforzándose por no rememorar en bucle su primer día oficial en su nuevo trabajo.

Pero fue un esfuerzo inútil. Todo lo que había salido de su boca había sido justo lo que no tenía que decir. Había intentado ser simpático. Amigable. Encantador, incluso. Había hecho todo lo posible por ganarse a Vivienne. Sin embargo, cuanto más se esforzaba, peor parecía que lo estaba haciendo.

Le había dicho que le recordaba a una mantis religiosa.

Se dejó caer en la cama con un gruñido y se tapó la cara con la almohada. La tela olía fresca y limpia, como a lejía. Siendo objetivo, no era un mal olor, pero le revolvió el estómago de todas formas. No era el *suyo*. No era el olor de su hogar. Estirándose hasta el otro extremo del colchón, alcanzó el móvil y lo metió debajo de la almohada, bajó por la lista de contactos hasta que encontró el que buscaba.

Su hermana contestó al segundo tono.

—Serás idiota —dijo ella—. Estamos en plena noche.

—Hola a ti también. —Thomas rodó fuera de la cama y fue hacia escritorio, donde se desplomó en el gran sillón que había delante. De fondo, podía oír la televisión a todo volumen—. Oye, ¿te sentaría mal si alguien te comparase con una mantis religiosa?

Hubo una pausa. Escuchó a Tessa masticando palomitas ruidosamente. A continuación, dijo:

—¿Le has dicho a alguien que te recuerda a una mantis?

—Yo no he dicho eso.

—Está claro que sí. ¿Por qué si no ibas a hacerme esa pregunta tan estúpida? Eres un mentiroso terrible, Tommy. Y un ligón penoso. Si esa es la mejor frase que tienes para ligar, vas a morir solo.

—No estaba ligando, estaba… —Thomas soltó un gruñido y se hundió aún más en el sillón, tapándose los ojos con el brazo—. En

fin, no importa. ¿Qué estás viendo?

—Una película de ciencia ficción con monstruos, que están poniendo en la tele. Tiene cocodrilos mutantes.

—Guay.

—Los actores son tan malos que me están dando vergüenza ajena.

—O sea, tu tipo de películas favorito.

—Exactamente.

Se hizo el silencio. Thomas sintió una repentina e intensa nostalgia en lo más profundo del pecho. Cuando era más pequeño, había llegado a sentir cierto rechazo por su casa, siempre abarrotada, con la moqueta llena de pelo de gato y el incesante zumbido de las máquinas de su madre; por la forma en la que las cosas de su padre estaban por todas partes, incluso mucho después de que lo hubieran enterrado. Había odiado cómo la muerte lo impregnó todo.

Había odiado el hecho de que nunca hubiera nada que él pudiese hacer para ayudar.

Pero bueno, estaba haciendo algo ahora.

Al día siguiente lo haría mejor. Sería mejor. Debía serlo.

—Mamá está bien —dijo Tess finalmente, como si le hubiera oído intentando no preguntar—. Aunque te echa de menos. Las dos lo hacemos.

—Créeme, si pudiera, estaría en casa. Pero la oferta de este tipo es demasiado buena como para dejarla pasar.

—¿Lo es? —Tess no sonaba muy convencida—. ¿Más que volver a la facultad?

—Ya te lo dije —respondió él, un poco más brusco de lo que pretendía—, la universidad no era para mí.

—No, lo que quieres decir es que se te acabó el dinero de la beca y

mamá no puede permitírselo ella sola. —Tess tamborileó en el bol de las palomitas. Cuando él no lo negó, añadió—: No soy un bebé, Tommy. No tienes que suavizarlo todo.

—Habrá dinero para ti cuando te toque hacer la solicitud.

—No me importa si lo hay o no. —El sonido distante de unos gritos en la televisión se coló en la llamada—. Mamá dice que el tío Ryan tiene trabajo para ti. Si tantas ganas tienes de tener un trabajo, no entiendo por qué no puedes hacer ese y ya.

—Porque esta es una oportunidad única.

—Ah, ¿sí? —Thomas escuchó cómo su hermana sorbía por una pajita—. ¿En qué sentido?

No sabía qué responder a eso. ¿Le decía que lo habían contratado para cuidar de una niña mimada y consentida con un fideicomiso del tamaño de un país pequeño? ¿Le hablaba sobre la extraña petición de Philip de que espiara a los amigos de Vivienne? Ya había conseguido el dinero suficiente para ir pagando algunas de las facturas de su madre. Para ahorrar para la matrícula de su hermana. Para hacer todas las cosas que su padre debería haber estado haciendo en vez de beber hasta acabar bajo tierra.

Eso era lo único que importaba.

De fondo, le llegaron los gritos de una actriz de serie B, a quien la estaba matando un megacocodrilo.

—No te quedes despierta toda la noche —dijo Thomas.

—Aplícate el cuento —le contestó su hermana antes de colgar sin despedirse.

Ya sin su hermana, dejó el móvil a un lado y abrió el portátil. La repentina e intensa luz azul le cegó y los ojos le hicieron chiribitas. En la pantalla, aún tenía abierto el buscador con el último correo

electrónico que había recibido. Era del presidente de su fraternidad. Concretamente, era el sexto mensaje en lo que, rápidamente, se estaba convirtiendo en un hilo de preguntas sin contestar.

Thomas:

Soy yo otra vez. Solo quería saber cómo lo llevas. ¿Has tenido algún problema para transferir los créditos de las asignaturas? Porque otros sí. Si necesitas cualquier cosa, estaré encantado de ayudarte.

No dudes en ponerte en contacto conmigo.

C.

Como con los otros cinco correos, Thomas cerró la ventana sin escribir una respuesta. Abrió una ventana nueva y tecleó el nombre de Vivienne en la barra de búsqueda.

Aparecieron varios resultados, casi todos de sus cuentas personales en redes: perfiles llenos de fotos y vídeos espontáneos con música, página tras página de bonitos retratos desenfocados. Pero había más cosas. Siguió bajando, pasando por varios titulares de periódicos sobre la escuela de danza local. Ahí, en la portada del *Connecticut Journal*, estaba Vivienne, envuelta en lentejuelas, brillando en la primera fila de un cuerpo de baile con las manos en las caderas y la cabeza bien alta. Se la veía feliz. Segura de sí misma. Thomas siguió bajando.

Unos resultados más abajo encontró un titular más antiguo, en este caso el de un reportaje en un periódico de tirada nacional:

Localizan a una niña de cuatro años deambulando por la

carretera panorámica de Red Rock Canyon, tres días después de que su familia denunciase su desaparición

Esta vez, el artículo no iba acompañado de una fotografía de Vivienne, solo una lejana imagen granulosa de varias ambulancias apelotonadas a un lado de una sinuosa carretera en el desierto. El artículo era superficial, no le dijo mucho. Solo nombres. Fechas. Unas cuantas declaraciones del jefe de policía. Thomas cerró la ventana y apagó el ordenador. Se echó para atrás y se frotó los ojos hasta que le hicieron chiribitas otra vez.

Conseguiría entender quién era Vivienne, pero no sería de la noche a la mañana.

Y, definitivamente, tampoco lo lograría rastreando internet y leyendo artículos de hacía una década.

Al final debió de quedarse dormido porque acababa de despertarlo el ruido de unos arañazos. Thomas estaba tumbado sobre su estómago, cerrando los ojos con fuerza ante el rayo de luz que se colaba por las persianas y escuchando el amenazante ruido de algo que se movía por su habitación.

Abrió un ojo y se encontró con dos dóberman adultos sentados sobre la cama, con unas bonitas orejas en forma de pico y el pelo de un color caramelo oscuro cepillado y reluciente. En cuanto vieron que él también los miraba, dieron un respingo y se quedaron muy quietos. El que estaba más cerca de él soltó un gruñido amenazador.

A Thomas no le daban miedo los perros —se había pasado los últimos meses cuidando razas de todas las formas y tamaños—, pero

en estos momentos no tenía la sensación de estar cara a cara con el mejor amigo del hombre, sino acorralado por un par de velocirraptores.

Se quedó tumbado, muy quieto, e intentó pensar qué hacer.

—Hola —dijo, tras considerarlo un instante.

Con un ladrido de alarma, los dos perros echaron a correr, resbalándose con las patas por la tarima en su escandaloso intento por huir de allí. Thomas se incorporó y los vio marcharse, con una sonrisa ácida, antes de alcanzar el móvil y echar un vistazo al horario del día.

Estaba vacío. Bloques enteros de nada, marcados solo por las horas vacías, lo miraban fijamente. Refrescó la página, seguro de que aparecería algo, pero el horario seguía vacío. Entró en «Mensajes» y buscó el número de Vivienne.

Thomas

No hay nada en el horario para hoy.

Segundos más tarde, se le ocurrió añadir:

Thomas

Si necesitas algo, dímelo.

Su respuesta fue inmediata, y llegó anunciada por un *ping* que, inesperadamente, le reverberó en el plexo solar.

Vivienne

No me escribas.

«Eso está hecho, princesa», le dijo a su móvil antes de tirarlo

encima de la cama.

No podía quedarse ahí quieto todo el día esperando en su habitación como un perro en un transportín. No sin volverse completamente loco. Rodó fuera de la cama, se puso unos pantalones cortos de deporte y una camiseta más o menos limpia, y salió en busca de un lugar donde poder desfogarse un poco.

Pero no llegó muy lejos. Justo cuando pasaba por la puerta del despacho de Philip, este asomó la cabeza.

—Aquí estás —dijo, agitando la mano para soltarse el reloj de la manga—. Esperaba encontrarme contigo. Amelia me ha dicho que Vivienne te dio esquinazo ayer por la mañana.

—Oh —se sorprendió Thomas. No se había dado cuenta de que los estaban vigilando. Solo de pensarlo se sintió inquieto—, eh, sí, encontró a otra persona que la llevara al estudio.

—Vaya, ¿en serio? —La sonrisa de Philip mostraba unas carillas perfectas—. Es una chica con mucho carácter, ¿verdad?

—Eh… —dijo Thomas, que no sabía muy bien qué responder.

—Te está poniendo a prueba, quiere ver dónde te sitúas en la pirámide de poder. Lo que, durante mis años en la Phi Epsilon Nu, llamábamos la clásica novatada. Que no te quite el sueño.

—Entendido —respondió Thomas.

Philip se inclinó hacia él con complicidad, mientras echaba un vistazo por el pasillo, como si esperara que Vivienne apareciese en cualquier momento.

—Te daré un pequeño consejo: el fuego hay que alimentarlo. Sin oxígeno, se debilita y se muere. El oxígeno de Vivienne es la atención. No le prestes ninguna y estaréis en igualdad de condiciones. ¿Me entiendes?

—Le entiendo.

—Excelente. —Philip le dio una fuerte palmada en el hombro—. Y ¿le has dado una vuelta a mi oferta de financiarte algún curso de verano?

—Todavía no, señor.

—Asegúrate de considerarlo como se merece. Un chico listo como tú debe tener cierto rumbo en la vida. ¿Cuáles son tus intereses?, ¿tus aspiraciones?, ¿dónde te ves dentro de cinco años?, ¿y dentro de diez?

—Eh… —Desanimado, Thomas se preguntó si quizá debía mentirle. Pensó en todos los correos del presidente de su fraternidad que había ignorado, en sus notas mediocres, en los créditos sin terminar. Al final, optó por una media verdad—. Me gustaría ser como mi tío. Es su propio jefe.

—Eso es lo que quería oír —soltó Philip mientras le daba otra palmada en el hombro—. Estás en buenas manos, el apellido Farrow abre muchas puertas, y yo cuido de los míos. ¿Me entiendes?

—Eso creo, sí.

—Fantástico. —Tomó una taza de café humeante del armario archivador que tenía al lado y la alzó en un brindis—. Por cierto, si estabas pensando en entrenar, el invierno pasado nos instalaron un gimnasio muy moderno.

—Guay —dijo Thomas—. ¿No os importa que lo use?

La sonrisa de Philip se ensanchó tanto como la de un lobo.

—Nuestra casa es tu casa, hijo. Mientras trabajes bajo mi techo, el mundo está a tus pies.



Después de aquello, los días de Thomas cayeron en una especie de pesada rutina. Cada mañana, se levantaba y se encontraba con el horario vacío y con los dóberman vigilantes a los pies de su cama, cautelosos y con los ojos de ballena. Estiraba. Se vestía. Se iba a correr. A veces tres kilómetros, otras ocho, dando vueltas y vueltas alrededor de la casa hasta que se hubo memorizado la finca de estilo Tudor desde todos los ángulos. Cuando terminaba con eso, se duchaba y comía. Se pasaba el resto de la mañana haciendo *zapping* en la televisión del cuarto de invitados con sentimientos encontrados: a veces con la sensación de que se estaba volviendo loco y otras con la de que todo le estaba saliendo a pedir de boca.

Nunca le habían pagado tanto por hacer tan poco.

Cada noche, se dormía encima de la colcha de su cama con un documental de fondo que bañaba la habitación de un azul límpido, con la voz de David Attenborough arrullándolo hasta sumirlo en un trance. En esos momentos, cuando estaba a punto de quedarse dormido, casi se le olvidaba que no estaba en su casa. Casi podía imaginarse que su madre dormía en el piso de arriba y que su hermana estaba picando algo en el sillón de al lado.

Casi podía fingir que no estaba perdiendo el norte.

Casi.

Llevaba una semana en el puesto cuando Amelia lo arrinconó en la cocina. Esta se materializó en la puerta justo cuando Thomas se estaba acabando unos huevos revueltos con pan tostado. Sin apenas echar un vistazo en su dirección, Amelia entró, repiqueteando con los tacones en las baldosas, y abrió la nevera de un tirón. Un frescor se extendió por la cocina mientras inspeccionaba el contenido iluminada por el brillo que emitía el electrodoméstico. Thomas se

tragó como pudo el último bocado que le quedaba y se preguntó si estaría esperando a que él dijese algo.

Cuando Amelia por fin cerró la puerta, lo hizo dando un portazo. Thomas se encontró con la madre de Vivienne observándolo detenidamente con una fría mirada.

—¿Estás disfrutando de nuestras instalaciones? —le preguntó con voz distante.

Una sensación de desconfianza le recorrió de arriba a abajo.

—Sí, señora —respondió él. A continuación, porque su madre lo había criado con *algo* que podría asemejarse a los buenos modales, añadió—: Tiene usted una casa preciosa.

La expresión de Amelia se endureció e, inmediatamente, Thomas supo que había dicho algo que no debía.

—¿Y qué tal la comida?, ¿es de tu agrado?

Thomas bajó la vista hacia su plato, del que no había dejado nada.

—La comida está muy bien, señora.

—Eso es estupendo. —Su sonrisa era fina—. Queremos que te sientas cómodo, claro.

Desde el jardín, les llegó el ruido del motor de un cortacésped conforme el grupo de jardineros llegaba y descargaba su equipo de la camioneta.

Thomas se aclaró la garganta.

—¿Hay algún problema?

—Dímelo tú —le respondió ella, todavía luciendo esa sonrisa digna de una estatua del museo de cera—. Doy por hecho que tienes una explicación perfectamente razonable de por qué Vivienne no ha asistido a ninguna de las sesiones en el estudio de la escuela de verano.

Thomas se quedó helado.

—No había nada en el horario.

—No me digas. —Un tono de irritación impregnó su voz—. Fíjate que me parece extraño, teniendo en cuenta que yo misma configuré el horario.

Thomas no dijo nada. Si hablaba, sería como llevarle la contraria, y no le estaba dando la sensación de que Amelia fuera a tomarse de buena gana cualquier tipo de oposición. En cualquier caso, tenía un mal presentimiento de que sabía exactamente qué —o quién— había pasado con el horario.

—Pagamos una considerable suma de dinero para asegurarle una plaza en el programa —continuó Amelia—. He podido mover unos hilos, pero no puede permitirse ninguna falta más. La danza lo es todo para Vivienne. ¿Lo entiendes?

—Perfectamente, señora —dijo él muy en serio—. No volverá a ocurrir.

—Asegúrate de ello —le respondió ella mientras se marchaba por donde había venido.

Thomas encontró a Vivienne en el solárium de la casa, y no estaba sola. Pudo escuchar cómo alguien elevaba la voz mucho antes incluso de llegar a la puerta abierta.

—Esto no es un juego para mí, Vivienne —gritó un hombre—. Es *mi vida*.

Thomas dobló la esquina rápidamente, impulsado por la ira, y se chocó de lleno con otro cuerpo que salía del solárium prácticamente a la misma velocidad. Ambos retrocedieron, sorprendidos y furiosos.

El hombre que tenía delante iba vestido con un uniforme quirúrgico oscuro y deportivas. Tenía un aspecto demacrado y una

desaliñada barba de varios días le cubría la mandíbula. Lucía unas sombras como huecos hundidos bajo los ojos.

—Mira por dónde vas —soltó antes de empujar a Thomas para pasar y dirigirle una mirada de despedida.

Thomas no le dedicó ni un segundo más. Estaba demasiado concentrado en encontrar a la causante de su ira. Se la encontró sentada en una ancha tumbona de ratán, toda vestida de rosa y pintándose las uñas de los pies con una concentración total. Vivienne no levantó la vista mientras él se le acercaba. En su lugar, estiró la pierna y arqueó el pie, de tal forma que Thomas se vio obligado a detenerse si no quería estamparse directamente en las uñas recién pintadas de Vivienne.

—Parecía simpático —dijo él, intentando por todos los medios emanar cierta amabilidad—. El uniforme quirúrgico le daba un toque de «científico loco» bastante realista.

Ella movió los dedos de los pies.

—¿Cómo se llama?

Esta pregunta sí le valió una respuesta:

—*¿Por? ¿Para ir corriendo a contárselo a P-h-i-l-i-p?*

—Solo estoy sacando tema de conversación.

Vivienne ladeó la cabeza, todavía escudriñándose los pies. Los dos dedos más pequeños estaban vendados, y el dedo gordo tenía un gran moratón amarillento.

—*¿Crees que este rosa queda bien con mi tono de piel?*

No levantó la vista para mirarlo cuando se lo preguntó, pero la sonrisa que escondía en la comisura de los labios le hizo darse cuenta de que Vivienne sabía exactamente por qué estaba él ahí. Algo peligroso detonó bajo sus huesos.

—Lo que no entiendo —dijo Thomas— es ¿por qué te complicas la vida para darme un horario falso cuando, al final, la que va a salir mal parada eres tú?

Vivienne retiró el pie y se puso a cerrar el pintauñas. Todavía no había mirado a Thomas y su indiferencia era un desprecio obvio.

Otra explosión, más grande, siguió a la primera.

—No he venido a arruinarte el verano —añadió él con voz tensa—. Eso lo sabes, ¿no? No tienes que andarte todo el día con jueguecitos de manipulación para conseguir lo que quieres.

Fuera, en el jardín, se oía el ruido del cortacésped al pasar. El distante zumbido de una podadora eléctrica inundaba el espacio bañado por el sol. Lentamente, Vivienne curvó la mano derecha sobre el corazón y después la llevó hasta su mano izquierda, burlona, haciendo una cuna.

—*Llorón.*

Thomas doblegó su furia y la transformó en un suave:

—¿Perdona?

—*Es el nombre del esmalte de uñas.* —Estiró el brazo y movió los dedos justo debajo de la nariz de Thomas. Llevaba las uñas de las manos del mismo color rosa brillante que las de los pies—. *Creo que quizá te pega más a ti que a mí.*

Entonces, Thomas se dio cuenta de que había estado haciéndolo todo mal. Que había estado empuñando un florete cuando ella blandía una espada.

Puso la voz más suave que pudo y dijo:

—Creo que te debo una disculpa, señorita Farrow.

Fuera lo que fuese que ella esperaba que dijera, no era eso. Los ojos de Vivienne fueron directos a los suyos y parte de su fachada se

desmoronó.

Había sido demasiado caballeroso. Ahora lo veía muy claro. La había juzgado mal. Pensó que quizá si era lo bastante afectuoso, lo suficientemente encantador y paciente, terminaría ganándosela. Que conseguiría que lo tolerara. Que *le gustara*. Que incluso podrían ser amigos.

Philip le había dicho que el fuego necesitaba oxígeno para prender. Que si no lo avivabas, el fuego se apagaba. Pero lo que Philip no sabía sobre Thomas era que nunca se le había dado bien huir de las peleas. No lo llevaba en la sangre.

Y por eso, echó más leña al fuego.

—No tenía ni idea de que tú y yo estábamos jugando a un juego —le explicó—. Ahora lo sé.

A Vivienne se le endureció la mirada conforme la desconfianza vencía a la sensación de triunfo.

—Has ganado esta ronda —añadió él, encogiéndose de hombros —. No me enorgullece admitirlo, además, me has hecho quedar mal delante de tu madre. Casi haces que me despidan. Pero eso ha sido error mío. No sabía que íbamos a llevar la cuenta.

Dejó que el silencio se prolongara entre ellos, dándole tiempo a que asimilara sus palabras.

—Ahora ya estoy metido de lleno en la partida —continuó—. Y yo nunca pierdo. Me he descargado tu horario, el *auténtico*. Tienes hasta el lunes para regodearte. A partir de entonces, te arrastraré al campus si hace falta.

Los ojos de Vivienne reflejaron una furia gélida.

—*Esa no es una de las responsabilidades de tu puesto.*

—Tienes razón. No lo es. Pero, verás, tus padres me están pagando

una cantidad ingente de dinero para que haga lo que ellos me pidan.

—*O sea, que admites que solo eres un l-a-c-a-y-o.*

Lo que él *era* era pobre. Una persona sin rumbo. Desesperada. ¿Creía que le había avergonzado?

Él no sentía vergüenza alguna.

—Si es así como quieres llamarlo —dijo—, adelante. Yo estoy aquí para hacer mi trabajo. Preferiría que fuéramos amigos, pero si es así como quieres que juguemos, por mí bien. No tengo por qué gustarte, señorita Farrow, pero te puedo asegurar que no vas a hacer que me despidan.

Vivienne lo miraba fijamente, en silencio. Siempre en silencio. Su mirada era oro líquido.

—Nos vemos —dijo Thomas antes de darse la vuelta e irse.

Ya estaba a medio camino de la puerta cuando el ruido de un cristal al romperse lo sobresaltó. Se giró y se encontró el frasco de esmalte de uñas hecho añicos en el suelo, donde ella lo había tirado. El rosa llorón fluía como el mercurio por las juntas.

—*Tienes razón* —signó ella justo después.

—¿Ah, sí? ¿Sobre qué?

—*No voy a hacer que te despidan.* —Una sonrisa afiló las comisuras de sus labios, tan seductora como peligrosa—. *Voy a hacer que renuncies.*



4

Vivienne

Vivienne estaba soñando con una casa.

No era *su* casa, pero aun así la sentía más su hogar que cualquier otro lugar en el que hubiera estado. Como si formara parte de ella, como si se estuviera pudriendo al mismo tiempo que las molduras amarillas del techo y las lamas combadas de la tarima. El sol se colaba por las ventanas tapiadas con tablones de madera en unas finas bandas incoloras, de tal forma que parecía que la casa estaba bajo el agua. Un horror sumergido, envuelto en el silencio de un barco hundido. El pasillo se alargaba y se alargaba sin fin, por lo que no distinguía si la distancia hasta la puerta del sótano era poca o mucha. Los escalones bajaban, bajaban y bajaban hacia la oscuridad.

En algún lugar que no veía, un reloj marcaba cómo pasaban los minutos. Sus piernas eran de plomo. Su garganta, de arena. No podía correr, no podía gritar. No podía hacer nada que no fuera estar ahí de pie mirando fijamente hacia abajo, hacia la oscuridad. No

podía hacer nada más que escuchar una sibilante voz que salía serpenteando de lo más profundo.

Vivienne.

Se incorporó en la cama de un sobresalto. El móvil se le había quedado sin batería y, por la ventana, el cielo era de un gris blanquecino. Tenía las tripas revueltas y notaba la boca agria. Odiaba despertarse así, sin energía e indispuesta. Molly y Judd, que normalmente dormían a los pies de su cama, no estaban por ninguna parte, y el aire de su habitación permanecía en calma como el respirar. Estiró los doloridos arcos de los pies y se balanceó con cuidado fuera de la cama.

Inmediatamente, supo que algo iba mal. El suelo estaba mojado y resbaladizo, como si hubiera derramado un vaso de agua durante la noche. Subió los pies rápidamente ahogando un grito. Al hacerlo, unas columnas de bruma serpentearon hacia arriba. El corazón se le paró en seco al verlo. Con las manos temblándole, se puso de rodillas en la cama y se asomó por el borde del colchón.

Un agua tan oscura y fétida como el petróleo manaba de debajo de su cama. Parecía que latía, subiendo y bajando, hasta convertirse en un ancho mar, tan profundo como una sima. Mientras miraba, paralizada por el miedo, una única burbuja se expandió por la superficie. Se le unió otra. Y otra.

Como si algo enorme estuviese emergiendo de las profundidades.

La burbuja más grande explotó con un húmedo *plop*, salpicándole la cara.

Vivienne se incorporó en la cama de un sobresalto.

Por la ventana, el cielo estaba de un amarillo aguado, húmedo. Los perros dormían sobre la cama a su lado. Molly levantó la cabeza

conforme Vivienne salía del gurruño de sábanas. Junto a ella, Judd roncaba suavemente, con las orejas pegadas a la cabeza, ajeno al pánico de su dueña. Cruzó la habitación de puntillas y abrió la puerta de golpe.

Inmediatamente, supo que algo iba mal. El pasillo al que daba su habitación no era el espacio amplio y luminoso al que estaba acostumbrada, sino que era igual de oscuro y putrefacto que la casa con la que había soñado. Y ahí, varada en las sombras, había otra Vivienne.

Una de cuatro años con el fémur expuesto, astillado y de un blanco hueso.

—No toques el agua —le advirtió. Su voz tenía el timbre agudo de una niña. Sus dientes eran afilados como cuchillas; sus pupilas, negras y tupidas—. Ahí es donde Él duerme.

Vivienne se incorporó en la cama de un sobresalto, con un grito aplastado en la garganta. El sudor le apelmazaba el pelo a un lado de la cara. Esta vez, ambos perros estaban despiertos y alertas, como si estuvieran recelosos ante un peligro oculto. Se dejó caer de la cama torpemente. El suelo estaba seco. Abrió la puerta. El pasillo estaba vacío. El corazón le latía, le latía y le latía mientras bajaba las escaleras a tientas, pasando las manos una encima de la otra por el pasamanos. Se le enganchó la piel en una afilada irregularidad y dio un brinco hacia atrás del susto.

Puñados de grandes mejillones de un azul negruzco estaban enraizados en el barniz, como percebes debajo de un muelle. El agua lamía el escalón de abajo en pequeñas olas, mojándolo. A sus espaldas, en el descansillo, los perros habían empezado a ladrar. Los escuchaba débilmente, como si proviniesen de otro mundo, como si

estuvieran ocultos tras un velo.

El agua crecía y crecía.

«Vivienne», dijo aquella horrible voz, «ven a nadar».

Se cayó hacia atrás, mientras escarbaba entre los mejillones incrustados en la escalera en busca de un sitio donde agarrarse. *Despierta*, se ordenó a sí misma. *Despierta, despierta, despierta*.

«Vivienne», volvió a decir esa voz. Solo que ahora no sonaba tanto como una criatura sino como un chico, insistente y quizá incluso un poco irritado. «Señorita *Farrow*».

Los ladridos se fueron volviendo más nítidos, hasta que sintió el ruido justo encima de ella. Logró ponerse en pie, con la intención de subir lo más rápido posible las escaleras, pero chocó, de una manera nada elegante, contra el abdomen plano y fuerte de un chico.

— Ay —dijo Thomas Walsh.

Iba vestido para la jornada con un traje impecable que, obviamente, Philip había seleccionado personalmente, y una corbata vieja raída que, obviamente, no. Llevaba un libro de texto debajo del brazo y en la mano derecha sostenía un *bagel* a medio comer. Parecía, completa y afortunadamente humano. No tenía nada afilado, nada con garras, nada sombrío. Una sensación de alivio brotó en su estómago. Vivienne tomó una gran bocanada de aire. Y otra. Y otra.

¿Eres real?, quiso preguntarle. *¿Estoy despierta?*

Pero lo estaba, estaba segura de ello. Por las ventanas se filtraba la luz del sol, esta vez del color correcto. No había nada mojado, ni frío, ni discordante. En lo alto de las escaleras, Judd soltó un gemido.

—Buenos días —dijo él. Thomas no le preguntó si estaba bien, aunque supuso que se lo merecía.

Se preguntó qué debía de estar haciendo cuando se había topado

con ella. Sacando espuma por la boca, quizá. O trepando por las paredes a cuatro patas, como la criatura maligna de una película de miedo. La vergüenza le hizo miles de pequeños cortes en las venas. No quería que él la viera así, enrollada sobre sí misma como un bicho bola, sudando el camisón y con un antifaz espachurrándole el flequillo apelmazado.

Incómoda, trató de encontrar la forma de redirigir la atención hacia él.

—*Pensaba que igual eras analfabeto.* —Abrumada por el pánico, no recordaba el signo correcto, así que optó por deletrearlo con los dedos—. *A-n-a-l-f-a-b-e-t-o.*

En cualquier caso, Thomas no parecía ofendido, sino divertido. Sus ojos se encendieron con irónica diversión.

—¿Ah, sí? —dijo él, echando un vistazo al libro que llevaba bajo el brazo—. Bueno, pues te voy a dejar impresionada pero he memorizado al menos una docena de palabras.

Vivienne optó por otra táctica:

—*Es un libro de texto. Académico.*

—Guau. No se te escapa nada.

Le estaba vacilando. Le estaba *vacilando*. Nadie le vacilaba nunca. No a la desgraciada y silenciosa Vivienne, que nunca decía una palabra. No a la guapa e intocable Vivienne, que llevaba la riqueza de los Farrow como armadura. No se hacía ilusiones sobre el tipo de persona que la gente creía que era, pero nadie le *decía* nunca nada. Signó algo débilmente, dejando caer sus manos entre ambos con los diez dedos estirados.

—Ya, pues te equivocas —dijo él, entendiéndola a la primera—. No he dejado los estudios, solo me estoy tomando un año sabático.

—*Eso no es lo que ponía en tu expediente.*

Él arqueó las cejas.

—¿Has estado fisgoneando mi expediente?

—*Si tú te entrometes en mi vida, yo me entrometo en la tuya.*

A Thomas se le extendió una sonrisa por toda la mitad inferior de la cara. Era como el amanecer: lenta, cálida y luminosa. Parecía estar absurda y beatíficamente satisfecho con su respuesta.

Lo que era una reacción totalmente opuesta a la que Vivienne pretendía conseguir.

—*No me sonrías* —le ordenó ella.

—¿Quieres saber qué es lo que creo? —le preguntó él, ignorándola —. Creo que estás más interesada en mí de lo que quieres admitir.

—*No te lo creas tanto. Me gusta tener a mis enemigos cerca.*

—No es eso —le respondió—. Te gusto.

La cara de Thomas reflejó la típica e instantánea mueca de arrepentimiento de quien no pretendía decir algo de la forma en la que lo había dicho. Las palabras revoloteaban entre ellos como una polilla atrapada: «Te gusto», «te gusto». De repente, Vivienne fue totalmente consciente de lo ridícula que debía de estar con todo el pelo enmarañado, el pijama de seda, y la cara y los dientes sin lavar.

—*Te equivocas* —signó ella—. *Te odio.*

Thomas le dio un mordisco al *bagel* y la observó mientras masticaba. El momento parecía alargarse más y más, silencioso e insoportable. Por fin, tragó.

—No te creo. Tienes media hora. Después, nos vamos.

Ella reprimió las ganas de dar un pisotón.

—*No me da tiempo a prepararme en treinta minutos.*

—Entonces, será mejor que te des prisa. —Dio otro mordisco y, con

el trozo de *bagel* en la boca, dijo—: Lo que te dije iba en serio. Si es necesario, te llevaré a clase a rastras.

El trayecto hasta New Haven fue silencioso. Fuera del coche, el cielo estaba claro, despejado y azul. Vivienne ignoró a Thomas lo mejor que pudo jugando con los conductos del aire acondicionado para que el fresquito le llegara en ráfagas intermitentes.

—No tienes por qué sentarte atrás, ¿sabes? —dijo Thomas mientras estaban parados en el tercer semáforo—. Puedes sentarte delante, que no soy el chofer de tu limusina.

Como única respuesta, Vivienne le puso mala cara y bajó la ventanilla. Un tórrido calor se coló por la rendija, impregnado del olor de los gases de los tubos de escape. Delante de ellos, el semáforo se puso en verde. En cuanto Thomas aceleró para cruzar la intersección, la ventanilla de Vivienne se cerró rápidamente. La temperatura del coche se volvió gélida. Con una mirada amenazadora, ella volvió a bajarla por segunda vez. De nuevo, él la cerró.

—Hace demasiado calor —dijo él, mientras se paraban en otro semáforo.

Tenía razón, hacía mucho calor, pero, aun así, ella no pensaba ceder. No con él. Thomas tenía los ojos fijos en la carretera y Vivienne sintió una tremenda necesidad de montar una escena. Dejándose llevar por el impulso, abrió la puerta de golpe y saltó en plena intersección. Por el carril perpendicular, los coches pasaban a toda velocidad, agitando las capas en forma de pétalo de su falda rosa en el aire.

Detrás de ella, el coche dio una sacudida y se detuvo por completo. Vivienne abrió la puerta del copiloto de un tirón y se dejó caer sobre el asiento, fresco por el aire acondicionado, solo para encontrarse con que Thomas ya estaba saliendo por la otra puerta. Ella se abrochó el cinturón mientras él volvía a sentarse en su asiento sin decir ni una palabra. Varios coches por detrás, un camionero impaciente tocó el claxon en un prolongado pitido.

Pálido de la furia, Thomas puso el coche en marcha. Sus nudillos estaban blancos en el volante. El ruido del motor cesó y Vivienne hubiera jurado que podía escuchar cómo Thomas apretaba los dientes, haciéndolos polvo.

—*Me habías dicho que me sentara delante* —signó—, *¿no?*

Él giró la cabeza y la miró, ojiplático. Cuando vio esa cara, la satisfacción la recorrió por dentro. Thomas enmascaró su sorpresa rápidamente acelerando para entrar en la siguiente curva.

—La próxima vez que vuelvas a hacer algo así —dijo él—, activaré el bloqueo de seguridad infantil.

El Stone College era soso y bastante pequeño, tanto, que su campus se extendía dentro de la propia ciudad. Desde el principio, la madre de Vivienne odió la idea de que su hija se matriculase en una institución tan vulgar como un centro de estudios superiores. Todos sus compañeros habían sido aceptados en universidades de prestigio. Harvard y Stanford. Yale, Princeton o el MIT. Mientras tanto, Vivienne ni siquiera llegó a solicitar una plaza en ninguna de ellas. Dejó que las fechas de matriculación pasaran de largo. No escribió ninguna carta de admisión ni fue a ninguna entrevista de

evaluación. ¿Qué hubiera escrito? ¿Qué hubiera dicho?

No soy yo misma, a continuación les explicaré por qué.

Su madre se quedó mortificada. Philip, aliviado.

Él prefería tenerla cerca de casa.

Stone era la opción perfecta. El conservatorio del centro ofrecía un programa intensivo de danza de ocho semanas acompañado de un considerable número de horas en el estudio y una actuación individual en la exhibición de finales de verano.

Era justo lo que necesitaba. La mantenía en forma, le daba algo con lo que ocupar sus días. Pero lo mejor de todo —y lo más importante — era que le servía de tapadera. Además, otra ventaja adicional fue que, al tener un coste tan bajo, Philip ni siquiera se había dado cuenta de que había pagado el doble de lo que costaba la matrícula.

Bajo los cálidos rayos del sol que iluminaban el estudio, Vivienne estaba de pie frente al espejo con cuidado de mantener los ojos fijos en el punto muerto justo por encima de su cabeza; con cuidado de no mirar a la criatura en el cristal.

Fuera, Thomas esperaba en el vestíbulo donde ella lo había dejado, hojeando distraídamente su libro de texto. Mientras calentaba, Vivienne se esforzó al máximo por no pensar en él ni lo más mínimo, pero le resultó más difícil de lo que esperaba. Su concentración no paraba de desviarse hacia la rendija de la puerta todo el rato. Desde donde ella estaba, justo divisaba la marcada mandíbula de Thomas, que estaba de perfil.

El estado en el que Thomas se la había encontrado esa mañana no solo había sido humillante, también había sido peligroso. ¿Qué habría pasado si se hubiera topado con ella hablando en sueños, con su voz afilada como el cristal, con sus palabras impregnadas de

veneno?

No quería pensar en ello.

No quería pensar en la última persona que la había oído, no quería acordarse de Mikhail muriéndose a un lado de la carretera o de cómo ella balbuceaba lo mismo una y otra vez cuando ya no importaba si lo hacía: «Misha, lo siento. Lo siento muchísimo. Todo esto es por mi culpa. Lo siento».

Con una mano en la barra, Vivienne empezó a practicar su *battement*, batiendo el pie en una rápida secuencia mientras ignoraba cómo el cuerpo del espejo daba vueltas con ella, siempre medio paso por detrás y con una sonrisa en la cara.

Casi había pasado la primera hora cuando su móvil vibró y se iluminó.

Justo a tiempo.

Reed Connolly podía ser muchas cosas —la mayoría de las cuales hacían que Vivienne se subiera por las paredes—, pero impuntual no era una de ellas. Sacó el móvil del caos rosa de su bolsa y abrió el mensaje.

Reed

Estoy fuera.

La arrolló una fría avalancha de algo que no lograba identificar. Se metió el móvil en la cinturilla de la falda y se puso las deportivas, con la atención puesta en el vestíbulo. Thomas seguía absorto en su lectura mientras golpeteaba un ritmo silencioso con el pulgar sobre la página. Vivienne se puso a pensar, y no era la primera vez que lo hacía esa mañana, en que todo esto sería mucho más fácil si él no estuviera aquí. Él no era Mikhail. No entendía qué había en riesgo.

Y si ella se salía con la suya, nunca tendría que entenderlo.

Cuando por fin se escabulló por la puerta, no fue hacia el vestíbulo donde la esperaba Thomas, sino hacia el pasillo norte, que estaba desierto. Un chico deambulaba por la puerta giratoria, con un portafolio de cuero bajo el brazo.

—No puedes mandarme un mensaje dándome órdenes y esperar que lo deje todo —espetó Reed Connolly, predeciblemente furioso.

De un pálido enfermizo y lo bastante delgado como para rozar lo demacrado, tenía un aspecto sumamente vampírico. Llevaba el pelo moreno rapado en un degradado y las orejas adornadas con unos *piercings* industriales. Ante todo, Reed era la viva imagen del típico estudiante de la facultad de artes: desde las botas militares hasta los tatuajes florales de media manga, pasando por las finas rayas afeitadas en las cejas. Pero también era otras cosas. Era miembro de un club. Un fanático del ocultismo.

Su enlace directo con Jesse Grayson.

Quien le ayudaría a meter cabeza.

Él era, en definitiva, la única razón por la que Vivienne se había matriculado en Stone. El conservatorio de verano había sido un elemento clave en sus negociaciones. «Tendrás que darme algo a cambio», le dijo Reed aquella primera noche, cuando ella fue a pedirle ayuda. «Es un club privado. Existen reglas para proteger el anonimato de sus miembros. Si quieres conocer al tío que escribió esta tesis, tendrás que compensármelo para que ayudarte me merezca la pena».

—*Necesitaba hablar contigo* —le signaba ella ahora—. *Es importante.*

Él soltó un bufido y se frotó la cabeza con la mano.

—Tienes dos minutos.

Ella levantó cinco dedos.

—Tres —replicó él—. Me estoy saltando una clase.

—*Cinco* —volvió a signar, obstinada. Y, después, por si a Reed se le había olvidado, añadió—: *Soy yo quien te paga la matrícula.*

El chico se mordió el aro que llevaba en el labio, y Vivienne vio claramente cómo se le pasaba por la mente echarse atrás. Al final, apoyó la espalda en la pared con un quejido y optó por no hacerlo.

—Dios, eres lo puto peor. Venga, habla.

—*Necesito que le des algo a J-e-s-s-e de mi parte.*

—¿Para esto me he saltado la clase? ¿Para ser tu chico de los recados? Dáselo tú misma.

—*No puedo. No contesta a mis mensajes.*

Reed soltó una falsa risotada.

—¿Por qué será?

—*No bromees. Esto es serio.*

—Oh, vaya, lo siento —dijo él—. ¿Crees que no soy consciente de la gravedad de la situación? ¿Sabes en la de problemas que puedo meterme por esto? Si alguien se entera de que estoy compartiendo secretos oficiales del club contigo, soy hombre muerto. Y no hablo metafóricamente. Me refiero a estar criando malvas bajo tierra.

—*No seas dramático. Nadie va a matarte.*

—Es adorable que pienses eso —respondió Reed—. Mira, te dije que lo dejaras estar. Si llego a saber lo que planeabas hacer con esa tesis, nunca te hubiera presentado a Grayson, eso ya de primeras.

—*Es un cobarde.*

—No, es prudente. Hay muchos ojos puestos en él. Déjalo tranquilo, Viv.

—*No puedo. Le necesito.* —Vivienne rebuscó en su bolsa, sacó un

sobre de papel manila y se lo dio a Reed—. *Dile que le eche un vistazo a esto. Creo que le hará cambiar de opinión.*

—¿Qué es? —Reed abrió el sobre con el pulgar y extrajo la primera página—. ¿Dinero?

—*Es privado* —signó ella, mientras intentaba, sin éxito, quitarle el sobre. Reed lo sujetó lejos de su alcance y, conforme leía el impreso, abría cada vez más los ojos.

—Joder. ¿De quién son estos mensajes? ¿Tuyos y de Grayson?

A Vivienne se le ruborizaron las mejillas. Intentó quitarle el sobre una vez más.

—Para que luego digan que el romance ha muerto… —dijo, asombrado, mientras volvía a introducir los papeles en el sobre y lo cerraba—. Esto es chantaje.

—*Es un incentivo.*

—Es una forma de verlo. —Reed guardó el sobre en su portafolio —. Mira, la cuestión es que Grayson forma parte de un todo. Todos lo somos. Ese es el trato que hacemos cuando nos unimos al club. No puedes amenazarlo para que te haga ese exorcismo casero tuyo sin que el resto de la Casa se entere. Y no creo que te hayas parado a pensar qué significa eso realmente.

—*No tengo elección* —signó Vivienne. Apretó los dientes, como si al hacerlo pudiese ahogar aquello que se retorcía en su interior, como si pudiese evitar que la Vivienne de dientes afilados y ojos monstruosos la engullese por completo—. *Está empeorando.*

—Está bien. —La mirada de Reed se suavizó ligeramente—. Lo entiendo, pero ¿puedo darte un consejo? Está demasiado arriba en la jerarquía. Grayson, me refiero. La Casa vigila todo lo que hace. Si te involucras demasiado, te vigilará a ti también.

Se dio la vuelta para irse, pero ella lo detuvo interponiéndose en su camino hacia la puerta.

—*¿Qué quieres decir con que me vigila?*

—Tus cinco minutos se han terminado.

Vivienne no le dejó pasar.

—*Cuéntamelo.*

Podía ver cómo Reed consideraba cuánto tenía permitido divulgar. Finalmente, dijo:

—Todo club tiene un líder. Nosotros tenemos al nuestro. ¿Crees que Grayson y yo estamos metidos en mierdas ocultas? Pues el presidente es mil veces peor. Mantiene un perfil bajo, pero él sí que es un auténtico fanático de lo oculto. Él es quien financia todo. Y si supiera que te estás mezclando con sus iniciados, si tan solo sospechara lo que tienes entre manos tras todo ese rosita, él mismo iría a por ti.

Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

—*Pero ¿por qué?*

—Porque eso es lo que pasa cuando alborotas un avispero, Viv. —Reed miró por encima de la cabeza de Vivienne y un gesto de sospecha le cruzó la cara—. ¿Quién mierda es ese?

Vivienne miró hacia atrás y vio a Thomas, que se dirigía hacia ellos sin vacilar con una mirada inescrutable.

—¿Conoces a ese tío? —preguntó Reed. Al ver la cara que puso ella, dijo—: Perfecto. En ese caso, este me parece un buen momento para largarme. Le daré tu mensaje a Grayson, pero hazme un favor: no me mandes mensajes a menos que sea una emergencia de verdad. Ahora mismo, la Casa me vigila a mí también.

Dicho eso, empujó la puerta giratoria y salió al paseo abarrotado.

Vivienne lo observó marcharse, ignorando a Thomas cuando este se detuvo a su lado. Juntos, vieron cómo Reed doblaba la esquina y desaparecía.

—¿Quién era ese? —La voz de Thomas era falsamente desinteresada.

Vivienne se acomodó la bolsa.

—*Un amigo.*

—¿Ah, sí? ¿Y cómo se llama?

—*No es asunto tuyo.* —Empujó la puerta y salió al calor asfixiante de las primeras horas de la tarde. Thomas la siguió muy de cerca.

—Estás enfadada conmigo.

—*Guau* —signó ella, dándole en la cara con las mismas palabras que él había usado por la mañana—. *No se te escapa nada.*

Thomas le sonrió con deportividad y tomó la bolsa de danza del hombro de Vivienne.

—No intento fastidiarte. Es solo que no puedes largarte sin mí así, sin más. Se supone que tengo que hacerte de intérprete.

—*No mientas. Se supone que tienes que espiar a mis amigos.*

A su favor, Thomas no lo negó.

—Puedo averiguar el nombre por mis propios medios, pero me ahorraría mucho tiempo si fueras sincera conmigo.

Durante una milésima de segundo, Vivienne se permitió preguntárselo, se dio el lujo de imaginarse cómo sería ser sincera. ¿Qué haría Thomas si le contara todo aquí y ahora? ¿Si le dijera que hay algo viviendo dentro de ella que acapara todo el espacio y que envenena a quien tiene la mala fortuna de escucharlo hablar? ¿Si le dijera que todo estaba empeorando por momentos y que a veces *ella* era la chica en el espejo y la criatura la que estaba en su piel?

¿Qué diría Thomas si le contara que había encontrado una forma para extirpar esa cosa fuera de ella?

¿Si supiera que lo habían contratado para asegurarse de que ella no lograra hacerlo?

Thomas Walsh no era un intérprete. Era un saboteador.

Y él ni siquiera lo sabía.

—*P-h-i-l-i-p se cabreará mucho si no llego para la cena* —signó—. *Si no quieres perder tu trabajo, deberías llevarme de vuelta.*

Dicho eso, Vivienne se fue enfadada y sola en dirección al coche.



Las cenas familiares de los Farrow eran siempre algo penoso, pero esa noche estaba siendo incluso peor que de costumbre. Philip estaba actuando de forma extraña, sonriendo a Vivienne desde el otro lado de la mesa mientras esta movía la comida de un lado al otro del plato.

—Tengo una tarea para ti —dijo Philip a mitad de su segundo plato de pollo *cacciatore*. Vivienne fingió no haberlo oído. Pinchó un pimiento y pensó seriamente en clavarse el tenedor en la mano.

Intentó pensar en cómo podrían haber sido sus cenas si Philip nunca hubiera aparecido en sus vidas. Si su madre siguiera siendo Amelia Miller, una embarazada de siete meses contestando llamadas en la recepción de un despacho de abogados de Nueva York. Quizá vivirían en un pequeño apartamento en Brooklyn. Ellas dos solas y un gato. Quizá iría a clase en metro.

—¿Y bien? —Irritado por el silencio, Philip dio un golpe en la mesa con ambos puños. Al otro extremo estaba sentada la madre de Vivienne, pálida y ojerosa. Ella tampoco había tocado apenas el

plato. El repentino golpe la estremeció.

—Estará encantada de hacer lo que le pidas, querido.

—Eso espero —dijo Philip. Se dio unos toquecitos en la comisura de la boca con la servilleta de tela antes de volver a colocársela sobre el regazo—. ¿Te acuerdas de Bill Donahue? Él y su familia estuvieron en la campaña de recaudación de fondos el pasado invierno. Su hijo, Bryce, se quedó embelesado contigo, si no recuerdo mal.

Vivienne atravesó una pechuga de pollo guisada con las puntas del tenedor. Se preguntó si alguien se daría cuenta si vomitaba sobre el plato.

—Están preparando a Bryce Donahue para que se haga cargo de la empresa de su padre —continuó Philip—. Digamos que tiene su propio estilo a la hora de hacer las cosas y eso está ralentizando la inminente fusión. No necesito a nadie que innove, solo a alguien que se rinda y acate las órdenes. La empresa no va bien y va a ser absorbida por otra más grande. Así son los negocios.

—*Así son los negocios* —signó ella justo cuando él terminaba de decirlo, rozando la parte de arriba de su mano izquierda con la derecha. Era la frase favorita de Philip. Vivienne se la sabía de memoria.

Philip la miró entrecerrando los ojos, tratando de discernir si se estaba riendo de él o no. Ella le devolvió la mirada acompañada de un lento pestañeo y una sonrisa comedida.

Con cautela, Philip dijo:

—Bryce Donahue necesita unas clases sobre las cuotas de mercado. Les he invitado a él y a su padre a cenar mañana.

A Vivienne se le atascó el aire en los pulmones.

—Philip, *por favor* —dijo Amelia, mirando fugazmente a su hija—,

ya sabes lo que opino de que te traigas el trabajo a casa.

—Me llevaré una comisión muy jugosa por la adquisición en cuanto el joven Donahue esté fuera de juego. —Philip tomó otro bocado de su plato y siguió hablando con la boca llena de pollo—. Con esa cantidad de dinero, podrás redecorar hasta la última habitación de esta casa si quieres.

No podía hacerlo. No podía estar ahí sentada ni un minuto más escuchándolos discutir. Anticipando lo que pasaría después.

Así eran los negocios. Nunca era nada personal. No para Philip. Todo lo que él hacía era por el bien del bufete. Cada tumba cavada. Cada cuerpo enterrado desde aquella fría mañana de septiembre cuando Philip se encontró con su chofer exhalando su último aliento y vio, en los ojos llorosos de su temblorosa hijastra, una oportunidad.

Muerta del asco, Vivienne empujó la silla hacia atrás y se levantó para irse de la mesa. De inmediato, la sonrisa abandonó la cara de Philip.

—¿Dónde crees que vas?

—*A cualquier parte menos aquí* —signó—. *Esta conversación me está poniendo enferma.*

—Ha preguntado si puede excusarse —interpretó su madre, con apenas una mirada en la dirección de Vivienne. No es que importara. Podría haber signado el *Manifiesto comunista*, que su madre se hubiera inventado la traducción. Tomándose aún más libertades, Amelia añadió—: No se encuentra muy bien esta noche.

Philip dejo el tenedor sobre la mesa y se reclinó en la silla, con los dedos entrelazados encima de la tripa. Durante unos minutos, observó a Vivienne a la luz de los candelabros encendidos sobre la

mesa, evaluándola.

—¿Es eso cierto? ¿No te encuentras bien?

Mentir era algo que a Vivienne le resultaba fácil, así que asintió.

—Vaya, no podemos permitir eso, ¿verdad que no? La cena es mañana por la noche. Espero que te comportes. Hazte amiguita de Donahue, haz que se sienta bienvenido. Si todo sale según el plan, pronto le llevaremos de pesca.

Vivienne miró fijamente a su padrastro, al otro extremo de la mesa, y se preguntó qué haría si volcaba la mesa. Si arrancaba el mantel y partía los candelabros, si tiraba los platos contra la pared con la fuerza suficiente como para hacerlos añicos.

Se preguntó si Philip lloraría si ella le dijera lo que pensaba de él en voz alta. A veces lo hacían. Llorar. Y también suplicaban. Se arrastraban. Sacaban espuma por la boca y se retorcían por el suelo. Lo único que tenía que hacer era gritar. Era una despreciable medusa, con la boca llena de serpientes. Una sirena, con la voz llena de veneno.

Una sola nota y mandaba a los hombres a la tumba.

No hizo nada de eso, por supuesto. No lanzó ni platos ni gritos. Se quedó ahí de pie como una muñequita y esperó a que la excusaran. Al final, siempre hacía lo que le pedían. Era obediente hasta la médula. Ese era el problema. En los puños, las uñas se le clavaron en las palmas en forma de medias lunas.

Con desaprobación, Philip dijo:

—Puedes irte.

Vivienne giró en una tensa pirueta y caminó hacia a la puerta. No llegó muy lejos antes de que Philip dijera su nombre. Cuando se giró para mirarle, el brillo había vuelto a los ojos de su padrastro. Quería

encogerse y alejarse de él. Sacar unas garras afiladas como un gatito y arrancarle esa mirada a arañazos. Distraído, Philip giraba y giraba el horrible anillo de sello que llevaba en el dedo, de un blanco hueso sin brillo que no reflejaba la luz.

—Ve de azul marino —dijo, con un tono que no admitía discusiones—. Por encima de la rodilla. Queremos causarle una buena impresión al joven Donahue, ¿verdad?



5

Thomas

Al día siguiente, Thomas llevó a Vivienne en coche hasta New Haven sin incidentes. Se sentó fuera del estudio y hojeó un libro de ejercicios sobre destrezas prácticas, rellenando las autoevaluaciones con un lápiz hasta que se le partió la punta, le empezó a doler la cabeza y se sintió más perdido que nunca. Cuando Vivienne hubo terminado, interpretó una breve conversación informal con su orientador.

Más tarde —después de hacer de mediador en una cafetería de por allí— condujeron de vuelta a casa en silencio. La radio estaba apagada. El té helado de Vivienne se calentaba y goteaba en el posavasos que había entre ambos. Por las ventanillas, los árboles pasaban a toda velocidad en ráfagas de un verde muy vivo. Thomas tamborileaba en el volante con los pulgares y fingía que no notaba que ella le observaba por el rabillo del ojo.

Cuando llegaron a casa, Vivienne salió del coche antes incluso de que él pudiera ponerlo en modo *parking*. Para cuando la alcanzó,

sudando el traje, ella ya había recorrido la mitad del camino de entrada. Sin decir ni un mísero «gracias», Vivienne entró y se encerró en su habitación en el piso de arriba.

Ya no volvió a salir.

Thomas se pasó el resto del día en el gimnasio, quemando su frustración levantando pesas. Cabreado consigo mismo por enfadarse tan fácilmente con ella. Lo mirara por donde lo mirase, el día había ido bien. Perfecto, incluso. No había habido ni luchas de poder, ni riñas. Ella se había comportado y él también.

Así es como se *suponía* que debía ser su trabajo.

Pero… siempre había un pero.

Cuando terminó su sesión en el gimnasio, sudado e irritable, se encontró con Amelia Farrow esperándolo en el pasillo al que daba su habitación. Thomas se detuvo, con la toalla colgada alrededor del cuello, y esperó a que ella lo saludara.

Por regla general, la madre de Vivienne lo evitaba. La última vez que habían hablado había sido la mañana en la que casi pierde el trabajo. Y, por la expresión de su cara, Thomas no tenía muy claro que esta conversación fuera a ser muy diferente.

—Philip celebra una cena de trabajo esta noche —dijo Amelia, mientras hojeaba con calma lo que parecía ser una revista de decoración—, y Vivienne debe acudir.

—Vale.

Amelia cerró la revista con un largo suspiro de desesperación, como si Thomas hubiese dicho exactamente lo que no tenía que decir.

—Se niega a entrar para arreglarse. Hoy no tengo ni el tiempo ni la energía para lidiar con ella. Tengo una migraña terrible.

—Siento oír eso, señora —repuso Thomas.

—Haz algo al respecto, *por favor*.

—¿Con la… —Thomas dudó, confuso— migraña?

Amelia lo miró por encima del hombro, como si Thomas fuera un poco corto.

—Con Vivienne. Mi hija. Habla con ella. Y hazlo cuanto antes. —Se pellizcó el puente de la nariz y se lo masajeó con el pulgar y el dedo índice—. Es muy lenta para arreglarse y la cena es dentro de una hora.

—¿Debo asistir yo también a la cena?

—¿*Tú*? —Parecía escandalizada solo de pensarlo, como si acabase de sugerir traer una rata con la rabia a la casa—. ¿Para qué?

—Bueno… —Thomas vaciló. La respuesta le parecía bastante obvia —. Para interpretar.

Los ojos de Amelia mostraron un genuino y obvio destello de desagrado.

—Soy perfectamente capaz de interpretar para mi hija, gracias.

—No pretendía ofenderla, señora —se disculpó él—. Yo solo…

—Puedes pasar el resto de la tarde en la habitación de invitados —dijo ella, no tanto como una sugerencia sino como una orden—. Tu presencia no será necesaria.

Tras una corta búsqueda, Thomas encontró a Vivienne tumbada en la piscina, bronceándose con un bikini de cuadros. No estaba sola. Frances Lefevre también estaba ahí, sentada en el borde de una tumbona, toqueteando una cámara de aspecto *vintage*. Tumbada a su lado había otra chica que Thomas no reconoció. La música

retumbaba, con el sonido de un bajo saliendo de un altavoz con forma de roca que había debajo de un seto cercano. La tercera chica, la que no había logrado identificar, se incorporó cuando lo vio acercarse, haciendo que unos rizos oscuros le cayeran por los laterales de su cara ovalada.

—Vivienne —dijo la chica, bajándose las gafas de sol—. Mikhail 2.0 está aquí.

Vivienne abrió un ojo y miró a Thomas antes de volver a cerrarlo. Indolente como un gato, se dio la vuelta para tumbarse sobre la espalda. Fue como si él no estuviera allí en absoluto.

—Tu madre te llama —dijo él—. Dice que ya es hora de que te arregles para la cena.

—¿Qué eres? ¿Un sirviente o qué? —bufó Frances.

—Yo solo soy el mensajero. La cena empezará dentro de una…

—¿Cuánto mides? —lo interrumpió la tercera chica, que seguía estudiándolo de cerca—. ¿Uno ochenta?

—Uno noventa —respondió Thomas—. ¿Tú quién eres?

—¿Vas en serio? —Ella abrió los ojos de par en par—. ¿Vivienne no te ha hablado de mí?

—No es que me cuente muchas cosas.

—No me lo puedo creer —siguió la chica, indignada—. ¿Ni siquiera de pasada?

—Ella es Hadley —dijo Frances con tono monótono—. Su padre es el jefe de policía.

—Oye, ese *no* es el rasgo que mejor me define, Frances. Odio cuando me presentas así. —Hadley se sentó con las piernas cruzadas y se giró hacia Vivienne—. Esto me parece criminal, Vivienne. Ha conocido a *Reed* antes que a mí.

Al oír el nombre, Vivienne se incorporó como un resorte, pero ya era demasiado tarde.

—Reed —repitió Thomas—. ¿Quién es ese?

Hadley se quitó las gafas de sol.

—¿Cómo que quién es Reed? El lugareño gótico que Vivienne solía… —No terminó la frase. Vivienne se echó hacia delante y le tapó la boca con la mano, haciendo que se callara.

—Genial —repuso Thomas—. Muy maduro por tu parte.

—¿Verdad que sí? —dijo con voz inexpresiva, sin apartar la vista de su cámara—. Viv, es la última vez que te presto algo. Creo que te has cargado el objetivo.

Y así, sin más, empezaron a ignorarlo de nuevo, como si fuera una gaviota dando saltitos por ahí buscando restos de comida. Lo arrasó un cabreo abrasador.

Se metió en el jardín, localizó el enchufe más cercano y desenchufó el altavoz. La música dejó de sonar. Se hizo el silencio y tres pares de ojos se posaron sobre él.

—Se acabó la fiesta —dijo—. Ya es hora de que se vayan tus amigas.

Vivienne se levantó, furiosa, de la tumbona.

—*Vuelve a poner la música.*

—No, creo que no.

—En realidad yo me voy a ir ya —dijo Frances levantándose también—, me estoy quemando.

—Voy contigo —añadió Hadley—. Aquí hay un poco de mal rollo.

Recogieron sus cosas rápidamente, se pusieron los vestidos y metieron sus botellas de agua en las bolsas de playa mientras iban lanzándole alguna miradita a Vivienne. Mientras tanto, Thomas y

Vivienne se quedaron de pie, uno frente al otro, como dos piezas en un tablero de ajedrez. Ninguno de los dos decía nada. Este era un tipo de silencio distinto al que habían guardado en el coche. Ese aburría.

Este quemaba.

Vivienne podía sentirlo también. Dio un respingo cuando la puerta de la verja se cerró de golpe.

—*Tú no eres quién para decirme lo que tengo que hacer.* —signó. Cada gesto era como una bofetada.

—Soy consciente, sí —contestó él—. Pero sí puedo motivarte.

Esto llamó la atención de Vivienne, quien ladeó la cabeza, con la mirada recelosa, esperando a escuchar qué es lo que Thomas tenía que decir.

—Tú y yo sabemos que esperan que te vigile. Tu padrastro quiere que le cuente con qué tipo de gente te juntas. Y me da la impresión de que tú no quieres que él se entere de quién es Reed.

Conforme entendía la situación, la boca de Vivienne se tensó hasta arrugarse.

—*Me estás amenazando.*

—Estoy negociando contigo, señorita Farrow.

Vivienne se puso pálida.

—*No puedes decir nada.*

—No lo haré —le prometió, pero ahora le mataba la curiosidad—. Puede ser nuestro secreto, siempre y cuando subas a tu cuarto y te pongas un vestido para la cena.

Al final fue él quien se salió con la suya, pues la amenaza de

delatarla ante Philip fue más que suficiente para que Vivienne cooperase y fuera a prepararse.

Su triunfo fue bastante breve. Se pasó toda la tarde solo en su habitación, haciendo *zapping* por los infinitos canales de su televisión y viendo cómo el sol se ponía detrás de los árboles. Cuando no encontró nada que ver, se dejó caer sobre la cama y se puso a lanzar al aire un calcetín hecho una bola, en un patético y repetitivo tirar y atrapar.

Fuera, por la casa, oía los típicos ruidos de una cena, conversaciones, momentos de risas, el tintineo de los cubiertos. Se sintió como un perro, encerrado en una jaula para evitar que mordiese a los invitados. No recordaba haberse aburrido tanto en su vida. Los veranos anteriores, solía cargar la camioneta con sus amigos y conducir hasta Becket Quarry, donde pasaban las tardes zambulléndose en el agua desde el acantilado de la antigua cantera y los atardeceres apiñados alrededor de una fogata. Pero todos ellos se habían ido a buscarse la vida, a convertirse en alguien. Todos estaban persiguiendo algo mejor.

Él era el único que se había quedado atrás. En un círculo vicioso, sin lograr nada.

Rodó hasta ponerse de lado y observó cómo el cielo se oscurecía.

Poco a poco, los ruidos de las conversaciones se fueron reduciendo, cada vez más espaciados. Thomas se dejó llevar, adormeciéndose, arrullado hasta quedarse dormido en el silencio crepuscular.

Horas más tarde, se incorporó tras oír un fuerte golpe, un portazo en la distancia.

Todo estaba en completa oscuridad; por la ventana, el cielo se

encontraba salpicado por la luz de las estrellas. Se sentó muy quieto en la cama, escuchando con atención, pero lo único que oía era el molesto ruido de su propia respiración aserrada en los oídos. Hacía rato que la cena había terminado y la casa estaba tan silenciosa como una tumba. Lentamente, volvió a recostarse sobre la almohada.

Thomas no supo cuánto tiempo estuvo ahí tumbado, mirando al techo y deseando que le entrase el sueño, antes de que las luces con sensor de movimiento del jardín se encendieran. Volvió a incorporarse, sobresaltado, y miró hacia la ventana. Fuera, en la oscuridad, una figura solitaria se tambaleaba, como mareada, atravesando la zona iluminada.

Era Vivienne, dirigiéndose hacia la piscina.

Thomas se acercó hasta la ventana, protegiéndose del destello de las luces con la mano. Solo veía su silueta, la falda de su vestido de cóctel cayéndole desde la cintura como una campana. Durante unos segundos, se asomó precariamente al agua desde el borde de piedra, como si estuviera pensando en saltar. Sin embargo, solo vaciló un poco más antes de caer de rodillas. Enterrando la cara entre las manos, empezó a llorar.

Thomas se sintió como un mirón, ahí de pie, observándola.

Pero no apartó los ojos.

Finalmente, las luces con sensor de movimiento se apagaron. Por un instante, Thomas se quedó completamente a ciegas, parpadeando para adaptar la vista de nuevo. Poco a poco, la figura de Vivienne reapareció, iluminada desde abajo por las luces de la piscina.

En la oscuridad, empezó a sentirse inquieto. Era un momento íntimo, y él se estaba inmiscuyendo. Agarró las cortinas y tiró de ellas con la intención de cerrarlas sin llamar la atención. No

funcionó. Los ojales golpetearon ruidosamente la barra de las cortinas. De inmediato, Vivienne alzó la barbilla. Ante el movimiento, las luces se encendieron y ambos quedaron completamente visibles. Sus ojos se encontraron a través del cristal justo cuando él cerró las cortinas de un tirón.

Thomas se quedó ahí unos segundos más. Con el corazón latiéndole a mil por hora y con el pecho partido en dos, en un abismo demasiado profundo como para explorarlo, demasiado peligroso como para intentarlo siquiera.

—Mierda —dijo, en la quietud de su habitación.

Reprimiendo el bochorno de que le hubiera descubierto, volvió a meterse en la cama. Se tumbó boca arriba, mirando al techo fijamente y con la cara ardiendo.

No durmió nada.



A la mañana siguiente, se arrastró fuera de la cama y salió a correr, determinado a olvidarse de la imagen de Vivienne sollozando en la piscina. Se encontró con Philip en el camino de la entrada, metiendo un maletín en el coche. Este cerró la puerta justo cuando vio a Thomas y le sonrió simpático.

—Aquí estás —soltó Philip, a un volumen tan alto que hizo que una golondrina cercana saliera volando—. Quería decirte que tienes libre el fin de semana que viene.

Thomas parpadeó.

—¿Qué?

—*El fin de semana que viene*, Walsh. —repitió Philip, esta vez con un amplio movimiento de la mano. Con la luz, el oro de su anillo de

sello le brilló en el meñique. La piedra plana blanca que lo decoraba, no—. Imagino que no pensarías que estarías trabajando aquí todo el verano sin tener algún descanso de vez en cuando.

—Pero la señorita Farrow…

—Estará conmigo —le aseguró Philip—. Es una de nuestras pequeñas tradiciones veraniegas. Un sábado al mes vamos a pescar al Sound, en Long Island. ¿Tú pescas?

Thomas se acordó de una lejana tarde de verano con su tío, sentados en una barca que giraba perezosa en hélice en Pegan Cove, con un cubo lleno de lucios y una neverita de cervezas Pabst Blue Ribbon goteando entre ellos. El apacible silencio solo se rompió con el graznido de una garceta y el familiar acento marcado de su tío diciendo: «Tu madre me ha dicho que te has estado metiendo en peleas en el instituto».

Se aclaró la garganta y dijo:

—No con frecuencia.

—A la mayoría de los hombres de mi sector les gusta el golf —dijo Philip, mientras efectuaba un *swing* imaginario con una técnica impecable—. Se pasan todo el día achicharrándose en el campo de golf y ¿para qué? ¿Para hacer algún contacto? Yo prefiero pasar el día en el mar. Es bueno para el alma. Y también es bueno para Vivienne. De vez en cuando, me gusta llevarla a nadar con tiburones. A codearse con gente influyente, ya sabes, para que vea cómo se hace el dinero. Es una buena lección de vida, ¿no crees?

—Sí, señor —respondió Thomas.

Philip miró hacia el sol, protegiéndose los ojos con la mano.

—Quizá algún día puedas venirte con nosotros. ¿Has navegado alguna vez en el Sound?

—No.

—Es un estuario. No es muy profundo, unos dieciocho o diecinueve metros de profundidad como máximo. ¿Pero si vas hacia el extremo este? En algunas zonas el agua baja hasta los noventa metros. Si se te cae algo por la borda, ya te digo yo que no vuelves a encontrarlo. Me gusta ese tipo de inmensidad. Estoy seguro de que sabes de lo que te hablo.

Thomas frunció el ceño, sin saber a qué se refería.

—No sé, señor.

—No hace falta que te hagas el inocente. —Philip alargó el brazo y le agarró del hombro—. Como te comenté, estuve investigando. No me encontré con tu currículum por casualidad, ¿sabes? El hijo de un antiguo colega iba a la misma facultad que tú.

Esto pilló a Thomas por sorpresa y, pese al calor que hacía, se quedó frío de repente.

—Ah.

Si Philip notó lo incómodo que estaba, no lo demostró.

—Me han dicho que algunos de los chicos de tu fraternidad están metidos en temas de ocultismo. ¿Alguna vez has participado tú en algo así?

—No —dijo Thomas, sin más explicación. Después, deseando cambiar de tema, añadió—: Lo siento, es solo que no me imaginaba a la señorita Farrow como el tipo de chica a la que le gusta pescar.

La sonrisa de Philip vaciló.

—La tenemos un poco consentida —dijo—, ¿verdad? Es cosa de su madre, me temo. Por eso lo hacemos. Pasar el día en el mar de vez en cuando es bueno para el espíritu. Tómate el fin de semana libre, Walsh. Ve a casa y pasa tiempo con tu familia. Te lo has ganado.

Thomas pasó el resto del día solo. Philip se fue a la ciudad a trabajar, Amelia a su clase de *spinning* y luego de comida con sus amigas. Vivienne se quedó encerrada en su cuarto todo el día, sin nada en el horario. Ningún compromiso, ni entreno en el estudio, ni clases. Cuando Thomas volvió de correr, la casa estaba tan silenciosa que lo dejó helado hasta los huesos.

En su cabeza, los pensamientos revoloteaban sin parar. Había corrido a toda velocidad prácticamente todo el trayecto y aun así no había podido quitarse de encima la inquietud que lo perseguía. No es que hubiera pensado que había acabado en el puesto sin haberlo solicitado siquiera por una extraña serendipia, sabía que Philip Farrow lo había buscado con marcada intención.

Era solo que había asumido que la razón por la que lo había hecho era por su dominio de la lengua de signos.

Ni se le había pasado por la cabeza que sus *estudios* hubiesen tenido algo que ver.

Tampoco estaba seguro de en qué sentido había afectado su conexión al Priorato.

Como muchos otros estudiantes que necesitaban una ayuda económica, Thomas se presentó a un examen para obtener una beca, mediante el que se decidiría qué campo sería el más adecuado para él. Había sido idea del orientador de su instituto. Desde la muerte de su padre, Thomas iba con el piloto automático, tan preocupado por cómo iban las cosas en casa, que había dejado de centrarse en cómo iban en el instituto. Sus notas empeoraron. Lo echaron del equipo de *lacrosse*. Empezó a buscar formas de canalizar su ira, así que pasaba

la hora de la comida metiéndose en peleas, y los sábados en el aula de castigo.

Hasta que el orientador no le puso la solicitud de la beca delante de las narices, Thomas ni siquiera se había planteado qué quería hacer más adelante.

El día que llegó la carta del Comité de Subvenciones y Becas estaba cortando el césped del jardín. Thomas trasteó con las cuchillas del cortacésped, con el corazón en la garganta y las expectativas bajas, mientras Tessa abría el sobre sellado con lacre.

«Estimado señor Walsh», leyó Tessa. «Enhorabuena por un trabajo bien hecho. Ha resultado beneficiario de una de nuestras becas de trabajo y ayuda al estudio…».

Ya no se acordaba del resto, solo de oír a su hermana gritarle al oído y de sentir el suave palpitar de la esperanza en lo más profundo del pecho.

No le gustaba pensar en ello, en lo rápido que esa esperanza había muerto. Puso todo su empeño en dejar la mente en blanco mientras se duchaba y se cambiaba de ropa, aún con flato en el costado. Se echó largo en la cama, abrió los brazos y le dio al botón para encender la televisión, resignado a otro día sin hacer nada.

Pero la pantalla no se encendió.

Tuvo que trastear varios minutos para encontrar dónde estaba el problema. Detrás del mueble de la televisión, alguien había cortado los cables, con un corte limpio, como si hubieran usado unas tijeras de podar. Se le hizo un nudo de rabia en la garganta.

«Niñata», murmuró, mientras volvía a empujar el mueble a su sitio.

Inquieto —buscando pelea— se dirigió al salón. Los perros ya

estaban ahí, dormitando en el sofá. Molly levantó la cabeza nada más verlo, con las orejas y los ojos bien alerta.

«Bu», les dijo.

Eso los hizo salir despavoridos de inmediato. Thomas se dejó caer en el sofá, ahora libre, encontró el mando y encendió la televisión. Subió el volumen al máximo. Tronaba en el silencio de la casa, llevando al límite el sonido envolvente de la televisión.

«Tres», susurró. Estaba comportándose como un idiota, picándola de esta forma.

«Dos». Pero algo tenía que cambiar, y no iba a ser él.

«Uno». Oyó un portazo en el piso de arriba. El consecuente nudo en el estómago que sintió no se debía completamente al enfado, y eso fue lo que más lo enfureció.

Unos segundos después, Vivienne apareció envuelta en una sudadera azul cielo que le llegaba casi hasta las rodillas. Los perros la flanqueaban, como si hubieran ido a buscarla personalmente. Thomas le lanzó una mirada acusatoria por el rabillo del ojo y bajó el volumen.

—Deberías decirle a tu madre que llame a control de plagas —dijo fríamente—. Tenéis ratones en casa.

Vivienne llevaba la cara inflamada y los ojos hinchados, como si hubiera estado llorando en el piso de arriba. A Thomas le vino brevemente la imagen de ella en la piscina, su piel plateada bajo la luz y los hombros temblándole. Le atravesó un hilillo de culpabilidad, pero aun así, continuó.

—Uno de ellos me ha mordido los cables de la televisión con un corte limpio. ¿No te parece raro? —Volvió a dirigir su atención a la pantalla, apoyando la barbilla en el puño—. Parecía algo bastante

personal, de hecho. Creo que igual el ratón estaba cabreado conmigo.

Ahora que ella estaba ahí, no sabía qué venía a continuación. Lo único en lo que había pensado era en atraerla, en hacerla salir para que viera de primera mano que no lo iba a intimidar. Se preparó para que lo echara o, al menos, lo insultara de algún modo u otro.

Pero en vez de eso, Vivienne pasó por encima del respaldo del sofá y cayó hecha un ovillo en el otro extremo. Sorprendido, Thomas la miró. Estaba sentada a varios cojines de distancia, mordiéndose las uñas y con las rodillas dentro de la sudadera. Ni siquiera lo saludó. Durante un rato, ambos miraron cómo una cámara seguía a un grupo de ballenas jorobadas por las aguas heladas del Ártico. Por debajo de la firme voz de barítono de un narrador famoso, la oyó sollozar.

—Mierda —murmuró él.

Los ojos de Vivienne se posaron en los suyos. Thomas dejó el mando y se volvió hacia ella, apoyando el codo en el respaldo del sofá. Vivienne tenía la nariz enrojecida. El canto de las ballenas resonaba en el silencio.

—¿Estás bien?

Vivienne respondió rápidamente:

—*P-h-i-l-i-p no te paga lo suficiente para que finjas que te importa.*

—No estoy fingiendo —dijo él—. Te lo pregunto de verdad.

—*Bueno, pues no lo hagas. No quiero hablar contigo.*

—Vale, entonces no hablaremos. Nos quedaremos aquí sentados en un silencio incómodo.

—*Bien.*

—Bien.

Vivienne volvió a girarse hacia la televisión, y él hizo lo mismo,

poniendo los pies encima de la mesita de café. En la pantalla, un banco de peces plateados se dividía alrededor de la aleta dorsal de un delfín. Los minutos se arrastraban en una angustiosa cámara lenta. Anocheció y solo estaban ellos dos, las profundidades del mar azul y el suave sonido de sus dos cuerpos respirando al unísono.

Para cuando salieron los créditos, Vivienne estaba dormida. Thomas se levantó del sofá, se estiró y apagó la televisión. Conforme se le adaptaban los ojos a la recién llegada noche, la televisión se volvió nítida. La luz de la luna había vuelto la pantalla oscura, como un espejo, de tal forma que vio su propia figura reflejada. Justo encima de su hombro había una cara. La de Vivienne. Con los ojos negros y una amplia sonrisa. A Thomas se le aceleró el pulso y se dio la vuelta, esperando encontrársela justo detrás de él.

Pero ella aún estaba en el sofá, donde él la había dejado, con las manos debajo de la barbilla y las rodillas dobladas dentro de la sudadera. Parpadeó para borrar la imagen, frotándose la cara con la mano.

Definitivamente, necesitaba dormir más.

Fue a por una manta y la sacudió para desdoblarla, preparándola para tapar a Vivienne. Mientras lo hacía, el móvil de ella se iluminó. No tenía intención de fisgonear, pero reconoció el nombre que había salido de la nada: Reed.

El mensaje era corto. Sencillo.

Reed

He hablado con Grayson. De nada. Dice que cuentes con él.

Mientras Thomas intentaba descifrar este primer mensaje, llegó otro. Este hizo que se le parara el corazón.

Reed

¿Estás preparada para morir?



6

Vivienne

Las noches sin luna eran las más duras.

Para Vivienne siempre era difícil aferrarse a ella misma una vez que el sol se ponía, pero, al menos, la luna le ofrecía una pequeña cantidad de luz: aquel punto plateado en lo alto era como una brújula que la guiaba por la oscuridad y hasta el amanecer.

Pero cuando había luna nueva, Vivienne se desataba por completo.

El día había sucedido con la suficiente normalidad. Había dedicado las horas que le tocaban en el estudio montando la coreografía para su actuación final. Se había deslizado por el suelo en un grácil *relevé* —con la barbilla alta y los brazos extendidos— y se había esforzado por no pensar en la cena de Philip o en el tacto de la mano de Bryce Donahue en la parte baja de su espalda, mientras le acercaba la boca a la oreja y le susurraba, con el aliento oliéndole a *whisky*: «Me encanta cómo te queda ese vestido».

En el trayecto de vuelta a casa, Thomas se puso a escuchar un podcast y ella a beberse su té, sorbiendo de forma tan ruidosa como

para ahogar el audio y que él tuviera que rebobinar alguna que otra frase para poder oírla. Ninguno de los dos se dirigió la palabra.

Vivienne se pasó el resto del día evitándolo completamente.

Era mejor así.

Al caer la noche, Vivienne se tumbó en la cama, con las puertas francesas que daban a su balcón abiertas. La oscuridad se filtraba en su habitación como la tinta. Ella intentó por todos los medios ignorarla, cómodamente acurrucada entre Molly y Judd. Judd dormía sobre su espalda, con la tripa hacia arriba y las patas dobladas en el aire. Molly, como siempre, estaba tumbada mirando hacia la puerta. Las orejas en punta, los ojos alertas. Preparada para saltar.

Amelia y Philip habían salido hacía ya unas horas en una limusina en dirección a una gala en la ciudad, su madre envuelta en lentejuelas y Philip en uno de sus trajes hechos a medida. Trabajo sin ánimo de lucro, lo llamaban. Pero la verdad era que lo único que hacían era ponerse hasta arriba de champán hasta que ya no les daba vergüenza discutir en público.

La noche era cálida y no hacía viento, tanto que incluso con la ventana abierta el aire de la habitación resultaba sofocante. En lo más profundo de su estómago, Vivienne notaba las familiares contracciones de algo hambriento.

Algo muerto dentro de algo vivo.

Solo de pensar en ello le daban escalofríos.

Inquieta, bajó de la cama pasando las piernas por encima de la tripa de Judd y deslizándose hasta el suelo. Bajo la piel, Vivienne sentía que estaba despellejándose. Partiéndose por la mitad como una granada. Se arrastró de puntillas y pasó por delante del tocador,

donde el espejo cubierto estaba decorado con varios pares maltrechos de puntas de *ballet*. Un ligero brillo del cristal se entreveía a través del fular que había reutilizado como velo para taparlo. Con la luz que había, solo llegaba a diferenciar la silueta de su reflejo. Una figura sin rostro moviéndose debajo del velo. Se estiraba como un gato recién levantado de una siesta. Arqueando la espalda. Ladeando la cabeza hacia un lado.

—No te duermas —decía la figura, su voz tosca por falta de uso—. La noche es muy oscura. Las sombras se acumulan en charcos lo suficientemente profundos para que Él busque en ellos.

En la cama, Molly levantó la cabeza. Un gruñido surgió de lo más profundo de su garganta. La habitación giró de forma extraña y Vivienne empezó a ver estrellas en su periferia. Aún no era medianoche y ya se estaba desmoronando. Normalmente, se aferraba a ella misma un poco mejor. Normalmente, era más fuerte. Pero esta noche, Vivienne agarró el velo y lo arrancó del espejo. Se encontró con su propio rostro, afilado y perturbador.

—Hola —dijeron la criatura del espejo y ella al unísono. El estómago le dio un vuelco, como si estuviera en caída libre. El fular le tembló en el puño. Cuanto más miraba su reflejo, más parecía distorsionarse la chica al otro lado, más parecían deformarse sus facciones.

—¿De quién hablas? —La voz de Vivienne salió como un graznido —. ¿Quién me está buscando?

La criatura le enseñó los dientes.

—Ya sabes quién.

Ella negó con la cabeza. El miedo le reptaba por la garganta, asfixiante y agrio.

—La Casa —dijo su horrible efigie—. O lo que duerme debajo de ella. Él te está buscando por todas partes, y ese despreciable de Reed lo sabe. Ese idiota va a llevarte directamente hasta Él.

Vivienne se agarró la garganta. Su boca era arena, y su lengua, gruesa. En el espejo, la criatura estrujaba su propio cuello con unos dedos grises y ávidos.

—Soy la única en quien puedes confiar —dijo la cosa del espejo—. No en ti, no en el chico del piso de abajo. No en ese medicucho que tienes comiendo de la palma de tu mano.

Aquella horrible sonrisa se extendió de una oreja a la otra, partiendo la cara de la criatura en dos. Sus dientes parecían estar estirándose, como si empujaran su cabeza hacia atrás, hasta que pareció que una segunda criatura estaba supurando de la carcasa blanda que era su cuerpo.

Como si Vivienne tan solo hubiera existido para ser la crisálida de otro ser.

—¿Crees que no sé lo que planeas? —La criatura puso un puño cerrado contra el cristal—. ¿Crees que no conozco tu mente? —Golpeó el espejo con el monstruoso puño—. *Yo* soy la razón de que sigas viva. —*Pum*—. Yo te he salvado. —*Pum*—. Soy tu salvavidas. Tu diosa. No puedes extirparme de ti.

Pum. Pum. Pum.

El cristal se hizo añicos, le estalló en la mano en punzantes esquirlas. Judd se despertó con un ladrido y rodó hasta ponerse sobre la tripa, prácticamente cayéndose de la cama. A su lado, Molly empezó a aullar.

Del pasillo llegó el sonido de alguien corriendo. La puerta de la habitación se abrió de golpe. Los perros se volvieron locos,

enseñaban los dientes y la baba les caía de las mandíbulas abiertas. Aturdida, a Vivienne le costó unos minutos darse cuenta de que estaban ladrándole a Thomas, que estaba de pie bajo el marco de la puerta, vestido para entrenar, con unos pantalones cortos y unos calcetines de deporte, y una ligera marca de sudor oscureciéndole la camiseta.

Thomas apartó a los perros para pasar mientras asimilaba en silencio el desastre del tocador. El espejo destrozado en el marco, las puntas de *ballet* desperdigadas de cualquier forma y los restos de cristal dentados como colmillos. Con el impacto, se habían caído varios atomizadores, que ahora estaban desparramados por el suelo en mil pedazos brillantes, mientras el perfume que contenían empapaba la alfombra.

Lentamente, los ojos de Thomas viajaron hasta donde estaba ella. Vivienne lo miró también, mientras se agarraba el puño ensangrentado contra el pecho e intentaba, con todas sus fuerzas, pensar en algo ingenioso que decir. Algo cruel. Pero no se le ocurrió nada.

Él la observó detenidamente y, poco a poco, su expresión de confusión fue transformándose en una de preocupación. Vivienne se preguntó qué veía él ahora que la miraba en este estado. Si había algo monstruoso asomando en sus ojos o si había sido capaz de ocultarlo a tiempo. Esperaba que sí. Thomas la estaba mirando muy de cerca, anotando mentalmente cada detalle, registrando cada corte y cada rasguño, con los cristales rotos como polvo de estrellas bajo sus pies.

—¿Qué ha pasado?

—*Me he tropezado.*

Estaba mintiendo y ambos lo sabían.

—Estás sangrando.

Ella se llevó la muñeca contra el pecho, pero era imposible que lo ocultara. Tenía esquirlas clavadas en la piel, que brillaban extrañas bajo la luz. La sangre le caía por el antebrazo en riachuelos rojos y pegajosos.

Una docena de preguntas sin hacer cayeron al suelo entre ambos. Vivienne deseó que él las hubiera hecho, que hubiera insistido. En una noche como esa, quizá se hubiera derrumbado. Quizá le hubiera contado cómo de horrible era ver morir a alguien a sus pies, cómo el mero sonido de su voz podía partir la mente de un hombre en dos y abrir los poros de su piel hasta que se desangrase sin un solo rasguño.

Quizá le hubiera contado que solía hablar bastante antes de que algo en un profundo y oscuro abismo la obligase a callar para siempre.

Pero él no le preguntó y, entonces, ella no le contó nada.

—*Puedes irte* —signó en su lugar—. *Estoy bien.*

Él dudó. Parecía estar considerando detenidamente cuáles iban a ser sus siguientes palabras.

—No me siento cómodo dejándote sola ahora mismo.

—*No necesito que me ayudes. No es nada.*

—No parece que sea nada. —Thomas estaba siendo demasiado cauteloso con ella, lo que le estaba dando ganas de gritar. En la puerta, él parecía tan exasperado como ella. Se le tensó la mandíbula —. Déjame que al menos le eche un vistazo a…

—*No.* —Vivienne pellizcó el aire con los dedos delante de la cara de Thomas—. *Yo me encargo.*

Lo dejó ahí de pie, en el umbral de la puerta, con expresión tensa, y ella se fue disgustada hacia el baño. Allí, la luz era tenue y las encimeras estaban rebosantes de cosméticos. Bajo el pálido brillo del espejo iluminado del lavabo, su cara estaba blanca como el papel.

Pero al menos era su cara.

Abrió el grifo y dejó que el agua limpia y fría le cayera por la muñeca. Esta empezó a acumularse en el desagüe, roja y oscura como un rubí. Los cortes no eran profundos y las esquirlas eran pequeñas, pero le dolía más de lo que esperaba, como cuando te rozabas un corte hecho con papel.

Un movimiento en el espejo le hizo levantar la cabeza rápido como un conejo.

Era Thomas, delineado por el brillo rosa palo de su habitación.

—Por favor, no me pidas que me vaya —dijo él, antes de que ella pudiera decirle lo contrario—. Porque si me lo pides, me iré, pero no me sentiré bien haciéndolo.

La expresión de la cara de Thomas desencadenó algo dentro de ella. Algo demasiado desconcertante como para nombrarlo, demasiado doloroso como para tocarlo. Asintió con la cabeza, dando su aprobación silenciosa, mientras la inquietud le corría por las venas. No es que ella quisiera que él se quedara, era solo que no quería quedarse sola.

Siempre estaba sola, y estaba harta de eso.

Thomas fue hasta el lavabo y apagó el grifo. El agua dejó de correr. Ambos permanecieron de pie en el silencio que lo siguió, hombro con hombro, mirando la abarrotada superficie del tocador.

—Qué curioso —dijo él, mientras tomaba unos polvos compactos y los inspeccionaba—. Pensaba que serías una obsesa del orden, pero

resulta que eres un poco desastre.

Vivienne le quitó los polvos de la mano y volvió a dejarlos sobre la encimera. En el espejo, el reflejo de Thomas le lanzó una sonrisa con hoyuelo.

—Me gusta, hace que parezcas un poquito más humana.

—*Normalmente no soy desordenada* —confesó ella—, *solo estoy pasando una mala época.*

No sabía qué le había hecho admitirlo. La vergüenza la arrolló, sonrosándola, haciendo que le hirviesen las mejillas. A su lado, Thomas se puso serio.

—¿Quieres hablar de ello?

—*¿Para qué? ¿Para que puedas usarlo en mi contra la próxima vez que lo necesites?*

Él puso una mueca de dolor.

—*Touché*.

Un silencio incómodo se instaló entre ambos, y ninguno de los dos parecía saber cómo romperlo. Él se puso a toquetear los cosméticos y tomó una pinza que encontró en un montón de cinta enredada.

—Esto me servirá. Dame la mano.

Vivienne retrocedió, recelosa.

—*Esto no forma parte de las obligaciones de tu puesto.*

—Ya, bueno, pero ahora no estoy de servicio. —Él extendió la mano hacia ella—. Déjame ver.

Cedió a regañadientes, alejándose un paso del tocador y poniendo su mano en la de él. Este sutil movimiento hizo que Thomas se alejase del cristal, dándole la espalda al espejo y también a la chica que estaba dentro de él. Esto la alivió durante una fracción de segundo, pero nada más. Moviéndole la mano con cuidado, Thomas

se acercó para evaluar los daños.

De cerca, no era para tanto. Había estado mucho peor otras veces. Vivienne se frotó el ojo con el canto de la mano buena hasta que vio borroso. Cuando apartó la mano, vio que estaba húmeda, lo que la sorprendió, pues no se había dado cuenta de que estaba llorando.

—Tengo una pregunta —dijo Thomas, fingiendo que no se daba cuenta de que Vivienne se estaba secando una lágrima de la mejilla —. ¿Qué peces pescáis en vuestras excursiones al Sound? Philip dijo que es una de vuestras tradiciones.

Lo preguntó simplemente para sacar un tema de conversación, pero, aun así, ella se retorció de preocupación.

Era una pregunta peligrosa, con una respuesta igual de peligrosa.

—Yo fui una vez a pescar lucios con mi tío —siguió él, mientras dejaba la primera esquirla en una jabonera plateada—, se llevó un cuchillo para pescado y los desespinó allí mismo en la barca. El fondo estaba tan lleno de tripas de pescado que se te hundían los pies. No pude quitarme la peste de los zapatos durante semanas.

Sacó el último trocito de cristal de un pellizco. Dejó a un lado las pinzas, mojó una toalla pequeña y la presionó contra la muñeca de Vivienne, que puso una mueca de dolor en cuanto la rozó. El suave silbido que hizo al inspirar, hizo que Thomas la mirara a los ojos.

—Solo digo que no pareces la clase de persona que disfrute de ir de pesca —dijo él, y entonces ella supo que estaba indagando.

Pero no tuvo tiempo de enfadarse. Un extraño y peculiar movimiento atrajo su atención. En el espejo, algo se asomó a mirar por encima del hombro de Thomas, algo con ojos negros apanalados. El miedo la hizo colapsar y apartar de un tirón la mano de la de él.

—*No tienes ni idea de la clase de persona que soy.*

—Pero me gustaría saberlo.

La respuesta le salió como un acto reflejo, algo nerviosa también, como si hubiera estado armándose de valor para decirlo. A Vivienne el corazón parecía que iba a salírsele del pecho. En el espejo, unos dedos gangrenados se enroscaban de forma imposible alrededor de la garganta de Thomas, y las afiladas puntas de las uñas marcaban unas medias lunas en la parte alta de su espalda.

—No has, eh…, no has respondido a mi pregunta —dijo él, mientras se llevaba una mano a la nuca—. ¿Qué peces soléis pescar?

Vivienne lo miró fijamente, paralizada por el miedo. Thomas lo había sentido. *Lo había sentido*. No podía ser. La criatura estaba ahí dentro y ella aquí fuera. Ella era la que estaba despierta. *Ella* era quien tenía el control.

¿No?

En el espejo, el agarre de las manos de la otra Vivienne se apretaba cada vez más, como un nudo corredizo.

—¿Señorita Farrow?

Vivienne observaba, anquilosada, cómo la criatura desencajaba la mandíbula y revelaba unas encías grises plagadas de colmillos resplandecientes. Se tapó la boca con los dedos, la suya, cerrada firmemente, mientras las fauces del espejo, babeantes, se abrían justo encima de la carótida de Thomas. Vivienne se tambaleó hacia atrás y se chocó contra la pared con tanta fuerza como para que tintinearan todos los perfumes que tenía en una pequeña estantería en forma de escalera.

Thomas se estiró el cuello de la camiseta, mirándola con el ceño fruncido.

—¿Estás bien?

—*Vete* —signó ella.

Él no se movió.

—No me parece buena idea dejarte aquí cuando estás…

Pero Vivienne no le dejó terminar. Alcanzó un perfume de cristal de la estantería y lo tiró contra la pared. Thomas se agachó y levantó las manos conforme el frasco estallaba en un millón de brillantes esquirlas. Un aroma a geranio blanco impregnó el espacio que los separaba. Vivienne ya tenía otro perfume en la mano.

—Ya me voy —dijo Thomas, poniéndose derecho—. Ya me voy, ¿vale?

Detrás de él, la criatura parecía fascinada por el caos, con los huesos dislocados y una sonrisa exultante. Vivienne sabía que era así como esa cosa la quería: sin amigos y medio feral, sola a excepción de su propio rostro en el espejo. Parpadeó para aguantar las lágrimas.

—Estaré en el pasillo por si me necesitas —dijo Thomas, aún con las manos arriba en señal de rendición. No podía culparlo, tenía un frasco de un dulzón vetiver de color ámbar agarrado como una piedra en la mano ensangrentada y el brazo listo para catapultarlo. No lo bajó hasta que estuvo segura de que él se había ido.

Fuera, en la habitación, Judd soltó un gemido. La puerta se cerró suavemente. Se sintió extrañamente abatida, como si su corazón no fuera más que un horrible amasijo de pulpa húmeda dentro del pecho.

Devolvió el frasco de perfume a la estantería, se hundió hasta caer al suelo y lloró.



7

Thomas

Thomas estaba frente al edificio Anton, en el Stone College, a las 08:15 de la mañana siguiente cuando salió la clase de Reed Connolly. En el momento en el que el estudiante de artes se escabullía por la puerta, Thomas fue directo a interponerse en su camino.

—Disculpe —dijo Reed sin levantar la vista del móvil.

Thomas no se movió.

—Tenemos que hablar.

Esto captó la atención de Reed. En cuanto lo reconoció, se le oscurecieron los rasgos. Guardó el móvil en uno de sus bolsillos traseros.

—Joder.

—¿Sabes quién soy?

—Vivienne te mencionó, sí.

—Estupendo —respondió Thomas—, entonces podemos saltarnos las presentaciones. ¿Tienes un minuto?

Reed soltó un largo suspiro de desesperación y miró al cielo, cerrando un ojo por el sol.

—¿Tengo otra opción?

—No.

—No sé por qué pero sabía que dirías eso.

Algunos estudiantes más salieron por las puertas, esquivándolos, inmersos en sus conversaciones. Thomas no se movió ni un centímetro. Reed tampoco.

—Mira —dijo Reed—, tengo que ir a otra clase ahora mismo, ¿podemos darnos prisa?

—Claro. No necesito mucho por tu parte, solo quiero saber de qué conoces a la señorita Farrow.

—¿Que de qué co…? —Reed arqueó las cejas—. Mira, encanto, vamos a la misma facultad. El programa de artes creativas es bastante pequeño. Todo el mundo se conoce.

Esta respuesta no sirvió para tranquilizar a Thomas. Había conducido hasta New Haven antes de que amaneciera, con la ansiedad coagulándole las venas y sus pensamientos reproduciéndose en un bucle que se retroalimentaba. No podía dejar de ver la cara de Vivienne llena de lágrimas, los cristales por el suelo y la sangre en el lavabo. Tampoco cómo le temblaban las manos mientras admitía: «Solo estoy pasando una mala época».

Thomas siguió insistiendo:

—El otro día, una de sus amigas dio a entender que vosotros dos estáis juntos.

—¿*Juntos*? ¿Viv y yo? —Reed se rio—. Ni en sueños. La princesa Vivienne necesita demasiada atención para mi gusto.

—Es demasiado buena para ti. —Las palabras le salieron de golpe,

impulsadas por una ira irracional y feroz.

—¿Ah, sí? —Reed silbó—. Qué interesante, no pensaba que los Farrow te pagasen para que tuvieras una opinión.

—Sé que sois algo más que compañeros de clase —dijo Thomas, ignorando la pulla de Reed—. El otro día le enviaste un mensaje preguntándole si estaba preparada para morir.

—¿Le has mirado el móvil? ¿No crees que eso es ir más allá de tus putas responsabilidades? —Reed se guardó un portafolio de cuero ancho bajo el brazo, y apartó a Thomas con el codo a la vez—. Pensándolo mejor, me largo de aquí. Esto me sobra.

Pero Thomas no había terminado. Se movió sin pensar, y le dio un manotazo firme a Reed en el pecho. El estudiante de artes chocó contra los ladrillos de la entrada del edificio. Varios curiosos se volvieron hacia ellos, pero no intervino nadie.

—¿Pero tú de qué vas? —saltó Reed.

—No hemos terminado.

—*Relájate.* —Reed se quitó de encima la mano de Thomas—. Eres un niñero venido arriba, no un detective privado.

—Soy lo que Vivienne necesite que sea.

—Mentira —dijo Reed—. Eres lo que papaíto Farrow te paga para que seas. En serio, ¿de verdad que no te sientes ni un poco patético? Eres como su perro de ataque. Me sorprende que no lleves collar.

—Qué gracioso —dijo Thomas—. Hablando del padrastro de Vivienne, le preocupa que se esté juntando con la gente equivocada.

—Claro, fijo que está preocupadísimo. Déjame que lo adivine: das por sentado que yo soy esa «gente equivocada» de la que habla. Menudo cliché.

—Yo no *doy por sentado* nada. Solo hago preguntas.

—Pues aún no me has hecho ninguna.

—Tienes razón —dijo Thomas—. Solucionémoslo: ¿Quién es Grayson?

Reed sonrió con suficiencia.

—Un narcisista vanidoso con un complejo de Dios del tamaño de un planeta gaseoso.

—No te he pedido que me compongas un soneto sobre ese tipo —saltó Thomas—. Solo quiero saber quién es para Vivienne.

—No puedo decírtelo. —Reed se encogió de hombros—. Quizá podrías probar a preguntarle a Viv, ya que sois tan íntimos. Ah, no, espera, que no te soporta, ¿a que no? Por eso estás aquí acosándome en vez de hablar con ella directamente.

El temperamento de Thomas, que hasta ahora había estado hirviendo a fuego lento, llegó al punto de ebullición. Metió los puños en los bolsillos de los pantalones cortos e hizo todo lo que pudo por extinguir el fuego.

Vete de aquí, le decía su lado más tranquilo y racional.

Termina lo que has venido a hacer, le decía el otro lado, mucho más ruidoso.

Y lo hizo.

—Quiero que te mantengas alejado de ella.

—¿De quién? ¿De Vivienne?

—Sí. —No tenía ningún derecho para decir eso. Lo sabía. Reed lo sabía. Aun así, siguió en sus trece—. No contestes sus llamadas ni le respondas los mensajes.

Reed se rio.

—Lo llevas claro, cabrón. Si Vivienne contacta conmigo, ahí estaré. No voy a ignorarla solo porque tú te hayas deslumbrado por ella.

Fue como si Reed hubiera hurgado en su pecho y agarrado algo vital que había bajo sus costillas. Algo pequeño, puro y que latía, y que no estaba destinado a salir a la luz.

—No te lo diré otra vez —dijo, moderándose—: No te acerques a Vivienne.

Reed parecía entretenido.

—¿Y si no qué?

—Me encargaré de que tu vida sea un puto infierno.

—Ya, seguro que sí. —Reed lo esquivó, despidiéndose con dos dedos en la frente, y se alejó de él por el solar a pleno sol. Mientras se iba, le gritó—: Odio tener que decirte esto, Walsh, pero estoy fuera de tu alcance.



Para cuando Thomas estuvo de vuelta en Greenwich, el sol casi estaba en su punto más alto. Saludó con la cabeza a los jardineros mientras recorría la curva del camino de entrada y después pasó varios minutos quitándose de encima a los perros en el amplio vestíbulo de los Farrow.

El coche de Philip no estaba, y su despacho estaba vacío. Tampoco había rastro de Amelia. Thomas se quitó los zapatos en el recibidor, atento para ver si oía señales de Vivienne. La casa estaba en silencio, algo que no le resultó extraño. Le sonó el móvil en el bolsillo y lo sacó, cortando el tono de llamada mientras avanzaba por el frío de la casa, digno de un mausoleo.

—Tess —dijo, contestando al segundo tono.

—Dios, Tommy —dijo su hermana—. Llevo llamándote toda la mañana.

—Estaba ocupado con cosas de trabajo. ¿Mamá está bien?

—Sí, mamá está bien. ¿Es que solo puedo llamarte si mamá tiene una emergencia?

—Yo no he dicho eso —respondió él, mientras entraba en su habitación—. Pero por tus mensajes parecía que era urgente.

—Es que *es* urgente. —Thomas oyó el crujido de una bolsa de algún aperitivo—. Nos ha llegado a la cuenta el primer sueldo de ese nuevo jefe raro tuyo.

—Bien. —Se quedó de pie en el umbral de la puerta y analizó detenidamente la escasa decoración de su cuarto. Se le erizaron los pelos de la nuca. Algo iba mal—. Gracias por avisarme. Mañana llamaré a la empresa de recobro y dejaré pagadas algunas de las facturas.

—Es mucho dinero, Tommy.

En medio del silencio enmoquetado, oyó un distintivo *chas*. El sonido del roce del metal con el metal. Thomas se quedó quieto.

—¿Tommy? ¿Hola?

Su hermana le había preguntado algo, pero no se había enterado de qué. Estaba demasiado ocupado mirando fijamente el armario. La puerta estaba entornada, de tal forma que, desde donde él estaba, se veía la oscuridad del interior por una rendija. Estaba seguro de que él la había cerrado antes de irse.

—Tooommy —canturreó Tessa.

—Sí, sí, dime.

—Te acabo de preguntar que si trabajas como chico de compañía.

Thomas dio un paso hacia el armario.

—No.

—No tienes que prostituirte. El tío Ryan dice que tiene un montón

de proyectos para ti, que hay muchos tejados que arreglar aquí en Worcester.

Otro *chas* metálico siguió al anterior. Esta vez, Thomas reconoció el inconfundible sonido de unas tijeras.

—Tengo que irme —dijo él.

—Tommy, espera…

Colgó.

Dejó el móvil sobre la cómoda y cruzó la habitación. La perfecta quietud que emanaba del interior del armario le hizo dudar de si en realidad había oído algo en absoluto. Pero entonces, volvió a escuchar otro ruido, solo que en este caso no fue un *chas*, sino un suspiro. Abrió la puerta de un tirón tan fuerte que el vestido de tul con estampado de fresas de Vivienne le ondeó por los muslos.

Ahí estaba ella, de pie en medio de aquel desastre de armario, hundida hasta los tobillos en cintas blancas. Toda evidencia de la noche anterior había desaparecido. El cabello le caía por los hombros en unas ondas poco marcadas y llevaba los mechones frontales recogidos hacia atrás con un gran lazo rosa. En su cara no quedaba ni una lágrima, y las abullonadas mangas rosas del vestido le cubrían las pequeñas heridas de la muñeca. En la mano derecha sujetaba unas relucientes tijeras de costura plateadas. En la izquierda, la mitad de una corbata de seda negra con el extremo cortado en diagonal.

Durante unos segundos, Thomas se quedó inmóvil asimilando los daños. Todo estaba hecho un desastre. En las barras, las perchas de alambre estaban vacías. Las corbatas estaban hechas trizas. Los botones, desperdigados por el suelo como monedas perladas. Se preguntó cuántos miles de dólares de su padrastro acababa de tirar

Vivienne a la basura.

Y es que solo era eso: el dinero de Philip. Thomas no hubiera podido permitirse este armario lleno de trajes ni en mil años. Ni siquiera hubiese podido comprarse la *corbata* para uno de ellos. Se aseguró de dejar esto bien claro antes de aceptar el puesto, a lo que, como respuesta, Philip Farrow se comprometió a proveerle de un armario nuevo completo.

Vivienne dejó caer la corbata al suelo y le dio a Thomas las tijeras, como si él se las hubiera pedido.

—*¿Era tu novia?* —signó ella, enganchando un dedo índice con el otro.

Él dejó las tijeras en un estante vacío.

—¿Quién?

—*La del móvil.*

—Justo. —Thomas hizo un barrido de todo el destrozo que había a sus pies—. Parece que has estado ocupada.

—*Tú también.* —Vivienne juntó las cejas—. *No vuelvas a hablar con mis amigos sin mi permiso.*

—¿Así que de eso se trata? ¿Te has enfadado conmigo por hablar con Reed Connolly?

—*Has ido a por él.*

—No he ido *a por él*, Vivienne. —Dio un paso hacia ella, con las camisas desgarradas apelotonándose alrededor de sus pies—. ¿Qué? ¿Te ha llamado para acusarme?

—*Le has acosado.*

—«Acosar» es una palabra muy fuerte. Tuvimos una conversación.

—*Lo empujaste contra una pared de ladrillos.*

Sí, *eso* sí lo había hecho. Sintió una punzada de vergüenza, no

porque se arrepintiera de lo que había hecho, sino porque no quería que ella se enterara. Sabía que era un error sentirse de ese modo, pero aun así, no pudo evitarlo. Tampoco se molestó en intentarlo.

—Hay algo que te tiene aterrada —dijo él—, no puedes pretender que no haga nada.

Un destello de ira brilló en los ojos de color ámbar de Vivienne.

—*Tu trabajo no consiste en cuidarme como si fuera un bebé.*

—No te cuido como a un bebé —dijo indignado—. Estoy…

Pero no sabía lo que estaba haciendo. Estaba dando palos de ciego. Persiguiendo fantasmas. Y, sobre todo, estaba implicándose demasiado. Se suponía que esto iba a ser un sueldo. Un *sueldo*. Philip no le había pedido que condujera hasta New Haven y abordase por sorpresa a un estudiante de artes. Eso lo había hecho él solito.

—Tengo que preguntarte algo —dijo él, cambiando de tema—. ¿Quién es Grayson?

Si a Vivienne le sorprendió oír ese nombre, no dejó que se le notara.

—*Con quién paso mi tiempo libre no es asunto tuyo.*

—No estoy de acuerdo —respondió él—. Todo lo que haces es asunto mío.

Demasiado tarde. Había oído cómo había sonado. El silencio chisporroteaba entre ambos.

—No pretendía que sonara así —se retractó Thomas.

—*Sí, sí lo pretendías.*

—Lo que quería decir es que…

—*Para.* —Vivienne levantó la mano—. *Tú y yo no somos amigos. No soy nada tuyo. No respondo ante ti. No necesito ni que me defiendas, ni que me cuides, ni que vengas a rescatarme. Eres un empleado. Lo único que*

tienes que hacer es interpretar cuando te lo pida y llevarme en coche cuando lo necesite. El resto del tiempo, eres invisible.

Thomas aguantó el chaparrón en silencio, demasiado agitado como para decir nada. Mientras ella le sermoneaba, se habían acercado el uno al otro. Entre ellos, saltaban chispas, como yesca prendida. Esto, y él lo sabía, también era un error. Lo correcto hubiera sido echarla. Si la madre de Vivienne se los encontraba juntos encerrados y a oscuras, lo echaría tan rápido que hasta le daría vueltas la cabeza.

—¿Algo más que añadir? —preguntó él.

Ella negó con la cabeza.

—Estupendo. —Él se apartó de su camino—. Aquí tienes la puerta.

Con un resoplido, ella se abrió paso como pudo entre el caos de camisas y salió a la habitación. Él la siguió, cerrando la puerta tras él. Vivienne se detuvo al lado de la cómoda, donde Thomas tenía puestas en fila sus escasas pertenencias. Un medallón de un santo patronal que su madre le había regalado para su graduación, la corbata que había tomado prestada de su tío, los gemelos que había llevado al funeral de su padre. Ella los rozó con un dedo uno tras otro, como si estuviera memorizando su textura. Para Thomas fue como si lo estuviera rozando a él.

—*P-h-i-l-i-p no va a estar muy contento contigo* —signó, cuando se dio cuenta de que la estaba mirando.

—¿Y eso por qué?

—*Porque espera que todo el personal cumpla las normas de vestimenta.*

—¿Ah, sí? ¿Deberíamos decirle entonces quién se ha cargado mis trajes?

Vivienne le lanzó una breve mirada conspiratoria.

—*Debe de haber sido un ratón.*

A Thomas le salió una risotada irónica.

—Qué mona.

—*Estoy segura de que te comprará trajes aún mejores* —añadió ella—, *está muy comprometido contigo.* —Tomó la cadena de Thomas e inspeccionó el medallón, volteándolo de tal forma que la espada del arcángel san Miguel brilló bajo la luz del sol. Él también notó eso. El pulso empezó a latirle con fuerza. La mirada de ella se clavó de inmediato sobre la de él, como si lo hubiese oído. Dejó la cadena.

—*Aun así vas a tener problemas.*

—¿Por qué?

—*Porque tardarán días en entregarte tu ropa nueva. Necesitas algo para hoy.*

—¿Qué quieres decir? No hay nada agendado.

—*Falso.* —Se rozó la punta de la nariz con el dedo—. *Tengo una cita.*

—Una cita. —No había una palabra para definir la cosa con espinas que sentía en el pecho—. ¿Y cuándo se supone que es?

Como si fuera una señal, el timbre la puerta sonó. Instantáneamente, a ese ruido lo siguió el fuerte aullido de los perros. Vivienne sonrió con dulzura.

—*Ahora mismo.*

Así que *esta* era la razón por la que se la había encontrado en su armario. Thomas había dado por hecho que sus acciones habían sido una represalia por su viaje a New Haven. Un poco de melodrama. Un pequeño acto de venganza.

Pero estaba muy equivocado.

Era sabotaje.

Vivienne abrió la puerta y se contoneó por el pasillo, girándose

para mirar a Thomas por encima del hombro mientras lo hacía.

—*Necesitaré un intérprete. H-u-d-s-o-n no sabe signar.*

—Hudson —dijo él en voz alta—. Tiene nombre de imbécil.

El timbre volvió a sonar.

—*Parece que no tienes nada que ponerte.* —Vivienne bajó las comisuras de los labios en un falso puchero—. *Qué poco profesional, T-o-m-m-y.*

La puerta se cerró de golpe. Thomas se quedó solo en medio del silencio.



8

Vivienne

Blackwell's era un asador muy popular ubicado en el centro de Greenwich. Las mesas estaban vestidas con largos manteles blancos y las paredes eran de un bonito ladrillo visto. El menú cambiaba cada día, dependiendo solamente de los tornadizos antojos del chef. Era el típico sitio al que uno iba por estética, no por apetito.

Todas las personas que estaban en el comedor iban bien vestidas, ya fuera para hacer negocios o para disfrutar de su ocio. Los neoyorquinos vestidos con trajes hechos a medida y zapatos de cuero relucientes mantenían conversaciones caras acompañadas de comidas caras. Las parejas, vestidas con sus mejores galas de diseño, se sentaban muy juntas y parecían estar en su propio mundo mientras compartían botellas de vino *vintage*. Vivienne se sentía rara e indispuesta, como si el vestido la incomodase, como si tuviera los huesos desencajados y como si la piel se le estuviese cayendo a tiras.

Y estaba segura de que todo el mundo podía verlo.

Se había pasado toda la noche desplomada contra la puerta de su habitación, escuchando el sonido de la respiración de Thomas al otro lado. En el cristal roto del espejo de su tocador, una docena de ojos negros la estuvieron observando, fríos y triunfantes. No pudo pegar ojo.

Ahora, removía su ensalada de remolacha y se esforzaba todo lo posible por parecer atenta.

—No es que pase muy desapercibido —dijo Hudson, poniéndose otra generosa copa de merlot—, ¿no?

Vivienne sonrió y se encogió de hombros, ignorando la dura mirada de Thomas mientras se inclinaba hacia delante para comer un poco de lechuga. La verdad es que *sí* parecía estar totalmente fuera de lugar, vestido con una sudadera gris sin mangas y unos pantalones cortos de correr, con el tatuaje que le cubría todo el antebrazo y un remolino que le sobresalía del pelo revuelto. Frente a ella, Hudson reflejaba justo la imagen opuesta con su traje gris de trama cruzada. Tenía todo el aspecto de ser un principito de fideicomiso, con sus rizos negros en un corte degradado y los tres botones superiores de la camisa abiertos con gracia.

El padre de Hudson trabajaba como anestesista en el Shetland Health. Hudson y Vivienne se conocían desde la infancia —tras haber asistido a las mismas guarderías caras y después a los mismos colegios pijos. Nunca habían sido amigos como tal, pero Vivienne no le había llamado hoy porque necesitara un amigo.

Lo que necesitaba era un anestésico.

Deslizó el móvil hacia el otro extremo de la mesa mientras bebía un sorbo de riesling. Llevaba todas sus peticiones apuntadas en las notas del móvil, donde las había copiado directamente de la lista de

suministros que Jesse le había enviado a regañadientes por correo el día anterior. Mientras Hudson las leía, ella hacía girar el contenido de su copa e iba mirando de vez en cuando a Thomas, que estaba en la barra como pez fuera del agua negociando con la camarera.

Vivienne observó cómo se desarrollaba la escena con creciente regocijo, esperando el inevitable momento en el que lo echasen del restaurante. Sin embargo, sus esperanzas se vieron frustradas en cuanto Thomas apoyó el antebrazo sobre la barra, se inclinó hacia la camarera y le susurró algo al oído. La chica se ruborizó de inmediato. Echó la cabeza hacia atrás y se rio con una bonita y sincera carcajada; el tipo de sonido que Vivienne llevaba años sin hacer. No sin derramar sangre. Siguió observándolos, cada vez más irritada, cuando la camarera anotó algo en una servilleta de papel y se la dio a Thomas.

Cuando él alzó la vista, fue directamente hacia ella, como si supiera que llevaba todo este rato observándolo. La mueca de satisfacción que puso hizo que la frustración de Vivienne se disparase.

—*Enseguida vuelvo* —le signó a Hudson, quien todavía seguía leyendo las notas del móvil.

Para cuando llegó a la barra hecha una furia, la sonrisa de Thomas había desaparecido. En su lugar, puso una expresión tan solemne que parecía un monje. Vivienne le quitó la servilleta de las manos y la leyó. Había un número de teléfono garabateado en el medio con números claros y redondeados. Algo ardiente e imposible de describir le chisporroteó por las venas.

—Me resulta complicado interpretar desde aquí —comentó Thomas, amablemente.

Vivienne rasgó la servilleta por la mitad una vez. Luego otra. Él se echó para atrás, con la paciencia de un santo, y tomó su bebida. Antes de poder siquiera llevársela a los labios, ella ya había metido los trozos de servilleta dentro del vaso. El agua con gas empapó todo el papel, que ahora solo era una pálida pasta pulposa sobre los hielos. Durante varios segundos, ambos se quedaron mirando fijamente la bebida.

—Tu cita te está buscando —dijo Thomas.

En efecto, Hudson había pasado el brazo por encima del respaldo de la silla y los estaba observando con creciente interés. Evitando a Thomas como hubiera hecho con un bicho, Vivienne volvió a su mesa y se dejó caer en la silla. Si Hudson tenía alguna opinión sobre aquello, se la guardó para él, y simplemente le devolvió el teléfono.

—No sé yo, Viv. Podría meterme en un problema muy gordo.

Ella frunció el ceño. Hudson no sabía signar, al menos no de forma fluida, así que se veían limitados a mantener una relación meramente textual. Este era un acuerdo que, normalmente, les beneficiaba a los dos, pero en esta ocasión Vivienne no había querido tener esta conversación por mensaje. No desde que Reed le había contado que Thomas le había mirado el móvil. Rebuscó en el bolso, sacó una libreta y un bolígrafo y anotó la dosis exacta que Jesse le había pedido. La deslizó por la mesa.

Hudson abrió los ojos de par en par.

—¿Y ni siquiera vas a decirme para qué necesitas esto?

Ella negó con la cabeza.

—Lo suponía. —Levantó la copa de vino y la miró absorto antes de dejarla de nuevo sobre la mesa sin haberle dado un sorbo—. Miénteme, al menos. ¿Es para una broma? ¿Para una fiesta? ¿Es

parte de algún jueguecito?

Vivienne solo lo miraba seriamente desde el otro extremo de la mesa, esperando con paciencia.

Los minutos pasaron lentamente, colmados del tintineo de la cubertería y de fragmentos de conversaciones. Detrás de ellos, a varias mesas de distancia, alguien se rio. Al final, fue Hudson quien terminó cediendo. Siempre lo hacía. Era el oportunista que llevaba dentro, que no podía resistirse a un buen trato. Echó la silla hacia atrás y soltó un suspiro de agotamiento, algo que Vivienne sabía que era puro teatro.

—Está bien. Pero quiero a Reed Connolly.

Vivienne recuperó la libreta, consciente de que Thomas estaba ahí, vigilando todos sus movimientos.

«¿Para qué?», escribió ella.

—Ya sabes para qué —respondió él, antes incluso de que le hubiera puesto el punto al signo de interrogación—. La gala benéfica anual de mis padres está al caer y no tengo intención de ir sin pareja. Si tú me consigues a Reed y lo convences de que salga de su estilo gótico por una vez y se ponga un traje, yo te consigo el anestésico y sin preguntas.

Vivienne tomó el bolígrafo para replicarle, pero él levantó una mano, indicándole que parase.

—Estas son mis condiciones. *Quid pro quo*.

«Reed es un delincuente», anotó rápidamente, sin hacer muy buena letra. «Tus padres le odiarán».

Hudson sonrió.

—¿Por qué te crees que quiero que venga?

Su voz se diluyó de forma extraña, como si alguien le hubiese

bajado el volumen al mínimo. Vivienne levantó la vista, sobresaltada, y miró a su alrededor para ver si alguien más se había dado cuenta. Pero Hudson tomaba la copa de vino, todavía sonriéndole; Thomas seguía mirándolos desde la barra y el resto de la gente del restaurante continuaba con sus conversaciones, ajenos a cómo el sonido temblaba y se distorsionaba.

En la mesa de al lado, alguien la estaba observando. Justo antes había ahí un par de hombres de negocios, ambos vestidos con trajes de verano y relojes deportivos caros. En su lugar, ahora se sentaba una solitaria y abotargada figura. La miraba con unos ojos ciegos y tenía media cara cubierta de percebes. Sus labios eran oscuros, como si tuvieran una infección, y por la piel se le filtraba una putrefacción supurante.

Vivienne lo conocía. Lo reconocería en cualquier lugar.

La había llevado al colegio. Había ido a ver sus recitales. La había abrazado cuando lloraba.

«No es tan malo», dijo Mikhail Popov. «No debes tener miedo».

Vivienne se puso en pie como un resorte, tirando los cubiertos. Varias cabezas se giraron hacia ella.

—¿Viv? —Hudson echó un vistazo hacia la mesa. Mikhail los miraba de vuelta, tan frío e imperturbable como cuando estaba con vida—. ¿Estás bien?

«Él no *quiere* hacerte daño», dijo Mikhail. Su voz sonaba húmeda, como si estuviese lleno hasta arriba de agua del Sound. «Solo quiere que vuelvas a casa».

En las ventanas empezó a crujir el hielo, que había escarchado los cristales. Su aliento empezó a condensarse delante de ella. Hudson estaba diciendo algo otra vez y se había levantado de la silla para

acercarse a ella. Su voz era débil y distante.

—*Baño* —signó Vivienne, descolgando el bolso del respaldo de la silla. Se abrió paso hasta el pasillo, con el frío filtrándosele por la piel y una bruma serpenteándole por los tobillos. En la barra, Thomas ya estaba bajándose del taburete.

—*Baño* —signó Vivienne otra vez. Después, como si él fuera un perro, añadió—: *Siéntate.*

Él no se sentó, pero tampoco la siguió. En su lugar, se quedó vigilando, con sus ojos claros yendo de Hudson a ella una y otra vez, mientras intentaba, sin éxito, averiguar qué podía haber pasado.

En el baño, Vivienne se dejó caer contra la puerta hasta que esta se cerró con un *clic*. Bajo la luz amarilla de los apliques, su reflejo estaba pálido como un espectro. No hizo contacto visual mientras abría el grifo y se echaba agua fría por el cuello.

Cuando por fin levantó la vista, se encontró con Mikhail de pie justo por encima de su hombro. Vivienne pegó un grito y se cayó contra el secador de manos.

«Él te ha estado buscando», borboteaba su voz, espeluznante. «¿Por qué te escondes? ¿No quieres estar con los otros?».

Ella se revolvió hacia atrás, dándose un fuerte golpe contra la pared de al lado. El cuerpo —porque Vivienne era incapaz de pensar en él como Mikhail— se interpuso entre ella y la puerta, impidiéndole salir. En el lavabo, el agua corría sin parar, desbordándose y derramándose hasta al suelo.

La sonrisa del cuerpo era oscura como el fango. El agua salada le escurría por la barbilla como si fuera saliva.

«No tardarás mucho», le aseguró. «No ahora que Él sabe tu nombre».

El nivel del agua subió rápidamente, demasiado, lamiéndole los tobillos, los gemelos, el dobladillo del vestido. Vivienne subía con ella mientras intentaba desesperadamente encontrar algo a lo que agarrarse, tocando la superficie hasta que solo quedó un pequeño remanente de aire en el techo. Estaba en una pecera de verdad, en un bosque de algas que se entretejían alrededor de sus piernas en unos nudos imposibles.

Era una pesadilla. Una alucinación.

No era real. No *podía* serlo.

Tomó una última bocanada de aire justo cuando el agua se la tragó por completo. Sumergida, se hundió como una piedra. Una luz de origen desconocido atravesaba el agua en amplios y crepusculares rayos. Iluminaba el fondo, lleno de fango, donde reposaba un chico, extendido como un fino y oscuro crucifijo. A su lado, había un montoncito de huesos negros como el fosfato. Un pequeño cangrejo violinista gris correteaba por la curva de una costilla. Conforme se hundía y se acercaba más, el chico abrió los ojos y la miró directamente.

«Te acostumbrarás al frío», dijo él. «Ya lo verás».

«¿Vivienne?».

La voz emanó a su alrededor, por todas partes, incorpórea y familiar.

«*Vivienne*».

Las facciones del chico se deformaron y los ojos se le hundieron en unas profundas cuencas. Se incorporó rápidamente, sentándose, y la agarró por la barbilla. Vivienne forcejeó con él, enredada entre las fantasmales capas de la falda de su vestido. No sirvió de nada. El chico no aflojó su agarre lo más mínimo. Era de hierro. Le estaba

clavando el pulgar justo en la articulación de la mandíbula, forzándola a abrir la boca. El agua alcalina, espesa por el fango, le entró por la garganta hasta que empezó a ahogarse.

«¿Dónde estás?», exigía saber el chico. «*¿Dónde estás?*».

Vivienne pataleó y pataleó, con los pulmones ardiendo y con la vista ya borrosa por los bordes.

«¡Vivienne!».

De una sacudida fría como el agua helada, Vivienne se descubrió parpadeando bajo las luces amarillas del baño del Blackwell's. Estaba completamente seca y respiraba con dificultad. En el suelo bajo sus pies no había ni un solo charco. Thomas Walsh estaba de pie justo delante de ella, acunándole la cara entre las manos.

—Estás bien —dijo él—. Eh, *oye*, mírame. Estás bien.

Ella alzó la vista para encontrarse con la de él, y su familiaridad fue para ella como un punto de anclaje. La cara de Thomas estaba más seria de lo que ella la había visto nunca. Él le rozaba la mejilla con el pulgar en una caricia absorta.

—Aquí estás.

Lo dijo con un alivio tan profundo que Vivienne se partió en dos. Se apartó de él como un animalillo, resbalándose hacia atrás y contra la pared. Las manos que hasta hacía unos segundos la sostenían con tanto cuidado se alzaron apaciguadoras.

—Tranquila —indicó él—, no voy a hacerte daño.

Vivienne intentó imaginarse cómo debía de habérsela encontrado. Arañándose su propia garganta. Ahogándose con nada. Sola en un baño público representando una pantomima de su propia muerte.

El pensamiento le resultó más humillante de lo que podía imaginar.

Se le estaba haciendo insoportable seguir ahí de pie en aquel silencio abyecto, aguantando el escrutinio de Thomas. Odiaba que la escudriñaran. Lo *odiaba*. Cuando dejó de hablar, su madre y Philip contrataron a todo tipo de doctores para que le hicieran pruebas y la examinaran. La metían en máquinas durante horas, atada a una camilla y temblando de frío. Le clavaban agujas, bisturís y le pinchaban en los dedos, hasta que se hartó y se propuso ponerle fin a todo aquello.

Empezó a tumbarse en el suelo, como si estuviera muerta, con los ojos cerrados y los brazos torcidos, esperando a que la empleada del hogar la encontrase. Solo quería irritar a todo el mundo lo justo y necesario para que la dejasen en paz.

Una lágrima consiguió escaparse de entre sus pestañas y le rodó por la mejilla, lo que hizo que, además de dolorida, se sintiera avergonzada.

—Yo solía tener ataques de pánico —repuso Thomas, con tacto—. Digamos que, eh…, no es que me gusten mucho los espacios pequeños. Cuando era niño, hubo un incidente y me… bueno, eso no importa ahora. Lo que importa es que después de aquello empecé a tener pesadillas. Me despertaba convencido de que no podía mover los brazos o de que no podía respirar. La cosa empeoró tanto que al final mi madre me obligó a ir a terapia. Estaba un poco pirada, la terapeuta, me refiero. No es que fuera horrible ni nada por el estilo, pero era bastante *hippie* para algunas cosas. Solía hacerme ejercicios de respiración con unas cintas de sonidos de la naturaleza.

La puerta del baño se abrió inesperadamente. Thomas la paró a mitad, volviendo a cerrarla.

—Ocupado.

—No es un aseo individual. —Oyeron que decía una mujer con voz indignada.

La única respuesta de Thomas fue alargar la mano y cerrar la puerta con pestillo, lentamente y con un marcado *clic*.

—Voy a llamar al encargado —dijo la mujer, más estridente que antes.

—Adelante —le respondió Thomas en voz alta.

Oyeron el enfadado repiqueteo de los tacones de la mujer mordiendo el suelo de madera mientras se iba.

—A donde quiero llegar es —siguió él— que aquella terapeuta me enseñó un ejercicio con el que centrarme en el momento presente. Me hacía contarme los dedos. Si no me salían las cuentas, significaba que estaba teniendo alguna especie de pesadilla. Y si estaban todos ahí, eso quería decir que estaba despierto.

Vivienne lo miró a los ojos, todavía sin tener muy claro de a dónde quería ir a parar.

—Sé que no parece gran cosa —añadió él—, pero te juro que me ayudó. Venga, levanta el puño.

A regañadientes, ella le obedeció. Él la imitó también, estirando el dedo meñique.

—Uno —empezó Thomas, que asintió con la cabeza cuando vio que ella lo seguía—. Bien, ahora, dos. Tres. Cuatro. Cinco.

Sus manos estaban alineadas entre ambos. Thomas tragó, moviendo visiblemente la garganta. Parecía que se le hubiera olvidado por completo la lección. Lentamente, Vivienne unió su mano con la de él. Ese contacto repentino hizo que él la mirase a los ojos de manera instintiva. Aquella mirada atormentada estaba ahí otra vez, en los ojos de Thomas. La misma mirada que le había

lanzado desde la fuente durante su primera mañana en la casa. Vivienne sintió su calor en los dedos de los pies.

Él deslizó los dedos entre los suyos y, de un suave tirón, la separó de la pared. Vivienne se tambaleó delante de él, con las manos entrelazadas y el suelo que pisaba sólido como una roca.

En ese instante, se dio cuenta de lo mucho que deseaba que Thomas la besara.

Él no lo hizo, por supuesto. Solo le ofreció una suave sonrisa y le dijo:

—Así. ¿Ves? Estás despierta.

Volvieron a llamar a la puerta. Se separaron de un salto, como si les hubieran dado una descarga eléctrica.

—¿Viv? —No era el encargado, sino Hudson. Y parecía un poco molesto—. Si lo que pretendías era que yo pagase la cuenta, hay formas mucho más creativas de hacerlo.

Vivienne se apretujó para pasar al lado de Thomas, abrió el cerrojo y la puerta de par en par. Hudson estaba ahí plantado, con el antebrazo puesto sobre el marco de la puerta y la frente apoyada en el dorso de sus largos y elegantes dedos. Al verlos se irguió y se alisó las solapas de la americana.

—Interesante. Sabes, *algunas* personas encontrarían esto bastante ofensivo en una cita.

Vivienne lo fulminó con la mirada y se fue de vuelta hacia el comedor, donde el ajetreo de las comidas ya estaba empezando a calmarse. Los hombres de negocios ya habían pagado la cuenta y se habían ido. No había escarcha en las ventanas. El suelo no estaba cubierto de bruma. Hudson esquivó a una camarera de milagro, pero alcanzó a Vivienne. Thomas se quedó en la retaguardia, con las

manos en los bolsillos y la mirada perdida.

Ella no podía ni mirarle.

—Por cierto, cuenta conmigo —dijo Hudson, mientras salían del restaurante a la terraza cubierta—. Consígueme lo de la gala y te traeré lo que necesites.

El corazón le dio un vuelco. Este era el plan. Siempre había sido el plan. Todo estaba saliendo como ella quería. Pero aun así, cuando alargó la mano para estrechar la de Hudson, le temblaron los dedos. Él le envolvió la mano con la suya y se inclinó hacia ella para darle un beso en la mejilla. Cuando lo hizo, le susurró al oído:

—No sé qué estupidez te traes entre manos, pero de verdad espero que no acabes muerta.



9

Thomas

El día siguiente trajo consigo una tormenta de verano, que llegaba desde el este con la furia de un huracán. Thomas se pasó toda la mañana atrincherado en su habitación leyendo detenidamente los resultados de otra prueba de aptitud. Había hecho docenas de ellas estas últimas semanas. Pruebas de lenguaje y vocabulario, de números y estadística. De reconocimiento de patrones, de comprensión lectora y de razonamiento mecánico.

Pero ninguna de ellas le decía quién era o quién se suponía que debía ser.

Una vez, cuando tenía once años, su tío lo llevó de excursión hasta la cima de Melrose Rock. Emocionado ante la idea de vivir una aventura, Thomas se llevó su tan preciada brújula. La sostuvo entre las manos durante toda la caminata, observando cómo la aguja no dejaba de girar y poniéndose cada vez más furioso al ver que no apuntaba al norte.

«Es el imán», le explicó su tío finalmente. «No es lo

suficientemente fuerte».

Frustrado, Thomas la tiró contra una roca e inmediatamente se sintió fatal por haberlo hecho. Había sido un regalo de Navidad de su madre —uno para el que probablemente tuvo que ahorrar. Se pasó todo el camino de vuelta a casa intentando no llorar, con la brújula destrozada en el bolsillo, pesándole como un pedrusco.

Quizás él solo era eso: una brújula rota condenada a dar vueltas en el mismo sitio. Quizá no sabía cómo encontrar el norte; quizá solo deambularía, sin rumbo alguno, hasta que fuera un viejo amargado y enfadado con el mundo, igual que su padre.

Abrió el portátil y vio que tenía otro correo electrónico pendiente.

Thomas:

Puede que esto te parezca raro, pero ¿podrías llamarme? Tengo que hacerte una pregunta. Es importante. Te lo explicaré por teléfono. Te dejo mi número más abajo.

C.

Intrigado por lo que el presidente del Priorato podría necesitar de él, fue a por su móvil. Mientras lo hacía, le llegó un mensaje. El nombre del contacto apareció en medio de la pantalla: «Princesa». Se le hizo un nudo en el estómago al abrirlo.

Princesa

No me hagas llegar tarde.

Thomas

No se me ocurriría.

Thomas se olvidó del correo electrónico, y fue a ducharse y a vestirse.

El camino hasta New Haven fue silencioso, como siempre, con la excepción del ruido de la lluvia contra el cristal y los rítmicos chirridos de los limpiaparabrisas. No hablaron de lo del restaurante, ni de cómo se la encontró agarrándose la garganta, ni de lo pequeña y fría que le pareció su mano cuando la tuvo entre las suyas.

En cuanto llegaron, Vivienne tomó el único paraguas que tenían y salió disparada hacia el estudio, dejando a Thomas atrás a merced de los elementos. Calado hasta los huesos, se sentó en el vestíbulo y la observó a través de la rendija de la puerta mientras montaba una coreografía.

Cuando por fin salió del estudio, con los ojos iluminados y las mejillas sonrosadas, ambos se vieron sorprendidos por el pitido de sus móviles, en los que acababan de recibir una alerta de tormenta extrema. El cielo desataba su furia mientras los dos seguían de pie en el vestíbulo vacío, el uno al lado del otro y las manos colgando entre ellos. Un rayo rasgó el cielo y Thomas sintió un leve roce del meñique de Vivienne en sus nudillos.

Pensó que quizá se estaba volviendo un poco loco.

Durante los días siguientes, empezaron un nuevo y desconcertante ritual. Cada noche, después de que los Farrow terminasen de cenar, Thomas se tiraba en el sofá del salón a ver la televisión. Y, cada noche también, Vivienne aparecía como un reloj —arrebujada en una sudadera cuatro tallas más grande y con el cabello húmedo trenzado — y se hacía un ovillo en el cojín de al lado, acompañada por los perros. Thomas se pasaba la siguiente hora fingiendo ver un programa, demasiado consciente de cada movimiento y cada

suspiro. La mayoría de las noches, Vivienne se quedaba dormida. Él apagaba la televisión, la tapaba con una manta y se iba haciendo el menor ruido posible.

La cuarta noche, cometió un error. No pretendía hacerlo, pero estaba muy cansado y el titileo de la tele lo arrulló hasta quedarse dormido. Antes siquiera de poder darse cuenta, lo despertó el inconfundible sonido del chasquido de unos dedos justo debajo de la nariz. Volvió en sí, primero lentamente y luego de sopetón en cuanto se percató de dos cosas horribles, una detrás de la otra.

La primera: Vivienne estaba tapada a su lado, tenía la cabeza apoyada en su pecho y él le estaba rodeando la cintura con el brazo.

La segunda, y peor: Amelia Farrow estaba de pie delante de ellos. Iba vestida con lentejuelas plateadas y tenía los ojos hinchados de llorar. Fuera, en el vestíbulo, la puerta del despacho de Philip Farrow se cerró de un portazo. Algo grande se hizo añicos contra la pared.

Al oírlo, Vivienne se incorporó como un resorte, sobresaltada y adormilada. Thomas aprovechó la oportunidad para levantarse del sofá. Durante unos tensos segundos nadie dijo nada.

Fue Amelia quien rompió el silencio:

—Vivienne, vete a tu cuarto.

Vivienne no se movió.

—*Vivienne.* —El nombre salió de la boca de su madre como un latigazo—. Ahora. Antes de que Philip se entere.

No sin antes mandarle una mirada cargada de veneno, Vivienne salió del salón y se arrastró hacia el piso de arriba con los perros siguiéndola en fila india. Thomas y Amelia se quedaron solos. En la televisión, un gran tiburón blanco se deslizaba por la inmensidad del azul.

—Supongo que eres consciente de que esto ha sido totalmente inapropiado —dijo Amelia.

—Sí, señora. —El corazón de Thomas era una fría roca mojada. Le pesaba en el pecho.

Amelia se tambaleó un poco; estaba claro que se había pasado con el vino.

—Has tenido suerte de que haya sido yo quien os haya encontrado así a los dos y no mi marido.

—Sí, señora.

Ella lo miró con el ceño fruncido y los ojos vidriosos. Con la televisión iluminándola por la espalda, Amelia tenía un aspecto verdaderamente frágil. No como algo que fuera lo suficientemente delicado como para romperse, sino como algo que ya se había partido en dos.

—¿Es que eso es lo único que sabes decir? —preguntó ella entre hipidos—. ¿«Sí, señora»?

—No, señora —respondió él, seguido de una mueca.

—Me importa mi hija —dijo a la defensiva, como si él la hubiera acusado de lo contrario—. No quiero que le hagas daño.

—No lo haré —le prometió él.

—Ya se lo estás haciendo. —Las palabras salieron ásperas, y su cara era una de completo desdén—. Si vuelvo a encontrarte a solas con ella cuando no debes, estás despedido.

Tras decir eso, se fue de la habitación entre tambaleos, y lo dejó solo.



Al día siguiente era sábado. El inicio de su fin de semana libre. El sol

se colaba entre las hojas de los árboles mientras Thomas tiraba la bolsa de viaje en la oxidada caja de su viejo y usado Ford. Acababa de conseguir cerrar la puerta de la caja de la camioneta cuando un reluciente descapotable plateado aparcó justo detrás de él. El hombre que se bajó del coche solo parecía ser unos años mayor que él e iba vestido para un día de pesca con unos náuticos y unos chinos.

—Menudo carro —dijo, quitándose las gafas de sol para examinar la camioneta—. ¿Del 2007?

—2006 —respondió Thomas.

—¿Lo has arreglado tú?

—Con mi tío.

El hombre hizo un sonido de aprobación y alargó la mano.

—Soy Bryce —dijo—. Bryce Donahue.

—Thomas —dijo él, sin añadir nada más.

—Ah, debes de ser el intérprete. La madre de Vivienne te mencionó en la cena el otro día. —Bryce se colgó las gafas del cuello de la camisa—. ¿Vienes con nosotros de pesca hoy, Thomas?

—No, no me llegó la invitación.

—¿No? Para la siguiente, entonces. —Se inclinó hacia Thomas, como si fuera a decirle un secreto—. Mis planes de hoy con Vivienne no requerirán de un intérprete, ya me entiendes.

A Thomas se le revolvieron las tripas.

—No, no te entiendo —dijo con frialdad.

Al oír su tono frío, parte de la amabilidad de Bryce desapareció. Miró hacia la casa y después otra vez a Thomas.

—Menudo curro te has buscado este verano. ¿Vives en la casa con Vivienne? Os estaréis viendo a todas horas.

—Es una casa grande —dijo Thomas.

—No tanto —contraatacó Bryce.

Antes de que Thomas pudiese preguntarle a Donahue qué era exactamente lo que estaba insinuando se abrió la puerta principal. Salió Philip, con una bebida en la mano y la cara en sombra bajo un sombrero de paja.

—¡Donahue! Elegantemente tarde, como de costumbre. Ya veo que has conocido a Walsh. —Su sonrisa era amable y al mismo tiempo nada hospitalaria—. Estaba a punto de marcharse, ¿verdad, hijo?

Thomas sabía captar una indirecta.

—Sí.

—Tengo el presentimiento de que nos veremos mucho por aquí —dijo Bryce, dirigiéndose hacia la casa—. Hablaremos de trabajo.

—Estoy impaciente —mintió Thomas, justo cuando se cerraba la puerta principal. Se quedó ahí plantado, sin poder moverse del sitio, acumulando una ira inexplicable y ardiente, hasta que una ráfaga rosa en un balcón del segundo piso captó su atención. Miró hacia arriba justo a tiempo para ver a Vivienne cerrar las cortinas de un tirón.

No volvió a aparecer.

Thomas llegó a su casa tres horas después. Encontró la nevera llena —sorprendente— y la encimera de la cocina llena de correo —nada sorprendente. Su hermana no estaba, probablemente porque trabajaba como supervisora en el campamento de día que había calle abajo. Invirtió un rato en revisar las facturas, separando los montones en cuáles consideraba que podían ignorar y cuáles no. Cuando terminó con eso, subió al piso de arriba a ver a su madre.

Odiaba entrar en esa habitación que, hoy en día, parecía ser más una tumba en vida. Su madre solía dormir con las cortinas abiertas,

determinada a despertarse con el sol y fingiendo sorprenderse cuando Thomas y Tessa se metían en la cama con ella antes de que amaneciera. Ponía unos dibujos animados, levantaba las sábanas y los dejaba acurrucarse con ella para que descansaran unos minutos más.

Ahora, la televisión seguía encendida, pero su madre estaba dormida. No le sorprendió, sabía que la energía le llegaba en oleadas transitorias. Que la nevera estuviera llena significaba que esta semana había ido a hacer la compra. Salidas como esas derivaban normalmente en un bajón físico. La última vez que había ido al centro ella sola, no volvió a casa. Thomas se la encontró dormida en el coche con la compra echándose a perder en el maletero.

Se sentó en la mecedora que había al lado de la cama de su madre, la que solía estar en su habitación de la infancia cuando aún era lo suficientemente pequeño para que lo meciesen para dormir. Crujió bajo su peso mientras se acomodaba para ver la película que su madre había elegido. Pasaron horas antes de que se despertara. Volvió en sí poco a poco, como si estuviera saliendo de un sueño muy profundo. Cuando lo vio sentado a su lado, se le iluminó la cara con una nostálgica sonrisa que a Thomas le llegó al corazón.

—Estaba soñando contigo —dijo ella a la vez que signaba, con su usual comunicación bimodal—. Me preguntaba cuándo vendrías a casa.

—Tengo el fin de semana libre. —Se inclinó hacia ella para darle un beso en la mejilla, signando mientras tanto—. Cortaré el césped, ahora que estoy aquí.

—Tu tío ha estado encargándose del césped.

—El tío ya tiene bastante con encargarse de sus cosas. Yo lo haré,

no hay problema. Y el escalón de la entrada vuelve a estar suelto; lo arreglaré este fin de semana también para que ni tú ni Tess os torzáis un tobillo. —Hizo una pausa y añadió—: Y voy a programar una compra a domicilio semanal.

—Tommy —signó su apodo familiar, haciendo una *T* a la altura del corazón—, eso puedo hacerlo yo.

¿Puedes?, quiso preguntarle, pero se mordió la lengua. No le apetecía discutir con ella, no cuando tenían tan poco tiempo. Su madre se acomodó, poniendo su almohada en vertical para sentarse frente a él. El cabello le colgaba en una larga trenza rubia con algún destello gris. Durante varios minutos, se quedó sonriéndole a su hijo.

Thomas se movió inquieto ante la mirada de su madre.

—¿Qué?

—Eres demasiado grande para esa mecedora.

—Tampoco es que la mecedora sea muy grande.

—Ya, es solo que antes solías parecer muy pequeño cuando te sentabas en ella. —Esto era muy típico de ella, ponerse nostálgica pensando en el pasado, cuando él y Tess eran pequeños y ella aún era dueña de su cuerpo. Le resultaba fácil hacerlo porque guardaba todo. Su padre solía llamarla Doña Cachivaches, un apodo que ella negaba vehementemente. «Soy coleccionista de recuerdos», le había dicho una vez. «Es el trabajo más importante que puede tener una madre una vez que sus pequeñines ya son muy mayores para los mimos».

Ahora, su madre decía entre bostezos:

—Ojalá no te hubieras ido tan lejos.

—Es un buen trabajo. No podía dejarlo pasar.

—Cuidarnos no es tu responsabilidad, cariño. Lo sabes, ¿verdad?

Pero si no lo hacía él, ¿quién lo haría? Su padre no iba a volver. Su madre no iba a mejorar. «Neurológico», habían dicho los médicos tras un difícil diagnóstico. «Para toda la vida», «crónico». Apareció de repente. Durante un invierno, tres horribles años antes de enterrar a su padre, su madre se puso enferma con neumonía. Los ataques de tos le duraron días. Después, esos días se convirtieron en semanas. Y las semanas terminaron convirtiéndose en meses. Dejó de salir de la cama, dormía horas y horas. Se volvió frágil y gris, cuando ella siempre había sido todo color. Había tratamientos para paliar sus síntomas. Paliar, no curar. Pero esos tratamientos eran muy caros.

Desde la cama, su madre lo observaba con excesivo interés.

—Tu hermana tiene teorías muy interesantes sobre qué estás haciendo ahí en Connecticut.

Thomas dio unos suaves puntapiés en el borde de la cama y enarcó las cejas.

—Ya sabes cómo es Tessa —añadió su madre.

Él alejó los dedos de la sien.

—¿Imaginativa?

—Esa es una forma muy cariñosa de decirlo.

Thomas se dio cuenta de que su madre estaba esperando que le contase algo más. Ella no solía ser una cotilla, pero él tampoco solía guardar secretos. No quería hablarle de Vivienne. No sabía muy bien cómo describirla. Al menos no de forma que su madre pudiera entenderlo.

—¿Qué tal si hago lasaña para cenar? —preguntó en su lugar.

La sonrisa de su madre se ensanchó y, así de fácil, ella no siguió insistiendo.

—¿Es que has empezado a cocinar en tu nuevo trabajo misterioso?

—No exactamente —signó él, devolviéndole la sonrisa—. He visto una caja en el congelador.



A la mañana siguiente, ya era domingo. Se despertó con un gato sentado en el pecho y el familiar entorno del garaje, que él había convertido en su habitación, y de las estanterías con todas sus cosas. No le calmó de la forma en la que se imaginaba que lo haría. Se levantó con tranquilidad y fue a la cocina a prepararse el desayuno. Ya se había comido la mitad de un bol de cereales cuando su hermana llegó, se dejó caer en el taburete que tenía enfrente y tiró un periódico sobre la encimera.

—Mira y aprende —dijo ella—. Tu hermanita es una heroína local. Ayer, un campista se atragantó con una uva en el comedor y yo, Tessa Rose Walsh, le hice la maniobra de Heimlich de forma tan eficiente que el pobre casi le saca un ojo al niño que estaba sentado justo enfrente.

—Qué bien —replicó Thomas.

—Échale un vistazo. —Tessa empujó el periódico hacia su hermano—. Página ocho, el artículo de abajo. Han puesto una foto y todo.

Dejó el bol a un lado y tomó el periódico, pero se detuvo en cuanto sus ojos se posaron sobre el titular de la portada:

El hijo de un magnate de los negocios sufre un paro cardiaco en el mar

El estómago le dio un vuelco.

—¿Este es el periódico de hoy?

—Sí. —A Tessa se le estaba agotando la paciencia y se removía inquieta en el taburete—. ¿Es que no sabes leer? Venga va, ábrelo.

Su hermana se inclinó sobre la encimera para abrirlo por él, pero Thomas la apartó plantándole una mano en la cara mientras leía por encima el artículo de la portada hasta que encontró los datos que buscaba.

> **Donahue, de veintidós años, fue evacuado por vía aérea hasta el hospital más cercano, donde se certificó su muerte a su llegada. Fuentes cercanas al recientemente graduado universitario dicen que Donahue, un competitivo remero, no sufría ninguna afección previa. Se encontraba en perfecto estado al comienzo del día, cuando se fue de pesca con unos amigos de la familia.**

Thomas dejó el periódico.

—Tengo que irme.

—¿Qué? —Tessa se bajó del taburete justo después de su hermano —. Pero Tommy, si casi no te hemos visto.

—Lo sé, y lo siento. —Dejó el bol en el fregadero y le alborotó el pelo a su hermana. Ella se agachó y se zafó de él, furiosa.

—Volveré pronto —dijo él—. Te lo prometo.

Volvió a la finca de los Farrow y se la encontró igual de silenciosa que la había dejado, solo los perros fueron a saludarle. Los fue apartando mientras buscaba por las habitaciones de la mansión, pero todas estaban vacías. Si Vivienne estaba en casa, no la veía por ninguna parte. No estaba tumbada en la piscina, ni acurrucada en el

salón. Tampoco en su habitación en el piso de arriba, con la puerta cerrada y la música puesta.

Seguido por los perros, se dirigió a la habitación de invitados con su bolsa de viaje llena de ropa limpia colgada al hombro. Ahí fue donde la encontró, sentada en el centro de su cama con la barbilla apoyada en las rodillas. Thomas se quedó paralizado en el umbral de la puerta, y los perros derraparon torpemente contra sus gemelos. La conmoción hizo que Vivienne lo mirase a los ojos. Estaba recién duchada, tenía el pelo recogido en unas trenzas y llevaba la cara lavada. Aun así, Thomas supo que había estado llorando.

—¿Vivienne?

Esta se puso en pie de inmediato. A Thomas casi no le dio tiempo ni a dejar la bolsa en el suelo antes de que ella se abalanzase sobre él con tanta fuerza que hasta le cortó la respiración. Thomas la rodeó con los brazos, estrechándola en un abrazo. Los dedos de Vivienne se agarraron con fuerza a su camisa, a la vez que Thomas sentía cómo esta tomaba una gran bocanada de aire temblorosa.

—He vuelto en cuanto lo he visto —dijo él.

Sabía que había ciertas preguntas que debía hacerle. Preguntas educadas. Preguntas sin sentido: *¿Estás bien? ¿Era una persona importante para ti? ¿Hay algo que pueda hacer?*

Pero no hizo ninguna de ellas. Era demasiado egoísta. No quería saber las respuestas. Por si esto fuera poco, Thomas sentía una desconfianza en el pecho de la que no podía deshacerse, una sensación insidiosa de que algo iba mal que se enraizaba como la ambrosía. Pensó en cómo Vivienne lloraba aquella noche en la piscina, en su mirada agitada cuando le quitó las esquirlas de cristal de la muñeca. En Philip en el camino de entrada cuando dijo: «No

me encontré con tu currículum por casualidad».

Sintió como si estuviera mirando fijamente a una ilusión óptica, con la verdad a tan solo un cambio de perspectiva.

—Tendría que haber estado aquí —le susurró él en la coronilla.

Vivienne se apartó lo suficiente como para mirarle a los ojos. Así de cerca, Thomas podía oler los aromas florales de su champú, que también tenía un toque de coco. Los ojos de Vivienne eran lava fundida bajo la luz de la tarde, y sus mejillas estaban húmedas por las lágrimas. Sin pensar, él se las secó con el pulgar. De repente, se le endureció la mirada, con una firmeza que él ya había aprendido a reconocer durante las últimas semanas.

—Sí, ya sé lo que me vas a decir —le aseguró él—, que tus asuntos no son cosa mía, que te deje en paz, etcétera. Ya me quedó claro la última vez, así que puedes ahorrarme la…

Vivienne se puso de puntillas y ahogó el resto de la frase con un beso. Sabía a temeridad y a impulsividad, y también a bálsamo labial de coco. En la mente de Thomas, se esfumó hasta el último pensamiento coherente que le quedaba. Deslizó las manos por el pelo de Vivienne mientras se inclinaba hacia ella, devolviéndole el beso.

Fue un beso ardiente, perfecto.

Solo un beso, después, el sentido común le golpeó como un mazazo.

Thomas la apartó de él con suavidad, dejándola con delicadeza sobre sus talones.

—Vivienne… —La voz le salió abrasada. No sabía qué decir. No sabía ni por dónde empezar. Pensó en su madre y en la creciente pila de facturas, en los fondos vacíos para la universidad de su hermana.

No podía permitirse volver a casa arrastrándose con las manos vacías.

Amelia lo había dejado muy claro la última vez que hablaron: «No le hagas daño. No estés a solas con ella». Solo llevaba en la casa un cuarto de hora y ya había hecho ambas.

Su pulgar aún seguía húmedo de las lágrimas de Vivienne cuando susurró:

—No puedo hacerlo.

El color arrasó las mejillas de Vivienne, ahora de un intenso y furioso rojo carmesí. No lo miró, solo se quedó absorta mirando a un punto fijo con las yemas de los dedos temblándole sobre los labios. Al notar la tensión, los perros empezaron a moverse de un lado a otro.

—Ey… —Thomas intentó ponerse en su campo de visión—. Tú no…, los dos hemos…, lo que quiero decir es que…

No encontraba las palabras, y ambos lo sabían. La mano derecha de Vivienne cayó cortante sobre la palma de la izquierda, poniendo fin a la situación.

—*Para.*

Él se calló de inmediato y entrelazó las manos por encima de la cabeza. El muro que ahora ella tenía en la mirada era duro como una roca. Thomas tuvo la débil y horrible sensación de que podía golpearse contra él hasta sangrar y nunca conseguiría que Vivienne volviera a mirarlo de la misma forma en la que lo estaba haciendo tan solo hacía unos minutos, con esa mirada que había sentido hasta en la médula.

—*No puedo estar aquí ni un segundo más* —signó ella.

—Espera. —El corazón se le resquebrajó—. Vivienne, por favor,

espera un seg…

Vivienne pasó por su lado, escurridiza como el agua, salió al pasillo y desapareció de su vista, con los perros trotando tras ella. En cuanto se hubo marchado, Thomas se desplomó en la silla y enterró la cara entre las manos.

—¡Joder!

Barrió el escritorio con el brazo y lanzó un lapicero por los aires. Este chocó contra la pared y todos los bolígrafos se desperdigaron por el suelo. No le hizo sentir ni un poco mejor. En el piso de arriba, la puerta de la habitación de Vivienne se cerró de un portazo. El golpe reverberó por toda la casa, mandando un mensaje muy claro.

Para Thomas fue como un golpe de gracia.



10

Vivienne

A la mañana siguiente, Vivienne quedó con Reed a las ocho en punto. Se sentaron uno frente al otro en los sofás de felpa color ciruela de Le Presse Café como dos polos opuestos, Vivienne con su conjunto de cuadraditos y Reed con su chaleco de cuero con cortes.

—Acabemos con esto —dijo Reed, mientras dejaba su *cold brew* de golpe sobre la mesa y derramaba un poco de su dulce espuma por el borde del vaso—. Cuanto menos tiempo pase en presencia de Walsh, mejor.

El causante de su ira estaba sentado fuera en un banco, tomándose un café. La sola mención de Thomas hizo que la revolcase una espumosa ola de humillación.

Lo había besado.

Lo había besado, y él la había rechazado.

Para empeorar las cosas infinitamente más, este se había comportado como un profesional consumado durante toda la mañana —«Sí, señorita Farrow» esto, «no, señorita Farrow» lo otro

—, y tal compostura hizo que Vivienne quisiera clavarse un tenedor en el ojo. Era totalmente injusto que ella se hubiera pasado toda la noche en vela con un volcán de humillación ardiendo en el estómago y él ni sintiera ni padeciera.

Vivienne se esforzó al máximo por ignorarlo mientras se bebía el té a sorbitos.

—¿Vas a contarme por qué me has hecho venir hasta aquí a estas horas intempestivas —le preguntó Reed— o voy a tener que adivinarlo yo?

—*Tengo una oferta para ti.*

—¿Una oferta? Ya me estás haciendo sospechar. ¿De qué se trata?

—*H-u-d-s-o-n quiere que seas su acompañante para la gala benéfica de sus padres.*

—Hudson —dijo Reed lentamente, como si lo estuviera masticando—. ¿Turner?

—*¿Es que conocemos a otro?*

Él soltó una risotada corta y llena de asombro.

—¿Por eso estamos aquí? ¿*Esta* es la conversación tan importante que no podíamos tener por mensaje? ¿Que quieres que sea la putita de uno de tus amigos de fideicomiso?

—*No seas ridículo. No es ir de p-u-t-i-t-a si él te gusta.*

—Nunca he dicho que me guste.

—*Entonces, ¿no quieres ir?*

—No, yo… —Reed gruñó y se presionó un ojo con el canto de la mano—. ¿Sabes dónde estuve anoche? Con Grayson. ¿Sabes qué estaba haciendo? Practicar. Con un cadáver. Para ver si consigue no *matarte* cuando te abra en canal.

Oírlo en voz alta hizo que se le helara la sangre.

—*¿Y qué me quieres decir con eso?*

—Lo que te quiero decir es que, ahora mismo, hay cosas más importantes en marcha que si Hudson Turner tiene una cita o no para ir a ese bailecito suyo de la alta sociedad.

—*Ya lo sé.*

—¿Ah, sí? ¿Lo sabes? Porque ni por asomo lo parece.

—*¿Por qué crees que hago todo esto? J-e-s-s-e necesita k-e-t-a-m-i-n-a para la operación. H-u-d-s-o-n se ha ofrecido a dárnosla. Pero ha puesto un precio.*

La cara de Reed cambió cuando entendió de qué iba aquello.

—Yo.

Vivienne asintió con la cabeza.

—No puedes usar a la gente como moneda de cambio, Viv.

—*¿Eso significa que no me moleste en enviarle a H-u-d-s-o-n tus medidas para el traje?*

—Mierda. —Se echó hacia atrás en el sofá—. ¿Sabes? En algún momento todo esto terminará pasándote factura. No puedes solventar todos tus problemas sobornando a la gente.

—*¿Y eso quién lo dice?*

—Ves, esto es a lo que me refiero. —Le dio un toquecito con el dedo a Vivienne—. Eres demasiado arrogante.

—*No, solo estoy segura de mí misma.*

—Eres una lianta. Y si tú te hundes por culpa de esto, yo caeré también.

—*No seas dramático.*

—No lo soy, solo te estoy diciendo la verdad. No hace falta ser un genio para darse cuenta de que yo soy tu conexión directa con la Casa. ¿Cuánto tiempo crees que le llevará a Walsh atar cabos? Tú y

yo sabemos que no va a permitir que Grayson se te acerque lo más mínimo con un bisturí.

Fuera, en el banco, Thomas lanzó el vaso de café vacío a la papelera de al lado. Parecía inquieto, impaciente, y no dejaba de mover la pierna derecha. Sus ojos se encontraron a través del cristal y, de repente, Vivienne no podía respirar.

No sabía qué era peor, haberlo besado o no poder dejar de pensar en ello. De *torturarse* con ello. ¿Qué es lo que esperaba? Pues claro que la había rechazado. Nadie podía querer a Vivienne Farrow. No era cariñosa, ni dulce, ni buena. La mayoría de los días, ni siquiera estaba segura de si era humana. Reed acababa de decirle que la gente no era una moneda de cambio, pero todas las personas que giraban alrededor de su órbita estaban ahí porque les habían comprado o pagado de algún modo u otro.

Y Thomas Walsh no era una excepción. No se preocupaba realmente por ella, solo hacía bien su trabajo. Se había pasado todo el verano tratando de hacerle bajar la guardia insistentemente, pero lo había hecho por un sueldo. Llegado el momento, le vendería todos sus secretos a Philip por una miseria.

—*Tienes razón* —signó ella—. *Debería desaparecer.*

—¿Qué? —Reed estaba perplejo—. ¿Cuándo he dicho yo eso?

—*No lo has dicho, pero si T-h-o-m-a-s se entera de lo de J-e-s-s-e y su tesis, irá corriendo a contárselo a P-h-i-l-i-p y lo arruinará todo. Es mejor que hagamos la operación ahora, antes de que él lo averigüe.*

—No sé qué plazo tienes en mente —dijo Reed—, pero Grayson no está preparado para llevar a cabo un procedimiento quirúrgico experimental como ese ni por asomo. Lo he visto, Viv. Apenas sabe poner una vía.

—*Hará lo que yo le diga.*

—Lo que hará es matarte.

Vivienne tragó lo que sintió como un ladrillo en la garganta. Pensó en Bryce Donahue llorando en la reluciente cubierta del barco de pesca. En Mikhail Popov, respirando con dificultad en el arcén nevado de una oscura carretera secundaria. En Thomas Walsh rechazándola en el silencio de su habitación.

No le daba miedo la muerte.

Lo que le daba miedo era la chica del espejo.

—*Lo haremos mañana por la noche* —signó—. *En la gala.*

Reed retrocedió.

—Perdona, ¿has dicho «haremos»?

—*Podemos fingir que es un secuestro.*

—Y dale con ese «podemos». —Reed todavía no había tocado su café, y el hielo derretido estaba transformando rápidamente la espuma en un agüilla asquerosa—. No recuerdo haberte dicho que fuera a participar en esto.

—*Haré que te merezca la pena.*

El chico clavó en ella una mirada pétrea.

—Está bien. Te seguiré el juego, pero solo porque estoy *fascinado* por cómo funcionan los engranajes de ese cerebrito vengativo tuyo. ¿Cómo planeas exactamente fingir tu desaparición? Porque Walsh es el perro guardián más entregado que he visto en mi vida.

—*Necesitaremos una distracción* —signó Vivienne. Tras pensar durante unos minutos añadió—: *El año pasado, nuestro equipo de natación asaltó el vestuario del equipo de una facultad rival con pistolas de* paintball.

—Pistolas de *paintball* —dijo Reed, sin emoción alguna—. Qué

poco original. Y solo por saber que ambos llevamos la misma idea: ¿quieres que vaya a la fiesta como regalito para Turner o para ayudarte a sabotearla?

Vivienne lo meditó un rato.

—*Un poco de ambas.*

—Me va a odiar.

—*¿Y qué más te da? Es un niñato de fideicomiso con un F-e-r-r-a-r-i nuevecito y todo pagado para ir a la universidad de la Ivy League que quiera. Hudson representa todo lo que tú no eres. ¿No te gustaría bajarle un poco los humos?*

Reed abrió la boca para replicarle, pero la cerró de nuevo mientras observaba a Thomas por la ventana.

—¿Sabes lo que creo? —preguntó por fin—. Creo que te estás precipitando. Creo que algo ha pasado entre Walsh y tú y has entrado en pánico.

—*Aún no me has dicho que no* —apuntó ella.

Él dijo con una mueca:

—Necesitaré ayuda.

—*Reclutaremos a los demás iniciados.*

—¿Ah, sí? Siento tener que decirte esto pero no te resultará tan fácil manipularlos como a Grayson y a mí.

—*¿Por qué no?*

—Por un lado, no tienes los fondos *ni* la información para sobornar a todas esas personas; y por otro, ellos responden ante la Casa, no ante ti. ¿Por qué iban a jugarse el pellejo por alguien a quien ni siquiera conocen?

—*Porque tú vas a pedirles que lo hagan.*

—¿Yo? —Reed se desplomó hacia atrás en el sofá y se lo pensó.

Finalmente, levantó el vaso en un brindis—. Vale. Cuenta conmigo. Me encargaré del trabajo sucio, pero quiero el dinero para la matrícula del próximo semestre.

—*Hecho.*

—Pero quiero que me lo pagues todo de una, no en varios pagos.

Vivienne frunció el ceño.

—*Eso es mucho dinero para un solo movimiento. P-h-i-l-i-p podría darse cuenta.*

—Ese no es mi problema. Si la palmas, no veré un centavo, y mi plan sigue siendo graduarme. —Se bebió los restos que le quedaban en el vaso y lo dejó entre ambos—. Págame por adelantado e incluso le contaré las novedades a Grayson para que no tengas que hacerlo tú. Conseguiré que el resto de los iniciados sigan el plan: iremos a tu fiestecita y montaremos una escena. Será precioso.

—*Vale* —signó Vivienne—. *Transferiré el dinero a tu cuenta esta noche.*

—Vaya, vaya, fíjate —Reed se quedó maravillado mientras se levantaba para irse—. Vengativa, pero razonable.

Más tarde, después de un silencioso trayecto en coche a casa, Thomas y Vivienne estaban sentados en el coche, aparcados a la sombra de los altos arces azucareros del camino de entrada. Se escuchaban los chasquidos del motor, que todavía estaba enfriándose. Ninguno de los dos se movió, ni siquiera para quitarse el cinturón.

—Lo estoy intentando —dijo Thomas, sobresaltándola de tal forma que no pudo evitar mirarlo. Él observaba absorto la fuente, con las manos en los muslos. La luz del sol se refractaba en el agua,

tornando las gotas de colores—. Estoy intentando encontrar un equilibrio. Intentando hacer mi trabajo. Estoy intentando… —Se le tensó la mandíbula, y dijo suavemente—: Estoy intentando separar qué es lo que quiero y qué es lo que se espera de mí.

De repente, el interior del coche parecía ser tan frágil como el cristal. Fuera, un viento cálido agitaba las hojas palmeadas en sus ramas. El agua salpicaba las ventanas en una brillante bruma. Vivienne sentía como si el pecho fuera a rompérsele en su interior.

Esperó a que Thomas la mirase para signar:

—*No sé ni a qué te puedes estar refiriendo.*

A él se le entristeció la cara.

—No hagas eso. No huyas de mí.

Vivienne se desabrochó el cinturón lo más rápido que pudo y abrió la puerta de golpe. El calor se coló rápidamente por la apertura, denso con el olor del asfalto caliente y de la hierba recién cortada. Al portazo de Vivienne enseguida le siguió el de Thomas.

—Vivienne, espera. —Se apresuró a rodear el morro del coche, cortándole el paso mientras ella iba en línea recta hacia la casa—. Dame solo dos minutos. Por favor.

Vivienne se detuvo justo cuando estaba a punto de chocarse con él, y él con ella. A Thomas se le veía visiblemente incómodo mientras se recolocaba la corbata.

—El otro día no me expliqué bien. Yo… hay personas que dependen de mí. En mi casa. Personas a las que no puedo defraudar. No tengo el lujo de elegir.

Vivienne sintió cómo se desataba la ira en su interior.

—*¿Y crees que yo sí lo tengo?*

—Bueno… —Thomas dudó—. Sí.

—*Porque soy una niñata mimada que lo tiene todo. Porque no tengo nada más que opciones. Porque solo tengo que chascar los dedos para conseguir lo que quiero y a quien quiero.*

En algún lugar por encima de sus cabezas, un vencejo soltó un agudo *pío*. Thomas arrastró el zapato por el camino, con las manos en los bolsillos.

—Esto parece una trampa.

En el interior de Vivienne se estaba formando un grito. No podía más, no podía soportar estar otro segundo más en su presencia. Se giró rápidamente y salió disparada en dirección contraria.

—Viv-Vivienne, espera. *Espera*.

Pero no esperó. Avanzó por el camino de entrada en dirección a la calle a toda velocidad, pero no llegó muy lejos antes de que entrara un segundo vehículo, que chirrió hasta pararse. Vivienne se detuvo en seco cuando Jesse se bajó del coche dando un portazo con mucho más ímpetu del que ellos habían logrado antes.

Iba vestido con un uniforme quirúrgico azul oscuro, como si hubiese venido nada más terminar su turno. Tenía el pelo revuelto y los ojos oscurecidos con ojeras de no haber dormido.

—Qué valor tienes —le soltó Jesse, acercando su cara a la de Vivienne—. ¿Crees que puedes llegar y cambiar las cosas y que yo te obedeceré? Dejemos una cosa bien clara: aquí el experto soy yo. Yo. No tú. Tú no me das órdenes. Tú no estás al mando. *Yo* seré quien decida cuándo estamos preparados para seguir adelante con esto. *Yo*.

—Vale, ya está bien. —Thomas se interpuso entre ellos y le puso una mano a Jesse en el esternón con firmeza—. Deja de molestarla.

—No me toques. —Jesse le apartó el brazo y apuntó a Vivienne con el dedo justo debajo de la nariz—. ¿Sabes? Eres una psicópata. Una

auténtica p…

No terminó la frase. El crujido del puño de Thomas resonó en el silencio. Jesse se dobló sobre sí mismo entre quejidos mientras Thomas retiraba el brazo y sacudía la mano.

—¡Joder! —Jesse se tocó la cara con cuidado y el pulgar se cubrió de un rojo carmesí—. ¿Estás loco? Me has roto la nariz.

Thomas no se disculpó.

—Aquí ya has acabado.

Jesse se incorporó del todo, todavía con la mano en la nariz. Parecía estar totalmente rota, con la piel de la zona teñida de un color verde enfermizo. La sangre le caía a gotas en el uniforme.

—Puedes presionarme todo lo que quieras —le dijo a Vivienne—, pero aún no estoy preparado. Si seguimos adelante con ello ahora, no sobrevivirás.

Sin dedicarles ni una última mirada, se fue dando marcha atrás, subiéndose al bordillo mientras salía del camino de entrada. En cuanto se hubo marchado, Thomas se volvió para mirar a Vivienne. Tenía la piel de los nudillos de la mano derecha en carne viva y los huesos dislocados.

—¿De qué estaba hablando? —Había un tono afilado en su voz—. Ha dicho que «no sobrevivirás». ¿Qué quiere decir eso?

—*Se te está hinchando la mano.*

—No me preocupa la mano ahora.

—*Deberíamos ponerle hielo.*

—Que no me *importa* la mano, Vivienne. Quiero que respondas a mi pregunta.

Vivienne aguantó la respiración. ¿Y si lo hacía? ¿Y si confesaba? ¿Y si le contaba todas las cosas horribles que había hecho? ¿Qué

pensaría? ¿Qué diría?

Pero ese era un juego muy peligroso al que jugar. Sabía exactamente qué sucedería a continuación: iría corriendo a contárselo a Philip y, entonces, todo por lo que ella había luchado se iría a la mierda. Él solo estaba aquí por el dinero. Acababa de dejárselo muy claro.

Esos segundos de coraje se esfumaron, así que solo signó:

—*Voy a traerte hielo.*

—Vivienne…

Se dio la vuelta y se alejó de él. Subió por la escalinata decorada con topiarios, cruzó las grandes puertas de cristal translúcido y atravesó el largo pasillo de color blanco huevo. Thomas le siguió el ritmo durante todo el camino, en un silencio tan vasto y oscuro como una nube de tormenta.

Ninguno de los dos rompió el silencio hasta que llegaron a la cocina. Thomas esperó a que Vivienne sacase uno de los antifaces para la migraña de su madre del congelador y se lo pusiese doblado sobre el puño. Soltó un gruñido cuando le tocó los nudillos, pero, aparte de eso, se quedó muy quieto.

—¿Cómo se llama?

La pregunta era engañosamente casual. Vivienne se concentró en seguir con el hielo de la mano y no le contestó.

—Me enteraré por mi cuenta —siguió él—, sabes que lo haré, así que, ¿por qué no me lo dices ahora?

Vivienne levantó el antifaz y miró debajo.

—*Creo que se te ha roto el meñique.*

—Quiero un nombre, Vivienne —dijo él—. Tienes hasta que cuente cinco.

—*¿O qué?*

—Uno —terció él, en lugar de responderle—. Dos. *Tres*. —Empezó a sonarle el móvil en el bolsillo. Lo silenció—. Cuatro. C…

El móvil volvió a sonar. Vivienne se lanzó a por él, dejando caer el antifaz al suelo cuando se lo quitaba del bolsillo. Respondió la llamada antes de que Thomas pudiese quitárselo y puso el manos libres.

En ese mismo instante, se oyó la aguda voz de una chica.

—¿Tommy? ¿De qué vas? Llevo todo el día llamándote.

—Lo siento —respondió él—. He estado ocupado.

—Claro, me imagino que lo del *pole dance* es un negocio al alza —dijo la chica al otro lado del teléfono—. He tenido a mamá encima pidiéndome que te llame. Quiere saber si estarás en casa para tu cumpleaños.

—No lo sé aún. —Le lanzó a Vivienne una mirada significativa—. Ya te llamaré.

La chica pareció no haberle escuchado.

—Solo se tiene un cumple al año. ¿De verdad tenemos que comernos la tarta sin ti? Acabaré comiéndomela yo toda y ya sabes que eso me da dolor de tripa. ¿Es que quieres que me duela la tripa, Tommy?

—Ahora no es un buen momento, Tess.

Hubo una pausa. Y entonces:

—Ay, Dios mío. Ay. *Dios*. Mío. ¿Hay una chica ahí contigo? Claramente hay una chica ahí contigo. Te lo noto en la voz. ¡*Tommy*! ¿Tienes *novia* y no nos lo has contado ni a mí ni a mamá? No, espera… —Por el altavoz se escuchó un grito ahogado—. ¿Te está *pagando*?

—Sí —respondió Thomas, y colgó sin despedirse.

Le quitó a Vivienne el móvil de la mano y volvió a guardárselo en el bolsillo.

—No tienes que cooperar —le dijo con una voz que la partió por la mitad—, pero *te aseguro* que averiguaré quién es ese tío.

—*¿Y luego qué? Ya le has roto la nariz. ¿Qué más quieres?*

—Averiguaré qué es lo que ha hecho para que estés tan aterrada.

Thomas recuperó el antifaz congelado del suelo y se dirigió hacia la puerta. Vivienne se quedó completamente quieta y dejó que se marchara, escuchando cómo sus pasos se alejaban por el pasillo. En cuanto se hubo ido, se desplomó en el suelo de baldosas. Enterró la cara en las manos y soltó un único y mudo grito.

Se preguntó qué pensaría Thomas si supiera la horrible verdad.

Si supiera que, en realidad, era ella quien tenía aterrado a Jesse Grayson.



11

Thomas

Se llamaba Jesse Grayson.

Y si Thomas volvía a encontrárselo, iba a hacer mucho más que romperle la nariz.

No le había costado mucho dar con la identidad del molesto visitante de Vivienne. Bueno, relativamente. Se había pasado toda la noche despierto, hasta justo un poco antes del amanecer —con el ordenador en el regazo y la habitación de invitados iluminada con su luz azul—, investigando las infinitas publicaciones de Vivienne.

Había encontrado lo que buscaba en una espontánea foto en la que Vivienne y Hadley Appelbaum, con unos vestidos brillantes y sus ramilletes del baile de fin de curso marchitándose, se reían para el fotógrafo. Entre las docenas de comentarios había uno de Grayson: «déjate puesto ese ramillete esta noche».

No era cosa suya. Thomas lo sabía objetivamente. Racionalmente. Lógicamente.

Pero aun así, lo estaba quemando por dentro.

Clicó y entró en la cuenta de Grayson, y se encontró con que se habían eliminado todas las fotos. Solo quedaba una vieja foto de perfil, una instantánea de un hombre a lo lejos en lo alto de un saliente rocoso con el sol brillando a su alrededor.

Pero ese era el hombre que él estaba buscando, de eso estaba seguro.

Le sonó el móvil en el bolsillo. Era la segunda llamada que recibía del presidente de su fraternidad en la misma cantidad de horas. El tono de llamada retumbó por el pasillo, donde se encontraba ahora apoyado sobre el ancho revestimiento de la pared. Lo silenció justo cuando se abría la puerta del despacho de Philip. Con su pelo ralo un poco revuelto y una taza de café humeante en la mano, Philip parecía haber dormido incluso menos que Thomas.

—Pasa —le dijo—. No nos entretengamos.

Thomas le siguió al interior del despacho y se sentó donde se le indicó. Frente a él, Philip se dejó caer en su silla de oficina y puso el café sobre el escritorio. Durante varios segundos, simplemente estuvo sentado con un dedo sobre la boca observando a Thomas como si estuviese evaluando si estaba listo para ir al matadero.

Justo cuando Thomas iba a darse por vencido y ser él quien rompiera el silencio, Philip se inclinó hacia delante y deslizó una gruesa carpeta de papel de manila por el escritorio.

—Léetelo y fírmalo.

Cauto, Thomas se acercó la carpeta y levantó la tapa. Varios párrafos de jerga legal ocupaban toda la primera página.

—Eh… ¿Y esto qué es?

—Un simple acuerdo de confidencialidad —le respondió Philip, quitándole importancia con un gesto de la mano—. Es un modelo

estándar.

—Ah. —Thomas dejó caer la tapa de la carpeta, cerrándola—. ¿Hay alguna razón por la cual me lo esté dando ahora?

—De hecho, sí, la hay. —Philip se echó hacia atrás y entrelazó los dedos encima del estómago. Por la mueca que puso, parecía que hubiera mordido algo ácido—. Esta noche, la familia Turner celebra su baile anual. Es un evento extremadamente exclusivo. Todos mis colegas asistirán y, desafortunadamente, la prensa también.

—Ah —repuso Thomas, que sentía que había algo crucial que se estaba perdiendo.

—No sé si Vivienne te lo habrá contado —siguió Philip—, pero uno de mis más antiguos clientes perdió a su hijo el fin de semana pasado. Bueno, tú llegaste a conocerlo brevemente. Bryce Donahue.

—Leí la noticia —dijo Thomas—. Siento mucho su pérdida.

—Sí, es una verdadera tragedia —estuvo de acuerdo Philip—. Desgraciadamente, los periodistas son como los tiburones. En cuanto notan un ligero olor a sangre en el agua ya vienen a merodear. Isaac Shaw, del *Daily Talk*, es uno de ellos. Es un gacetillero de esos que piensan que todo es una conspiración. Nadie le toma en serio, pero cree que puede sonsacarle alguna declaración a Vivienne, y eso lo convierte en un problema.

—Entendido —dijo Thomas—. ¿Quiere que obstaculice el encuentro?

Philip sonrió complacido.

—Eres un chico listo. Shaw no tiene ni idea de la lengua de signos. Si se encuentran en la fiesta, algo que es bastante probable, me quedaría mucho más tranquilo sabiendo que estarás ahí para ayudar a Vivienne a salir airosa de la interacción.

—Eso puedo hacerlo —dijo Thomas, mientras volvía a hojear el documento—. Sin embargo, y espero que no le importe que se lo diga, eso es lo que he estado haciendo hasta ahora. No termino de entender el porqué de este acuerdo de confidencialidad.

Philip se puso tenso.

—¿Tienes algún problema con el contrato?

—En absoluto —se apresuró a decir Thomas—. Solo quiero saber a qué debo atenerme.

Hubo una pausa antes de que el padrastro de Vivienne le diese una respuesta.

—La fiesta de hoy se alargará pasado el toque de queda y, a veces, Vivienne tiene ciertos problemas al caer la noche. Me gustaría cerciorarme de que esos problemas quedan entre nosotros.

—No tengo intención de contarle nada a nadie —le aseguró Thomas. Pensó en Vivienne en el baño, con los ojos fuera de sí y la muñeca ensangrentada. La desconfianza le agujereó el pecho. Hoy había ido al despacho de Philip a hablarle sobre Jesse Grayson.

Pero su instinto le dijo que no lo hiciera.

—Casi se me olvida —dijo Philip, dando un golpe en el escritorio con la palma de la mano. Abrió el cajón superior, sacó una reluciente caja de puros y la dejó entre ambos—. Tengo un regalo para ti.

Thomas alcanzó la caja y abrió la tapa. Acomodada en un cojincito de terciopelo había una cadena de eslabones gruesos con una sola piedra. Plana y sin brillo, la piedra blanca tenía una forma ligeramente desigual. Parecía idéntica a la que Philip llevaba en su anillo de sello, demasiado opaca como para reflejar la luz.

—Amelia la ha encargado especialmente para ti —dijo Philip—. Pruébatela, a ver si te va bien.

Thomas se dispuso a ello, dejando la cajita para poder abrochársela. Sintió el frío de la cadena en la muñeca. La piedra blanca parecía mirarle como un ojo ciego.

—Está genial. Gracias.

—Ahora eres parte de la familia —dijo Philip—. Y en esta familia ¿qué hacemos?

Thomas tragó. Se sintió incómodo, acorralado.

—Mantenemos todo en la más estricta privacidad.

—Exactamente. —Philip sonrió—. Firma el acuerdo, hijo. Es solo una formalidad.



Varias horas más tarde, mientras se peleaba con el nudo de la corbata, sonó el timbre de la puerta principal. Reverberó por toda la casa como una sentencia de muerte. Los perros se pusieron a ladrar de inmediato. Encima de la cama, su móvil se iluminó al recibir un mensaje. Se rindió con el nudo y fue a revisar sus mensajes.

Princesa

puerta

Thomas

me confundes con el mayordomo

El timbre volvió a sonar. Quienquiera que estuviese fuera no dejaba de apretar el botón, lo que hizo que los perros se volvieran locos. Encima de la cama, el móvil no volvió a iluminarse. Los padres de Vivienne se habían marchado hacía una hora, dejándolos a ellos en casa para que se preparasen por su cuenta. El timbre no

dejaba de sonar y sonar por toda la casa. Con un gruñido, Thomas cedió.

Apartó a los perros como pudo y abrió la puerta principal. Al otro lado se encontró con Hadley Appelbaum y Frances Lefevre, la primera con un pomposo vestido de noche color ciruela; y la segunda, con un esmoquin hecho a medida.

—Esto te va a encantar, Superman —dijo Frankie, con su típica inexpresividad—. Vamos contigo en el coche.

—¿Y eso quién lo dice?

—Vivienne —dijo Hadley, quien no parecía, ni por asomo, contenta de verlo.

Frankie, por otro lado, parecía encantada.

—Has tenido que cabrearla mucho para que ni siquiera le apetezca ir a solas contigo en el coche. ¿Dónde está, por cierto?

—En el piso de arriba —dijo Thomas, taciturno—. Iré a buscarla.



Se la encontró tirada en la cama, con la piel iluminada por los destellos dorados del sol del atardecer y su sombra extendiéndose por la pared como un caramelo masticable. Vivienne no levantó la vista para mirarlo cuando entró en la habitación. Estaba tumbada boca abajo, vestida con un pijama de seda y el pelo enrollado en unos grandes rulos rosas. Entre los dientes sujetaba un poco de hilo de nailon. Estaba volcando toda su concentración en pasar lentamente el hilo por unas pequeñas cuentas.

—Tus amigas están abajo —dijo él—. Deberías arreglarte.

Ella lo ignoró, y siguió balanceando los pies en el aire de tal forma que el par de zapatillas de pelo falso que llevaba se frotaban en un

audible *frufrú*.

—O también podemos quedarnos aquí —prosiguió, mientras se apoyaba en la pared— y me cuentas por qué de repente no quieres ir sola en un coche conmigo.

Ella siguió sin decir nada mientras anudaba el hilo. En el bolsillo de Thomas, el móvil sonó otra vez.

Lo silenció. Otra vez.

—No pretendía hacerte daño, Vivienne —dijo—. Lo sabes, ¿verdad?

Al menos, esa última frase pareció activarla de algún modo porque rodó hasta bajarse de la cama, caminó de puntillas grácilmente hasta la mano de Thomas y le puso una pulsera, que se acopló a su muñeca al momento. Era un hilo cubierto de cuentas de colores pastel en las que se leía la palabra LLORÓN deletreada en una caligrafía negra y nítida. A continuación, se puso a desabrochar el cierre de la cadena plateada que había junto a la pulsera. Con un suave *clic*, la cadena se soltó. Se la dio a Thomas en la mano y le dobló los dedos por encima cubriendo los eslabones. Vivienne prolongó el roce, haciendo que un calor ardiente atravesara a Thomas de arriba abajo.

—¿No te gusta la cadena que me ha regalado Philip?

La mirada ambarina de Vivienne se alzó hasta encontrarse con la suya.

—*Me gusta más mi pulsera.*

—Entonces llevaré la tuya.

Era la interacción más amistosa que habían compartido en días e, inmediatamente, hizo que algo en el interior del pecho de Thomas se suavizara. Pero fuera lo que fuese que ella vio en su mirada hizo que

el suyo se cerrase en banda. Vivienne se alejó de él mientras este se guardaba la cadena en el bolsillo.

—*Debería prepararme.*

—¿Y si no vamos a la fiesta? —dijo él sin pensar—. Podríamos quedarnos aquí.

Vivienne parecía sorprendida por la sugerencia.

—*¿Para hacer qué?*

—Eh…, bueno, pues lo que tú quieras. Personalmente, yo estaba pensando que podríamos sentarnos en el sofá y no hacer nada.

Lo miró de soslayo mientras se lo pensaba. Que no hubiera rechazado la idea de inmediato hizo que ese algo que sentía se suavizara aún más. Por fin, ella signó:

—*Es la semana temática de los tiburones.*

—La mejor semana de la televisión, en mi humilde opinión —sonrió Thomas.

Vivienne se mordió el labio para evitar que se le escapase una sonrisa.

—*Tu corbata está fatal.*

—Ya… —Soltó una risotada—. Philip tendría que haberme dado una de clip.

—*¿Tu padre nunca te enseñó a ponerte una?*

—No, eh… —Thomas se aclaró la garganta—. No es que me enseñara muchas cosas.

Cualquier rastro de risas desapareció de la cara de Vivienne, que se puso seria de repente, a la vez que un mechón de pelo ondulado se le salía de los rulos.

—*Yo te ayudo.*

Antes de que Thomas pudiera protestar, ella ya se había puesto de

puntillas junto a él y estaba rehaciendo el nudo de la corbata con dedos hábiles. Thomas levantó la barbilla para dejarle espacio, con el pulso a mil por hora. Cuando hubo terminado, Vivienne dio un paso atrás para admirar su obra.

—*Estás muy bien.*

Thomas hizo como que se sorprendía.

—¿Eso ha sido un cumplido, señorita Farrow?

Vivienne le dio unas palmaditas en el pecho y se giró para ir al baño.

No llegó muy lejos. Medio paso, como mucho. Eso fue lo que le costó a Thomas reconsiderar la situación. La agarró del codo y tiró de ella, haciéndola girar hacia él. A Vivienne solo le dio tiempo a lanzarle una mirada confusa antes de que él se inclinara e hiciese desaparecer el poco espacio que quedaba entre ellos. Esta vez, lo hizo bien. Se tomó su tiempo para besarla como deseaba hacerlo, de la forma en la que debía haberlo hecho el otro día en su habitación. Le acarició la espalda con las manos y la estrechó contra él, hasta que el aliento de Vivienne estalló en su lengua en un jadeo silencioso.

El beso se intensificaba mientras el sol se ponía tras los árboles, envolviéndolos en un ocaso aterciopelado. Envalentonada por la oscuridad —o quizás acelerada por la urgencia del momento—, Vivienne le agarró del cuello de la camisa, deshaciendo el nudo que había hecho tan solo unos minutos antes. El primer botón de la camisa de Thomas saltó. El segundo. El tercero.

Los dedos de Vivienne le arañaban como garras la clavícula.

—¿Viv? ¿Estás lista?

Una voz proveniente del pasillo les hizo separarse de un salto, ambos con la respiración entrecortada.

Apareció Hadley, flanqueada por los perros y con expresión seca. Rápidamente, Vivienne empezó a quitarse los rulos, como si llevase haciéndolo desde hacía un rato, soltándose un poco las suaves ondas del pelo. No fue convincente en absoluto. Tenía el rostro sonrojado y el pintalabios rosa corrido. Cohibido, Thomas se llevó el dorso de la mano a los labios y se le mancharon los nudillos.

—Llegamos tarde —dijo Hadley con tono acusatorio—. Vámonos, antes de que mi madre me mate.



La casa familiar de los Turner era una extensa finca de estilo georgiano de ladrillo envejecido, contraventanas y tejados a dos aguas. Unas relucientes columnas blancas sostenían el porche de la entrada, bajo el que descansaban unos topiarios bien alineados y decorados con lucecitas amarillas. Varios coches de aspecto muy caro estaban aparcados a lo largo de los setos de la entrada. A Thomas le pareció más una escena de una película de James Bond que un lugar en el que vivía gente de verdad.

Thomas paró el coche en el lugar que le indicó el encargado del aparcamiento, y se sorprendió cuando este tocó en la ventanilla con los nudillos. Bajó la ventanilla y se encontró con un chico lleno de acné con un chaleco rojo y unos mocasines prestados.

—¿Aparcacoches?

—Ah, sí. Gracias. —Thomas le lanzó las llaves y se bajó del coche mientras las otras tres puertas se cerraban de golpe a sus espaldas. Para cuando le dieron el *ticket*, Vivienne y sus amigas, con los brazos entrelazados y riéndose de alguna broma interna, ya habían subido la mitad de la escalinata de la entrada. Fuera, a lo lejos, unos

relámpagos parpadeaban en el cielo. El aire se sentía estático, cargado de electricidad.

Vivienne se giró y le lanzó a Thomas una mirada mientras él subía los escalones detrás de ella, con las manos en los bolsillos y las cuentas de colores pellizcándole la piel bajo el puño de la camisa. El vestido de Vivienne era del color de la flor de los cerezos y llevaba el pelo recogido en un lazo a conjunto. Bajo el brillo dorado de la luz de las lámparas y con el cielo iluminándose de blanco a sus espaldas, Thomas pensó que parecía una obra de arte.

A Vivienne se le ruborizaron las mejillas, como si él acabara de decir eso en voz alta. Thomas sintió el calor de su mirada en lo más profundo del plexo solar. De repente, solo podía pensar en estar con ella a solas.

—Date vida, Superman —le gritó Frankie cuando hubieron cruzado la puerta—. Estás haciendo cola.



12

Vivienne

La madre de Vivienne se abalanzó sobre ella como un buitre en el instante en el que esta puso un pie en la fiesta.

—Llegas tarde —le susurró, agarrándola por la muñeca—. Está furioso.

Vivienne apenas pudo echar una mirada furtiva hacia atrás antes de que su madre se la llevase a toda prisa, adentrándola entre toda aquella multitud. Consiguió ver a Thomas fugazmente, quien también la miraba desde el otro lado de la habitación. A su lado, una mujer con un vestido negro formal y un moño demasiado tirante lo sermoneaba para que depositara su móvil en la cesta en la que los estaba recolectando. Se miraron a los ojos —una sola y significativa mirada que a Vivienne le llegó hasta los tuétanos— e, inmediatamente, Thomas desapareció, engullido por la masa de cuerpos brillantes.

Un poco mareada, dejó que su madre la guiase hacia el interior de la casa, sin preocuparse de a dónde iban. Lejos de la gente. Lejos de

las luces. Siguieron avanzando por una oscura y larga arteria, un pasillo con ventanales en el que las cortinas ondeaban hacia el exterior de la galería movidas por una brisa fantasmal. El aire olía a ozono, intenso por la tormenta. No se detuvieron. Siguieron caminando, rápidas, como si estuvieran huyendo del mismísimo diablo. Las uñas de su madre, con su perfecta manicura, se le clavaban en el antebrazo.

—Hay un periodista —dijo Amelia entre dientes mientras descendían unos pocos escalones bajos—. Está husmeando, haciendo preguntas. Philip está consternado. Nunca lo había visto así de enfadado.

Vivienne no la estaba escuchando. Se sentía ligera como una pluma. Chispeante y burbujeante —como si de no estar agarrada pudiera elevarse del suelo y flotar hacia el cielo.

—Tendrás que encargarte —dijo su madre con urgencia—. Como solo tú puedes hacerlo.

Como si viniera de lejos, Vivienne oyó que su madre le estaba diciendo algo horrible. Algo espantoso. Pero fuera lo que fuese, no llegó ni a asimilarlo. No podía pensar en otra cosa que no fuera en cómo Thomas la había besado. Como si de verdad quisiera hacerlo. Como si lo necesitase. Como a Vivienne le hubiera gustado que lo hubiese hecho aquel día en el que llegó a casa y ella lo estaba esperando en su habitación.

Ya la habían besado antes, pero nunca de esa forma. Dudaba de que alguien pudiera volver a besarla así otra vez. Ni aunque viviese mil años. Se sentía como si estuviese fuera de sí misma, obligada a observar cómo se desarrollaba la noche desde algún lugar que no era su cuerpo. Solo que esta vez ese lugar no era al otro lado del espejo,

atrapada.

Esta vez estaba en una nube.

—¡*Vivienne*!

El sonido de su madre ladrando su nombre la trajo de vuelta a la tierra de un plumazo. El mundo real tomó forma rápidamente con nítida claridad. Estaban en la cocina de los Turner, cuyos azulejos parecían dorados bajo la cálida luz de la lámpara de pantalla cilíndrica. Del otro lado de la casa les llegaban los sonidos intermitentes de la fiesta. Estallidos de risas. Fragmentos de música distantes. El agudo tintineo de la cubertería.

Y por debajo de todo aquello, como un distante susurro, les llegaban también los estruendos de los primeros truenos.

Frente a Vivienne, su madre se balanceaba casi imperceptiblemente sobre los tacones. No estaba borracha, pero tampoco le faltaba mucho. Tenía las mejillas sonrosadas y los labios teñidos de rojo del merlot. La vio más delgada que nunca, con la piel tersa, como si se hubiera hecho un estiramiento facial, de tal forma que las sombras la hacían parecer esquelética en aquel ambiente oscuro.

Irritada, Amelia le preguntó:

—¿Has escuchado *algo* de lo que te he dicho?

Vivienne negó con la cabeza. En la encimera, el grifo empezó a gotear. *Plic, plic, plic.* El agua caía gota a gota sobre el ancho fregadero de estilo rústico mientras su madre alcanzaba su bolso. Tras rebuscar entre el contenido, le ofreció un pañuelo blanco limpio.

—Límpiate. Llevas el pintalabios hecho un desastre.

Plic. *Plic*. El sonido era exasperante. Como Vivienne no tomó el pañuelo, Amelia empezó a limpiarla ella misma, inclinándose hacia su hija y dándole toquecitos en las comisuras de los labios. Vivienne

se echó hacia atrás y apartó la mano de su madre como un gato callejero.

—*En serio*, Vivienne —gritó Amelia mientras se tocaba el arañazo —. ¿Qué demonios te pasa? Es como si ni siquiera te importase lo que pueda pasarnos. Esta noche lo es todo para Philip. *Todo*. Su empresa está en juego y tú estás por ahí coqueteando con los empleados.

Esa acusación le cayó como un jarro de agua fría. La cara que puso, fuera la que fuese, debió de ser bastante reveladora porque su madre soltó una carcajada. Fue sonora y aguda, sin rastro alguno de humor.

—¿Creías que estabas siendo sutil? Llevas semanas detrás de ese chico.

—*Yo no…*

—No está a tu altura, Vivienne —soltó su madre antes de que pudiese acabar de signar—. Y, además, tampoco es justo para él. ¿Recuerdas lo que le pasó a Mikhail? ¿La muerte tan horrible que tuvo?

—*No* —signó. Las gotas de agua caían cada vez más rápido—. *No te atrevas a hablar de él.*

—Alguien tiene que hacerlo. —La voz de su madre sonó como un siseo—. Alguien tiene que recordarte lo que eres.

Esas palabras fueron como un disparo, le dieron de lleno. De la herida supuró un antiguo resentimiento de olor metálico. Vivienne recordó lo que fue regresar a casa siendo diferente y ver a su, hasta entonces, cariñosa madre apartarse de ella poco a poco. Recordó lo que fue ir de puntillas a la habitación de su madre durante las noches en las que no podía dormir y encontrarse la puerta cerrada con pestillo. Sin posibilidad alguna de que la acunaran o la

abrazaran. Sin nanas para dormir, sin que la acariciasen con amor.

—*Soy tu hija* —signó Vivienne, posando el dorso de la mano en la parte interior del antebrazo. Amelia miró fijamente la cuna que formaban los brazos de su hija, lo que apaciguó un poco su enfado. En su lugar emergió un dolor frío e intangible.

—Tienes razón —dijo suavemente—. Eres una Miller. Y las mujeres Miller somos supervivientes. Así que vas a limpiarte la cara, vas a volver ahí fuera y vas a hacer lo que sea necesario.

En el fregadero, el agua caía a chorro. La pila estaba casi llena. La madre de Vivienne sostuvo el pañuelo entre ambas.

—Toma —volvió a decirle—. Cuando Philip venga buscándote, espero que colabores.

Vivienne agarró el pañuelo y se lo guardó en el vestido. Se frotó la palma de la mano por la cara, destrozándose aún más el pintalabios. Se extendió la mancha hasta las mejillas, en una estridente sonrisa digna del Joker.

Su madre no se molestó en reprenderla. Le había dejado las cosas muy claras y sabía que Vivienne interpretaría su papel a la perfección llegado el momento. Siempre lo hacía. Tenía gracia, incluso cuando no era la chica del espejo, seguía encerrada en una jaula. No sabía si quería llorar, reír o gritar. Quizá una combinación de las tres. Se conformó con irse sin despedirse, con los rizos apelmazados y el maquillaje hecho un desastre.

La sensación de burbujeo que le corría por las venas se había esfumado. La euforia silenciosa que ardía en ella cálida como una llama, también. Estaba firmemente enraizada al suelo, tenía la garganta cerrada a presión y su pecho era un enorme hueco vacío. A su espalda, el agua empezó a salpicar el suelo.

Así que era así como iba a desmoronarse esta noche.

—Y, cielo —la llamó su madre, justo antes de que se escabullera por el pasillo—, Thomas Walsh está aquí para hacer su trabajo. Deja que lo haga y, después, déjalo en paz. Es el mayor gesto de bondad que puedes tener.

Vivienne tenía pensado marcharse con la cabeza bien alta, pero, en vez de eso, huyó de allí.

Consiguió llegar hasta el vestíbulo antes de deshacerse en lágrimas. Se desplomó en un pequeño rincón, sacó el pañuelo y se puso a limpiarse la cara, frotándose las mejillas hasta que le escocieron. Por las ventanas abiertas se colaba una brisa que le agitaba el vestido. Fuera, en el patio, la fiesta seguía su curso bajo una red de brillantes farolillos. Una ordenada fila de manzanos obstaculizaba la vista de la multitud. El viento era cada vez más fuerte y agitaba las hojas de las ramas.

Por debajo de la suave sinfonía para cuerda, Vivienne oyó una sola pisada. Levantó la vista, secándose rápidamente las lágrimas de las mejillas, y se encontró con Thomas en las amplias puertas abiertas. Tenía un aspecto engañosamente relajado, con la americana del traje abierta y las manos en los bolsillos, pero su postura reflejaba cierta tensión. Cierta anticipación. Las luces de la fiesta se agitaban detrás de él bañando su perfil con unos suaves destellos de oro, y Vivienne pensó que nunca lo había visto tan perfecto como en ese instante.

—Te he estado buscando por todas partes —dijo él, con una voz suave poco convincente. Se acercó a ella, evaluándola en silencio mientras lo hacía—. ¿Estás bien?

—*Bien* —signó ella.

—Mientes.

Vivienne lo miró a los ojos, sorprendida. Fuera, a lo lejos, el cielo tronaba. Se iba a poner a llover enseguida, pero una tormenta de verano pasajera era el menor de los problemas de los Turner. Su fiesta se hubiera arruinado de todas formas. Ella se había asegurado de ello.

—Es por mí —supuso Thomas—. Me he pasado de la raya.

Ella pellizcó los dedos.

—*No.*

Un rayo iluminó el vestíbulo justo cuando Thomas se paraba delante de ella.

—¿No?

—*No es por ti* —añadió ella—. *Tú eres perfecto.*

—¿Perfecto? —A Thomas le salió el hoyuelo en la mejilla mientras repetía el signo, juntando el pulgar con el dedo índice en ambas manos—. Ese es un gran cumplido viniendo de ti, señorita Farrow.

—*No me provoques. No es agradable.*

—¿Quieres que sea agradable contigo?

Thomas la atravesó con la mirada, oscura y expectante. Mientras, la voz de su madre le daba vueltas en la cabeza: *Déjalo en paz. Déjalo en paz.*

Antes de que pudiera convencerse de lo contrario, Vivienne signó:

—*Quiero que vuelvas a besarme.*

A Thomas se le borró la sonrisa de la cara. De repente, estaba más serio de lo que jamás lo había visto. Durante un horrible segundo, Vivienne pensó que le iba a decir que no, que iba a poner la decencia por delante otra vez y que iba a fingir que lo que sea que estaba sucediendo entre ambos era algo estrictamente profesional.

En algún lugar del patio, un cuarteto de cuerda que no alcanzaba a

ver tocaba las notas finales de *Canción sin palabras*, de Tchaikovsky. Los invitados estallaron en aplausos. Ocultos en la oscuridad de aquel rincón, Thomas sacó las manos de los bolsillos y rozó la mandíbula de Vivienne con las yemas de los dedos. En cuanto la tocó, un escalofrío la recorrió de la cabeza a los pies. Se apoyó sobre su mano, con el corazón latiéndole muy fuerte.

Estaba siendo egoísta.

Solo iba a conseguir hacerle daño.

Comenzó a sonar una nueva canción justo cuando Thomas le levantaba la cara para acercarla a la suya. Sus ojos se encontraron y se sostuvieron la mirada. El solitario lamento del violín se propagaba por el patio, por la galería, por sus huesos. Vivienne empezó a sentir mil cosas a la vez, todas ellas envueltas en una ligereza que sabía que no se merecía.

En esta ocasión, cuando él se inclinó y la besó, lo hizo con delicadeza. No había urgencia en el beso. La boca de Thomas rozaba la suya como si estuviera trazando un mapa de ella: cartografiando las colinas de sus labios, el valle de su sonrisa. Había algo peligroso en la forma en la que se tomó su tiempo para besarla. Le hizo creer en cosas que no eran verdad. Le hizo creer que este momento, este robado instante de perfección secreto, podía durar para siempre.

Pero no fue así, por supuesto. Thomas se apartó antes de que ella estuviese preparada para hacerlo, delineándole la mandíbula con su aliento. El aire entre ellos chisporroteaba, eléctrico. O quizá eso fuera por la tormenta. El cielo había cobrado vida, las hojas se agitaban en los árboles.

—¿Así? —La voz le salió ronca.

Ella asintió con la cabeza mientras saboreaba el tacto de los

pulgares de Thomas recorriéndole la mandíbula.

Nunca antes la habían abrazado así, como si fuera una frágil prímula y no una mortífera belladona. Como si fuera algo que mereciese la pena cuidar y no algo que se arranca de cuajo de la tierra con unos guantes. Envalentonada, se puso de puntillas y volvió a besar a Thomas.

En algún recoveco de su mente, la culpa sonaba como el *tictac* de un reloj. En cualquier momento, Reed pondría en marcha el plan, que, para tratarse de un secuestro, era sorprendentemente fácil. Una docena de iniciados estaban a la espera con las pistolas de *paintball*, preparados para actuar. En cuanto Reed les diera la señal, cortarían el suministro eléctrico. Asaltarían la pista de baile. Desatarían un infierno.

Para cuando volvieran a encenderse las luces, Vivienne ya habría desaparecido.

Cabía la posibilidad —y era bastante probable, aunque no quisiera admitirlo— de que se hubiera precipitado. Era solo que había estado tan angustiada tras ver cómo Bryce Donahue moría a sus pies, tan *furiosa* con su padrastro por utilizarla y utilizarla y utilizarla; que cuando besó a Thomas y él la rechazó, se sintió más sola que nunca. Más *humillada* que nunca.

Jesse Grayson era el único que podía arreglarlo. Conocía todas las formas posibles de abrir en canal a una persona. Sabía cómo transformarla en alguien nuevo, cómo despedazarla hasta convertirla en una persona merecedora de amor.

Solo tenía que fugarse. Desaparecer. Había estado muy segura de su decisión.

Pero ya no lo estaba. No con las manos de Thomas en su cintura,

no con su boca rozándole la garganta. Vivienne era vagamente consciente del patio, lleno de invitados, a tan solo unos metros de distancia. Alguien podía entrar y encontrárselos en cualquier momento. A Thomas no parecía importarle. La iba acorralando más y más en el rincón mientras exploraba sus caderas con los dedos y ella le desataba la corbata.

El cielo volvió a tronar, esta vez justo encima de sus cabezas. La casa tembló hasta los cimientos, como anticipando lo que iba a ocurrir. Ambos se detuvieron para recuperar el aliento, separándose a la vez que empezaban a caer las primeras gotas de lluvia. En el patio, una mujer gritó. A ese grito le siguieron risas, despreocupadas y sin motivo.

—Ey… —Thomas se agachó para mirarla a los ojos—. ¿Estás bien?

A Vivienne le dio un vuelco el corazón.

—*Estoy bien.*

Thomas no parecía convencido. Tensó la boca en una mueca.

—Tus ojos. Están…

Antes de que pudiese terminar la frase, Vivienne se apartó de él. No quería que lo dijera, no quería que él viese las partes de ella que no estaban bien. Podría rechazarla una segunda vez y no creía que pudiera soportarlo. No ahora que sabía lo que se sentía al estar entre sus brazos. Las gotas de lluvia sobre los adoquines le estaban poniendo los pelos de punta. Le recordaban cómo goteaba el grifo, cómo el agua se iba encharcando lentamente bajo sus pies.

Necesitaba encontrar a Reed. Necesitaba pedirle que lo cancelara todo, decirle que aún no estaba preparada. Necesitaba tener un mayor control sobre sí misma antes de desatarse por completo.

—*Dame un minuto* —signó ella—. *Baño.*

—Vale. —La preocupación tiñó la mirada de Thomas—. ¿Quieres que te acompañe?

—*No. Quédate.* —El corazón le latía tan rápido que se le iba a salir del pecho—. *Iré a buscarte después.*

—¿Estás segura?

Vivienne asintió con la cabeza.

—*Seré rápida.*

Fuera, en el patio, algunos invitados empezaron a correr para resguardarse. El vestíbulo no tardaría mucho en estar abarrotado de gente. En un arrebato, Vivienne añadió:

—*Quedamos en la casa de la piscina.*

Los ojos de Thomas brillaron bajo la luz artificial.

—¿Cuándo?

—*En quince minutos.*

Es todo lo que necesitaba. Quince minutos. Para encontrar a Reed y deshacer todo lo que había hecho. Para guardar las partes más horribles de sí misma de nuevo en su caja. Los primeros invitados entraban en la galería dando tumbos, borrachos de tanto vino y entre risitas, tapándose la cabeza con las americanas y con los vestidos empapados.

—Allí estaré —juró Thomas.

Vivienne le lanzó una pequeña sonrisa y se fue de aquel rincón antes de que alguien pudiera verlos. La multitud era cada vez más grande, con los invitados agolpándose al lado de las ventanas abiertas para ver la tormenta. Vivienne se abría paso a codazos entre el brillante gentío, buscando a Reed en cada cara.

No estaba en la terraza. Tampoco estaba en el salón, donde las parejas charlaban en grupitos. No había rastro de él en el espacioso

estudio, lleno de hombres en traje; ni en los baños de la primera planta, donde ya se estaba formando una cola; tampoco en la sala del billar, llena de humo, donde un chico que había ido con ella al instituto le ofreció un taco y la invitó a romper.

Cuando estaba a punto de llegar a la biblioteca, Philip la acorraló. Y no estaba solo.

—Aquí estás —dijo este en voz alta, mientras se sacaba un puro sin encender de la boca—. Dar contigo ha sido como buscar una aguja en un pajar.

Su padrastro no llevaba la americana puesta y tenía el pelo oscuro y chafado, como si le hubiera encontrado la tormenta junto al resto de los invitados. Lo acompañaban un Thomas con expresión cauta y un hombre que Vivienne no reconoció.

Se alisó las arrugas de la parte delantera del vestido.

—*¿Podemos dejar esto para más tarde? Estoy ocupada.*

—Este buen hombre de aquí es Isaac Shaw —interrumpió Philip en voz alta antes de que Thomas pudiese interpretar lo que había dicho Vivienne—. Del *Daily Talk*.

Dijo «*Daily Talk*» como alguien diría «peste bubónica», ocultando apenas su aversión. Vivienne prestaba la suficiente atención como para saber que los periodicuchos de cotilleos no eran una de las publicaciones que su padrastro tenía en alta estima.

—Shaw está aquí con la esperanza de que le concedas una entrevista —añadió, mientras giraba su anillo de sello. La pálida piedra blanca pareció mirarla vagamente—. Así que, ¿por qué no le dedicas unas palabras? Ya me entiendes.

A Vivienne se le cayó el alma a los pies. Esto era lo que su madre había intentado decirle antes en la cocina: «Tendrás que encargarte.

Como solo tú puedes hacerlo».

No había opción de cuestionar a Philip cuando este daba una orden. Y esto era, sin lugar a dudas, una orden, aunque él la hubiese disfrazado de sugerencia. Fue un amargo recordatorio en medio de aquel lapso momentáneo que estaba viviendo. No importaba cuánto se esforzara por ser una chica normal porque, al final, no era nada más que la muñeca de una caja de música, obligada a dar vueltas y vueltas por la misma mano que rompía su muelle.

Cualquier esperanza de encontrar a Reed se evaporó en una bruma.

Isaac Shaw tendría unos veintitantos, llevaba unas gruesas gafas negras y una camisa arrugada, y del hombro le colgaba la correa raída de una cámara.

—Encantado de conocerla —dijo Isaac.

—Es muda —explicó Philip, mordisqueando lo que le quedaba del puro—. Bueno, al menos, finge serlo. Ya sabe lo caprichosas que pueden llegar a ser estas jovencitas.

—Ah… —dijo Shaw, quien no parecía saber muy bien cómo responder a eso.

Philip le dio una palmada en la espalda a Thomas, orgulloso.

—Afortunadamente, Walsh es un intérprete excepcional. Estará encantado de mediar en vuestra conversación y de ayudarte a conseguir alguna declaración para tu, eh…, periódico.

—Excelente —respondió Shaw, recolocándose las gafas—. Estaba pensando que podríamos…

—Ha sido un suceso terrible —le interrumpió Philip—, lo que le ha ocurrido a Donahue. Era un buen chico, con un futuro brillante por delante. Su padre es cliente mío, ¿sabe? Lleva siéndolo desde que su

chico iba en pañales. Para mí ha sido, en cierto modo, como perder a un hijo.

—Claro —dijo Shaw, aunque con tono receloso. Se acercó a la puerta de la biblioteca y la abrió, revelando un interior silencioso y amplio—. Bueno, ¿comenzamos? No le robaré mucho tiempo.

Vivienne levantó la vista hacia Thomas, quien ya la estaba mirando con una expresión indescifrable y la mandíbula tensa. Por dentro, Vivienne empezó a sentir cómo la cosa con dientes estiraba la espalda y se desperezaba. Una criatura durmiente despertándose lentamente. Un depredador detectando una presa.

Así es como empezaba siempre.

Y no había nada que ella pudiera hacer para pararlo.

Nunca lo había.

Porque Vivienne no era una frágil prímula; era una mortífera belladona. Irresistible. Tóxica. Letal.

Iba a matar a Isaac Shaw.

Y Thomas iba a presenciarlo todo.



13

Thomas

La biblioteca de los Turner era fría como un mausoleo y estaba forrada de imponentes estanterías llenas de libros con tapas de cuero y relucientes artículos de coleccionistas. Un conjunto de vistosas butacas de finales de siglo estaban dispuestas frente a una chimenea apagada, y sobre las mesitas auxiliares había montones de revistas médicas. Vivienne entró por delante de Thomas y del periodista y tomó asiento en el extremo de un diván capitoné. Parecía inquieta. Intranquila. Como si fuese a salir huyendo en cuestión de segundos.

En el exterior, la tormenta arreciaba cada vez más. El viento hacía que la lluvia cayese de lado, azotando las amplias ventanas en voladizo. Esto envolvía a Vivienne en una extraña y ondulante luz que hacía que pareciera que estaba debajo del agua. En la oscuridad, sus ojos se veían totalmente negros; y su piel, tan perlada como la de una sirena. Vivienne no lo había mirado. Ni una sola vez.

—Es Walsh, ¿no? —preguntó Shaw, mientras tomaba asiento frente

a la chimenea.

—Así es. —Thomas intentó, sin éxito, captar la atención de Vivienne. Pero ella miraba absorta al frente, agarrándose la tela de la falda del vestido con los puños y con los nudillos blancos.

—Entonces, ¿cómo va esto? —insistió Shaw—. ¿Yo te hago una pregunta y tú se la transmites a ella?

—Puedes preguntarle a la señorita Farrow directamente. —Lo dijo con más ímpetu del que pretendía. Los ojos de Vivienne se clavaron en los suyos. Thomas se aclaró la garganta y añadió—: Yo interpretaré sus respuestas.

—Parece bastante sencillo. —Shaw metió la mano en el bolsillo, sacó un aparatito de metal y lo puso en la repisa de la chimenea—. No le importa que grabe, ¿verdad?

Desde el diván, Vivienne se tocó el pecho con el pulgar.

—Le parece bien —dijo Thomas.

—Estupendo. —Una lucecita roja empezó a parpadear como un ojo ante ellos—. Señorita Farrow, antes de comenzar quería transmitirle mi más sincero pésame por su pérdida. Su padre insinuó que Bryce Donahue y usted habían llegado a tener una estrecha relación. «Cortejo» fue concretamente la palabra que usó, aunque resulta un poco anticuada, ¿no cree?

La punzada de celos que sintió Thomas en el pecho fue lo suficientemente intensa como para dejarlo sin aliento. Sabía que no tenía ningún derecho a sentirse así. Donahue estaba *muerto*. En el diván, Vivienne se mantenía erguida con una quietud preternatural. Si no fuera por el ligero subir y bajar de su pecho, podría haber sido una estatua. Otra de las muchas relucientes reliquias de la biblioteca.

—Bien —prosiguió Shaw—. Vayamos al grano. No quiero que se

pierda la fiesta. Usted estaba en el barco, ¿no es así? El día de la defunción de Donahue.

Vivienne asintió, seca.

Shaw frunció el ceño pero continuó. Sacó una libreta del bolsillo y escribió un par de anotaciones. Se puso el lápiz detrás de la oreja y preguntó:

—¿Sabe usted que, recientemente, su padre tuvo una discusión con Donahue padre durante una comida en Higashi's?

Esta vez, como respuesta, Vivienne negó con la cabeza de forma casi imperceptible.

Con un suspiro, Shaw dejó su libreta en la repisa.

—Entiendo lo incómodo que debe ser esto para usted, señorita Farrow, pero me ayudaría mucho que me diera alguna declaración. Algo que pueda poner por escrito, ¿sabe?

Vivienne pellizcó los dedos delante de su boca y después juntó los puños y los movió en un delicado círculo.

Thomas interpretó:

—«No sabía que habían comido juntos».

—Perfecto —dijo Shaw, volviendo a su libreta—. Gracias, con eso tengo suficiente. Veamos, imagino que para usted este será un tema delicado, pero ¿alguien le ha contado *cómo* murió Bryce Donahue?

—«Le dio un infarto» —interpretó Thomas.

La sonrisa de Shaw fue empática.

—Ese es claramente el consenso general. Sin embargo, los informes del forense indican otra cosa.

La lluvia arreciaba contra el tejado. Fuera, en el pasillo, se oían risas de vez en cuando. Una puerta se cerró con un golpe seco. En el diván, toda la sangre había abandonado la cara de Vivienne.

—Fue bastante difícil de rastrear —dijo Shaw—, pero, afortunadamente, tengo un colega en la oficina del condado que me debía un favor. Resulta que, cuando murió, se detectaron varias toxinas en la sangre de Bryce Donahue.

Vivienne estaba tan inmóvil como una muñeca. Ni siquiera parpadeaba.

—¿Dónde está…? —Shaw empezó a toquetear sus bolsillos hasta que encontró lo que estaba buscando. Sacó una hoja rasgada de tamaño folio—. Las tengo en una lista. Un momento… A ver si sé pronunciarlas correctamente: hialuronidasa, fosfolipasa, histamina, péptidos neurotóxicos. Menudo trabalenguas. ¿Le dice algo todo esto?

Vivienne pellizcó los dedos de la mano.

—«No» —dijo Thomas.

—A mí tampoco —admitió el periodista, a la vez que volvía a guardarse la lista en el bolsillo—. Entre usted y yo, me dio lo justo para aprobar Química en el instituto. Pero bueno, investigué un poco y ¿sabe lo que averigüé? Que es casi exactamente la misma composición química que se encuentra en el veneno de los escorpiones.

En el sofá, Vivienne empezó a contar. Como Thomas le había enseñado.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Uno. Dos. Tres…

—Para la mayoría de los humanos en edad adulta, la picadura de escorpión no es mortal —añadió Shaw—. Sin embargo, en grandes concentraciones puede provocar bradicardia, parálisis e incluso la muerte. ¿No lo encuentra curioso?

Vivienne seguía contando, ahora atropelladamente de tres en tres.

Unodostres. Unodostres.

—Pero ahora es cuando la cosa se pone aún más interesante —continuó Shaw—. Incluso si los escorpiones fueran endémicos de Connecticut, algo que, por supuesto, no son, el informe del forense no señala indicios de una herida de entrada. Ninguna lesión, ni rojeces, ni ninguna picadura visible.

Para Thomas, eso fue la gota que colmó el vaso:

—¿Pero usted quién es?, ¿la policía?

—¿*Perdone*? —Shaw lo miró sorprendido—. ¿Por qué me da la sensación de que eso no era parte de la interpretación?

—Porque no lo era —respondió Thomas—. Eso lo he dicho yo.

—¿Tiene algo que decir?

—Pues sí. Necesita relajarse un poco. La está molestando.

—Es que *debería* sentirse molesta —dijo Shaw—. Según las pruebas que he reunido, hay razones de peso para creer que a su novio…

—No era su novio —soltó Thomas sin pensar.

—… lo envenenaron —terminó Shaw, que se cruzó de brazos y empezó a observar a Thomas como si lo estuviese viendo por primera vez—. ¿Cuánto tiempo lleva trabajando para la señorita Farrow?

Thomas podía sentir los ojos de Vivienne perforándole el lateral de la cara.

—Desde junio —respondió él, frío.

—Interesante. —Shaw hizo otra anotación—. ¿Entiende usted lo que eso implica? No estamos ante un desafortunado acto divino. Fue un asesinato.

—¿Un *asesinato*? —rio Thomas—. Eso es una locura.

—¿Usted cree? Yo no estoy tan seguro. —Shaw clavó el dedo en su

libreta—. Aquí hay una exclusiva. Una jodidamente buena. Y, por lo que estoy viendo, acaba de ponerse aún más interesante.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Yo solo digo que los celos son un móvil perfecto.

Thomas se enfureció.

—¿Pero qué coj…?

Sin previo aviso, Vivienne se puso en pie. Golpeó con el codo un resplandeciente astrolabio de latón que había sobre la mesita auxiliar, y este se cayó al suelo. El alboroto atrajo toda la atención en su dirección. Bajo la aguada luz de la luna, Vivienne irradiaba furia y movía los dedos a toda velocidad.

—*Dile que nos dé un minuto.*

—¿Para qué?

—*Díselo.*

Thomas dejó escapar un suspiro, calmándose.

—Denos un minuto.

—Tómense todo el tiempo que quieran —dijo Shaw, que otra vez se había puesto a tomar notas en su libreta infernal—, estoy seguro de que lo necesitarán para corroborar sus versiones de los hechos. Cuando vuelvan, me encantaría oír qué estaban haciendo la tarde del 13 de julio.

Thomas abrió la boca para contestar, pero Vivienne le hizo callar con un roce. Lo agarró de las solapas de la americana y tiró de él hacia atrás, hacia la salida. No lo soltó hasta que estuvieron fuera del alcance del oído de Shaw y hubieron cerrado las puertas de la biblioteca tras ellos con un golpe sordo. Estaban los dos solos en un pasillo bien iluminado y revestido salpicado con jarrones enormes y plantas de hojas grandes y flexibles.

—No tienes por qué aguantar a ese imbécil —dijo Thomas al mismo tiempo que Vivienne signaba—: «*Quiero que te vayas*».

Thomas se detuvo, dejándose el cuello de la camisa a medio recolocar.

—¿Qué? ¿Por qué?

—*Se supone que debes interpretar lo que digo tal y como lo digo.*

—Bueno, lo haría si dijeras algo…

—*Lo que estás haciendo no es é-t-i-c-o.*

—¿Que no es ético? —La risa le salió tensa—. *¿Que no es ético?*

—*No tiene gracia.*

—Sí, de hecho sí la tiene —dijo él—. Quiero decir, *por Dios*, Vivienne. Cabrear a un periodista del tres al cuarto *no* es lo menos ético que he hecho hoy.

Vivienne se quedó sin aliento, como si la hubiese golpeado, y se le ruborizaron las mejillas. Él sintió ese mismo rubor en su propia cara e inmediatamente se arrepintió de haber dicho nada. Se preparó y espero a que ella le devolviese el golpe. Que hiciera algo para herirle.

Pero no lo hizo. Cerró los ojos y se dejó caer sobre la pared, como si la discusión no fuera con ella. Bajo las hojas festoneadas de una planta de interior, Vivienne parecía más pequeña y apagada, con sus rasgos marcados por las sombras. De repente, Thomas se sintió fatal por haber provocado la pelea.

—Vivienne —le rogó—. Lo siento, ¿vale?

Ella no abrió los ojos.

—Tienes razón… no debería haberme inmiscuido así.

La única respuesta de Vivienne fue soltar una espiración temblorosa.

Thomas agachó la cabeza hacia la de ella.

—¿Puedes mirarme, *por favor*?

Una pareja pasó tambaleándose, ambos borrachos, empapados por la lluvia y hablando entre susurros, agarrándose el uno al otro enredados con torpeza. Thomas se quedó quieto hasta que la pareja dobló la esquina y se oyó cómo se cerraba una puerta en algún lugar fuera de su vista. En cuanto la pareja hubo desaparecido, Thomas se acercó más a Vivienne, tanto que pudo ver cómo el pulso le palpitaba errático en el triángulo de su garganta.

—No diré nada más —prometió él—. Mantendré la boca cerrada si hace falta. Yo solo… No quiero que estés ahí dentro sin mí.

Vivienne abrió los ojos de golpe.

—*Estás consiguiendo parecer culpable.*

—¿Culpable? ¿Culpable de qué? Lo que le ocurrió a Donahue es horrible, pero fue un accidente. Y lo sabes, Vivienne, tú estabas allí. Deja que publique el artículo, ¿crees que alguien va a creer a este pirado? Está solo a una noticia falsa más de redactar un reportaje contando los secretos del *bigfoot*.

Thomas pretendía hacerla reír. Pero en vez de eso, ella desvió la mirada, parpadeando para evitar las lágrimas.

—Ey… —le levantó la cara con cuidado por la barbilla—. Deja que te lleve a casa.

Vivienne negó con la cabeza, secándose una lágrima justo antes de que cayera.

—Nadie tiene por qué enterarse —añadió—. Podemos salir por detrás. Esta noche ponen una película de un megalodón. *Tremendamente* exagerada. Una interpretación realmente mala. Si nos damos prisa, creo que aún llegamos a ver el final.

Una de las puertas de la biblioteca se entreabrió y Shaw asomó la

cabeza.

—Vaya, si siguen aquí. Y bastante acaramelados, debo decir. ¿Han terminado ya?

—En realidad, necesitamos un minuto más —respondió Thomas. Pero Vivienne ya estaba deslizándose de entre los brazos de Thomas en dirección a la puerta abierta—. Espera, no… *Vivienne*.

Sin pensar, la agarró de la mano. Su piel estaba fría como el hielo y los dedos le temblaban. Vivienne se liberó y lo miró tajante.

—*Quédate* —signó ella—. *No quiero que veas lo que viene ahora.*

—¿Qué quieres decir con que no qu…? —Le cerraron la puerta en las narices—. Genial. Esto es genial.

Thomas se quedó fuera de la biblioteca y, durante varios minutos, se estuvo debatiendo entre las distintas opciones que tenía. Podía entrar tras ella, que era lo que Philip esperaba de él; podía esperarla ahí fuera e intentar respetar lo que Vivienne le había pedido; o podía renunciar al puesto e irse a casa. Largarse por iniciativa propia antes de que Philip y Amelia se enterasen de lo mucho que la había cagado y lo despidieran ellos mismos.

Pero ninguna de estas opciones le parecía buena.

Así que, en su lugar, se puso a andar de un lado a otro, sudando la camisa. Pasó un minuto. Luego dos. Tres. Luego cuatro. Después cinco. Del otro lado de las puertas le llegaron una serie de golpes secos amortiguados, como si varias cosas grandes se hubiesen caído al suelo.

—A la mierda.

Thomas abrió las puertas de un tirón y entró con decisión en la biblioteca. No veía a Vivienne por ningún lado. Tampoco a Shaw. El astrolabio estaba tirado de canto en el suelo, y sus relucientes esferas

se reflejaban en un gran charco negro. La ansiedad se apoderó de él.

—¿Vivienne?

Su voz se perdió en la oscuridad. Thomas se adentró más y más en la habitación, analizando con cuidado lo que tenía alrededor. La biblioteca se extendía mucho más allá del primer conjunto de estanterías, y sus anchas columnas de madera desaparecían en las sombras. Su incertidumbre era cada vez mayor.

—Vivienne —volvió a llamarla—, haz algún ruido si me oyes.

En la repisa de la chimenea, la intermitente luz roja de la grabadora parecía guiñarle el ojo. Thomas la apagó y se la guardó en el bolsillo. Desde su posición al lado de la chimenea, vio que el charco negro se extendía por detrás del sofá. Siguió su rastro, que pasó de unas huellas pegajosas a unas salpicaduras desperdigadas, que le fue guiando lejos de la zona más amplia y refinada de la biblioteca hasta adentrarse en las primeras estanterías.

Thomas se encontró a Isaac Shaw a la vuelta de la primera esquina. El periodista estaba arrodillado en el suelo sobre una pila de libros, con la mandíbula desencajada y el antebrazo desgarrado. El pecho le dio una violenta sacudida mientras él mismo se arañaba la herida.

—¡Ha sido ella! —gritó Shaw, mientras introducía dos dedos ensangrentados en la grasa amarilla de su brazo—. ¡Ha sido *ella*!

Un ruido a su espalda paralizó a Thomas. Lentamente, fue dándose la vuelta.

Vivienne estaba de pie, inmóvil, donde empezaba la zona de las estanterías, con la boca apretada y fina, y la mirada ausente. Había algo en la forma en la que se sostenía de pie, flácida como una muñeca y con la cabeza colgando hacia un lado, que hizo que un intenso escalofrío le recorriese la columna vertebral.

—Vivienne —dijo Thomas—. Ey, *Vivienne*.

El sonido de su voz hizo que esta enderezara la cabeza de golpe. Una horrible lucidez se adueñó de sus facciones. Vivienne se tapó la cara con las manos y se tambaleó hacia atrás, chocándose con la estaría más cercana tan fuerte que tiró varios libros al suelo.

El miedo se fue acumulando en el estómago de Thomas conforme iba entendiendo la situación.

—Vivienne —repitió él, con más suavidad que antes—. Mírame.

—¡Ha sido ella! —volvió a gritar Shaw—. ¡Ha sido ella!

Thomas lo ignoró. Tomó a Vivienne de las muñecas y le quitó las manos de la cara. Se encontró con una mirada fragmentada, con unos ojos con pupilas apelotonadas como panales negros.

—*Joder* —soltó en un susurro.

Vivienne dio un paso atrás como un animal herido, liberándose del agarre de Thomas. Y, entonces, de repente, echó a correr. A la luz de la luna, las ondas de la falda de su vestido la transformaron en una nebulosa mientras salía huyendo de la zona de las estanterías en ese preciso momento, antes de que él pudiese alcanzarla.

En el suelo, Isaac Shaw seguía arrancándose la piel a arañazos.

—Está bajo mi piel —balbuceó—. Está dentro de mi cabeza. Está… Está arañando-arañándome el cráneo. Haz algo. Tienes que ayudarme. Tienes que *SACÁRMELO*.

—Lo siento mucho —dijo Thomas—. Tengo que… Te enviaré ayuda.

Y salió corriendo detrás de Vivienne, dejando atrás los gemidos de dolor del periodista. Derrapó hasta pararse frente a una de las puertas antes de abrirla y salir al pasillo. Acababa de doblar la primera esquina cuando se chocó de lleno con una figura que salía

de una habitación contigua. Instintivamente, Reed Connolly retrocedió con expresión incrédula.

—¿Eso es… *sangre*?

—¿Dónde está? —dijo Thomas, furioso, agarrando a Reed de la pechera—. Sé que la has visto.

—Quítame las manos del traje, psicópata. —Reed se liberó de él de un codazo—. Por Dios, ¿pero tú qué puto problema tienes?

—Responde a la pregunta.

—¿A quién buscas? ¿A Vivienne? ¿No se supone que saber dónde está es básicamente tu trabajo?

—No me toques las narices. Además, ¿qué mierda haces tú aquí?

—Está conmigo —dijo una tercera voz. Thomas se giró rápidamente y ahí estaba Hudson Turner, apoyado en la misma puerta de la que Reed acababa de salir, con los botones de la americana de estampado *paisley* desabrochados y la corbata torcida —. ¿Tienes algún problema con eso?

Thomas se frotó la frente, dejándose una mancha pegajosa con la mano. Sangre, y no la suya. Bajó la vista hacia sus manos, rojas y malolientes. Se le cerró el estómago.

—*Walsh* —saltó Hudson, y no por primera vez—. Habla.

—Deberías llamar a una ambulancia —dijo débilmente—. Ha habido un accidente en la biblioteca.

—¿Qué tipo de accidente? —exigió saber Hudson mientras Reed se ponía visiblemente pálido. Thomas no se quedó a seguir dando explicaciones. Salió disparado por el pasillo, con la voz de Hudson reverberando a sus espaldas mientras corría.

—¡Walsh! *¿Qué tipo de accidente?*

Thomas se abrió camino por el abarrotado laberinto que era la

mansión de los Turner, sintiéndose más y más ansioso con cada minuto que pasaba. Fuera, en el patio, la lluvia ya era solo una llovizna. Goteaba de los árboles, acumulándose en pequeñas piscinas dentro de las copas de champán abandonadas. Se quedó a cubierto bajo un saliente y reflexionó sobre qué debía hacer a continuación.

¿Y si no podía encontrarla, qué?

A lo lejos, un rayo iluminó momentáneamente el cielo, haciendo que el cristal poliédrico de la casa de la piscina brillase como un diamante. Un impulso lo llevó a dirigirse hacia allí siguiendo un serpenteante camino de jardín adoquinado. La tormenta había aliviado el calor y el aire, considerablemente más fresco, le enfrió el sudor de la piel mientras pasaba por debajo de las espigas inclinadas de unas gramíneas ornamentales.

El camino lo escupió en una piscina iluminada y rematada con azulejos de borde redondeado. El agua generaba unas ondulantes cáusticas en los árboles de alrededor de tal forma que la noche, y él con ella, parecían estar extrañamente sumergidos cuando Thomas entró en la casa de la piscina.

El interior estaba repleto de amplios sillones de mimbre y mesas bajas a conjunto. Varias esculturas griegas descansaban bajo cestas colgantes de lobelia. El aire estaba denso por la humedad y los paneles de cristal grises por la condensación. Envueltos en el silencio, los pasos de Thomas reverberaban como truenos.

Como también lo hacía un solitario e incorpóreo sollozo.

No muy lejos, un montón de tul pálido sobresalía por detrás de una estatua pedestre de Venus. Thomas se fue acercando poco a poco, lentamente, hasta que el tul dio paso a una chica, con las

manos ensangrentadas entrelazadas delante de ella y los hombros temblando por los sollozos.

—Uno. —La oyó susurrar—. Dos. Tres.

El sonido le arrancó el aire de los pulmones. La voz de Vivienne era sorprendentemente grave y un poco áspera, como el agua cayendo sobre las rocas. Rápidamente, su sorpresa dio paso al alivio.

—Cuatro —seguía ella, pellizcándose las puntas de los dedos por orden—. Cinco…

—Vivienne.

Se quedó paralizada como una liebre, y se tapó la boca con las manos de inmediato.

—No pasa nada. —Thomas levantó las manos—. Solo soy yo.

Con cuidado, Vivienne se puso de rodillas. Él la imitó, en su caso, agachándose delante de ella. Debían de estar ridículos: apretados en un rincón como niños, vigilados por los dioses y envueltos en hiedra. Thomas se quedó muy quieto mientras ella lo evaluaba con miradas fugaces y nerviosas.

—*Estás bien* —signó finalmente.

—¿Yo? —Se miró el cuerpo—. Sí, claro, estoy bien.

Vivienne parecía desconcertada, como si hubiera esperado que fuera justo lo contrario.

—*¿No te duele nada?*

La pregunta lo encontró tan desprevenido que se rio.

—No —dijo—, no me duele nada.

Con un silencioso sollozo, Vivienne se dobló sobre sí misma. Thomas la agarró mientras se desplomaba, apoyándola sobre su regazo.

—Todo irá bien —le prometió—. Pero no puedes… no puedes

dejarme tirado así, ¿vale? No sin darme un momento para… para…

¿Para qué? ¿Para tranquilizarse? ¿Para asimilar lo que había visto? No tenía ni idea de qué era lo que estaba intentando decirle, ni una pista sobre qué era lo que tenía que decir, qué era lo correcto. Tampoco estaba seguro de que eso existiera. Al final, optó por atraerla más hacia él y apoyar la barbilla en su coronilla.

—No me voy a ir a ningún lado, ¿vale, Vivienne? Somos tú y yo.

Las luces se apagaron. Ambos se irguieron un poco cuando los rodeó la oscuridad total. De la casa les llegó el sonido de los gritos. Vivienne se puso rápidamente en pie, y Thomas la imitó.

—Será por la tormenta —dijo él, mientras los gritos daban paso a las risas. Un rayo tiñó la casa de la piscina de color plata, resaltando las esculturas de forma dramática—. Seguro que vuelve en cualquier momento.

El cielo volvió a iluminarse de blanco. Durante el parpadeo estroboscópico, a Thomas le pareció ver que una de las estatuas daba un paso al frente.

—Creo que hay alguien más aquí —murmuró.

Oyó el crujido del suelo justo antes del impacto, pero fue demasiado tarde como para girarse y bloquearlo. Algo muy duro le golpeó en la parte trasera de la cabeza, plagando todo su campo visual de destellos de luz.

Lo último que escuchó por encima del pitido de sus oídos fue el claro e inconfundible grito de Vivienne Farrow.



Segunda parte

El Demonio

«Escila no es mortal, sino una plaga
imperecedera, grave, terrible, cruel e
ineluctable».

Homero, *Odisea*



14

Vivienne

Vivienne estaba soñando con la casa otra vez. Las ventanas tapiadas. El pasillo estrecho como un río. La puerta hacia el sótano abierta y sus sombras retorciéndose hacia abajo y hacia abajo.

Vivienne, dijo la oscuridad. *Estás muy muy cerca*.

Normalmente, cuando soñaba con la casa, estaba sola. Arañaba la puerta y se tapaba los oídos; hacía todo lo que podía para ahogar esa oscura voz que la atraía. Esta vez era diferente. Esta vez, había un chico justo a las puertas del sótano. Estaba empapado y blanquecino como un cadáver, y el impétigo plagaba los extremos de su sonrisa.

«Aquí abajo todo está en silencio», le dijo. «Con el tiempo deja de molestarte».

Lentamente, el agua empezó a extenderse por la tarima de madera. Primero en un hilillo, después en un arroyo. Borboteaba, ruidosa, arremolinándose en sus tobillos.

«Las muertes siempre vienen de tres en tres», dijo el chico.

Solo que… ya no era el chico. Ahora era Mikhail. El fuerte y estoico Mikhail, quien la había querido como un padre. No tenía ojos. En su lugar, solo había dos órbitas vacías. Los labios se le replegaban de los dientes en una sonrisa de esqueleto. Vivienne, con el corazón roto y horrorizada, se tambaleó hacia atrás y se cayó, golpeándose el coxis en la madera con un ruido sordo. El agua le lamía la cintura, mojándola.

«Así son las cosas», dijo Mikhail, avanzando hacia delante lentamente. «Es lo que se ofreció. Él no quiere asustarte, gorrión. Solo desea cobrarse lo que es suyo».

En la ventana de al lado, un pardillo se posó en el alfeizar.

Pío, cantó mientras saltaba nervioso hacia un lado. *Pío, pío, pío*.



Vivienne se incorporó de repente, con el corazón martilleándole en el pecho.

Estaba en la cama. Era por la mañana y el sol estaba amarillo y plano, como una moneda en el cielo. Un pequeño gorrión marrón descansaba en la barandilla de hierro forjado de su balcón, observándola con cautela cada vez que las cortinas se levantaban con la brisa. Los perros no estaban. El aire de la habitación se notaba viciado. Estaba agotada y le dolía todo, y las costuras del vestido se le clavaban en los costados.

Qué raro. Ella nunca se iba a dormir vestida.

Se bajó de la cama y se sacudió el tul arrugado de la falda. Los dedos se le quedaron petrificados sobre las arrugas, totalmente rígidas. Los pliegues del vestido tenían un color rojizo y algunos trocitos del tul se estaban descascarillando. Horrorizada,

comprendió que era sangre.

Cerró los ojos e intentó recordar cómo había vuelto a casa, visualizar cómo había subido las escaleras y se había desplomado sobre la cama. Pero fue inútil. Su cabeza estaba llena de sombras que se alejaban de ella escurridizas como pececillos, demasiado rápidas como para atraparlas. Estaba a punto de rendirse y volverse a la cama cuando lo oyó: un gemido proveniente de su baño.

Por la rendija de debajo de la puerta solo pudo entrever el balanceo de una sombra. Quienquiera que estuviese ahí dentro se estaba meciendo como si fuera un bebé. Hacia delante y hacia atrás. Hacia atrás y hacia delante.

Con paso tembloroso, Vivienne se tambaleó hacia el baño. La puerta se abrió de par en par y chocó con fuerza contra un cuerpo. Ahí, en el suelo, estaba sentado Thomas.

«Te oí», dijo él. Tenía los antebrazos arañados en carne viva, la piel se le estaba empezando a desgarrar. Vivienne supo, sin ninguna duda, que había estado ahí arañándose él mismo presa del pánico.

«Te oí contar», farfulló él, meciéndose cada vez más rápido. «*Te oí* y ahora estás dentro de mi cabeza. Hay unas alimañas arrastrándose por mi piel. *Las siento*. No puedo sacármelas. No puedo…».

Vivienne cayó de rodillas, desesperada por encontrar una forma de consolarlo. Cuando intentó tocarlo, la mano de Thomas la agarró rápidamente por la muñeca, como una hoz. Sus ojos eran fríos y severos. No había calidez alguna en ellos. Solo repulsión. Lentamente, Vivienne siguió esos ojos hasta su propio antebrazo. Por la piel le asomaba un único filamento rizado, fino como una hebra y rosa como un lazo.

Observó espantada cómo Thomas agarraba el hilo y tiraba de él.

Vivienne empezó a deshilacharse en madejas, a deshacerse en repugnantes guirnaldas de tul y en brillantes adornos de tendones. Él estiraba y estiraba, despellejándola, hasta que lo único que quedó de ella fue el blanco de sus costillas desnudas y el horrible latido rojo de su corazón. Y, ahí, tejido alrededor de su esternón, estaba el caparazón negro y brillante de algo ponzoñoso.

«Lo sabía», dijo Thomas, antes de soltarla inesperadamente.

Vivienne se cayó hacia atrás sobre los azulejos. El horripilante exoesqueleto crujió de forma espantosa mientras se ponía a recoger aquellas cintas, a sí misma.

No me mires, quería chillarle a Thomas. *No mires.*

Se puso en pie, tambaleándose, con intención de huir, pero se chocó de lleno con Mikhail, que estaba en medio de la puerta abierta contemplando a Thomas en silencio.

«¿Quién es?».

Su voz sonó varios tonos más baja. No parecía Mikhail en absoluto, sino ese insidioso susurro que le hablaba en sueños. En el balcón, el gorrión aleteaba nervioso.

«Deja de revolverte», dijo el pájaro, con una voz demasiado humana. «Vas a hacerte daño».

«Este chico apesta a fuego del infierno», dijo Mikhail, hablando por encima del pájaro. «No deberías haberlo traído aquí».

«Vivienne», dijo el pájaro. «Abre los ojos».

Y lo hizo.

La pesadilla se desvaneció de repente y, ahí, frente a ella, estaba Reed. El verdadero Reed, no una especie de amalgama atroz. Igual que ella, él también seguía vestido con la ropa de la gala, aunque llevaba la camisa por fuera horriblemente arrugada y tenía los

botones manchados de vino.

—Viv —dijo Reed, pálido—. ¿E-eso es…? Quiero decir, ¿cómo has…? *Hostia puta*.

Se encontraban en un sótano que ella no reconocía, mohoso y frío, con las cañerías del techo expuestas como un nervio. Los muros de hormigón estaban pintados de un blanco muy brillante, cegador, pero todo lo demás era de algún color primario: desde los bloques de juguete desperdigados sobre una alfombra del abecedario hasta la estantería repleta de cuentos infantiles de cartón. En la pared del extremo norte había colgada una gran cruz de madera, deteriorada por la putrefacción.

El pánico de Vivienne podía palparse. Le palpitaba en las manos, como si se hubiese arrancado el corazón del pecho y ahora lo estuviese sujetando.

—Vivienne —repitió Reed, esta vez con más urgencia—. ¿Se está muriendo?

Desconcertada, siguió la mirada del chico. Ahí, en sus propias manos ahuecadas, Vivienne sostenía algo frágil, tembloroso y con vida, aunque quizá no por mucho tiempo. Sin embargo, no era su corazón, sino el gorrión de su pesadilla. El pulso se le aceleró de forma tan violenta que casi se le cayó aquella imposible criatura. Tenía el ala en un extraño ángulo, como si se hubiera chocado contra una ventana.

—¿Cómo lo has hecho? —le preguntó Reed—. Estabas revolcándote por la habitación y un segundo después…

Los dos se quedaron mirando al pájaro, viendo cómo este se esforzaba por respirar mientras ambos reflexionaban sobre lo imposible que era lo que había hecho Vivienne. Se había encerrado

por completo dentro de ella misma y, al volver en sí, había extraído algo.

—Deberíamos buscar una caja —dijo Reed finalmente—. Algo donde podamos guardarlo.

Mientras él miraba entre los cachivaches en busca de algo que pudiera servirles, Vivienne se quedó quieta, esforzándose por encajar las piezas del desordenado puzle que era su memoria. Lo último que recordaba con algo de claridad era a Thomas, iluminado por la luz de los rayos y desconcertado. Recordaba los ruidos también: el golpe de un puñetazo, el horrible crujir de un puño golpeando un hueso y la voz de Reed por encima:

—Ya basta, Sadowski. Nos pidió que quedara realista, no que lo matases.

—Aquí —Reed ya estaba frente a ella otra vez, ahora sujetando la caja de madera de un puzle. La había rellenado de pañuelos, haciendo una especie de camastro—. Ponlo dentro.

Vivienne le hizo caso y depositó al pájaro con toda la delicadeza que pudo. Lo observaron tumbado de costado, viendo cómo el pecho le subía y le bajaba en precarios jadeos.

—Anoche casi matas a uno de los iniciados —continuó Reed. Su tono era objetivo, sin acusaciones, pero aun así, el remordimiento la atravesó de arriba abajo—. Se llama Adrian Faber. Es estudiante de primer año en un centro de formación profesional. O, al menos, lo era antes de que lo dejases hecho polvo. Pero bueno, a ti eso te da igual.

Afloró otro recuerdo: Thomas tambaleándose sobre la escultura de una ninfa con un estallido carmesí en la sien. Un chico con un pasamontañas negro desplomándose de rodillas con las manos

tapándose los oídos. Los restos desgarrados de su grito adhiriéndose al silencio.

¿Había destrozado también a Thomas?

¿Había dejado su mente rota y sus tripas llenas de gusanos?

No lograba recordarlo.

En la caja, el pajarito continuaba luchando por respirar.

—No te importa quién salga herido mientras tú consigas lo que quieres, ¿verdad? —dijo Reed.

Vivienne parpadeó y vio a Thomas esforzándose por levantarse, con un ojo cerrado, en la eléctrica oscuridad.

Cuando ella no le respondió, Reed suspiró:

—Deberíamos subir a ver a Grayson. Querrá saber que ya estás lúcida.

Se colocó la caja bajo un brazo y guio a Vivienne hacia la puerta con el otro. Ella se dejó llevar, sintiéndose extrañamente inquieta mientras cruzaban un pasillo pintado con unos murales ya descoloridos y subían un tramo de escaleras de hormigón hasta emerger en una silenciosa catedral con el suelo enmoquetado.

—Bienvenida a la sede central —exclamó Reed—. Aquí es donde se reúnen los iniciados.

La luz del sol se derramaba por las elevadas ventanas del deambulatorio iluminando los santos en tonos rojo mártir y azul apostólico. En el transepto, el aire flotaba inmóvil, denso por el polvo, que brillaba dorado en los lugares donde incidía la luz que conseguía atravesar los anchos contrafuertes de madera.

El fuerte contraste de las sombras dificultaba saber con exactitud cuántas personas esperaban en los bancos. Había al menos media docena de ellas, todas sentadas sin hacer nada y murmurando entre

ellas, con sus rasgos irreconocibles entre el polvo en suspensión. En la primera fila, una chica vestida totalmente de rejilla —*leggings* de rejilla, top de rejilla y un llamativo par de guantes de rejilla— adulaba a un chico regordete con un *mullet* mal cortado y una mandíbula visiblemente amoratada. En cuanto vieron a Vivienne acercarse, ambos se pusieron en pie como un resorte.

—Me preguntaba cuándo te dignarías a dar la cara —masculló el chico—. Tu novio casi me rompe la mandíbula.

—Relaja, Sadowski —dijo Reed—. Erais cuatro contra uno. No tenía ninguna posibilidad.

Vivienne volvió a parpadear y ahí estaba Thomas otra vez, con la sangre cayéndole por la barbilla en un hilillo carmesí.

Estaba lúcido. Estaba *lúcido*.

Lo estaba, ¿no?

No lograba recordarlo.

—Parece una Barbie —soltó la chica, mirando a Sadowski. Sonó decepcionada—. Creía que habías dicho que era un *demonio*.

Reed puso los ojos en blanco.

—Te dije que lo *llevaba dentro*.

—Bueno, ¿y dónde está?

—Joder, Lydia —saltó Sadowski—. Está poseída, no es que vaya por ahí con un demonio en el bolso.

Lydia, que llevaba botas, se puso de puntillas.

—Entonces, ¿qué hay en esa caja?

—Vosotros. Callaos ya.

Jesse Grayson estaba en el pasillo más cercano, flanqueado por un esmirriado adolescente con un montón de *piercings* plateados en la cara. Entre ellos se hundía otro chico, con el cuerpo flácido. Iba

rasguñado por todas partes, unos profundos arañazos le marcaban la piel que le rodeaba los ojos, como si hubiera hecho todo lo posible por arrancárselos de cuajo con las manos. A Vivienne se le revolvió el estómago de verlo.

Reconocería su obra en cualquier parte.

—Va hasta arriba de benzodiacepina —dijo Jesse—. Con suerte, lo mantendrá aturdido el tiempo suficiente para que me dé tiempo a hacerle un examen un poco más exhaustivo.

—*¿Ese es A-d-r-i-a-n?* —signó Vivienne—. *¿F-a-b-e-r?*

—Sí, así es —le confirmó Jesse—, es Adrian. ¿Contenta, Vivienne? Ya tienes lo que querías.

—*Yo no quería esto.*

—¿Vivienne? —El chico que sostenían entre Jesse y el adolescente levantó la cabeza. Se le quedó ladeada, como si le pesase, mientras la observaba fijamente con los ojos vidriosos y la mirada perdida—. Él me ha dicho que eres especial —continuó el chico con voz débil por el efecto depresor del medicamento—. Que si quiero subir puestos en la jerarquía debo hacer todo lo que me pidas. Darte todo lo que quieras. Que debo hacerte feliz para que vuelvas a casa.

—¿De qué cojones está hablando? —Reed se puso tenso.

—Mírate —dijo el chico con maldad antes de que nadie pudiese responder—. Tú no eres especial. Puedo verte con claridad ahora que te he oído hablar. Es como… como si hubieses corrido las cortinas tras las que te ocultabas. Rezumas muerte. Eres todo larvas y gusanos.

Vivienne pensó en el modo en el que se había deshecho por completo en su sueño. Sabía que su interior era pura putrefacción, pero oír cómo lo decían en voz alta fue como si la despellejaran viva.

—Sadowski —ladró Jesse—, ayuda a Diaz con Faber. Llevadlo al piso de arriba. Enseguida subo.

Jesse esperó a que todos se marcharan antes de centrarse en Vivienne.

—¿La has traído?

—No, la he traído *yo* —respondió Reed—. Me la dio Hudson anoche, justo antes de que todo se fuera a la mierda.

Reed rebuscó en su americana y sacó un pequeño vial de cristal lleno de un líquido transparente. Jesse lo tomó y le dio la vuelta para leer la etiqueta. A Vivienne le resultó un poquito irónico lo lejos que había sido capaz de llegar por algo tan diminuto. Irónico que, después de estar semanas planeando cómo librarse de Thomas Walsh, él fuera en lo único que podía pensar ahora.

La última vez que lo había visto apenas podía mantenerse en pie.

¿Fue por su culpa? ¿Fue *ella* quien le hizo eso?

—Bien, pues ya está —dijo Jesse, guardándose el vial en el bolsillo. Sonaba resignado—. Según tu altura y peso, dos mililitros de ketamina deberían ser suficientes para dormirte y que no te despiertes.

—Si es que puedes encontrarle la vena… —farfulló Reed.

Jesse lo fulminó con la mirada.

—No empieces. ¿Qué hay en la caja?

—Me alegro de que lo preguntes. —Reed puso la caja entre ellos. Dentro, el pajarito marrón seguía luchando por respirar. Jesse frunció el ceño al verlo.

—¿Qué es?, ¿un gorrión?

—Eso parece.

—¿Qué le ha pasado?

Reed le lanzó una miradita a Vivienne. Ella no se la devolvió.

—Esa es la cuestión —dijo—. No estamos muy seguros, pero, digamos que Vivienne estaba de pie *sin* un pájaro, y a los segundos… *pum*, pájaro.

—Esto no me gusta nada —dijo Jesse—. Es una variable que no habíamos contemplado. ¿Te había ocurrido algo similar antes?

Vivienne negó con la cabeza.

—¿Qué crees que significa? —preguntó Reed.

—No lo sé. —Jesse volvió a mirar al pájaro, frotándose el mentón con la mano—. Quiero intentar hacerle un examen completo a Vivienne en estado de alteración antes de la intervención.

Reed soltó un silbido.

—Parece una buena forma de acabar como Faber.

—La amordazaremos si es necesario. No me estoy metiendo en esto a ciegas.

—*¿Y qué pasa con el pájaro?* —preguntó Vivienne, ligeramente desesperada.

—El pájaro se está muriendo, Vivienne —respondió Jesse con frialdad—. Tú lo has matado.

¿Y qué pasa con Tommy?, ese pensamiento le daba vueltas y vueltas en la cabeza. *¿Y qué pasa con Tommy?* Vivienne no se atrevía a preguntar. ¿Lo habría matado también? ¿Lo habría abandonado ahí en el suelo de la casa de la piscina arrancándose los ojos y desgarrándose la piel? ¿Le habría fallado el corazón? ¿Habría muerto allí solo?

Ella no tenía intención de gritar.

—No puedo hacer nada para ayudar al pájaro —añadió Jesse—, pero haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte a ti.

—*Gracias* —signó ella en respuesta, tocándose la barbilla con los dedos temblorosos.

—No hago esto por pura bondad. Me tienes entre la espada y la pared, y lo sabes.

En cuanto Jesse se marchó, ya solo estaban Reed y ella. El resto de la catedral también se había ido vaciando poco a poco, como si ninguno de los iniciados quisiera acercarse demasiado. Vivienne no podía culparles, ella también estaba haciendo lo impensable para alejarse todo lo posible de sí misma.

—Estás muy callada —dijo él. Vivienne lo fulminó con la mirada y Reed intentó arreglarlo—: Bueno, a tu modo, ya me entiendes.

—*Te estuve buscando* —signó ella—. *En la fiesta.*

—¿Sí? —Reed arqueó una ceja—. ¿Y eso?

—*Me entraron las dudas.*

Él la evaluó por el rabillo del ojo.

—¿Aún las tienes?

Vivienne no respondió. Con delicadeza, le quitó a Reed la caja de las manos y miró al pájaro que yacía en su interior. Sus ojos estaban nublados y su respiración era lenta. Sintió un pinchazo en el corazón. No podía deshacerse de la horrible sensación de que lo había hecho todo mal. Normalmente, era mucho más cauta. Siempre se había considerado extraordinariamente meticulosa. Planeaba cada paso con antelación, controlaba hasta la última variable.

Pero la llegada de Thomas a principios del verano la había descentrado por completo. Él la había hecho actuar de forma reactiva, temeraria, imprudente. En tan solo unas semanas se había convertido en una persona impulsiva, toda corazón y humillación.

Ya era demasiado tarde para tener dudas.

No importaba cómo había tomado esas decisiones, solo que lo había hecho. Ya no le quedaba otra opción más que llevarlas a cabo hasta el final.

Exhausta, se hundió en un banco. Reed se sentó a su lado. Durante un rato, estuvieron sentados uno junto al otro mirando cómo el sol brillaba sobre los ropajes rojo sangre de uno de los mártires. Vivienne sujetaba la caja con fuerza sobre su regazo y observaba cómo el gorrión luchaba por respirar. Le pareció que eso era lo más compasivo que podía hacer: ser testigo de su sufrimiento.

O quizás era lo más cruel. Quizás sería más compasivo acabar con su dolor. Pero Vivienne era demasiado cobarde para hacer algo que no fuera mirar, ser una testigo silenciosa hasta la muerte. Al fin y al cabo, eso es lo que ella era siempre.

—Lo que estás haciendo es egoísta —dijo Reed, sobresaltándola. Casi se le había olvidado que él estaba ahí. El chico apoyó los codos en el respaldo del banco y añadió—: ¿Cómo crees que se sentirán las personas que te quieren cuando no sobrevivas?

Vivienne quiso decirle que no había nadie en el mundo que la quisiera, pero aquello era algo que le resultaba insoportable de admitir.

En su lugar, signó:

—*No tengo planeado morir.*

—Pero si sucede, tampoco te importa. —Cuando ella no lo negó, Reed dejó escapar una risa desganada—. No voy a quedarme, Viv. A la operación, me refiero. Voy a renunciar a mi membresía.

Sorprendida, Vivienne se giró para mirarlo a la cara.

—*¿Por qué?*

Él echó la cabeza hacia atrás, mirando hacia el techo abovedado.

—La Casa exige demasiado. Así es como funciona. Todos los nuevos miembros están obligados a pagar tributos. Al principio no es mucho: parte de tu sueldo, unas gotas de sangre.

—*¿Sangre?* —signó, asqueada, deslizando la mano hacia abajo por su estómago.

—Solo un poco —respondió él—. Más o menos como cuando vas a donar sangre.

El mero hecho de pensarlo la horrorizó sobremanera.

—*¿Qué hacen con ella?, ¿con la sangre?*

—No tengo ni idea. No hago preguntas. Lo único que sé es que cuanto más asciendes en la jerarquía, mayores son los tributos que debes pagar. Cuanto mayor es la ofrenda, mayor es la recompensa. Antes pensaba que no me importaba, no tenía nada que no fuera capaz de ofrecer para seguir progresando.

—*¿Y ahora?*

—No lo sé. —Se giró para mirarla a los ojos, con expresión melancólica—. Quizás a *mí* también me han entrado las dudas.

Al levantarse para irse, Reed se balanceó sobre los talones, con las manos en los bolsillos, mientras sopesaba, y ella lo sabía, cuál sería la mejor forma de despedirse. Al final, optó por no decirle nada en absoluto. Y Vivienne supuso que era porque ya le había dicho todo lo que quería decirle.

Tampoco es que fueran amigos.

Su relación, igual que todas las demás que tenía Vivienne, había sido una transacción.

Y ahora esta había llegado a término.

Reed la dejó sola en el oscuro silencio de aquella catedral vacía, con un gorrión a punto de morir en su regazo y los ojos sin vida de

los santos mirándola fijamente sin remordimientos.



15

Thomas

El reloj de la pared marcaba las 07:15 de la mañana. Ocho horas desde la casa de la piscina. Ocho horas desde que se habían llevado a Vivienne de entre sus brazos. *Ocho putas horas de tiempo perdido*.

El hospital Saint Mary's estaba frío como un congelador y atestado de gente hasta tal punto que, durante gran parte de la noche, en el vestíbulo uno solo podía estar de pie. Ahora, con el flujo más reducido de las primeras horas de la mañana, Thomas estaba sentado en una camilla en el pasillo, poniendo a prueba sus últimos resquicios de paciencia y agarrando con fuerza la grabadora de Isaac Shaw en el puño.

Todavía no había escuchado la grabación.

Aquí, entre desconocidos, no.

Cada vez que las enfermeras pasaban a su lado lo miraban de reojo, de forma discreta pero perceptible. Thomas no podía culparlas, parecía que acababa de salir de una pelea en un callejón.

Tenía la pechera de la camisa rígida por la sangre seca. La cabeza como un bombo que retumbaba y retumbaba. Tenía el lóbulo de la oreja izquierda hinchado en forma de coliflor y el ojo izquierdo prácticamente cerrado. Sin embargo, apenas notaba todo esto. Su atención estaba centrada en el reloj de la pared. En los segundos, los minutos y las horas que pasaban sin cesar.

Él no hubiera ido al hospital, pero había descubierto que Hadley Appelbaum y Frances Lefevre podían ser casi tan pertinaces como Vivienne cuando querían. Ellas habían insistido en que lo vieran y, en esos momentos, Thomas no encontró las fuerzas para protestar.

Ocho horas y varios puntos de sutura más tarde, ya estaba harto. Quería golpear algo. Se había pasado toda la noche en triaje, con el pánico que sentía en el pecho fusionándose con la ira hasta que empezó a verlo todo envuelto en una neblina roja e iracunda.

Vivienne había desaparecido. *Desaparecido*. Y él estaba ahí sentado sin hacer nada.

—Disculpa la espera. —Una mujer pelirroja con una bata blanca vino con un carrito y se detuvo justo delante de él—. Soy la doctora Rosen. ¿Podrías confirmarme tu nombre y fecha de nacimiento?

—Thomas Walsh —dijo de forma automática, cansado de repetirlo —, 23 de julio.

—Perfecto, gracias. —La doctora lo observó por encima de las gafas de cerca con una sonrisa amable—. No parece que hayas tenido una buena noche.

—Las he tenido mejores.

—Bueno, te curaremos todo bien. —La doctora iba clicando por el historial electrónico de Thomas—. Enseguida vendrá un técnico de radiología para hacerte una radiografía.

Thomas había necesitado las suficientes radiografías durante su época como jugador de *lacrosse* como para saber que no podía permitirse pagar la factura. Y también sabía que tendría que esperar horas hasta que le dieran los resultados. Y él no *tenía* esas horas.

—¿Necesito una?

—Sin duda te recomiendo que te la hagas —dijo la doctora Rosen —. Nos preocupa que puedas tener una costilla fracturada. La radiografía nos ayudará a examinarte con total exactitud para determinar un tratamiento.

—¿Puedo negarme?

—Iría en contra de las recomendaciones médicas, pero sí.

—Vale. —Thomas se acercó la americana—. Entonces me gustaría hacerlo. Negarme, me refiero.

La doctora Rosen se puso las gafas en la cabeza y lo observó con detenimiento.

—¿Está aquí contigo uno de tus padres o tu tutor legal?

—Tengo dieciocho.

—¿Algún amigo, entonces?

—No —dijo Thomas con brusquedad, con su paciencia a punto de agotarse—. Estoy solo. Y estoy bien, de verdad. Me gustaría irme.

La doctora Rosen lo observó durante unos segundos más.

—Pediré que una enfermera te traiga los formularios del alta para que los firmes. Espera aquí, ¿de acuerdo?

—Muy bien, gracias.

En cuanto la doctora estuvo fuera de su vista, Thomas se bajó de la camilla y agarró su americana, haciendo una mueca de dolor ante el agudo pinchazo que notó en la cintura. Una tosecilla le llevó a mirar hacia un anciano encorvado en una silla de ruedas. Tenía una manta

de franela cubriéndole el regazo, y su mujer estaba dormida en el asiento de al lado.

—Yo no he visto *nada* —dijo el hombre, guiñándole un ojo.

—Gracias. —Thomas sonrió.

Ya en la sala de espera, se sorprendió al ver a Hadley y a Frankie esperando en la puerta. En cuanto lo vieron aparecer lo acorralaron, hablando una por encima de la otra. Igual que él, ellas también iban vestidas con la ropa de la gala todavía, con las telas salpicadas de pintura naranja y rosa. Mientras que él estuvo recibiendo un golpe tras otro en la casa de la piscina, el resto de los invitados de la fiesta habían sufrido un ataque con pistolas de *paintball*. Una broma. Parecía ser que los culpables eran unos estudiantes de un colegio público cercano: un puñado de lugareños que nunca se habían llevado bien con Hudson Turner y los de su calaña.

Pero ¿por qué se habrían llevado a Vivienne?

No tenía ningún sentido.

—Traerme hasta aquí ya ha sido más que suficiente —dijo él mientras apartaba a Frankie con el codo en dirección a la puerta—. No teníais por qué quedaros.

—No nos hemos quedado por ti —dijo Hadley, siguiéndole el paso —. Vivienne está en problemas.

—¿Tú crees? —soltó con tono cruel.

—Nadie la ha visto desde la fiesta —añadió Hadley, levantándose la falda del vestido para poder seguirle el ritmo—. *Thomas*. ¿Has oído lo que acabo de decir?

Thomas empujó la puerta giratoria y salió al abrasador calor de la mañana. Calle abajo, había varios taxis esperando. Se dirigió hacia ellos, buscando la cartera. El móvil le sonó en el bolsillo.

—Thomas —lo llamó Hadley—. ¡Walsh, espera! Esto es serio. Tenemos que hablar contigo.

Silenció el móvil y se volvió enfadado hacia Hadley, quien se vio obligada a detenerse en seco.

—Yo estaba allí, ¿vale? —El dolor que sentía en el pecho era atroz —. Yo estaba con ella cuando esos cabrones se la llevaron. Así que no necesito que vengas a decirme que Vivienne ha desaparecido porque ya lo sé. Lo sé, y es por mi culpa. Tengo que volver a su casa a contarles a sus padres lo que ha ocurrido y después tengo que llamar a la policía.

—Estarías perdiendo el tiempo —dijo Frankie—. El padrastro de Vivienne no va a interponer una denuncia por su desaparición.

Thomas se quedó paralizado.

—¿Qué?

—Mi padre se ha reunido con él en la comisaría esta mañana —explicó Hadley—. Philip le ha contado que anoche Vivienne se fue a casa temprano. Le ha vendido la historia de que no se encontraba bien y que por eso su madre se la llevó a casa más pronto de lo esperado.

—Eso no fue lo que pasó.

—¿Qué te crees, que no lo sabemos? Está *mintiendo*.

—Pues dile a tu padre la verdad —gruñó Thomas.

—Lo he intentado, pero no me escucha. Dice que me estoy metiendo donde no me llaman…

—Es verdad que suele hacerlo —dijo Frankie, socarrona.

—… y que tengo que dejar en paz a los Farrow. —Hadley fulminó a Frankie con la mirada—. Al parecer, Philip dijo que Vivienne está de luto por la muerte de su «novio».

—Donahue no era su novio —replicó bruscamente Thomas.

—¿Crees que no lo sabemos? —preguntó Hadley—. Por eso estamos aquí. Algo va *mal*.

El miedo lo atravesó en unos filamentos finos como cables. En el bolsillo, su móvil estaba sonando otra vez. Lo sacó, deseando desesperadamente ver el nombre de Vivienne en la pantalla. Pero no, era el presidente de su fraternidad llamando por quinta vez en cinco minutos.

—Joder —dijo—. Dadme un segundo.

—Walsh. —La voz de Colton Price fluyó agradable desde el otro lado del teléfono. No sonaba como alguien que hubiese estado intentando contactar con él repetidamente durante las últimas veinticuatro horas—. Qué difícil es ponerse en contacto contigo.

—He estado ocupado —respondió Thomas, mientras echaba un vistazo hacia Hadley y Frankie. Las chicas lo iban guiando por el aparcamiento, alejándolo de la zona de los taxis y llevándolo a la de los visitantes. Se dio por vencido y dejó que lo guiaran—. ¿Qué pasa?

—Es una larga historia —dijo Colton.

—Pues cuéntame la versión corta.

—Qué susceptible. Tomo nota. Iré directamente al final: ¿te dice algo el nombre de Mikhail Popov?

—No —respondió Thomas mientras Hadley le indicaba que se sentara en el asiento trasero de un impoluto Lexus plateado.

—Intenta no sangrar en el cuero —le susurró Hadley al mismo tiempo que Colton le preguntaba—: «¿Estás seguro?».

—Completamente. —Se dispuso a abrocharse el cinturón—. ¿Puedo serte sincero? No parece que esto sea urgente.

—Nunca dije que lo fuera —dijo Colton, ofendido.

—Me has llamado veintisiete veces.

—¿Tantas?

—Mira, me encuentras en muy mal momento. Ya te llamaré en…

—¿Y qué hay de una tal Vivienne Farrow?

El cinturón encajó con un *clic*.

—¿Dónde has oído ese nombre?

Pasaron unos segundos antes de que Colton respondiera. De fondo, Thomas oyó a una chica murmurando algo.

—Vale —dijo Colton—, le pregunto. Walsh, ¿te suena una organización llamada la Casa de Hades?



La casa de los Farrow se le antojó más imponente que nunca mientras se detenía en el umbral de la puerta principal y se mentalizaba antes de entrar. En el bolsillo, la grabadora de Isaac Shaw le pesaba como un yunque.

No había escuchado la grabación. Todavía no.

Pero ya sabía qué era lo que iba a escuchar.

«Investigaré un poco», le había dicho a Colton Price. «Te llamo en cuanto sepa algo más».

Durante la llamada, Colton había sido bastante ambiguo en cuanto a sus fuentes, pero le había hablado de la Casa de Hades como si esta fuera una especie de club. Un club con el que Vivienne tenía alguna conexión. No tenía ningún sentido, al menos no para Thomas, pero si alguien podía ayudarle a atar cabos, ese era su jefe.

Philip había mentido a la policía. Los había apartado.

¿Qué clase de padre hacía eso cuando su única hija había

desaparecido?

Philip Farrow escondía algo, Thomas estaba seguro de ello.

Y si Colton estaba en lo cierto, tenía que ver con este misterioso club.

El interior de la casa estaba sumido en un silencio sepulcral y las pisadas de Thomas retumbaban como truenos.

Casi había llegado al despacho de Philip cuando este le llamó:

—¿Walsh, eres tú? Estamos aquí.

Armándose de valor, Thomas entró en la habitación. Amelia ya estaba ahí, más frágil de lo que la había visto nunca, con un vestido de corte recto blanco y unos tacones de aguja a conjunto, y sujetando un vodka con tónica con dedos temblorosos. Philip estaba sentado frente a ella en su ancha silla de cuero, mirando la fina columna de humo que salía de los restos de un puro. Delante de él, esparcidos por el escritorio, había dientes.

Dientes humanos.

Dientes de bebé.

Había varios molares e incisivos diminutos, y parecía que los hubiesen agitado y tirado como unos dados. Volcada en medio de los dientes había una tabaquera de plata de ley. Philip se tomó su tiempo para recolocarla.

—Me temo que tú y yo hemos tenido un malentendido —dijo—. ¿Te dije o no que Vivienne tenía ciertos problemas por la noche?

Thomas tragó.

—Lo hizo, señor.

—Y recuérdame también si te pedí que la vigilaras en todo momento.

—Sí.

—Eso pensaba. —Philip le dio unos golpecitos al puro en el cenicero—. Si te doy una directriz es para que la sigas al pie de la letra.

—Con el debido respeto —dijo Thomas—, Vivienne me pidió privacidad.

—¿Ah, sí? —A Philip se le abrieron los ojos como platos—. Bueno, fue un detalle que la escucharas. Ahora, gracias a ti, mi hija está desaparecida. Shaw está en el hospital, lleva soltando sandeces desde que lo encontraron. Ya puedes rezarle al dios en el que creas para que no empiece a decir cosas que sí tengan sentido.

—¿Y qué si lo hace? —Thomas sabía que provocándole así solo se estaba cavando una tumba aún más profunda, pero siguió cavando de todas formas—. Me gustaría saber qué es lo que Isaac Shaw tiene que contarle a la policía.

Philip se puso en pie como un resorte, como si le hubiesen dado una descarga eléctrica.

—Cómo te atreves a…

—Diría que fue Vivienne quien le hizo eso, ¿verdad?

El silencio cayó como un hacha. Al otro lado del escritorio, Philip respiró hondo.

—No tienes ni la menor idea de lo que estás diciendo.

—¿Qué le pasa a Vivienne?

Amelia Farrow soltó un sonoro sollozo.

—*¿Qué le pasa a Vivienne?* —se burló Philip—. ¿Te crees muy listo? ¿Te crees que has descubierto una especie de conspiración? Está *desaparecida*, eso es lo que le pasa. Y lo que pueda llegar a ocurrirle a partir de ahora es responsabilidad tuya.

La culpa había ido acumulando presión en el interior de Thomas

desde que recuperó la conciencia en el suelo de la casa de la piscina. Ahora, esta estaba emergiendo a la superficie con la fuerza de un volcán. Pero Thomas se mantuvo firme, negándose a que lo intimidara.

—El día que me contrató, me dijo que le preocupaba que Vivienne se estuviese juntando con gente indeseable. Lo que no me dijo es que esa gente formaba parte de un grupo llamado la Casa de Hades.

La sangre abandonó por completo la cara de Philip.

—¿Con quién has hablado?

Thomas se había tirado un farol, pero, por la cara de Philip, había dado en el clavo. Así que la información de Colton era buena. *Había* una conexión. Una minúscula chispa de triunfo prendió en su pecho.

—Es lo que usted dijo, señor: una vez que has formado parte de una hermandad, siempre eres uno de ellos. ¿Cuáles fueron sus palabras exactas? —Thomas chascó los dedos—. Ah, sí: «Esa clase de lealtad no se puede comprar».

La ira de Philip se hizo evidente, palpitante y palpable, tornando el aire de la habitación tenso de repente.

—Philip —susurró Amelia, poniéndose en pie—, no creerás que está buscando…

—No tiene ni idea de lo que está buscando —dijo Philip, furioso—. Solo es una tonta insensata y desobediente cuyas acciones nos destruirán a todos.

—Pero Christian es…

Antes de que pudiese terminar la frase, Philip maldijo con crueldad en voz alta y barrió todo lo que había sobre el escritorio con el brazo. El cristal, los dientes, todo cayó al suelo haciéndose añicos. Los documentos sueltos volaron por los aires en un frenesí de papel.

Para cuando tocaron el suelo, Philip había conseguido aplacar parte de su rabia.

—*Jamás* menciones ese nombre en mi casa —le advirtió a Amelia, apuntándole con el dedo en la cara. Ella se quedó paralizada como una liebre, con el labio inferior temblándole. Después, le dijo a Thomas—: Estás despedido.

—No te molestes —respondió Thomas—. Renuncio yo.

Philip soltó una fría risotada.

—Te crees tan honrado… No te olvides de que firmaste un exhaustivo acuerdo de confidencialidad. Si hablas con alguien, ya sea la policía, tu familia o tus amigos; te llevaré a juicio. Tienes una hora para hacer las maletas. Después, te quiero fuera de mi casa.

Dicho esto, Philip salió hecho una furia del despacho, cerrando la puerta tras él de un portazo. Thomas y Amelia Farrow se quedaron solos. En el suelo, los dientes desperdigados resplandecían como pequeños ópalos blancos.

—Philip no es un monstruo —dijo Amelia, con una voz tan suave que, prácticamente, era imperceptible—. Sé que lo parece, pero se preocupa muchísimo por Vivienne. Mucho más de lo que se preocupó nunca su padre biológico.

Thomas no supo qué contestar a eso, así que optó por no decir nada en absoluto. El silencio se expandió entre ellos como un globo.

—Él también era abogado —prosiguió Amelia con suavidad en cuanto aquella quietud se le hizo insoportable—. De hecho, eran socios directivos. Sé que al decirlo así parece la trama de una telenovela, pero la verdad es que Philip dio un paso al frente y estuvo ahí cuando el padre de Vivienne no lo hizo. Es un *buen* hombre.

De nuevo, Thomas no dijo nada. Estaba muy cabreado. Le dolía hasta respirar. La madre de Vivienne le mostró una frágil sonrisa.

—Eres muy joven. Eso fue lo que le dije a Philip cuando quiso contratarte. Le dije: «Solo es un chaval, no está preparado para lidiar con lo que está ocurriendo aquí».

—¿Y qué es lo que está ocurriendo exactamente?

Los ojos de Amelia se desviaron hacia la puerta. Esta se estrujó las manos, llenas de diamantes que brillaban en todos los anillos menos en uno. En ese había una piedra pálida, del color de la leche y ligeramente desigual. Thomas no tenía ni idea de joyas, pero si hasta ese día alguien le hubiera preguntado, habría dicho que aquello era una perla. Sin embargo, ahora veía claramente que se trataba de la pulida corona de una muela.

Un diente de leche cuidadosamente encajado en unos engastes de oro blanco.

Se le revolvió el estómago.

—Ya has oído a mi marido —dijo Amelia, ocultando el anillo rápidamente—, ya no requerimos de tus servicios. Siento que haya ocurrido de esta forma, pero debes marcharte ya, antes de que empeoren las cosas.



En cuanto Thomas estuvo a solas en la habitación de invitados, sacó la grabadora de Shaw y la puso sobre el escritorio. Le llevó un rato reunir el coraje necesario para escuchar la grabación. Entretanto, se dio una ducha, retorciéndose de dolor cada vez que el agua fría le caía sobre las heridas. Cuando terminó, se secó con una toalla y se puso unos pantalones cortos mientras contemplaba la grabadora

como si fuera una bomba a punto de explotar.

Si iba a ir a buscar a Vivienne, tenía que saber a lo que se enfrentaba.

Pulsó el botón. Los primeros segundos solo eran sonidos estáticos. Después, escuchó a Shaw que decía: «Señorita Farrow, antes de comenzar quería transmitirle mi más sincero pésame…».

Thomas se puso a toquetear los ajustes, adelantando la conversación hasta que escuchó su propia voz, tensa y distante: «¿Pero usted quién es?, ¿la policía?».

Mientras se ponía una camiseta, dejó que sonase la grabación. Escuchó el momento en el que Vivienne y él abandonaron la biblioteca. A esto le siguió un largo intervalo de silencio, interrumpido únicamente por el sonido del movimiento de una página y del roce de un lápiz sobre el papel. Thomas se puso las deportivas mientras seguía escuchando, esperando a cuando Vivienne volvió a entrar sola.

«Creo que así nos resultará más fácil», escuchó decir a Shaw mientras terminaba de atarse los cordones. «Puede usar mi libreta para escribir sus respuestas, ¿qué le parece?».

El crujido de una tela. Algo cayéndose al suelo. Y, entonces, con una voz tan baja que era casi indistinguible, Thomas escuchó a Vivienne : «No quiero hacerte daño. Para mí es importante que lo sepas».

Thomas agarró la grabadora de un tirón y se la puso en la oreja justo cuando Shaw soltaba un alarmado: «¿Perdona?».

«Es solo que no tengo elección», prosiguió Vivienne. Sonaba desesperada. Suplicante. Asustada. De fondo, algo grande cayó al suelo de golpe. Un cuerpo desplomándose. «Tengo que hacer lo que

me pide, si no, me duele por todas partes».

Thomas se quedó helado por dentro. En la grabación, Shaw emitió un sonido similar al de un ternero herido.

«¿Tú también lo sientes?», le preguntó Vivienne. «Es insoportable, ¿verdad?».

«Por favor», suplicó Shaw. «Sea lo que sea que estás haciendo, para, por favor».

«Pero es que no puedo», respondió Vivienne. «Eso es lo que estoy intentando decirte».

La grabación empezó a entrecortarse justo con el primer grito de Shaw. Lo siguió un golpe seco, el mismo que hizo volver a entrar a Thomas en la habitación. Con el estómago revuelto, apagó la grabadora, la tiró al suelo y la aplastó con fuerza con el talón hasta que oyó cómo se partía.

Cuando se hubo deshecho de los pedazos, sacó el móvil e hizo una llamada.

—Tenía el presentimiento de que recibiría noticias tuyas más pronto que tarde —dijo Colton, tras descolgar al primer tono—. ¿Has averiguado algo?

—Podría decirse que sí. La chica que me mencionaste en la llamada…

—¿Vivienne Farrow?

—Sí. —Thomas tragó y sintió un nudo en la garganta—. Estabas en lo cierto. Sobre lo de la Casa de Hades, me refiero. Su padrastro sabe algo. No es que haya dicho gran cosa, pero ha quedado bastante claro. En cuanto a Vivienne…, bueno, ha desaparecido. Creo que está en problemas. No es…

Las palabras retumbaban en su cabeza: *No es humana. No es*

humana.

Pero no las expresó en voz alta. En su lugar dijo:

—Necesito ayuda.

—Ya estamos a más de medio camino de Connecticut —dijo Colton.

—Que estáis… ¿Lo dices en serio?

—Claro —le aseguró Colton—. ¿De qué sirve ser de una fraternidad si no puedes llamar para pedir un favor de vez en cuando? Mándame la dirección; estaremos ahí en menos de una hora.



16

Vivienne

El espejo que había en esa silenciosa estancia de la catedral no era demasiado grande. Era fino y rectangular, una de sus esquinas estaba resquebrajada y las telarañas parecían crear grietas plateadas por la superficie. El marco de madera estaba carcomido por las termitas. Aun así era imponentemente grande en aquella sala de techo bajo.

Desde dentro, una chica la miraba fijamente. Cabello negro. Ojos ambarinos. Un rostro pálido y sombreado. Era el suyo propio, pero aun así le resultaba tan irreconocible como el de un desconocido.

Uno de los iniciados le había traído ropa limpia para que se cambiara. Vivienne llevaba puesta la camiseta de otra persona, demasiado grande y con el nombre de una banda que no conocía serigrafiado en la parte delantera; los vaqueros desgastados de otra persona, con el cinturón muy ajustado para que se le sujetaran; y las sandalias de otra persona, de una talla más grande.

Y dentro de ella latía el corazón de otra cosa.

La voluntad de otra cosa.

Al día siguiente, a esa misma hora, la extirparía de ella.

—Te odio —susurró. La voz que emanó de ella era espectral. Áspera. Como si todo lo que quedara de la chica que había sido una vez fuese un fantasma que la perseguía por los pasillos vacíos entre sus huesos—. *Te odio.*

En el espejo, la boca de su reflejo empezó a estirarse, afilada, por los extremos. Vivienne se mordió las mejillas tratando de frenarlo, clavándose las uñas en el antebrazo hasta dejarse unas marcas rojas en forma de media luna.

No fue suficiente.

Nunca lo era.

Vivienne quería irse, pero Jesse le había dado instrucciones explícitas de que lo esperase aquí, así que eso fue lo que hizo, esperarle, obligándose a intimidar con la mirada a esa criatura de dientes afilados que llevaba sus huesos como un exoesqueleto.

—No eres tan valiente como intentas aparentar —dijo la Vivienne del espejo—. Eres una pusilánime. Y si intentas extirparme, morirás como lo que eres, una cobarde.

Asqueada, cerró los ojos de golpe. Tenía un agujero en el estómago que no se cerraba, cierta parte de su determinación en la que no terminaba de confiar. Vivienne podía sentir cómo esta se gestaba en sus tripas, cómo se retorcía para salir de ella como una lombriz en el barro.

—Míranos —murmuró la Vivienne del espejo—, míranos y verás.

Vivienne notó un regusto ácido en la parte de atrás de la lengua y empezaron a darle arcadas. Se dobló hacia delante con cada una de ellas hasta que terminó a cuatro patas. Se le revolvió el estómago y

todo su contenido le reptó por la garganta hasta que empezó a presionarle la parte de atrás de los dientes. Abrió la boca y, de ella, comenzó a sacar una maraña de cinta, húmeda y caliente, que fue cayendo y enrollándose en el suelo debajo de ella en un asqueroso vómito de satén.

Cuando la última parte se deslizó entre sus manos, Vivienne tosió, con el hedor anegándole la nariz y los ojos llorosos. En el espejo, su reflejo no se había movido ni un ápice. Permanecía perfectamente enmarcado, con unos ojos negros como el alquitrán.

—Estoy enredada por todo tu cuerpo —susurró la criatura—. Estoy anudada con tanta firmeza en tus huesos, que me he convertido en lo único que te mantiene de una pieza. Hace muchos años que te reclamé para mí. Eras tan pequeña. Tenías tanto miedo. Él te hubiera destrozado, pero yo te mantuve entera. Siempre te olvidas de lo que hice por ti, del horrible destino del que te salvé. Me perteneces, dulce niña. Nunca, nunca podrás librarte de mí.

—Vivienne.

Parpadeó y ahí estaba Jesse, de pie en el umbral de la puerta abierta, mirándola con cautela, y con un papel enrollado bajo un brazo. Ella estaba de rodillas ante el espejo, con los hombros encorvados y las manos sobre el suelo, a cuatro patas como un animal, respirando con grandes jadeos.

Y en el espejo…

En el espejo…

—¿Dónde está? —Jesse avanzó a pasos lentos, cauto—. Tu reflejo… no está ahí.

Temblorosa, Vivienne se puso en pie. El dolor fantasma de una vieja fractura le atravesó la pierna con un horrible pinchazo. Frente a

ella, podía ver toda la habitación reflejada en el espejo. Varios sillones desparejados. Una mesa repleta de ejemplares de la Biblia. Un ventilador de pie que se había puesto verde por el moho. A Jesse, que llevaba un botiquín de asistencia médica a domicilio en la mano, de cuyo interior sobresalía un estetoscopio.

Pero ella no estaba. Miró extrañada al espejo y no vio nada que la mirase de vuelta. En las manos sostenía una arrugada maraña de cinta, limpia y cuidada, como si la hubiese sacado de unas puntas de *ballet* de satén.

—Cuando he entrado en la habitación —dijo Jesse— estabas en estado de alteración. Era como… como si ni siquiera estuvieras aquí. ¿Lo estás ahora?

Ella afirmó con la cabeza mientras observaba, horrorizada, la cinta que tenía entre las manos. Al menos esta vez no había traído un ser vivo con ella. Al menos esta vez no había nada muriéndose en sus manos. Fue un pequeño alivio.

Dejó la cinta sobre la mesa y signó:

—*¿Sigue en pie lo de mañana?*

—Sí, todo sigue en marcha —respondió Jesse, con la mirada apagada—. Pero creo que debo recordarte que esa tesis que escribí es hipotética. Una teoría. ¿Eso lo entiendes, verdad? Lo que me estás pidiendo que haga… no lo ha hecho nadie nunca. Podría matarte. De hecho, es bastante probable que lo haga.

Las palabras de Jesse resonaron en la cabeza de Vivienne como una sentencia de muerte. No era una insensata. No era una suicida. Ella no *quería* morir. Pero las grietas que tenía en su interior eran ya tan profundas que no veía otra opción. Cuando tenías una caries, ibas al dentista a que te la quitara. Si no la tenías vigilada, la infección podía

pasar al torrente sanguíneo. Al corazón.

Y esto no era distinto. Tenía que creer que no.

—*Si muero, me llevaré nuestro turbio secretito a la tumba.* —Ahuecó las manos y las movió hacia ella, como si estuviese cavando en la tierra —. *Yo estaré criando malvas bajo tierra y tú estarás libre de sospechas. No tienes nada que perder.*

—Claro que sí, esta es una inversión de bajo riesgo para mí, seguro —terció Jesse, con una risa forzada.

—*Cuanto mayor es el riesgo, mayor es la recompensa* —signó Vivienne. Una frase que a Philip le encantaba decir—. *Si logras hacer esto, serás un dios.*

—Como no dejas de recordarme, sí —dijo él, impasible.

Vivienne volvió a mirar hacia el espejo, hacia el lugar donde tendría que haber una chica. Pero Jesse estaba ahí de pie solo, con el pelo castaño revuelto y los labios apretados en una línea blanca y severa. En silencio, jugueteaba con el rollo de papel entre las manos.

—¿Cambiaría algo si te dijera que pensaba que tenías dieciocho cuando nos conocimos?

—*Sabías exactamente qué edad tenía* —signó ella, resistiéndose a poner los ojos en blanco.

—Tú fuiste a por mí.

—*Me lo pusiste fácil.*

—Y ahora aquí estamos —dijo con una sonrisa carente de humor.

—*Sí, aquí estamos. ¿Ha muerto el pájaro?*

—Sí —respondió él—. De hecho, de eso quería hablarte. Tengo una teoría. O, al menos, un atisbo de lo que podría llegar a ser una teoría. Ven aquí.

Jesse desenrolló el papel y lo estiró, peleándose con las esquinas,

que se le enrollaban por encima de las manos. Era un mapa, aunque estaba considerablemente marcado. Múltiples líneas gruesas de rotulador negro viraban bruscamente creando afiladas esquinas y arcos curvados de un lado al otro, cruzándose en lugares dispares aquí y allá. En la parte de arriba del mapa alguien había escrito: «Propiedad de Alex Sadowski».

—¿Alguna vez has oído hablar de Alfred Watkins? —le preguntó Jesse.

Ella negó con la cabeza.

—Era de esperar. La mayoría de instituciones educativas dejan sus investigaciones fuera del plan de estudios. Siguen siendo bastante controvertidas.

—*¿Por qué? ¿Quién es?*

—Watkins fue un arqueólogo de finales del siglo XIX. Uno no muy respetado. Creía que el mundo estaba cubierto de estos ancestrales caminos ceremoniales. Incluso hoy en día, existen teorías alternativas que dicen que estos caminos están tan desgastados por los viajes, que hasta el aire que los rodea ha empezado a debilitarse.

Vivienne no iba totalmente a ciegas. Había visto vídeos en internet —la mayoría de ellos muy manipulados— de gente que atravesaba el cielo; había leído rumores por la red y teorías sensacionalistas de que existían lugares en el mundo en los que una realidad se fusionaba con otra.

Estas historias se divulgaron tanto que incluso Frankie, la irónica y escéptica Frankie, pasó por una fase en el instituto durante la que llegó a creerse esos rumores hasta tal punto que incluso se convenció de que podía tallar una ventana en el cielo con un cuchillo de sierra. Lo único que consiguió por sus esfuerzos fue que la suspendieran

tres días por llevar un arma al instituto.

Después de aquello, ya no volvió a hablar más del tema.

—*¿Qué tiene que ver todo esto conmigo?* —preguntó Vivienne.

—¿Contigo? Bueno, para empezar, echa un vistazo a esto. —Jesse puso un dedo sobre un punto del mapa. Vivienne se inclinó para verlo más de cerca. La línea era más fina que las demás, pero estaba ahí, la afilada esquina de un triángulo que justo se cerraba encima de New Haven, Connecticut.

—Sadowski es un gran fanático de Watkins —explicó Jesse, barriendo todo el mapa con la mano—. Ha estado recopilando una lista de lugares en los que se ha reportado algún tipo de actividad sobrenatural: la inexplicable, la extraña, la aterradora. Estos son todos los puntos en los que él cree que el aire es lo suficientemente fino como para atravesarlo.

Vivienne examinó un gran cráter negro que Sadowski había pintarrajeado sobre el norte de Maine. Las marcas parecían totalmente arbitrarias, sin un patrón visible.

—*Este mapa no tiene ningún sentido* —signó.

—Puede que sí. —Dio otro toquecito sobre el triángulo—. Puede que no. Estos somos nosotros, ¿lo ves? Aquí es donde está la catedral, al lado de la línea de cercanías de New Haven. Estamos justo encima de la intersección.

Ambos echaron un vistazo hacia el espejo. En él se veía a Jesse solo ante la mesa, con una esquina del mapa enrollada sobre la mano.

—Por si sirve de algo —siguió él—, creo que este lugar está intensificando tu conexión con tu… estado alterado.

A Vivienne se le revolvió el estómago.

—*Tengo que enseñarte algo.*

—¿Sí? —Jesse soltó el mapa, dejando que el papel se enrollara sobre sí mismo con un crujido—. Veámoslo.

Lentamente, Vivienne se levantó el borde de la camiseta. Ahí, en el torso, tenía una franja brillante de quitina. Se la había descubierto al despertar esa misma mañana temprano, formando una costra sobre su piel, como una herida. Era como si estuviera transformándose en un insecto, como si fuera una versión del triste viajante de *La metamorfosis* de Kafka en la vida real. Era demasiado horrible como para pensar en ella. Demasiado horrible como para mirarla.

Jesse no parecía compartir la misma repugnancia.

—¿Eso es nuevo?

Ella afirmó con la cabeza, con las lágrimas escociéndole en los ojos. De repente, se sintió agradecida por no tener un reflejo. No quería verse así, monstruosa y deforme, con sus entrañas rezumando hacia el exterior.

—Bueno, definitivamente esto corrobora mi teoría —dijo él—. ¿Puedo tocarlo?

Vivienne volvió a afirmar con la cabeza. Jesse se arrodilló frente a ella y sacó un par de guantes del botiquín. El chasquido del látex le hizo dar un respingo. Con delicadeza, empezó a palparle el vientre.

—¿Te duele?

Ella negó con la cabeza.

—¿Tienes algún tipo de sensación? ¿Notas que lo estoy tocando?

Volvió a negar con la cabeza. Era como un fragmento de una coraza incrustado en su piel. Como la pieza de un cíborg o algún tipo de placa preternatural. Como si fuera lo que fuese que tuviera dentro estuviese tragándosela poco a poco desde el interior. Jesse le hizo un pequeño corte y ella se echó para atrás ahogando un grito.

De la incisión superficial en la costra supuró una sustancia azul verdosa.

—Interesante —dijo Jesse mientras dejaba el bisturí sobre la mesa y se acercaba para presionar la zona con las puntas de los dedos. Los mantuvo ahí mientras la inspeccionaba—. No soy entomólogo, pero si tuviera que suponer algo, diría que esto se parece bastante a la hemolinfa.

La cara de Vivienne debió de reflejar su confusión porque él añadió:

—Es análoga a la sangre humana. Similar, pero no exactamente lo mismo. Se encuentra en los artrópodos, los invertebrados…, animales de sangre fría.

«De sangre fría», las palabras resonaron en su cabeza de forma brutal. Nunca se había sentido menos humana que en ese momento, sin reflejo y extraterrestre, con su cuerpo traicionándola. Se miró el vientre, tambaleándose ligeramente. La sustancia ya había empezado a solidificarse y se estaba tornando gris.

—Eso explicaría el aspecto segmentado del bulto —reflexionó Jesse, conforme se ponía en pie—. Esto es bueno. Muy bueno, de hecho.

—*¿Cómo va a ser bueno?* —signó ella—. *Me estoy convirtiendo en un bicho horripilante.*

Él le sonrió. Por primera vez desde que Vivienne lo había acorralado con la propuesta, Jesse parecía emocionado.

—¿Has visto *Depredador*? ¿Con Arnold Schwarzenegger?

Ella solo parpadeó en su dirección.

—Me tomaré eso como un no. Hay una frase de la película muy famosa: «Si sangra, podemos matarlo».

Le costó varios segundos entender qué es lo que quería decirle. No la consoló en absoluto.

—*No es que suene muy prometedor que bases tu diagnóstico en una película de acción.*

—Es un punto de partida, Vivienne —dijo irónicamente—. Es mejor que nada. Pienso aprovechar cualquier ventaja que se me ponga por delante. Descansa. No comas ni bebas nada después de medianoche. Mañana por la mañana te abrimos en canal y vemos qué hay dentro.



17
Thomas

La gran sombrilla de rayas no es que estuviera aplacando mucho el sol. Al gentío en el puesto de perritos calientes no parecía importarles el calor. La cola, que era cada vez más larga, ya giraba por detrás del *food truck* y se extendía por el asfalto abrasador en una dispersa serpentina.

Thomas estaba sentado en el borde del banco de una mesa de pícnic pinchando una flácida patata mientras se le iba quemando la nuca poco a poco. Por su visión periférica ya notaba el pálido destello blanco de una migraña. Las gafas de sol se le escurrían de forma exasperante por el puente de la nariz, que aún tenía hinchado. Un hilillo de baba se le acumulaba encima de la rodilla conforme Judd mendigaba una patata por debajo de la mesa. A su lado, Molly observaba el ajetreo con las orejas pegadas a la cabeza.

Entre la multitud, nadie le prestaba atención alguna a Thomas, y eso le resultó raro. Nadie le miraba con maldad, le señalaba o susurraba ocultándose tras la mano. Estaba seguro de que podían

ver que era un fenómeno cósmico a punto de ocurrir, seguro de que notaban que su corazón estaba a punto de colapsar en la galaxia de su pecho. Su ánimo era tan oscuro como un agujero negro, suficiente como para tragarse todo lo que tenía a su alrededor.

Vivienne llevaba desaparecida trece horas. Trece horas durante las que nadie la había estado buscando.

Thomas no quería quedarse ahí sentado bajo el sol, con la cabeza martilleándole.

Quería hacer algo. Quería ir a por ella.

Pero no sabía por dónde empezar. Ese era el problema.

—Explícame otra vez dónde oíste hablar de Vivienne —dijo.

Sentado frente a él, Colton Price, el presidente del Priorato, analizaba su batido como si tuviera razones para creer que pudiera contener arsénico. Llevaba puesta una gorra de béisbol sobre una mata de pelo rizado de forma que la visera le hacía sombra sobre el rostro. Lo que la gorra no lograba ocultar era una gruesa cicatriz rosa que se extendía desde la comisura izquierda de su boca hasta la oreja. Dejó el batido sin darle ni un sorbo y lo apartó fuera de su alcance.

—No fui yo —respondió—, sino Delaney.

Al lado de Colton estaba sentada una chica de pelo blanco vestida completamente de negro. Thomas sabía quién era, pero nada más, pues ella también había sido estudiante de primer año durante su breve período como universitario. Pese a que nunca habían interactuado personalmente, el programa era pequeño y la conocía de vista. En cualquier caso, todo el mundo había oído la historia de cómo Delaney Meyers-Petrov estaba ahí el día que el Santuario del Priorato estalló en llamas.

—Ve muertos —dijo Eric Hayes, sentado a la derecha de Thomas. El antiguo tesorero del Priorato tomó una patata y añadió—: Al estilo M. Night Shyamalan, pero de verdad.

—Pero Vivienne está viva —dijo Thomas. O al menos lo estaba hacía trece horas. Había visto los suficientes documentales de *true crime* como para saber que las primeras setenta y dos horas eran cruciales. Se había estado centrando en eso, ni siquiera había considerado que esa ventana temporal ya pudiera haberse cerrado.

Que Vivienne pudiera estar ya muerta.

Delaney parecía saber exactamente lo que estaba pensando porque se apresuró a decir:

—No es ella. A quien he estado viendo, me refiero. Es un tal Mikhail Popov.

—Lo siento —dijo Thomas—, sé que ya me lo has mencionado antes, pero no sé quién es.

—Un fantasma —dijo Colton—. Uno muy insistente. Lleva meses merodeando por casa.

—Tiene alguna conexión con Vivienne —explicó Delaney—. Todavía no estoy segura de cuál, no es que el hombre hable mucho. Es como las conexiones por radio: si no estoy cerca de una fuente de energía, los espíritus no se manifiestan de forma tan nítida. Pero un día, la televisión estaba puesta y estaban dando una noticia sobre el hijo de un CEO que había muerto durante una salida de pesca.

—Bryce Donahue —dijo Thomas.

—Sí, era él. Entonces, el presentador del telediario mencionó quién más iba en el barco con él. En cuanto escuché el nombre de Vivienne, las luces empezaron a parpadear.

—Pensé que se nos había fundido un fusible —continuó Colton—.

La electricidad empezó a hacer cosas muy raras.

—¿Ves lo que te decía? —dijo Eric con una patata en la boca—. Shyamalan.

Thomas le dio a Judd un poco del perrito caliente que él no se estaba comiendo.

—¿Y cómo descubristeis que yo estaba relacionado?

—La estuve buscando por internet —dijo Delaney, encogiéndose de hombros—. Salías de fondo en una de sus fotos y Colton te reconoció.

Descontenta por el creciente calor, la creciente multitud y por el hecho de que a ella nadie le hubiese dado ni un poco de perrito caliente, Molly se puso a aullar como loca. Sobresaltado, Judd se le unió. A Thomas le costó varios intentos conseguir que se callaran. Principalmente a base de prueba y error, había descubierto que respondían mejor ante los signos que ante cualquier orden verbal.

—*Quieto* —signó Thomas, cruzando las muñecas—. *Sienta.*

Judd se desplomó sobre las patas traseras y sacó la lengua. A regañadientes, Molly lo imitó.

—¿Tenías que traerte a los perros? —le preguntó Colton, que intentaba quitarse las caderas de Judd del pie sin mucho éxito.

—¿No te gustan los perros?

—Sí, me gustan —respondió Colton—, pero esto no son perros, son los sabuesos de los Baskerville.

—Ya, bueno…, no podía dejarlos en la casa. A los padres de Vivienne no les gustan.

La voz le salió tensa y Colton le lanzó una mirada crítica.

—No se me ocurre por qué.

—Bueno, pues a mí *sí* me gustan —dijo Eric—. Si vamos a la caza

de un demonio, me mola la idea de tener a este par de perros feroces en mi equipo.

—Son unos miedicas —dijo Thomas, tirándole a Molly un poco de comida—. Yo no dejaría mi vida en sus manos. Y no sé qué es lo que te ha contado Colton, pero esto no es una caza del demonio.

—¿Estás seguro de eso? —Eric tomó otra patata—. He estado investigando un poco sobre la Casa de Hades. Me llevó un rato rastrearlos por internet, pero ¿sabes qué fue lo que encontré cuando los localicé? Un servidor entero lleno de ermitaños solitarios que viven *online*. Estaban hablando de un niño que había muerto en Maine que, según ellos, se exhumó a sí mismo y se recompuso pieza a pieza como un puzle. Siento decírtelo, Walsh, pero eso se calificaría de comportamiento demoniaco.

A Thomas no se le escapó la miradita que se echaron Colton y Delaney.

—Esto no es una caza del demonio —repitió, obstinado.

—Entonces, ¿qué le pasa a Vivienne Farrow?

Thomas apretó los dientes.

—Está pasando un mal momento.

—¿Ves a ese hombre de ahí? —Eric señaló a un hombre que se estaba peleando con una mancha de mostaza en la camiseta—. *Él* sí que está pasando un mal momento. Tu novia hace confeti con las entrañas de la gente.

—Bueno, centrémonos —sugirió Delaney, quien miraba a Thomas detenidamente, como si este fuera una barra de dinamita con la mecha encendida—. ¿Por dónde empezamos?

—Tiene razón —dijo Colton—. Podemos especular todo lo que queramos sobre la Casa de Hades, pero la verdad es que no tenemos

ni idea de dónde están.

Thomas reflexionó sobre lo que Eric había dicho acerca de la Casa de Hades, lo del servidor plagado de comentarios de ermitaños. De repente, una teoría empezó a tomar forma en su cabeza. Se levantó tan rápido que casi consiguió que los perros se pusieran a aullar otra vez.

—Puede que nosotros no sepamos por dónde empezar —dijo—, pero estoy bastante seguro de que conozco a alguien que sí.

—¿Ah, sí? —Eric apartó su plato de papel vacío y tomó una servilleta—. ¿Quién?



La casa de Hudson Turner tenía un aspecto totalmente diferente sin toda una flota de vehículos de lujo ocupando la curva del camino de entrada. Sin el brillo de las guirnaldas con luces a lo largo del camino principal, parte de la elegancia de la casa se había desvanecido. La escalinata frontal estaba desgastada y descolorida, tenía el cemento agrietado y el musgo se abría paso entre los huecos de las piedras.

O quizá solo era que Vivienne no estaba ahí, pensativa y con las mejillas sonrosadas, volviendo la vista hacia él, con los ojos llenos de promesas. Quizás él no era más que un cliché andante y el resto del mundo se volvía gris si ella no estaba.

O quizás era *un idiota* y había estado tan absorto con ella que no se había dado cuenta de lo que estaba pasando delante de sus narices.

Hudson ya estaba fuera, a punto de subirse a un impoluto Ferrari. En cuanto vio a Thomas y a sus amigos bajarse de sus vehículos se guardó las llaves en el bolsillo. Clavó los ojos, cautelosos, en Molly, que ya había empezado a tirar de la correa y a enseñarle los dientes.

—¿Pero esto qué es? —dijo—. ¿La pandilla de Scooby-Doo?

—Qué gracioso —dijo Thomas—. Estamos buscando a Reed.

—¿Y creéis que está aquí? —Hudson arqueó las cejas.

—Anoche parecíais estar bastante acaramelados.

—Sí, bueno, pues se largó justo antes del ataque —dijo Hudson, con voz áspera—. Ya no he vuelto a verlo.

—¿De qué os conocéis Reed y tú?

—Deja ya el numerito de detective —respondió Hudson—, el jefe de policía Appelbaum ya se ha pasado por aquí esta mañana.

—Responde a su pregunta —dijo Eric.

—Fui al instituto con Vivienne, ¿vale? Prácticamente conocemos a la misma gente. En nuestro penúltimo año, ella conoció a Reed en un programa local de artes. Ella baila, a él le va la fotografía. Empezaron a salir poco después. Fue su acompañante en el baile de fin de curso. Fue ahí donde nos conocimos.

—Y ¿qué? —insistió Thomas—. ¿El resto es historia?

—Sí —Hudson apoyó la cadera sobre su coche—. Y bastante antigua.

—¿Por qué rompieron?

—Mira —dijo Hudson—, parece que tienes una visión de Vivienne en tu cabeza que es todo piruletas y dulces, así que voy a intentar decirte esto con todo el tacto que pueda: Vivienne Farrow solo hace lo que le conviene a Vivienne Farrow. Todos los demás somos daños colaterales. La noche del baile, Reed se la encontró poniéndole los cuernos con un imbécil en una fiesta que ella celebró después.

—Uf, vaya palo —dijo Colton.

La sonrisa de Hudson era una fina línea.

—¿Verdad que sí?

—¿Quién era? —preguntó Thomas.

—¿Quién era quién?

—El imbécil de la fiesta.

—Dios, eres incansable. —Hudson frotó una manchita del coche con el pulgar—. Sinceramente, no lo sé. Un tal Gray o algo así. Era más mayor, a nivel legal, me refiero.

Algo amargo fluyó por el estómago de Thomas.

—Jesse Grayson.

—Sí —dijo Hudson—. Ese nombre me suena. Como ya he dicho, hace mucho tiempo de todo esto.

Justo en ese momento, un segundo coche entró por el camino de la casa, con la suspensión traqueteando. Detrás del volante de un maltratado Jeep, Thomas vio a Reed Connolly, con el *heavy metal* sonando a todo trapo por las ventanas abiertas.

—¿Quién es *ese*? —preguntó Delaney justo mientras Hudson murmuraba: «Mierda».

Con lo que a él le pareció un gran aplomo, Thomas le pasó las correas a Eric.

—Sujétamelas, por favor.

—Walsh —le advirtió Colton, pero Thomas ya estaba en acción. Se dirigió hacia el Jeep con pasos firmes y con la ira quemándole por dentro como un ácido.

Al verlo aproximarse, Reed reaccionó de golpe. Agarró la palanca de cambios y metió la marcha atrás. La forma de herradura del camino de entrada hacía que no pudiera salir directamente hasta la calle sin ir frenando considerablemente, y Thomas se aprovechó de esa lentitud para pasar por encima del seto más cercano hasta el camino.

Aterrizó con un gruñido y se plantó detrás del Jeep justo cuando este empezaba a ganar velocidad. El vehículo chirrió hasta frenar a unos centímetros de su pecho. La puerta del conductor se abrió y Reed se bajó, aparentando más serenidad de la que tenía derecho a tener.

—Te veo bien, Walsh —dijo—. Ese rollito de «estoy hecho polvo» te pega.

—¿Dónde está Vivienne?

Reed no contestó.

—¿Quieres pegarme? ¿Quieres equilibrar la balanza? ¿Desquitarte? —Reed expuso la mandíbula, dejándole a Thomas un objetivo fácil —. Venga, hazlo. Date el gusto.

Y Thomas lo hizo.

Diez minutos y varias confrontaciones después, los cinco estaban reunidos en la cocina de los Turner. Reed estaba sentado en la encimera, presionándose el puente de la nariz con una servilleta llena de sangre.

—¿Quién te enseñó a pelear? —murmuró, dolorido—. ¿Un puto gorila de montaña?

—No está rota —dijo Delaney, quien se había pasado los últimos minutos representando dos papeles, el de mediadora y el de enfermera. Le lanzó a Thomas una mirada recriminatoria—. Algo es algo.

—No debo de haberle dado lo suficientemente fuerte —dijo Thomas, monótono. Apoyó la espalda contra el frigorífico, sin perder de vista a Reed—. Vas a contárnoslo todo. No te dejes nada. Empieza

por…

—*Hostia puta* —soltó Reed, interrumpiéndole.

Todas las miradas de la habitación se dirigieron hacia Colton, quien estaba en un rincón con los perros de Vivienne apostados a sus pies como si fueran un Cerbero de dos cabezas. Al ver el sobresalto de Reed, puso una mueca con la boca.

—¿Nos conocemos?

—No. —Reed se llevó el dorso de la mano a la nariz—. Es tu cara. Sin ánimo de ofender, pero parece que alguien te haya rajado la boca con un cuchillo.

La mueca de Colton se transformó en una sonrisita.

—Tendrías que haber visto cómo se quedó el otro.

—No, gracias. —Reed se giró hacia Thomas—. Tengo que decirte, Walsh, que, por el momento, tus amigos son mucho más interesantes que tú.

—También los tuyos —dijo Thomas—, así que, me parece que ambos nos hemos llevado una sorpresa. Háblame sobre la Casa de Hades. ¿Qué es? ¿Una secta? ¿Un club?

La mandíbula de Reed se tensó.

—No puedo decirte nada.

—Está bien. No necesito saber toda la historia. Tú solo dame una dirección.

—Esto se sale un poco de las obligaciones de tu puesto, ¿no te parece?

La ira invadió a Thomas con un calor abrasador.

—¿Crees que esto sigue siendo por un sueldo?

—Cualquiera que tenga ojos sabe que esto no tiene nada que ver con el dinero —escupió Reed—. En fin, mírate. Es patético. Vas en

busca de una chica que ni siquiera quiere que la encuentren.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Dios, es que no tienes ni puta idea de nada. ¿Crees que todo esto no lo ha planeado Vivienne?

Esta pregunta reflejó directamente lo mismo que Hudson les había dicho en el camino de entrada: «Vivienne Farrow solo hace lo que le conviene a Vivienne Farrow». A los pies de Colton, Judd soltó un gemido. Reed se toqueteó el puente de la nariz, poniendo una mueca de dolor al hacerlo. Debajo de los ojos ya habían empezado a salirle dos inflamados moratones amarillos.

—¿Cuánto os pagó Vivienne a ti y a tus amigos para que le dierais una paliza a Walsh? —preguntó Colton.

—Nada —admitió Reed—. Esa parte la hicieron gratis. Se suponía que no tenían que herir a nadie, solo causar un poco de caos para que Vivienne pudiera irse sin que la vieran.

—¿Por eso te largaste? ¿Porque también formabas parte del ataque? —Hudson parecía consternado—. Joder, Reed. Tú y los imbéciles de tus amigos habéis causado miles de dólares en daños. Mis padres están muy cabreados.

Reed pareció considerar sus palabras durante unos segundos antes de responder:

—Pensaba que ese era el objetivo. Cabrear a tus padres, me refiero. ¿No fue esa la razón por la que querías llevar a un gamberro como yo de acompañante anoche?

Hudson retrocedió, como si le hubiesen golpeado.

—¿Quién te ha dicho eso?

—La gente habla —dijo Reed—. Así que, enhorabuena, parece que ambos conseguimos lo que queríamos.

—Esa es una buena cuestión —les cortó Thomas—. ¿Qué sacabas *tú* exactamente de ayudar a Vivienne?

—Me paga la matrícula —dijo Reed, todavía mirando a Hudson con el ceño fruncido—. La ayudo cuando lo necesita y, a cambio, yo me gradúo sin deudas. No todos tenemos fideicomisos.

Thomas apenas lo escuchó. Sentía como si el mundo entero se hubiera puesto patas arriba y vuelto del revés.

Se la había jugado.

Se la había *jugado*.

Aquel día en el solárium, Vivienne le prometió que haría que renunciase al puesto. Y lo había hecho, ¿no? No sabía qué era peor: que ella hubiese hecho exactamente lo que le dijo que haría o que él hubiese permitido que lo dominase hasta conseguirlo. Ni siquiera se lo había visto venir.

—¿Por qué? —Su voz sonó ronca.

—Vas a tener que ser un poco más concreto, Walsh —dijo Reed.

—¿Por qué Vivienne sentía que necesitaba desaparecer?

—¿Es que tú no querrías? —preguntó Reed—. ¿Si tuvieras un padrastro como Philip Farrow?

—Eso no es una respuesta y lo sabes.

—Vivienne necesitaba ketamina —dijo Hudson, quien miraba fijamente a Reed como si lo estuviese viendo por primera vez—. De eso quiso hablarme aquel día en el restaurante.

—Esa mierda es muy potente —dijo Eric, que estaba sentado al revés en una silla cercana con los brazos doblados sobre el respaldo, y totalmente fascinado—. Se la dieron a mi abuela cuando la operaron de la cadera. Una sola dosis y se quedó fuera de combate.

A Thomas el pulso le rugía en los oídos.

—¿Para qué necesita Vivienne un sedante?

Pero Reed no le contestó. Su atención había vuelto a centrarse en Colton.

—A veces aún hablan de ti, ¿sabes? En los foros.

La boca de Colton se tensó.

—Así que sí me conoces.

—Conozco *datos* sobre ti —admitió Reed—. Sé que te ahogaste. Sé que volviste del infierno. Sé que tus huesos están soldados con partes demoniacas y que eso te hace estar en deuda, en cuerpo y alma, con quienquiera que…

—Ya es suficiente —le cortó Delaney.

—Los chicos no se creerán que te he conocido —siguió Reed—. La mayoría de los iniciados *matarían* por tener un encuentro sobrenatural.

—No le llames sobrenatural —dijo Eric—, que se le subirá a la cabeza.

Colton lo ignoró y dijo:

—Háblanos de la Casa de Hades.

—Respecto a lo que has dicho antes, estabas en lo cierto —dijo Reed—, *es* un club, aunque al principio solo era un foro en internet. Yo no estaba metido por aquel entonces, pero cuando se originó solo eran unos cuantos usuarios que publicaban cualquier artículo al azar, puro *clickbait*. Las mierdas típicas de los tabloides, ya sabéis: un crío de Maine se escapa de la tumba cada vez que lo entierran; hospitalizan a un niño en Salem, Massachusetts, tras crecerle plantas acuáticas en los pulmones; una niña pequeña está de viaje con su familia en Red Rock, Nevada, cuando se desvía del camino y se cae por un desfiladero. Pasan horas hasta que el equipo de rescate la

encuentra. Para cuando la sacan de ahí, está llena de veneno hasta los dientes. Cualquiera que la oiga hablar sufre una muerte lenta y dolorosa.

Fue como si respirar hubiese dejado de ser algo involuntario para Thomas. Su visión se volvió borrosa.

—Al final —Reed continuó—, el foro evolucionó. No estoy seguro de cómo sucedió todo, pero sé que apareció un hombre, con los bolsillos llenos y un interés particular en lo oculto, que se ofreció a financiar un retiro anual.

—¿Cómo se llama el inversor? —preguntó Eric.

—No lo sé —admitió Reed—. Solo he oído que la gente lo llama «el presidente».

Colton frunció el ceño.

—¿Nunca lo has conocido?

—Él no pierde el tiempo con los iniciados de bajo nivel. Esto ya no es un foro abierto en internet; si alguien quiere unirse al club tiene que pagar tributos durante años antes de que se le permita ascender.

A Thomas no le estaba gustando la dirección que esto estaba tomando.

—¿Qué es lo que quiere el club de Vivienne?

—No lo has entendido bien —dijo Reed—. Vivienne fue quien nos encontró a nosotros, no al revés.

—¿Por qué?

—Hay verdaderos académicos en la Casa. No todos son meros aficionados de lo oculto o fanáticos del demonio. Hay un residente de cirugía que está a tan solo unos meses del ascenso. Lleva años alimentando a la Casa con todo lo que le ha pedido.

—¿*Alimentándola*? —Delaney arrugó la nariz.

—Eso no me gusta —dijo Eric.

—Es un auténtico imbécil —añadió Reed—, pero es un puto genio. Escribió una tesis sobre el concepto de las presencias demoniacas como parásitos extirpables. Algo que puedes extraer, como el cáncer. Él lo llama exorcismo clínico.

—Ni por asomo —dijo Hudson—. Eso no es científicamente posible.

Colton tampoco parecía convencido.

—¿Y cuántos *exorcismos* ha realizado con éxito tu amiguito el genio?

—Ninguno —confesó Reed—. Se suponía que solo iba a ser algo teórico, pero tiene un complejo de dios como un templo y no sabe vivir sin que lo alaben, así que publicó sus escritos en el foro. Vivienne encontró el resumen y después lo encontró a él. Cuando supo que era alguien demasiado consolidado en la Casa como para contactar con él por su cuenta, entonces, Vivienne me encontró a mí.

—Un iniciado de bajo nivel que no puede pagarse la matrícula —dijo Colton—. Imagino que tú fuiste alguien mucho más fácil de manipular.

—Te utilizó para acercarse al doctor —dijo Eric—. Qué interesada.

—Así es Viv. —Los ojos hinchados de Reed se encontraron con los de Thomas—. Como Walsh podrá confirmaros, puede ser increíblemente convincente cuando quiere. Te hace creer lo que ella quiere que creas y, después, te deja en la estacada.

—¿Cuándo? —Eso fue todo lo que Thomas preguntó. Una palabra. Su interior hecho pedazos.

Reed hizo un chasquido de desaprobación.

—Me matará si se entera de que te lo he contado.

—Cuéntamelo igualmente —dijo Thomas.

—Mañana. —Reed se frotó la mano por la cabeza—. Tiene todo lo necesario para montar una sala de operaciones portátil; lo único que le faltaba era el anestésico. La operación está programada para las ocho de la mañana.

Los pensamientos de Thomas se reordenaron y las últimas piezas del puzle encajaron, aunque demasiado tarde como para hacer algo al respecto.

—¿Quién es el cirujano? —preguntó, aunque ya lo sabía—. ¿Cómo se llama? No lo has dicho.

—Es Jesse —dijo Reed—. Jesse Grayson.



18

Vivienne

Unos haces de luz plateada agujereaban la puerta del confesionario, tornando el aire del interior de un tono azul oscuro, profundo y frío. Vivienne estaba dentro tiritando vestida con una bata de hospital fina como el papel, sentada con las rodillas pegadas al pecho y la mente atormentada por los posos que había dejado en ella otra de sus pesadillas y por lo que había extraído de ella. Mantenía los ojos cerrados e intentaba no pensar en nada. En su lugar, lloró. Era un sonido horrible, prácticamente desgarrado, más propio de un necrófago que de una chica.

Y supuso que eso es lo que ella era.

Cuando tenía cuatro años, Philip las llevó a ella y a su madre de viaje sorpresa a Las Vegas. No se acordaba de mucho, solo le quedaba algún recuerdo vívido: el león dorado, con la boca abierta en un rugido con colmillos de muchos quilates; las imponentes fuentes, con esos grandes chorros de agua que se iluminaban de color azul, luego rojo y luego rosa; el olor del humo de los puros; los

frenéticos sonidos de las tragaperras; la cara ensangrentada de un hombre tirado en el suelo del casino con la americana arrugada y las manos suplicantes mientras le rogaba a su padrastro.

A la tercera mañana, Philip la despertó mucho antes de que amaneciera. Estaban a finales de marzo; en su casa, el jardín de atrás todavía estaba cubierto de escarcha, pero en el desierto de Nevada, las temperaturas ya habían subido y hacía un calor insoportable. Con el camisón sudado, Vivienne lo siguió fuera para encontrarse con que su padrastro había alquilado un reluciente descapotable rojo para todo el día. Arriba, en la habitación del hotel, su madre seguía durmiendo, con unas botellitas de cristal desperdigadas por su mesilla de noche como confeti.

Vivienne no quería ir a ningún lado sin su madre, y menos tan lejos de casa, donde todo parecía granuloso como en las películas antiguas y el aire olía a hollín; pero incluso a su temprana edad ya era lo suficientemente inteligente como para saber que no debía cuestionar a Philip. Su padrastro la sentó en la sillita del coche, le abrochó el cinturón y los condujo a ambos lejos de los brillos del *Strip* de Las Vegas, la calle más famosa de la ciudad, hasta adentrarse más, más y más en el vasto y rojo desierto.

No recordaba mucho de aquel trayecto. Solo rojo, rojo y rojo hasta que, por fin, Philip aparcó el coche a un lado de una plana y sinuosa carretera. El desierto se extendía kilómetros y kilómetros, rojo, rocoso e infinito, con riscos atestados de matorrales.

—¿Sabes silbar? —le preguntó Philip—. ¿Como un pájaro?

—Un poco —le contestó ella. Su niñera le había enseñado cómo hacerlo—. La señorita Marley me enseñó.

—Vamos a jugar a un juego —siguió diciéndole Philip—. Voy a

irme por los despeñaderos un rato. Tú vigilas la carretera. Si ves que se acerca alguien, silbas. Justo como te enseñó la señorita Marley.

No se parecía en nada a un juego, pero era demasiado lista como para decírselo.

Vivienne estaba más aburrida que una ostra esperando a que Philip volviera al coche. No iba ni venía ningún coche. Nada se movía. Nada respiraba. Hasta el cielo estaba quieto, con aquel azul sin nubes recociendo el interior de cuero del descapotable.

Al cabo del rato, vio un conejo del desierto. No tenía pensado seguirlo tan lejos del coche, pero su colita blanca la atrajo, alejándola más y más, hasta que, finalmente, este dio un brinco y desapareció. Poco a poco, aterrada, Vivienne empezó a ser consciente de la arena infinita, el cielo infinito y el calor infinito. No veía el descapotable por ningún lado. Perdida y agitada, empezó a correr. Vivienne, con sus zapatillas de estar por casa, se tropezó con el saliente de una roca y cayó hacia abajo, a mucha profundidad.

De esta parte sí se acordaba perfectamente. De las ráfagas de aire. Del impacto que le sacudió la columna y del fuerte ruido de huesos rotos. Aterrizó en un hoyo, oscuro y frío, tenía toda la piel raspada y las astillas del fémur, de un blanco pálido, le atravesaban la carne. Cuando chilló, las paredes chillaron de vuelta. Cuando lloró, las paredes lloraron con ella.

Cuando cayó la noche, se quedó completamente a oscuras. Las estrellas, las más brillantes que jamás había visto, cobraron vida, titilando resplandecientes por una estrecha grieta muy por encima de su cabeza, como si las estuviera viendo por un telescopio. Si su padrastro silbó para encontrarla, ella estaba muy lejos como para oírlo. Vivienne gritó y gritó. Y, entonces, mientras respiraba entre

sollozos, lo escuchó: el insidioso cascabeleo de algo enroscado en la oscuridad.

Una voz grave, fría y serpenteante. *Deja de llorar*, le dijo. *O haré que dejes de hacerlo*.

No le gustaba pensar en aquel momento, ni en nada de lo que ocurrió después. En cómo la voz de la oscuridad le cantó una nana, suave y mordaz. En cómo encontró consuelo en ella durante aquellas primeras horas fatales en las que estuvo tirada muriéndose en el fondo de un desfiladero.

No le gustaba acordarse de cómo, al llegar la mañana, esta reptó hasta su interior y se instaló entre sus huesos. Todos estos años después, Vivienne aún podía recordar la sensación de cómo se arrastró por su garganta, aún podía escuchar su siseo en el silencio.

Yo te curaré, pequeña, pero todo tiene un precio.

La puerta del confesionario se abrió con un *clic*, tras lo que Vivienne se sentó rápidamente, con el pánico agarrado al vacío que sentía en el pecho. Estaba segura de que era Jesse o, si no, uno de sus colegas, que venía a llevársela para la operación. En su lugar, a través de la gruesa celosía pudo distinguir las líneas de una ancha e indiscernible figura sentándose en el compartimento de al lado. La puerta se cerró con cuidado. Un silencio se cernió por toda la cabina.

Y *entonces*…

—Han pasado once años desde la última vez que me confesé —dijo Thomas Walsh.

En el banco, Vivienne se puso tensa, demasiado asustada como para moverse, respirar o parpadear. Escuchó el ruido del roce de la

tela mientras él suspiraba y apoyaba la espalda contra la pared.

—Ahora es cuando enumero todos mis pecados —continuó él—. ¿Quieres escuchar todas las formas en las que he pecado durante estos once años?

Vivienne cerró los ojos. Deseó poder verle la cara. Deseó poder decirle algo, lo que fuera, en respuesta. Estaba vivo. Estaba *aquí*. Había ido a buscarla. Después de todo, había ido a buscarla. Pensó que lo había destrozado, que lo había mutilado, que había hecho trizas su mente y que lo había abandonado allí, muriéndose.

Pero Thomas estaba aquí, y se encontraba bien, y la euforia que ella sentía era tan luminosa como el amanecer.

—¿Debería empezar por los pecados más pequeños? —preguntó él —. Podría hablarte sobre todas las veces en las que mentí a mi madre diciéndole que estaba haciendo servicios comunitarios para que no se enterara de que, en realidad, estaba castigado. O sobre aquella vez en el instituto cuando me expulsaron por romperle la nariz a Jayson Becker en el comedor. Podría decirte que no lo sentí ni un poco, aunque me obligaran a decirle que sí. Pensé que se lo merecía, y lo sigo pensando.

Ella se quedó callada, callada, callada. Era lo único que sabía hacer.

—No sé… —Thomas cambió el apoyo del peso de su cuerpo, fingiendo que le daba vueltas a algo—. Quizás estos tan pequeños no importen. Todo el mundo miente. Todo el mundo se enfada. Igual debería empezar con alguno más grave.

Vivienne siguió escuchando, embebida. Tenía su nombre agarrado entre los dientes, como una bala. Se preguntó qué pasaría si lo dijera en voz alta. Solo una vez, para que él supiera que estaba ahí.

Thomas volvió a cambiar de posición, inquieto.

—¿Y si te confesara que yo maté a mi padre?

La pregunta la golpeó con fuerza, como un puñetazo. Se puso de rodillas en el estrecho banco y se giró para mirarle a la cara por completo. Lo único que veía eran las feas tiras de madera y los agujeritos de luz difusa creando un halo alrededor de la ancha sombra que era Thomas Walsh. Vivienne posó una mano en la pared que los separaba. El silencio parecía ser infinito.

—Mis padres nunca se llevaron bien —dijo Thomas finalmente—. Ese no es mi pecado, pero es una parte importante de la historia. Solía quedarme despierto por las noches y los escuchaba discutir. Él no podía soportar la presión, o al menos eso creo. Mi madre tiene una enfermedad autoinmune. Es tratable pero incurable. No sé, creo que quizá mi padre sentía que se le exigía demasiado.

El silencio se intensificó y luego se diluyó.

—Yo tenía ocho años cuando se fue. —Su voz se había vuelto tan débil que Vivienne tuvo que pegar la oreja a los listones de madera para escucharle—. Volví a casa después del colegio y vi su maleta al lado de la puerta. Me enfadé muchísimo. No sé en qué estaba pensando, supongo que quería darle una lección, hacerle saber que no se saldría con la suya, que no podía abandonarnos y marcharse sin mirar atrás. Así que, cuando él no miraba, salí fuera y me metí en el maletero.

»Supuse que iría a algún hotel o algo. Que descargaría el maletero y me encontraría y, no sé, que se daría cuenta de que había cometido un terrible error. Pero en lugar de eso, fue a un bar. Estuvo allí durante horas cargando bebidas y bebidas a su cuenta. Para cuando los paramédicos me sacaron del coche, estaba medio muerto. Dijeron que había sido un milagro que hubiera sobrevivido.

Lo mismo dijeron de Vivienne cuando el equipo médico le tomaba las constantes vitales mientras ella, vestida con una fría bata de hospital, permanecía tumbada bajo las también frías luces del hospital. Un milagro, pequeño, asustado y silencioso, con su voz hecha añicos por culpa de ese algo siniestro que le había hecho compañía entre aquellas rocas rojas como la sangre.

—Volvió a casa —siguió Thomas—. Después de aquel día, quiero decir. Supongo que, en cierto modo, mi plan funcionó. Mi padre deshizo la maleta y volvió a activar el piloto automático. Se ponía una corbata. Iba al trabajo. Pagaba las facturas. Cuando acababa el día, se iba al bar y abría otra cuenta.

Thomas tragó una temblorosa bocanada de aire.

—Al final, fue la culpa lo que lo mató. No por haber intentado marcharse, no porque no quisiera estar en casa, sino porque casi había matado a su único hijo y aun así no quería quedarse.

De nuevo, el silencio.

Por fin, Thomas dijo:

—Podrías habérmelo contado, Vivienne. Podría haberte ayudado.

El sonido de su nombre la sobresaltó y la hizo reaccionar. Vivienne abrió la puerta de la cabina de golpe y se deslizó fuera, a la fría habitación de piedra del confesionario, con las tuberías de cobre a la vista y algunos muebles para eventos religiosos. La única luz que entraba se colaba por una estrecha ventana lateral con tracería.

Con manos temblorosas, Vivienne abrió la puerta adyacente de un tirón. Ahí estaba Thomas, sentado encajado en el estrecho compartimento, con los dedos entrelazados entre las rodillas y los nudillos oscuros por las abrasiones. El resto de él tampoco tenía mucho mejor aspecto. Tenía un ojo hinchado que no podía abrir y un

corte en la sien que estaba empezando a amoratarse.

Él la miró fijamente y ella le devolvió la mirada con la misma intensidad.

—*Anoche soñé contigo* —signó ella.

Él no sonrió.

—¿Sí?

—*Fue horrible.*

—Bien.

La voz de Thomas sonaba firme. Demasiado firme. No concordaba con la tensión con la que se contenía, con la furia silenciosa que chisporroteaba a su alrededor como la electricidad.

—Podrías habérmelo contado —repitió—. ¿Es que no confías en mí?

—*No confío en nadie.*

La sonrisa de Thomas fue fría.

—¿Estás segura de eso? Porque tal y como yo lo veo, pareces estar poniendo toda tu confianza en manos de tu turbio exnovio.

El recelo le recorrió la columna.

—*¿Por eso estás tan enfadado?*

—¿Te parece que estoy enfadado?

—*Sí.*

La risa de Thomas fue cáustica.

—No sé, Vivienne. Quizás es porque estás a punto de dejar que un imbécil con media carrera de Medicina te clave un bisturí.

—*Lo que yo haga o deje de hacer no es asunto tuyo.*

—Y una mierda que no.

Y ahí estaba. Vivienne sintió cómo la inundaba una ira justificada. No tenía derecho. *Ningún derecho*. Ella no le había pedido ayuda. No

necesitaba que él interviniese y tomase el control, que la hiciese sentir avergonzada por las formas en las que intentaba salvarse a sí misma.

Lo habían contratado para que se interpusiera en su camino y Thomas estaba haciendo su papel a las mil maravillas. Vivienne no podía permitirlo. No podía dejar que viniese aquí y echase a perder sus planes, que tan minuciosamente había orquestado.

Así que, entonces, dijo la cosa más cruel que le vino a la mente:

—*¿Sabes lo que creo? Que eres igualito que tu padre.*

—No cambies de tema —dijo él, negándose a morder el anzuelo—. No estamos hablando de mí.

—*Sí, de hecho, sí.*

—Vivienne…

Había un tono de advertencia en su voz, grave y peligroso. Pero ella no le hizo caso y siguió:

—*Tu padre se pasó toda la vida encadenado a un trabajo que odiaba para mantener a una familia a la que resentía. ¿Dónde ves tú que seas diferente?*

—Para, Vivienne.

No lo hizo. Continuó:

—*Ni siquiera has cumplido los diecinueve y ya estás atrapado.*

Thomas se crujió los nudillos de forma audible. Apretujado en el estrecho rectángulo de la cabina, era todo aristas duras, afiladas y blancas de la rabia.

—Eres una maldita princesa consentida —dijo finalmente. Le salió hiriente, pero ella sabía que no era lo peor que podía haberle dicho. Ni de lejos—. ¿Crees que no sé lo que estás haciendo?

—*Estoy siendo sincera.*

—No. Estás intentando alejarme de ti.

—*Necesitas que alguien lo haga. Podrías ser cualquier cosa. En vez de eso, estás aquí conmigo, malgastando todo tu potencial en un trabajo de verano sin futuro porque sientes que se lo debes a tu familia.*

El destello de ira que cruzó los ojos de Thomas la hizo retroceder instintivamente. Él salió de la cabina y se levantó hasta estar completamente erguido delante de ella.

—No hagas eso —dijo él con ferocidad—. No tergiverses las cosas. Esto es más que un trabajo para mí y lo sabes.

Vivienne dio otro paso atrás, inestable. Él la siguió, negándose a dejarla huir.

—Ahora me toca a mí decirte lo que pienso —dijo Thomas—. Creo que esto, lo que sea que hay entre nosotros, está empezando a significar algo más para ti también. Y que por eso tienes tanto miedo.

—*No tengo miedo* —signó enfurecida.

—Pues estás temblando —dijo él.

Era cierto. Estaba temblando como una hoja. Las lágrimas le fragmentaban la visión. Vivienne parpadeó varias veces, decidida a no dejar que cayeran.

—No quieres que te vea —dijo él—, pero te veo, Vivienne. —Nunca nadie le había hablado con tanta confianza. Nunca nadie le había hablado con tanta resignación—. *Te veo* y, aun así, he venido a por ti. Siempre iré a por ti. Eso es lo que he estado intentando hacerte entender. No tienes que hacer esto sola.

Ella lo miró, parpadeando, perpleja.

—*¿No has venido a impedirme que lo haga?*

—Te mentiría si te dijera que no he contemplado esa opción —respondió él—, pero no, no he venido a eso.

Las primeras lágrimas empezaron a caer. Y a caer y a caer. Era

como si se hubiera quebrado una presa. Vivienne lloró desconsoladamente. Le castañeteaban los dientes y respiraba en jadeos superficiales. Thomas le secó una lágrima con la yema del pulgar, inclinándole la cara hacia la suya.

—Odio verte llorar —le dijo con suavidad.

Sin pensar, Vivienne se lanzó hacia él, agarrándolo de la camiseta con los puños y pegándose a su cuerpo. Thomas la rodeó con los brazos de inmediato. Su pecho era como un muro de ladrillos, cálido y sólido. Vivienne no recordaba cuándo había sido la última vez que la habían abrazado así. El corazón de Thomas latía contra sus puños con la fuerza y la rapidez de un tambor.

Y entonces, por debajo de aquellos latidos, emanando de algún lugar mucho más bajo y mucho más oscuro, les llegó el sonido de unos tambores de verdad. Lento. Constante. Anticipatorio. La percusión retumbaba por la piedra y sacudía el suelo bajo sus pies. En ese momento, arriba en el campanario de la catedral, tañeron las campanas. Un frío llamamiento que la invitaba a salir.

—Déjame ir contigo —le dijo Thomas en cuanto se separaron el uno del otro.

—*No puedes* —signó Vivienne—. *No puedes seguirme al lugar al que voy.*

La sonrisa de Thomas fue sombría.

—No me subestimes.

En la puerta, Vivienne vaciló por un momento, paralizada por el miedo. Cuando volvió la vista para mirar a Thomas, este estaba impasible. La mirada que vio en sus ojos fue suficiente para partir su determinación en dos.

—*¿Harías algo por mí?* —le preguntó ella.

—Cualquier cosa.

—*Si todo sale mal, prométeme que no dejarás que vuelvan a meterme en un hoyo.*



19

Thomas

Thomas podía sentir el redoble de los tambores en las plantas de los pies, lento y atronador. Estaba de pie en medio de la diminuta habitación del confesionario, mirándose las manos, donde hacía tan solo unos minutos había dejado que Vivienne se le escapase entre los dedos como el agua. El repique de las campanas aún le reverberaba en los oídos, haciéndole apretar los dientes. No sabía cuánto tiempo llevaba ahí de pie paralizado. Derrotado.

¿Un minuto? ¿Diez?

Un ruido en la puerta le hizo levantar la cabeza. Jesse Grayson estaba en el pasillo, con el pelo metido bajo un gorro quirúrgico y con un uniforme recién planchado. Su boca se tensó en una fina línea al ver a Thomas.

—Vivienne me prometió que no estarías aquí—dijo, mientras alcanzaba una caja que había sobre una mesa cercana.

—Yo voy donde va ella —dijo Thomas—. ¿Qué hay en la caja?

—Nada bueno.

La caja era de cartón. Fina y apenas lo suficientemente grande para un par de zapatos. Jesse la sostenía con cuidado, como si contuviese algún residuo biológico peligroso.

—Mira, te voy a hacer un favor. Me va a llevar un rato terminar de preparar todo ahí abajo. Deberías marcharte mientras puedas.

—¿Me estás echando?

—Te estoy salvando la vida —dijo Jesse—. Va a haber público, ¿lo sabías? Un puñado de afortunados iniciados que piensan que están a punto de presenciar un exorcismo en tiempo real. Es el tipo de cosa con la que fantasean.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—No sé cómo de familiarizado estás con el estado de alteración de Vivienne. Principalmente se manifiesta en superficies reflectantes. Espejos. Cristales.

—Eso ya lo sabía —dijo Thomas, aunque no era cierto. Más piezas del puzle iban encajando en su lugar. Le vino la imagen del tocador de Vivienne, con el espejo hecho añicos. La forma en la que lo había sacado del baño en pleno ataque de llanto. Thomas se había pasado toda la noche al otro lado de la puerta de su habitación escuchándola llorar.

—Sí, bueno, pues ya no está —dijo Jesse—. Desde que llegamos a la catedral, ha desaparecido.

—¿A qué te refieres con que ha desaparecido?

—¿A qué *crees* que me refiero? Vivienne no tiene reflejo, genio. Cuando se mira al espejo, no hay nada.

—¿Cómo es posible?

—No estoy seguro. Lo creas o no, no es que cubran este tema en la facultad de Medicina. Pero ¿si tuviera que suponer algo? Diría que

está cazando.

Esas palabras fueron como una piedra cayendo a un lago, se hundieron lentamente entre ambos.

—Y nosotros se lo estamos poniendo en bandeja —dijo Jesse—. Vamos a morir todos. Si por mí fuera, no me encontrarías a menos de un kilómetro de ese deambulatorio.

—Espera un momento —dijo Thomas—. ¿Tú no quieres hacer esto?

—¿El qué? ¿Llevar a cabo una intervención quirúrgica superilegal que nadie ha probado antes en algo que tiene el poder de fulminarme en el preciso instante en el que me acerque demasiado? —Jesse se rio con amargura—. Ni por asomo, hombre. No quiero hacerlo. ¿Es que Vivienne te ha dicho que esto es idea mía?

—En realidad, no me ha contado nada —admitió Thomas.

—Típico —se mofó Jesse.

Volvió a echar un vistazo a la caja y se dio la vuelta para irse. Thomas lo siguió de cerca hasta el descansillo, donde la nave principal se extendía alejándose de ellos en una infinita caída de piedra gris y tracería iluminada por el sol. La llamada de las campanas se aferraba, fantasmagórica, al silencio.

—Sea lo que sea que tiene contra ti —le dijo Thomas en voz alta—, puedo hacer que se esfume.

Jesse se detuvo, arrastrando los talones por la piedra. Tardó un segundo en responder y, cuando lo hizo, habló con cautela:

—Algo me dice que si supieras lo que Vivienne tiene contra mí, me harías la vida aún más imposible de lo que ya lo es ahora.

Thomas sintió un vacío en el pecho tras esa insinuación.

—¿Le hiciste daño?

—No —dijo Jesse, girándose para mirar a Thomas a la cara—. Pero

ojalá lo hubiera hecho.

Sin pensar, Thomas avanzó y agarró a Jesse del uniforme con los puños. Con un satisfactorio golpe, la espalda del estudiante de Medicina chocó contra la barandilla. La caja sobresalía entre los dos mientras Jesse se quedaba medio colgando en el aire, con el polvo centelleando bajo la luz directa de las lámparas cilíndricas de la nave.

—Si crees que voy a dejar que te acerques a ella con esa actitud, estás loco.

—Ahórrate todo este numerito del héroe —dijo Jesse, que parecía estar realmente tranquilo para ser un hombre a quien estaban empujando contra un precipicio—. No eres su caballero de brillante armadura, Walsh, solo eres un accesorio.

En el transepto, justo por debajo de ellos, la muchedumbre empezaba a reunirse. Thomas los ignoró.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando.

—¿Ah, no? —Jesse arqueó las cejas hasta el gorro—. Mira, hombre, te compadezco. Yo también he estado ahí. ¿Quieres saber por qué aún no estamos muertos? ¿Por qué nosotros, unos afortunados, seguimos con vida? Porque todavía nos necesita. Así que, sí, desearía haberle hecho daño cuando tuve la oportunidad. Desearía haberla enterrado. Porque cuando esto termine, soy hombre muerto. Y tú también. Más vale que lo aceptes y estés en paz con ello.

Le dio un empujón en el pecho a Thomas, obligándolo a retroceder un paso.

—Échale un vistazo a la caja, imbécil —soltó Jesse—. ¿Qué crees que es eso?

Thomas bajó la vista. Dentro de la caja de zapatos había dos orbes

blancos y vidriosos de los que colgaban unos filamentos entrelazados. Se le revolvió el estómago nada más verlos. No porque fueran unos ojos arrancados de cuajo, sino porque eran los suyos.

—¿Cómo puede ser? —preguntó con voz hueca.

—Esa es la pregunta del millón de dólares —dijo Jesse—. Desde que llegamos aquí, a Vivienne le está costando separar un estado mental del otro. Digamos que no hay tanta diferencia entre Vivienne, la chica, y Vivienne, la criatura. Ha estado extrayendo todo tipo de cosas de sus alucinaciones. Esta mañana, se ha despertado de golpe con esto.

Thomas no dijo nada. Los pensamientos le iban a mil kilómetros por hora, dando vueltas a una imposibilidad tras otra.

«Anoche soñé contigo», le había dicho Vivienne. «Fue horrible».

—Si tuviera que apostarme dinero —dijo Jesse—, diría que la criatura tiene un interés desproporcionado en ti, específicamente.

Thomas levantó la vista del asqueroso contenido de la caja y se encontró con que el cirujano lo estaba observando, sin ningún rastro de humor en sus ojos.

—¿Aún quieres quedarte? Yo no lo haría.

Con una palmadita en el hombro, Jesse se marchó, dejándolo solo en el descansillo.

Para cuando Thomas bajó a la galería de la primera planta que daba al transepto, la multitud ya estaba expectante y con las mascarillas puestas. Tomó una cuando se la ofrecieron y se colocó las gomas en su sitio mientras se dirigía al banco donde Colton se había sentado con Eric y Delaney. Habían colado a los perros, que estaban sentados

junto al banco con las orejas alertas, ambos tensos y vigilantes como gárgolas.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Colton, mientras Thomas se deslizaba hasta el hueco libre que había al lado de Eric.

—Nos quedamos y observamos —dijo Thomas—. Y si sobrevive, pues sobrevive.

—Estás siendo muy sensato con todo esto —recalcó Eric.

Colton parecía menos convencido.

—¿Y si muere? ¿Cuál sería el plan entonces?

—Si ella muere —dijo Thomas—, Grayson también.

En la planta baja, el centro del deambulatorio se veía plateado bajo la luz de las lámparas cilíndricas. Se había instalado una tienda modular transparente sobre la mesa de operaciones, posiblemente con la idea de conseguir algún tipo de esterilización. Parecía una precaución risible.

El silencio se cernió por toda la estancia cuando entró Jesse, seguido muy de cerca por Vivienne. A esa distancia aún parecía más pequeña de lo normal, como un pajarillo bajo el papel arrugado de su bata quirúrgica. Vivienne levantó la barbilla hacia la galería del transepto y sus ojos oscuros fueron de cara en cara hasta clavarse en la suya. A Thomas se le hizo un nudo en el estómago. A su lado, Judd ladró emocionado.

El sonido hizo que Jesse dirigiese su atención hacia arriba.

—¿Eso es un *perro*?

—Son dos, en realidad —dijo un chico que estaba a varias filas de distancia, mientras lanzaba una mirada amenazadora en la dirección de Thomas—. Hemos intentado que se quedaran fuera, pero no ha habido forma de que aceptaran un no por respuesta.

—Estás contaminando mi quirófano, Walsh.

—Esto no es un quirófano —contratacó Thomas—. Es un altar de sacrificios.

—*Para* —signó Vivienne, y él paró. Apretó la mandíbula y se hundió contra el respaldo del banco. Jesse le dirigió una última mirada crítica antes de guiar a Vivienne hasta el módulo exterior del quirófano aséptico portátil, cerrando la cremallera de la puerta tras ellos. Les rociaron con una ducha desinfectante, y, después, entraron en el cubículo principal. El templo se inundó inmediatamente con el suave chisporroteo de la estática. Por el sistema de sonido de la antigua diócesis se escuchó la voz de Jesse:

—Probando, probando. Uno, dos, tres. ¿Se me oye?

Varios iniciados levantaron los pulgares hacia arriba.

—Bien. —Arrastró un carrito con instrumental vario hacia él, mientras Vivienne se subía a la mesa de operaciones—. Tal y como se me ha pedido, iré explicando todo el proceso. Los primeros pasos son los convencionales, le administraré dos mililitros de ketamina por vía intravenosa. A continuación, proseguiré con una perfusión de suero fisiológico.

Le costó varios intentos introducirle la vía. Thomas ya se había levantado incluso antes de que lo lograra, con el estómago revuelto. Eric lo arrastró de nuevo a su sitio justo cuando Jesse empezó a administrarle la ketamina. Sobre la mesa, Vivienne estaba tumbada con el pelo extendido alrededor de la cara como un halo de oscuridad.

—Voy a ir administrándola poco a poco —explicó Jesse—, entre uno y dos minutos. Debería estar inconsciente una vez que lo haya hecho.

—Debería —repitió Colton con desdén—. ¿Nos lo está explicando o se está intentando calmar a sí mismo?

—Estoy bastante seguro de que esta es la primera intervención que no hace sobre un cadáver —dijo Thomas, mientras los ojos de Vivienne pestañeaban una, dos, tres veces. Ya no volvieron a abrirse.

Así dormida, a Thomas le recordaba a la página de uno de los antiguos cuentos de su hermana: Blancanieves en el bosque, dormida bajo un cristal, con la suave curva de sus pestañas rozándole las mejillas. Un respirador zumbaba constantemente al lado de Vivienne, un claro y clínico recordatorio de que nada de esto era un cuento de hadas. El oxígeno circulaba continuamente por la mascarilla CPAP que Jesse le había ajustado sobre la cara.

Embutido entre el gentío de la galería del transepto, Thomas comenzó a sudar. Le había venido a la cabeza un pensamiento, aunque demasiado tarde como para hacer algo al respecto.

—Todos los que estamos aquí vamos a morir —murmuró.

—¿Perdona? —Colton pasó el codo por el respaldo de su banco y desvió una mirada escéptica hacia Thomas. A su lado, Delaney miraba entre las caras ocultas tras las mascarillas.

—¿Qué? —preguntó ella—. ¿Qué ocurre?

Colton se bajó la mascarilla a la barbilla y y se giró para mirarla.

—Walsh acaba de anunciarnos algo mucho menos que tranquilizador. —Volviendo a girarse hacia Thomas, añadió—: ¿Te importaría explicárnoslo?

Pero no había tiempo.

—Tiene que sacarla de ahí. —Thomas se puso en pie—. ¡Grayson! ¡Para la intervención!

Jesse no levantó la vista del carrito. Thomas ni siquiera estaba

seguro de que pudiera oírlo a través de la barrera. Obtuvo la respuesta a eso segundos más tarde, cuando la voz de Jesse chisporroteó por los altavoces.

—Relájate, Walsh. Estás armando un escándalo.

—¿No me has oído? —Ahuecó las manos alrededor de la boca, en un intento desesperado por amplificar el sonido de su grito—. ¡He dicho que pares la intervención!

—Siéntate, imbécil —dijo alguien varios bancos por detrás—. No veo.

Eric volvió a sentar a Thomas en el banco, rodeándole los hombros con el brazo.

—¿Recuerdas cuando te he dicho que estabas siendo muy sensato? Pues lo retiro.

—No lo entiendes —dijo Thomas—. El estado alterado de Vivienne se manifiesta en superficies reflectantes. Pero cuando he hablado antes con Grayson, me ha dicho que su reflejo ha desaparecido.

—¿Desaparecido? —Delaney frunció el ceño.

—¿Y si la criatura sabía lo que iba a suceder aquí? ¿Y si se está escondiendo?

—¿Y si la ketamina deja inconsciente a Vivienne —añadió Colton, viendo por dónde iba Thomas— pero no a la criatura?

Los cuatro se giraron al unísono para mirar hacia la tienda quirúrgica, donde Jesse ya estaba preparado para empezar, de pie, paralizado sobre Vivienne, con las manos enfundadas en látex y sujetando un reluciente bisturí plateado.

—No sé, tío —dijo Eric—. Me parece una teoría muy loca.

—Las hemos visto peores. —Colton se volteó para mirar a Delaney —. Apaga tu implante coclear.

—¿Qué? —Delaney juntó las cejas—. ¿Y qué pasa contigo?

—Lane.

—*Vale*. —Se llevó dos dedos al aparato que tenía en la oreja. Una lucecita parpadeó y después se apagó. Su voz también se apagó un poco, ahora etérea como la de un fantasma—. ¿Contento?

—*Eufórico* —signó Colton, dando unos toquecitos con dos dedos sobre la palma abierta de su mano. En el piso de abajo, el santuario se sumió en un silencio palpable. Bajo las anchas lámparas cilíndricas, que le tornaban la piel plateada, Vivienne no parecía humana. Se oyó un chillido del acople y la voz de Jesse volvió a salir por los altavoces.

—Mi plan inicial consistía en practicar una disección de la garganta con cauterización, dado que la principal manifestación física del simbionte tiene lugar en la laringe de la paciente. —Sus palabras reverberaban por todo el deambulatorio. Sonaba como un sacerdote proselitista hablando desde el púlpito. Entre la multitud, varias personas tomaban notas.

—Sin embargo, dadas las nuevas evidencias, he decidido modificar el enfoque. —Con delicadeza, Jesse dobló la parte de abajo de la bata de Vivienne, asegurándose de mantener la parte inferior de su cuerpo cubierta con una sábana fina. Por debajo de la bata, su torso parecía igual de plateado que el resto de su cuerpo, a excepción de una abultada franja de piel que brillaba como unas escamas.

—Hostia puta —dijo Eric.

—Una prueba diagnóstica preliminar de la zona ha evidenciado la presencia de hemolinfa —siguió explicando Jesse—, un tejido fluido que comúnmente se encuentra en los artrópodos. Mi hipótesis consiste en que encontraré cordones nerviosos ventrales debajo de

cada segmento. Si esta teoría es correcta, cercenar estos cordones *debería* permitir la extracción definitiva del simbionte.

La gente seguía tomando notas. Thomas alzó la vista y se encontró con que la atención de Colton estaba en otra parte, concretamente, mirando fijamente por la abarrotada galería del transepto con expresión turbulenta.

—¿Qué pasa? —le preguntó Thomas.

—Nada. —Se volvió hacia el deambulatorio—. Pensaba que había visto a alguien que conozco, pero no.

—Silencio —ladró un iniciado.

—El instrumento que voy a utilizar es un bisturí eléctrico —dijo Jesse. Un zumbido repentino se extendió por toda la estancia, temblando entre los enormes pilares de piedra—. Esto irá cauterizando el tejido, que debería ayudar a producir coágulos mientras trato de extraer al simbionte.

Sobre la mesa de operaciones, Vivienne permanecía tumbada, inmóvil como un cadáver y con la respiración empañándole la mascarilla.

—Procedo a realizar la primera incisión —dijo Jesse. Sonaba inseguro.

El sonido de la piel abriéndose fue inconfundible a través de los altavoces en cuanto el bisturí encontró resistencia contra la dura carcasa del torso. De repente, la mano de Vivienne se alzó como un resorte y agarró la muñeca de Jesse.

Lentamente, Vivienne empezó a incorporarse hasta quedar sentada sobre la mesa. Tenía los ojos abiertos y las pupilas dilatadas.

—Esto pinta mal —dijo Eric, a la vez que los perros se ponían a ladrar.

Jesse retrocedió un paso, limitado por el fuerte agarre de la mano de Vivienne alrededor de su muñeca. Ella seguía sus movimientos, muy alerta. Con la mano que tenía libre, agarró la máscara de oxígeno y se la quitó. Muy lentamente, su boca se abrió en una amplia y afilada sonrisa.

—Hola —dijo, más feliz que una perdiz.



20

Thomas

Thomas supuso que Jesse se liberaría, tiraría el bisturí y huiría. En vez de eso, el residente de cirugía se quedó ahí, subyugado. Como un marinero condenado atraído hacia el mar por el canto de las sirenas.

«Hola», había dicho.

Su voz había sonado grave y dulce, como el agua sobre las piedras. En la galería del transepto, todo el mundo se puso en pie y se preparó para salir corriendo. Solo Thomas permaneció sentado. Estaba absorto con la escena, con el miedo congelándole la sangre en ríos helados. A su lado, los perros empezaron a aullar como lobos.

Abajo, en el deambulatorio, Vivienne se giró hasta quedar frente a Jesse, balanceó los pies desnudos fuera de la mesa y se deslizó hasta el suelo. Había algo que no encajaba en la forma artificial en la que se movía, cada sacudida y cada movimiento involuntario eran extrañamente mecánicos. Era como si fuera la muñeca de cuerda de un niño, de las que llevan una llave en la espalda.

—¿Por qué no corre? —preguntó Colton.

—La verdadera pregunta es —dijo Eric—: ¿Por qué no estamos corriendo *nosotros*?

A tanta distancia, las puntas de los dedos de Vivienne se veían afiladas, aunque Thomas no podía discernir si solamente era un efecto de la luz. Sus uñas, normalmente limpias y rosas, parecían estrecharse en unas puntas grises y afiladas. Vivienne extendió las manos por el pecho de Jesse, se puso de puntillas y presionó los labios contra su oreja. Él ni siquiera se inmutó. En su lugar, se inclinó más hacia ella. Cautivado. Embelesado. Con los ojos iluminados y brillantes.

Al principio no ocurrió nada.

El único sonido en todo el templo era el aullido de los perros.

Pero, entonces, se desataron los gritos.

Sonaron desgarradores por la nave abovedada, como un tercer aullido que se unía a la lucha. Iluminado bajo las lámparas, Jesse Grayson empezó a sangrar. Era como si le hubieran pinchado con miles de agujas, como si le hubieran hecho miles de cortes. La sangre se le perlaba por la frente y le caía en finos hilos de color carmesí por los laterales de la cara.

—Hematohidrosis —dijo Colton, alucinado, justo cuando Delaney susurraba: «¿Está sudando sangre?».

—Te dije que lo sentía. —Se escuchó el chillido de Jesse por los altavoces—. Te dije… Hice lo que me pediste. Haz que pare. Haz que pare. *Por favor*, haz que…

Se escuchó el chasquido de sus rodillas al caer al suelo junto a Vivienne, quien suavizó la caída hundiéndose con él. Lo meció, todavía susurrándole al oído mientras él lloraba en su hombro. La

sangre de Jess manchó la mejilla y los nudillos de Vivienne de color carmesí. Se le cayó el bisturí, ya olvidado, sobre el suelo de piedra, por el que se deslizó en unos fatídicos rebotes.

El resto pareció suceder a cámara lenta. Jesse se desplomó, ingrávido, sobre el suelo. Un último y estridente «por favor» se coló por los altavoces.

Después, se hizo el silencio.

Se desató el pandemonio. Los iniciados se dispersaron, empujándose y moviéndose como un enjambre en una histérica carrera hacia las escaleras. En el centro de todo aquel caos estaba Vivienne, pequeña, ensangrentada y angelical. Fue alzando la vista, siguiendo los crecientes ruidos de pánico, hasta que sus ojos se encontraron con los de Thomas. Lentamente, la vacilante mueca de Vivienne se afiló en una sonrisa.

—Hora de irse —ordenó Eric, tirando de Thomas para ponerlo en pie—. Muévete, Walsh. Ahora.

En contra de sus instintos, en contra de todo lo que dentro de él le decía que se quedara, Thomas huyó. En el vestíbulo, la estampida se había paralizado. Los iniciados se atropellaban unos a otros conforme el tráfico se apelotonaba, convirtiendo las escaleras en un sólido coágulo de gente.

Algo estaba ocurriendo abajo. Algo que no estaban viendo.

Obtuvieron la respuesta solo unos segundos después.

—¿A dónde vais todos? —Una voz de chica flotaba escaleras arriba —. ¿No habíais venido para verme?

El cambio fue agresivo e inmediato. La corriente cambió de dirección en cuanto todos aquellos que antes luchaban por bajar ahora empujaban para volver a subir. Los perros se soltaron entre el

tumulto y amenazaban con los dientes a los iniciados que corrían despavoridos, mientras ellos iban y venían entre la muchedumbre.

—¡Mierda! —Thomas se abalanzó tras ellos y, al hacerlo, por poco recibe un codazo en toda la cara—. ¡Aquí! ¡Quietos! ¡No os vay…! ¡Volved!

—¡Eh, Walsh! —Eric lo agarró del brazo y lo sacudió con fuerza—. Déjalos y vámonos.

A regañadientes, Thomas dejó que lo guiaran. Volvieron a subir corriendo hacia la galería del transepto, en esta ocasión en compañía de dos iniciados que habían logrado escapar del maremágnum: un chico con la mandíbula amoratada y una chica con un vestido negro de rejilla. Los seis se abrieron paso hasta el otro extremo de la galería, donde una estrecha puerta daba acceso a la sacristía. Allí había unas escaleras en espiral que descendían varios pisos en penumbra.

—Parece que nos toca bajar —dijo Colton, a la vez que por los altavoces empezaban a oírse los gritos.

Se abalanzaron por las escaleras, corriendo hacia abajo piso tras piso, hasta que el último tramo los escupió en un sótano. Aquí, el sonido de los altavoces era más difuso. Distante. El rumor de los iniciados moribundos chisporroteaba por los altavoces de pared como un cántico grotesco.

Avanzaron hacia delante, activando las luces con sensor de movimiento, que los bañó con un blanco fluorescente. Ante ellos se extendía un largo pasillo salpicado de puertas.

—Ahí delante hay una señal de salida —dijo Thomas.

—Hay otro tramo de escaleras ahí abajo —dijo el chico de la mandíbula amoratada—. Lleva hasta la parte delantera del templo.

Si nos damos prisa, podemos llegar hasta la puerta antes de que ella se dé cuenta.

—Perfecto. —Colton envolvió la mano de Delaney con la suya y encabezó la marcha—. Vamos.

Se movieron con rapidez, impulsados por la brutal banda sonora de los moribundos. No habían llegado muy lejos cuando las luces se apagaron. Los altavoces dejaron de sonar. Los gritos se extinguieron. Se quedaron ahí, bajo la tenue luz roja de la señal de salida que parpadeaba más adelante.

—Alex —lloriqueó la chica—, esto no me gusta nada.

—No ha cambiado nada —dijo Colton—. Sigamos avanzando.

Justo por detrás de ellos, les llegó un débil gruñido. Los seis se quedaron paralizados.

—Que alguien me diga que han sido sus tripas —susurró Eric.

Un segundo gruñido siguió al primero. Del profundo abismo del pasillo emergieron Molly y Judd, con las orejas pegadas a la cabeza, enseñando los colmillos y con la baba colgándoles de la papada. Bajo aquel resplandor, los ojos les centelleaban rojos, haciéndoles parecer verdaderos sabuesos del infierno. Entre ellos estaba Vivienne, con su pelo negro lleno de sangre y sus rasgos lisos y brillantes como los de una sirena.

—No huyáis de mí —dijo ella—. No es agradable.

—Vámonos —ladró Colton—. Ahora.

No necesitaban que nadie se lo ordenara. Todos echaron a correr, derrapando al doblar una esquina muy cerrada y descendiendo un tramo corto de escaleras. Entre feroces aullidos, los perros los perseguían.

Delaney fue la primera en llegar a la salida. Patinó sobre sus

desgastadas botas militares hasta detenerse y abrió la puerta de un tirón. Fueron pasando, apiñados, uno tras otro, con Thomas cerrando el grupo. Casi había llegado a la puerta cuando el chico que iba delante de él le puso la zancadilla. Instintivamente, Thomas se agarró a él y ambos cayeron al suelo. El impacto fue lo suficientemente fuerte como para nublarle la vista del dolor. La puerta se cerró justo mientras la chica gritaba: «¡Alex, levántate!».

—Quítate de encima —rugió el iniciado, empujándole.

—¿Es que quieres que nos maten? —Thomas se revolvió para ponerse en pie y, mientras lo hacía, esquivó de milagro un torpe gancho. Estampó al chico con fuerza contra la pared clavándole el codo en la tráquea—. ¿Cuál es tu puto problema?

—Eso por casi romperme la mandíbula, imbécil.

—¿Romperte la *qué*? —De repente lo entendió. Fue como un golpe que te encuentra por sorpresa. La casa de la piscina. Los agresores enmascarados. Las dudas duraron lo justo como para que el chico se lo quitara de encima. Se peleaban por abrir la puerta cuando Molly y Judd aparecieron derrapando por la esquina, arañando el suelo con las garras.

Molly los alcanzó primero y, cuando lo hizo, cerró la mandíbula alrededor del tobillo del chico, como una trampa para osos. Este cayó con fuerza al suelo, extendiendo los brazos para frenar la caída. Delante de Thomas, la puerta volvió a abrirse de par en par, revelando a Eric.

«Ayúdame», le suplicó el iniciado al mismo tiempo que Eric gritaba: «¡Walsh, *muévete*!».

Thomas se detuvo en la puerta abierta durante una fracción de segundo antes de tomar una decisión. Se lanzó a por el chico,

extendiéndole la mano. Pero ya era demasiado tarde. Judd, el tímido y torpe Judd, salió de la oscuridad como una sombra viviente. Los ojos rojos. Los dientes a la vista. Entre gritos, arrastró al chico fuera de la parpadeante luz carmesí hacia las tinieblas.

La puerta al hueco de la escalera se cerró de un portazo.

—¿Podríamos darnos un poco de prisa? —dijo Colton en voz alta, mirando desde el primer descansillo. Acurrucada bajo el brazo de Delaney, la chica lloraba desconsoladamente. Subieron el resto del trayecto en silencio hasta emerger en la entrada de la catedral. El aire aquí era puro silencio. Todo estaba impregnado de un olor metálico.

Al llegar a las puertas principales, se las encontraron bloqueadas. Las bisagras oxidadas se habían salido de su sitio de tal forma que quedaba una rendija por la que se colaba la luz del sol. Por ella se veía cómo un chico, cubierto de varias heridas superficiales y con la mandíbula apretada, entrelazaba unas gruesas cadenas entre los pomos.

—¿Qué es esto? —exigió saber Eric—. Déjanos salir.

—No puedo hacer eso. —El chico tiró de las cadenas, comprobando su resistencia—. El presidente no está muy contento con vosotros. No quería que ella saliese herida.

—Ey. —Thomas lo alcanzó a través de la rendija y lo agarró por el cuello de la camiseta—. Mírame. ¿Cómo te llamas?

—Adrian —dijo el chico. Tenía los ojos ligeramente idos—. Adrian Faber.

—Escúchame, Adrian, aquí dentro hay gente inocente. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? Necesito que quites estas cadenas y les dejes salir.

—Tooommy.

Su nombre sonó como un canturreo en la oscuridad, con el eco disipándose por el sombrío transepto como el humo. Con un grito, la chica se tapó los oídos con las manos. Detrás de ellos, la nave era del color de la sangre y la luz del sol se colaba entre las caras de los santos, que miraban hacia arriba.

—Tooommy, ¿dónde estás?

—Abre la puta puerta —ordenó Colton.

—Lo siento —dijo Adrian—. Lo haría si pudiera, pero tengo unos gusanos en la cabeza que no dejan de retorcerse. El presidente me ha prometido que los hará desaparecer, pero para ello, primero tengo que daros una lección.

Cerró las puertas de un portazo, extinguiendo el último atisbo de luz solar.

—¿Has sido tú, Tooommy?

Thomas se agachó en un rincón repleto de velas votivas apagadas, con el corazón martilleándole en el pecho. Los demás lo siguieron. Al lado de Delaney, a la chica había empezado a sangrarle la nariz. Esta dejaba que la sangre fluyera, sin dejar de taparse los oídos fuertemente con las manos. Se hizo el silencio, a excepción del sonido aserrado de su propia respiración. Thomas se acercó con cuidado hacia el pasillo central, tratando de ver algo desde detrás de un ancho pilar de piedra.

Las lámparas cilíndricas habían sido golpeadas por los laterales y las bombillas se habían hecho añicos contra las paredes modulares de la tienda quirúrgica portátil. Solo una permanecía encendida, derramando un haz de luz blanca resplandeciente sobre el pasillo. Mientras Thomas lo observaba, una figura se colocó justo debajo de él. Una figura flexible, como la de una bailarina.

—Marchaos —les dijo a los demás—. Encontrad otra salida.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Eric en un susurro.

—Me encargaré de ella.

—¿Cómo?

No lo sabía, pero le había hecho una promesa.

—Lo averiguaré.

Vivienne caminaba por el pasillo del templo como si fuese una novia yendo al altar. Paso, paso, pausa. Paso, paso, pausa. La bata de hospital se le había desgarrado por el cuello y los jirones blancos de papel le caían ondulados por el hombro. Había algo predatorio en la forma en la que se movía, y cada paso que daba estaba impregnado por una mala sensación que estaba dejando a Thomas helado.

—Necesitamos un token —susurró Delaney de repente.

—Lane tiene razón —coincidió Colton—. ¿Tienes algo de Vivienne? Algún trozo de uña, quizá. O un mechón de pelo.

Eric puso una cara de asco que no se esforzó por disimular.

—¿Por qué iba a llevar Walsh las uñas cortadas de Vivienne encima?

Rápidamente, Thomas dijo:

—Tengo uno de sus dientes de leche.

—¿Que tienes…? —Eric le lanzó una mirada—. ¿Su *diente*?

—Sí. —Thomas levantó la muñeca. Los eslabones plateados de la cadena estaban ahí, junto a la pulsera de cuentas rosas y blancas que Vivienne le había regalado el día de la gala. La palabra «llorón» lo miraba fijamente junto al pálido molar blanco—. ¿Funcionará?

—Debería —dijo Colton—. El libre albedrío es un rasgo exclusivo de los seres humanos. Sea lo que sea que esté manejando a Vivienne no es humano, lo que, en teoría, significa que puede ser controlado.

Thomas pensó en todos aquellos dientes desperdigados por el despacho de Philip. En el anillo de sello que llevaba en el meñique, plano y mate. En la voz de Vivienne en la grabación: «Tengo que hacer lo que me pide, si no, me duele por todas partes».

Thomas cerró los dedos alrededor del diente.

—¿Y si te equivocas?

—Entonces más te vale que corras más rápido de lo que lo has hecho antes en el sótano —respondió Colton.

—Qué gracioso.

Thomas se mentalizó, reunió todo el valor que le quedaba y salió de detrás de la columna. Vivienne estaba de pie justo delante de él, inclinada hacia delante, como si hubiera estado escuchando a escondidas. Thomas se detuvo en seco, a solo unos centímetros de chocarse contra ella. Los perros estaban sentados a su lado, con las orejas alertas y los hocicos ensangrentados.

—Hola —dijo él.

Sus ojos eran completamente negros, sus dedos largos y sus nudillos abultados. No había ni rastro de Vivienne en su expresión. Era todo criatura. Esta giró e inclinó la cabeza hacia arriba, intrigada, para mirar a Thomas.

—Tienes buen aspecto —añadió él—. Un poco letal, quizá, pero estás guapa.

La cosa que llevaba puesta la cara de Vivienne aún no había parpadeado. Ni una sola vez.

—¿Por qué no sangráis? —preguntó la criatura. Le dio un vuelco al corazón al escuchar la voz de Vivienne, grave y dulce—. Tú y tus amigos… no parecéis afectados.

A Thomas se le erizó el pelo de la nuca.

—Es una buena pregunta. En realidad no sé por qué. ¿Suerte?

—Apestas a muerte. —La criatura lo olisqueó por la garganta, olfateándolo como una cazadora—. La llevas contigo, como un talismán. ¿Cómo?

—La muerte y yo somos buenos amigos —respondió él, encogiéndose de hombros—. Quizás sea eso. Ah, ¿me harías un favor?

La criatura ladeó la cabeza.

—Dile a Vivienne que se despierte.

Los ojos de la criatura bajaron hasta la muñeca de Thomas. Hasta el diente de leche blanco que había incrustado en la cadena.

—Ah… Qué astuto. ¿Crees que con ese pequeño token es suficiente?

—Ahora lo veremos —dijo Thomas—. Despiértala.

—No —dijo la criatura, que ya no sonaba como una chica en absoluto. Su voz se había distorsionado y había bajado a un registro más grave—. Ella me necesita. No tiene a nadie.

—Me tiene a mí —dijo Thomas—. Despiértala.

—Qué chico más ingenuo. —La boca de la criatura se abrió en una mueca de desprecio—. No sabes qué hay ahí fuera. No sabes qué la persigue. Vivienne Farrow fue marcada por la muerte toda la vida. Sin mí, no es nada más que huesos que otras criaturas inferiores roerían.

—¿Qué significa eso? —Thomas frunció el ceño.

La criatura sonrió ampliamente, con una sonrisa que no se parecía en nada a la de Vivienne.

—Ya es demasiado tarde —susurró, y cayó desplomada.

El cuerpo de Vivienne salió despedido hacia delante, como si fuera

una marioneta con las cuerdas rotas. Thomas la agarró antes de que se golpease contra el suelo, sujetándola con los codos bajo los brazos. La estuvo agarrando así durante unos segundos, mientras estudiaba su expresión en reposo. Lentamente, el rubor le volvió a las mejillas.

Vivienne pestañeó varias veces hasta que, por fin, abrió los párpados. Thomas se encontró con una mirada del color del coñac. Completamente humana. Durante lo que fueron varios latidos, el único ruido en todo el templo fue el de la respiración acompasada de ambos. Pero entonces, con un grito ahogado, Vivienne se revolvió hacia atrás, fuera del alcance de Thomas.

—No pasa nada. —Él levantó las manos en son de paz—. Estamos bien. Ya se ha acabado todo.

Aferrándose a la bata de hospital, Vivienne miró a su alrededor, a todo el daño que había causado. La catedral vacía. Las lámparas cilíndricas rotas. Se tapó la cara con las manos, mientras el llanto empezaba a acumulársele en la garganta. Con un gemido, los perros se tumbaron a sus pies.

—Vivienne —dijo Thomas con suavidad—, mírame.

—¡Eh! —El grito de Eric reverberó por toda la catedral—. ¡Aquí! Hemos encontrado una salida.

Vivienne se puso tensa y miró por encima de las puntas de los dedos. Parecía estar a punto de huir, como si el sonido más leve pudiese hacer que echara a correr, y Thomas no quería eso.

—Solo son mis amigos —dijo él, ofreciéndole la mano—. Salgamos de aquí, ¿vale? Nos ocuparemos de lo demás juntos.

Con indecisión, Vivienne deslizó la mano en la de Thomas. Los dedos le temblaban. Su piel estaba fría como el hielo. Cuando empezaron a caminar, los perros los siguieron justo por detrás, como

si fueran sus propias sombras.



21

Vivienne

Este era el sueño que Vivienne había estado teniendo:

La casa por la noche.

La luna mirándola maliciosamente con su redonda, redonda cara pegada contra la ventana.

Las paredes desviándose de forma extraña, como si una mano monstruosa las estuviese empujando.

Y Vivienne no había estado sola. El chico había estado ahí también.

—Él no está contento contigo —le había dicho. Se habían sentado uno frente al otro, Vivienne toda envuelta en cintas y el chico, blanco como un cadáver, con sus rizos oscuros apelmazados en la frente. Iba vestido como si estuviera a punto de irse a jugar al hockey, con las rodilleras puestas—. Lo has estropeado todo.

—En realidad, estoy arreglándolo todo —le había contestado ella. Vivienne se había mostrado llena de confianza. Se había sentido muy segura—. En cualquier momento, me despertaré y seré completamente humana.

El chico se había sorprendido al oírla hablar. Habían estado sentados en silencio durante mucho tiempo.

—¿Estás segura de eso? No tienes por qué hacer esto. Si te postras a sus pies, Él mismo te liberará. No necesitas que te abran en canal. Él es generoso. Él te dará todo lo que necesites.

—¿Tú tienes todo lo que necesitas?

A esa pregunta, el chico le había sonreído. Le escurrió agua por los agujeros de los dientes.

—Yo —le había dicho el chico— nunca he sido más feliz.



Estaba ahí de pie delante de ella. El chico de su sueño.

O igual no era él, pero sí alguien que parecía su viva imagen. Bastantes años más mayor y considerablemente más vivo. Tenía los mismos rizos oscuros, la misma nariz recta y la misma boca afilada, solo que la de este chico tenía una cicatriz en uno de los extremos, una línea rosa y abultada que se extendía prácticamente hasta su oreja.

—No es que hable mucho —dijo él—, ¿no?

A su lado, una chica de pelo blanco con botas militares parecía escandalizada.

—*Colton*.

—Solo es una observación.

—Es muda —dijo otro chico. Era negro, de hombros anchos y llevaba el pelo rapado. Estaba apoyado sobre una estrecha estantería, inspeccionando los lomos de los libros, distraído—. Ya lo habíamos hablado.

—Deberíamos estar agradecidos de que no hable —dijo una chica

que Vivienne reconoció como una de las iniciadas. ¿Cómo se llamaba? ¿Lilah? ¿Lydia? La chica, con la nariz manchada de sangre y los ojos hinchados, se mantenía tan lejos de ella como le era posible —. Ninguno de nosotros saldría de aquí con vida si lo hiciera.

—Vale —dijo Thomas—. Ya es suficiente. ¿Vivienne?

Ella arrastró los ojos hasta los de él.

—Déjame verlo.

Se habían reunido en una estrecha sala auxiliar con la pintura descascarillada, que revelaba unas paredes amarillentas y con signos de putrefacción. Una luz abrasadora entraba por la rendija de una puerta lateral hecha polvo, haciendo que la estancia fuera excesivamente cálida, tanto que los perros estaban espatarrados en el suelo y respiraban con dificultad. Vivienne se había sentado en el borde de un mueble empotrado, vestida con una camiseta blanca de cuello redondo y unos pantalones cortos de deporte arrugados que Thomas había encontrado por el maletero. Una mancha de sangre de un color extraño había empezado a oscurecerle la camiseta justo por la zona del abdomen.

—Te estás cargando mi camiseta —añadió Thomas con suavidad al ver que ella no cedía.

Tragándose su orgullo, Vivienne se subió la camiseta. Lydia ahogó un grito, amortiguando el sonido con la mano. Admirablemente, Thomas ni se inmutó.

—Hayes —llamó en voz alta—, ¿me pasas el esparadrapo?

—Voy —dijo el chico de la estantería. Un rollo de esparadrapo salió volando hacia ellos y Thomas lo atrapó al vuelo. Después, se arrodilló a examinar la incisión.

—Auch. —Fue lo único que dijo.

Vivienne resistió el impulso de volver a taparse con la camiseta mientras Thomas arrancaba un poco de esparadrapo con los dientes. No podía soportar mirar ese horrendo bulto, apelotonado en escamas sobre su vientre. Era un horrible e insoportable recordatorio.

Había fracasado.

Había fracasado y, ahora, volvía a estar en el punto de partida. Después de tanto esfuerzo, no había logrado nada, a excepción de toda la matanza que había causado y un pequeño corte que le escocía cuando se estiraba. Nunca se había sentido tan parecida a una pesadilla. Tenía la piel tirante por la sangre reseca y el pelo todo pegado por la garganta en remolinos húmedos y oscuros. Sentía que todos los que estaban en la habitación la observaban, la estudiaban, como si fuera una rareza de circo. Un bicho raro.

Un monstruo.

Y es que lo era.

Cerró los ojos.

—Vivienne —la reconfortó Thomas, poniéndole de nuevo la camiseta en su sitio—, todo va bien.

Pero no era así. Nada iba bien. Se suponía que el fin iba a justificar los medios. ¿Qué sentido tenía tanta crueldad, tanta masacre, cuando ella seguía encerrada en sí misma, a merced de la criatura y sus deseos? Vivienne había tomado una decisión y había resultado ser la incorrecta. Thomas estaba siendo demasiado bueno con ella. No podía soportarlo. No podía aguantar su compasión.

—Mikhail Popov dice que solía llamarte gorrión —dijo una voz tan suave como un susurro.

Ante la inesperada mención de Mikhail, el aliento de Vivienne se

quedó atrapado en su garganta. Abrió los ojos de golpe y se encontró con la chica de pelo blanco retorciéndose las manos y mirándola atentamente.

—Dice que siempre andabas de puntillas —añadió—, que revoloteabas como un pajarillo a todas partes.

—*¿Y tú cómo sabes eso?* —signó, con las manos temblorosas.

Supuso que Thomas interpretaría lo que acababa de signar, pero, en vez de eso, la chica sonrió.

—Puedo oírle —explicó Delaney—. Los muertos me hablan a veces, en el silencio.

—Es uno de los talentos de Lane —dijo el chico que se llamaba Colton—. Te acabas acostumbrando.

—*¿Puedes oírle ahora mismo?* —preguntó Vivienne—. *¿Está aquí?*

—Sí —dijo Lane—. Normalmente no suele ser tan pronunciado. Solo sombras o cambios en la luz. Pero en estos momentos es como si estuviera aquí en la habitación.

Vivienne contuvo un sollozo.

—Quiere que sepas que no siente dolor —dijo Lane—, que no está sufriendo. Sabe que eso te reconcome, el no saber. No quiere que sigas cargando con esa culpa nunca más. Dice que… —Delaney hizo una pausa para seguir escuchando. La sala auxiliar se mantuvo en un mullido silencio. No se distinguía ruido alguno—. Dice que tú no eres la responsable de los pecados de tu padre.

El llanto de Vivienne fue desgarrador. No tenía intención de que así fuera, pero no pudo reprimirlo. Pensó en el Mikhail de sus sueños, con la cara destrozada, con la carne putrefacta. Todo este tiempo, así es como ella se lo había imaginado: sufriendo a perpetuidad, sufriendo por su culpa.

Fue un extraño momento de catarsis, saber que la visión que tenía en su cabeza había sido una mentira.

Que no era Mikhail en absoluto, sino una manipulación.

En la puerta, el blanco destello de luz que se colaba parecía palpitar con energía, con vida. Vivienne se imaginó que podía verlo ahí de pie, a Misha, alto y orgulloso.

—*Gracias.* —Se tocó la barbilla con los dedos.

La sonrisa de Lane fue cálida. Cálida y nada merecida.

—No tienes que darme las gracias —dijo con suavidad, tanta, que Vivienne dio un paso atrás al escuchar la bondad de su voz. Más compasión que no se merecía. Más lástima que no podía soportar.

Esta era la gente de Thomas, los *amigos* de Thomas, y ella por poco los había matado a todos.

Cuando Thomas le ofreció la mano, Vivienne la aceptó con reticencia, dejándole que la bajara del mueble. Su mano estaba ensangrentada entre la de él. Los dedos le temblaban. Y debajo de sus huesos, su corazón parecía estar a punto de romperse. Desearía no haberlo besado aquel día en su habitación. Desearía no haberse permitido tener esperanza.

Porque ahora, toda esa esperanza se había desvanecido, y hubiese sido mejor no haber tenido nunca a Thomas que haberlo tenido y ahora tener que dejarlo marchar.

Porque eso es lo que tenía que hacer.

Dejarlo marchar.

Thomas tenía toda una vida por delante. Y ella todo lo que tenía era muerte.

Vivienne cruzó la habitación con piernas temblorosas, como si fuera un ternero recién nacido aprendiendo a andar por primera vez.

En el suelo, Molly y Judd se pusieron en pie de un salto.

—Larguémonos ya de aquí —dijo Thomas.

—Estoy de acuerdo —dijo Hayes, volviendo a colocar un libro en la estantería.

—Si no vuelvo a ver el interior de una iglesia nunca más —refunfuñó Colton—, me seguirá pareciendo demasiado pronto.

Pero no llegaron muy lejos. Fuera, en el solar plagado de malas hierbas de la catedral, los esperaba Philip.

Estaba de pie justo al lado del SUV familiar, vestido con un traje de milrayas azul pálido y unos zapatos *oxford*. Y no estaba solo. Lo acompañaba un desconocido, imponente y vestido con un traje de negocios de tres piezas hecho a medida.

—Colton —susurró Lane—, ¿ese no es tu…?

—*¿Padre?*

Los ojos del hombre eran de color café oscuro, y sus rizos, muy cortos, estaban salpicados de plata. Miraba fijamente a su hijo por encima del hombro con desaprobación.

—No tengo ni idea de cómo has terminado metido en este sinsentido —dijo con frialdad—, pero te quiero de vuelta en nuestra casa inmediatamente.

—Nuestra casa —dijo Colton, seco—. Esa sí que es buena. ¿Qué haces aquí?

—Estoy en la ciudad ocupándome de unos asuntos personales.

—¿Tienes asuntos en el solar de una catedral abandonada de New Haven?

—Eso no es de tu incumbencia, C. J. —El padre de Colton escupía las palabras como si fueran veneno—. Si empiezas a inmiscuirte donde no debes, las cosas se pondrán muy feas.

—Una amenaza —observó Colton—. Qué paternal por tu parte.

A su lado, Philip estaba a unos segundos de que le diese un ataque de ira. Vivienne lo conocía lo suficiente como para saber que la relación que lo unía con este desconocido, fuera cual fuese, no era de carácter amistoso.

—De todas formas, creo que tú y yo ya habíamos terminado aquí —dijo Philip.

—Ni mucho menos —contratacó el padre de Colton—. Pero estoy de acuerdo, no es el momento ni el lugar. Ya continuaremos esta conversación en presencia de mi abogado.

Philip se enfureció visiblemente. Le lanzó una mirada a Vivienne.

—Tengo todo en regla, Christian. Tus acusaciones no se sostendrán ante un tribunal.

—¿Seguro? —La sonrisa del hombre era tensa—. Ya lo veremos.

El hombre siguió la vista de Philip hacia Vivienne. El frío desdén que vio en sus ojos la atravesó como una flecha. Sin pretenderlo, retrocedió un paso. El asfalto ardía bajo sus pies descalzos.

—Todo este tiempo —dijo el hombre—, y aquí estabas. Qué cosas tiene la vida.

A Vivienne no le dio tiempo a analizar qué era lo que podía haber querido decir. Sin despedirse de su hijo, el hombre se dio media vuelta y se fue hacia su coche, aparcado en la otra punta del solar. En cuanto se hubo marchado, Philip volvió a centrarse en el desastrado grupo. Tenía la frente brillante del sudor y las mejillas rojas del calor. Pese a eso, el padrastro de Vivienne sonreía de oreja a oreja.

—Un trabajo *espectacular* —le dijo a Thomas—. Sabía que la localizarías.

La mano de Thomas se tensó alrededor de la de Vivienne.

—No lo he hecho por ti.

—Pues claro que no, claro que no —dijo Philip, agitando la mano con desdén—. Lo has hecho por Vivienne. Todo lo que hacemos es por ella. Es una joya, ¿verdad que sí?

Thomas abrió la boca para contestar, pero Vivienne le apretó la mano para indicarle que se callara.

—*Déjalo* —signó.

—Vivienne, querida —saltó Philip—, no te haces a la idea de lo que le has hecho pasar a tu madre. Lleva muerta de preocupación desde la fiesta. Es un verdadero alivio ver que estás intacta.

La forma en la que lo dijo, «intacta», como si fuera una inversión más, le revolvió el estómago. Vivienne lo miró fijamente sin decir nada. ¿Qué podía signar que él pudiera entender? ¿Qué podía decirle que a él le importara interpretar? Philip no la consideraba una persona. Para él, era un accesorio.

Un arma.

—Bueno —dijo, mientras abría la puerta de atrás del SUV—, no hay razón para seguir aquí de pie sudando con todo este calor. Te llevo a casa. Ya he llamado al médico de cabecera, vendrá a echarte un vistazo esta tarde.

La indecisión luchaba en su interior. Las partes más ruidosas de ella le gritaban que le plantase cara, que le asegurase que no iba a ir a ninguna parte con él nunca más. Otras partes, más pequeñas, le decían con una vocecita que ahí era donde le correspondía estar. Que *eso* era lo que se merecía.

No la bondad, ni la compasión, sino una jaula. Puede que ella no hubiera sido directamente responsable de la muerte de Mikhail, pero sí había sido su voz la que lo había matado. Eso era todo lo que

hacía. Matar y matar.

Apartó su mano de la de Thomas.

—Vivienne. —El tono de su voz dejó entrever cierta dureza—. No tienes por qué hacerlo. Tienes otras alternativas.

—No montes una escenita, Walsh —dijo Philip en voz alta—. Solo conseguirás dejarte en evidencia.

Thomas lo ignoró.

—¿Quieres irte con él?

—*T-o-m-m-y* —signó ella—. *No hagas esto.*

—Responde a mi pregunta —dijo Thomas vehementemente—. ¿Quieres irte con él?

—*Podría haberte matado.*

—Eso no es lo que te he preguntado.

—*Por favor, no me hagas esto. No me lo pongas más difícil de lo que ya es.*

Thomas cerró los ojos y apretó la mandíbula. Vivienne supo que se estaba guardando las mil cosas crueles que querría decirle. Ella solo esperó que, por su bien, no se las dijera. Quizá se lo merecía, pero no creía que fuera capaz de soportarlo si lo hacía. No muy lejos, sus amigos estaban apiñados bajo la sombra de un olmo. Un público silencioso, testigo de su humillación final.

—*Has sido muy bueno conmigo* —signó ella.

Thomas arrugó la cara.

—¿Bueno?

—*Déjame hacer esto, como un último acto de bondad hacia ti.*

—¿*Bueno*? —repitió él, escupiendo la palabra como una blasfemia.

Vivienne se dio la vuelta rápidamente, antes de que la duda reptase hasta su interior. Haciéndoles un gesto a los perros, empezó

a cruzar el suelo abrasador del solar, con los dedos de los pies ardiendo. Estaba a medio camino del coche cuando Thomas se decidió a hablar:

—Lo que has dicho es mentira. Esto no es bondad. Tienes miedo y crees que esta es la forma más fácil de escapar.

—Creo que ya es suficiente, hijo —dijo Philip. Pero Thomas no había terminado.

—Te hice una promesa, ¿te acuerdas? —Vivienne podía oír cómo luchaba por mantener la voz calmada—. ¿Qué fue lo que te dije? Que siempre iría a por ti.

El eco de sus palabras rebotó hasta en los árboles más lejanos. La partió en dos.

—Adelante. Vuelve corriendo a Greenwich —dijo en voz alta—. Allí estaré.

—No harás tal cosa —intervino Philip—. Ya te dejé muy claro que ya no necesitamos tus servicios. Si te acercas a menos de un kilómetro de nuestra casa, haré que te disparen.

Era un farol. Uno muy malo. Aun así, a Vivienne le arrancó el aire de los pulmones. Ignoró todo lo que dentro de ella le decía que se diese la vuelta, subió a los perros al coche y ella fue detrás. Cerró la puerta de un portazo. El interior del coche estaba frío como una nevera y olía a puro. Por los cristales tintados, solo pudo ver el muro oscuro que era Thomas, más firme que nunca.

Philip se sentó en el asiento delantero, cerrando la puerta con otro portazo que habló por sí solo. Puso el motor en marcha y el coche salió del solar. Vivienne se puso de rodillas para mirar por la luna trasera mientras Thomas se iba haciendo cada vez más pequeño hasta que estuvo fuera de su vista.

Vivienne sintió como si estuviera dejando su corazón atrás.

Y quizás esa era la clave. Quizás eso era lo que necesitaba hacer para sobrevivir a esto.

Quizás, de hoy en adelante, debía ser alguien sin corazón.



22

Thomas

Thomas estaba de pie en la cima de la colina viendo cómo el coche desaparecía por una curva a lo lejos. Se quedó con la mirada fija hasta que empezó a ver borroso. Hasta que los árboles perdieron su forma.

«Déjame hacer esto», le había dicho. «Como un último acto de bondad».

Tenía que estar de puta broma. A Thomas le hubiese gustado reírse en su cara. Decirle que era una cobarde. Provocarla hasta que estallara y ella lo provocase a él. En lugar de eso, la había dejado marchar. ¿Cómo podía ser tan idiota?

El sonido de una pisada le hizo volver en sí de un respingo.

—¿Thomas? —Delaney le puso la mano sobre el hombro con la ligereza de una pluma—. ¿Estás bien?

Él se apartó de ella con brusquedad, con la ira arrasando todos y cada uno de los pensamientos que había en su mente.

—No me toques.

—Parece que se va a desmayar —dijo la iniciada desde algún lugar detrás de él.

Thomas las ignoró a ambas y empezó a bajar la calle en dirección a la atarjea plagada de malas hierbas en la que habían aparcado el coche. Oyó el sonido de unos pies corriendo detrás de él y, entonces, Colton y Eric aparecieron uno a cada lado.

—Ey —dijo Eric—. Nos estás dando un poco de miedo ahora mismo.

Thomas lo ignoró también, mientras buscaba las llaves en el bolsillo trasero.

—¿A dónde vamos? —preguntó Colton, con una calma exasperante.

—A Greenwich —dijo Thomas, apretando los dientes.

—Lo imaginaba —dijo Colton—. ¿Estás seguro de que es una buena idea?

Thomas siguió andando, ahora a toda velocidad, con la sangre acelerándosele. Una mano le tocó en medio del pecho y él reaccionó, cegado por la ira. El ruido de una columna vertebral crujiendo contra la puerta del coche lo hizo volver en sí de golpe. Colton estaba atrapado bajo las palmas de sus manos mientras levantaba las suyas en un gesto de rendición. Thomas se apartó de un tirón, demasiado furioso como para que le saliera una disculpa.

—Igual deberías tranquilizarte un poco —dijo Colton, desconcertado.

—Parece que estés a punto de matar a alguien —añadió Eric.

Thomas buscó a tientas el llavero.

—Es que *estoy* a punto de matar a alguien.

—Los homicidios premeditados son un delito —dijo Colton con

firmeza—, como también lo son los secuestros, ya que estamos, porque asumo que no planeas quedarte por Connecticut una vez que tengas a Vivienne contigo de vuelta y, si cruzas las fronteras estatales, el delito pasaría a ser competencia de los federales.

—Deja de escupir datos —estalló Thomas, a quien la cabeza empezaba a martillearle.

—Venga, Walsh —dijo Colton—. *Piensa*. Eres mucho más listo que todo esto. No puedes ir allí y entrar cargando como si fueras un toro. Ese hombre era Philip Farrow, ¿no? Pues es uno de los abogados mejor pagados de Nueva Inglaterra.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Eric.

—Eso es irrelevante —dijo Colton—. Lo que quiero decir es que no le faltan los recursos. Y, además, es su padre.

—*No* es su padre —escupió Thomas.

—¿Qué quieres decir? —Colton titubeó.

—Philip es su padrastro.

—Ah. —Colton consideró aquel dato durante unos segundos, mientras escaneaba los árboles lejanos con sus oscuros ojos—. Y ¿quién es su padre biológico?

—No sé qué importa eso ahora.

—Tú contesta a la pregunta.

—Pues no lo sé, creo que uno de los antiguos socios directivos de Philip. ¿Puedes apartarte?

La cara de Colton perdió parte de su rubor.

—Eso no es posible.

—Quítate de en medio, Price. —La voz de Thomas fue prácticamente un grito—. Joder, con el día que llevamos, ¿qué cojones nos importa quién es su padre biológico?

—Porque —dijo Colton, como si Thomas fuera un poco lento— *mi* padre era el antiguo socio directivo de Philip.



Tercera parte

La Casa

«¡Oh, dioses! ¡De qué modo culpan los mortales a los númenes!».

Homero, *Odisea*



23

Vivienne

Vivienne estaba tumbada boca abajo con una almohada de satén impoluta sobre la cabeza. No le estaba sirviendo de mucho para amortiguar el ruido que hacía su madre al llamar a la puerta.

Amelia llevaba casi un cuarto de hora aporreándola sin parar. Podía quedarse ahí fuera toda la noche si quería. Vivienne no pensaba abrirle. Quería estar sola, lamerse las heridas en privado.

Se merecía eso, al menos.

En el borde de la cama, Judd empezó a gimotear. Vivienne alargó la mano y lo acarició entre las orejas para calmarlo, hasta que el perro dejó de arrugar la frente. A su lado, Molly roncaba ligeramente. Le había costado casi una hora conseguir que se metieran en la bañera, y otra limpiarles la sangre de los hocicos. Horas más tarde, aún seguían empapados, con el pelaje reluciente como el de una foca. Si su madre se enterara de que los había dejado subirse así a la cama, le daría un infarto.

Fuera, en el pasillo, los aporreos se detuvieron de forma abrupta.

Fueron reemplazados por la voz de Philip, grave y furibunda.

—¿Qué demonios está pasando aquí? Te he mandado para arriba hace quince minutos. ¿Es que no eres capaz de controlar a tu propia hija?

—Se niega a abrir la puerta —se quejó su madre.

Vivienne se volteó hasta quedarse tumbada sobre la espalda y se apretó la almohada sobre la cara justo cuando un puño empezaba a aporrear con fuerza la puerta de nuevo.

—¡Vivienne! ¡Abre inmediatamente!

—Ha cerrado con pestillo —dijo Amelia, envalentonada por la ira de Philip ahora que ya no iba dirigida contra ella—. La he oído hacerlo.

Se escucharon más aporreos, aún más fuertes que los primeros.

Cuando era muy pequeña, antes de lo del desfiladero, Vivienne solía tener pataletas cuando no conseguía lo que quería. Se plantaba en medio de la habitación, se tapaba los oídos con los dedos y aguantaba la respiración hasta que se ponía de color morado.

Se preguntó si habría aprendido ese truco de Philip.

Molesta por el alboroto, Molly empezó a ladrar. Judd pegó las orejas a la cabeza.

—Sé que estás ahí dentro —dijo Philip en voz tan alta que parecía que había pegado la cara justo en la rendija de debajo de la puerta— y sé que me oyes, así que escúchame con atención: si quieres volver a ver a Thomas Walsh con vida, ya puedes ir abriendo la puerta.

La esperanza floreció, atroz, en su pecho, aunque sabía que no tenía derecho alguno.

Thomas vendría a por ella.

Después de todo lo que ella había dicho, de todo lo que había hecho, él vendría.

Justo como le había prometido que haría.

Vivienne se bajó de la cama de un salto, se dirigió a la puerta y la abrió de un tirón. Un estresado Philip se metió en su habitación, con la camisa arremangada y apestando a tabaco. Su madre lo siguió, fantasmagórica, en bata y zapatillas.

—*¿Dónde está?* —signó Vivienne.

—Espero que estés contenta —saltó Philip, en vez de responderle —. ¿Te haces una idea del peligro en el que nos has puesto? ¿De la clase de favores que he tenido que pedir para asegurarme de traerte de vuelta con tu madre de una sola pieza?

A su madre, que se había quedado de pie cerca de la puerta, le temblaba el labio inferior.

—No finjas que lo has hecho por mí. Lo has hecho por ti y por tu valiosa carrera.

—¡Por *nosotros*! —gritó Philip—. Madre de Dios, Amelia, mírate. ¿Quién crees que paga todo el bótox que llevas en la cara? ¿Quién crees que pone el dinero para tus compras compulsivas, tus clases de tenis y tu adorada membresía del club de campo? Yo y mi *valiosa carrera*, esa es la respuesta.

Molly estaba ladrando ya como una loca, con el pelo del lomo erizado. Detrás de ella, Judd se escabullía lentamente por el suelo, con las patas traseras temblando.

—Deberías estar arrastrándote a mis pies agradecida —añadió Philip alzando más la voz para que se le oyera por encima de los perros—. Cualquier otro hombre ya os habría echado a las dos. De hecho, uno *lo hizo*.

—No le metas en esto —saltó Amelia.

—Tu *hija* ha sido quien lo ha metido en esto —rugió Philip—. En el mismísimo instante en el que huyó con ese club suyo del demonio. ¿Sabes los riesgos que he asumido al llamar a ese sociópata? ¿Lo expuestos que nos he dejado ahora? ¿Cómo…? ¡Por el amor de Dios, calla a ese perro!

Vivienne dejó que Molly siguiese ladrando y, en su lugar, se fue a por un frasco de perfume de su tocador. Con la fuerza justa como para hacerlo añicos, lo lanzó contra la pared de al lado. El cristal estalló y tintineó al caer por el suelo de madera. Tanto Amelia como Philip la miraron sorprendidos.

—*¿Dónde está T-h-o-m-a-s?* —signó.

Amelia se aclaró la garganta.

—Quiere saber dónde…

—Sé perfectamente lo que quiere —escupió Philip—, pero no tengo ni puta idea de dónde ha ido Thomas Walsh. Era un farol. No quería tener que echar la puerta abajo.

La esperanza se extinguió como una llama, dejándole un sabor a ceniza en la boca.

—Si a ese chico le funciona alguna neurona —dijo Philip—, no volverá a dejarse ver por aquí.

—*Porque entonces lo matarás* —signó Vivienne, y su madre la interpretó.

La sonrisa de Philip fue tensa.

—No, porque le pagué muy bien por su tiempo y es lo suficientemente listo como para no poner eso en riesgo. Sí, se ha encaprichado, pero un futuro no se construye a base de caprichos. Si sabe lo que le conviene, cobrará su último cheque y se irá a casa.

Vivienne lo miró fijamente, con el dolor colándose por todos los recovecos más oscuros.

—No me crees —dijo Philip, mientras sacaba un documento enrollado de su bolsillo trasero y lo sostenía entre ambos—. ¿Crees que yo te mentiría? ¿Crees que Walsh fue a la catedral por su propia voluntad? Tú eras *un trabajo* para él, así que fue a buscarte siguiendo mis órdenes. La noche de la gala, firmó un acuerdo de confidencialidad a cambio de la mayor indemnización por despido que verá en su vida.

Vivienne tomó el documento y lo hojeó hasta el final.

Ahí, firmado y fechado, estaba escrito el nombre de Thomas.

Dio un paso atrás y se hundió en la silla del tocador. Pensó en Thomas en el confesionario, en su perfil fragmentado por la celosía de madera. Pensó en él en aquella habitación, en su corazón latiendo contra la palma de su mano. «Siempre iré a por ti».

Vivienne se había creído todo lo que él le había contado, pero quizá no debió hacerlo. Durante todo el verano, lo único que había hecho ella era engañarlo. Traicionarlo. Abandonarlo.

¿Por qué no iba a engañarla él también?

Una lágrima le rodó por la mejilla, incontrolable. Bajo sus huesos, su corazón estaba hecho trizas.

Qué irónico, pensaba que lo había dejado atrás.

—Te gusta fingir que eres la damisela —dijo Philip, pasándose la mano por el pelo graso—, pero tú eres el monstruo, Vivienne. La mayoría de los hombres te habrían metido bajo tierra en cuanto hubieran visto en lo que te habías convertido. Pero yo no. Yo te di un propósito. Un lugar en mi hogar. No volverás a aprovecharte de mi generosidad.

Vivienne alzó los ojos hasta encontrarse con los de Philip, con la furia palpitándole en la sangre.

—*¿O qué?*

Philip no necesitaba conocer la lengua de signos para entender la insolencia que había en la mirada de Vivienne. Sonrió, desabrido y tenso.

—La próxima vez no será un farol. Pásate de la raya una vez más y yo mismo me encargaré de encontrar a Thomas Walsh. Y, después, tú y yo volveremos a disfrutar de un maravilloso día de pesca en el que le cantarás hasta que se hunda en el fondo del Sound.

El silencio impregnó la habitación, absoluto y fúnebre.

—Tu madre acababa de subir para informarte de que, desde hoy, todos tus privilegios quedan revocados. Abandonarás el programa de verano. No responderás las llamadas de tus amigos. A partir de ahora, no tienes permitido salir de esta casa sin compañía bajo ninguna circunstancia.

Sintió cómo aquellas órdenes se retorcían dentro de ella, de la forma en la que las instrucciones de Philip siempre lo hacían: como si estuviera tirando de alguna cuerda preternatural, una cuerda que Vivienne tenía enredada por toda la columna vertebral.

No podía desobedecerle. No sin sufrir un dolor considerable.

—Durante años, he sido compasivo —siguió Philip—. Te he dejado vivir en tu pequeña pantomima. Te he permitido jugar a ser una jovencita. Pero vas a ver que mi indulgencia se ha agotado. Todo eso se acaba aquí y ahora.

Philip se fue, pero su madre se quedó allí. Los perros se calmaron, aunque a regañadientes. Se quedaron sentados a su lado, rígidos, como dos centinelas idénticos vigilando una tumba. Y eso es lo que

ella era. Un mausoleo viviente, con el fantasma de la persona que podría haber sido acechándola por dentro.

—Philip siempre ha cuidado de nosotras —dijo su madre, con los ojos enrojecidos y estrujándose las manos—. Has vivido en esta casa toda tu vida. No lo entiendes, nunca te ha faltado de nada. No tienes ni idea de lo que es sobrevivir con lo justo y tener que pedir hasta las cosas más básicas.

Vivienne miraba absorta hacia el frente. Deseó que su madre se fuera de allí.

—Tu padre fue mi primer amor —continuó Amelia, con una voz tan suave que hasta temblaba. Esto llamó la atención de Vivienne. Su madre nunca hablaba de su padre—. Fue algo demasiado absorbente. A veces, el primer amor puede sentirse así, como si en el mundo no existiera nada más que vosotros dos. Eso es lo que tú estás sintiendo ahora, ¿verdad? Solo tienes ojos para ese chico.

Ese chico.

Como si Thomas Walsh fuera un don nadie. Un transeúnte. Algo pasajero.

Quiso decirle a su madre que aunque viviera mil vidas, nunca conocería a nadie tan bueno como él. Pero en su lugar, se quedó callada.

—Yo pensaba que tu padre me amaba tanto como yo lo amaba a él —dijo su madre—, pero él tenía una mujer y dos hijos pequeños en casa. No quiso abandonarlos. Solicitó un traslado y se fue a otro bufete en Boston para estar más cerca de su familia. Había permitido que todo mi universo girara en torno a él, mientras que yo no había sido nada más que una estrella fugaz en el suyo. Me quedé sola en Nueva York, recién embarazada. Aterrada. Philip dio un paso al

frente. No tenía por qué hacerlo. No había nada que le obligase a ello. Pero aquí estamos. Él nos ha dado un hogar. Se quedó a nuestro lado incluso cuando ocurrió lo impensable.

Vivienne. *Vivienne* era lo impensable. Su silencio. Su terquedad. Su rostro en el espejo. Su voz, maldita y dañina. Escucharlo le había dolido más de lo que debería.

—Deberías estar agradecida —dijo su madre.

Agradecida por pasar su vida dentro de una jaula. Agradecida porque la usaran como arma. Agradecida por tener que ser siempre servil, bonita y callada. Por tener que mantener la cabeza baja y los dientes afilados, listos para matar cuando se lo ordenaran.

Debería estar agradecida por no poder ver a Thomas Walsh nunca más.

Cuando su madre por fin se marchó, fue un alivio. Vivienne se dirigió al baño, con los perros siguiéndola en silencio hasta dentro. El espejo se extendía por la pared, su superficie plana y tranquila como un lago.

Nada le devolvía la mirada.

No había unos ojos malvados, no había una sonrisa demasiado afilada. El espejo estaba vacío.

«¿Dónde estás?», preguntó en voz alta. Su voz era áspera, como la grava, machacada, como si hubiera pasado por un mortero. «Ven y mírame a los ojos».

Si la criatura la escuchó, no le contestó.

«Cobarde», dijo Vivienne en voz alta, aunque no tenía claro a quién se refería.

Si a la criatura o a la chica.

Exhausta, se dejó caer sobre la puerta hasta cerrarla y se levantó el

dobladillo de la camiseta del pijama. La costra formaba una horrible media luna de escamas oscuras y brillantes que le atravesaba el abdomen. Parecía más grande esta noche, como si la cosa horrible que llevaba dentro, fuera la que fuera, la estuviera devorando poco a poco desde su interior. Rápidamente, volvió a ponerse bien la camiseta.

No podía hacer esto. No podía sentarse a esperar sin hacer nada, mirando al espejo hasta que algo la mirase de vuelta. No podía hacer el papel de hija obediente y de arma letal hasta que no quedase de ella nada más que un último aliento.

Entonces, en pleno ocaso, un retorcido pensamiento le vino a la mente. Philip sí tenía razón en algo de lo que había dicho: ella nunca había sido la damisela, siempre había sido el monstruo.

Y, por lo tanto, se comportaría como tal.

Decidida, volvió a su habitación, se quitó el pijama y se vistió, y metió algunas de sus cosas en una de sus viejas bolsas de danza. Molly y Judd la rodeaban mientras ella se movía, inquietos y confusos.

Entre el desorden de su tocador, encontró una familiar maraña de oro blanco. La levantó para inspeccionarla, y un medallón giró ante sus ojos. En él, se veía a un ángel alado de perfil empuñando una espada. Vivienne lo había robado de la habitación de Thomas el día en que lo besó. No pretendía hacerlo, pero se fue de allí tan presa del pánico que ni siquiera se dio cuenta de que lo llevaba puesto hasta mucho tiempo después de haber huido. Para entonces, se había sentido demasiado humillada como para ir a devolvérselo.

Pasó la yema del pulgar por las palabras que había grabadas en el borde.

«San Miguel, protégenos».

En un impulso, Vivienne se colgó la cadena al cuello. El medallón estaba frío y le pesaba sobre el pecho. En cuanto hubo terminado, se sentó en el balcón y vio cómo se ponía el sol. El cielo estaba tan lleno de color que parecía una baya madura. Poco a poco este fue desapareciendo hasta que solo quedó una oscuridad aterciopelada. La humedad se asentó en el ambiente y el aire trajo consigo una frescura que indicaba que el otoño estaba a la vuelta de la esquina. Sobre el camino de la entrada ya habían caído las primeras hojas de los arces, que se doblaban sobre sí mismas como oscuros brotes moribundos.

En el piso de abajo, la casa fue acallándose lentamente.

Vivienne contaba con varios aspectos que jugaban a su favor. En primer lugar, Philip nunca terminaba el día sin tomarse una copa. Si estaba estresado, y siempre solía estarlo, se tomaba hasta dos. De igual manera, su madre nunca se iba a la cama sin haberse tomado una pastilla para el insomnio y varias copas de riesling bien fresco.

Ambos estarían profundamente dormidos en un santiamén, lo que significaba que ninguno se daría cuenta cuando Vivienne se colase en el despacho de Philip.

Para cuando por fin bajó las escaleras, la oscuridad era total. Los perros la siguieron como dos silenciosos espectros, flanqueándola uno a cada lado. Su madre estaba en su habitación, con la puerta cerrada con pestillo y las luces apagadas. Philip estaba en la sala de estar, con un vaso sobre la tripa y la barbilla apoyada sobre el pecho. Dormitando, pero con sueño ligero.

Vivienne tendría que ser muy silenciosa.

Afortunadamente, se había vuelto muy muy buena en lo de ser

silenciosa.

Se deslizó de lado por la puerta del despacho, agradecida por la luz de la luna que se filtraba por la ventana. No podía arriesgarse a encender ninguna lámpara. Dejó su bolsa en el suelo, se sentó en la silla del escritorio de Philip y empezó a palpar por la parte de debajo de la madera hasta que sus dedos dieron con un botón bien escondido. Justo encima del cajón superior, se abrió de golpe un pequeño compartimento.

Sacó los papeles que su padrastro guardaba dentro, sabiendo lo que iba a encontrar en ellos. Se mentalizó. En una pila ordenada cronológicamente había varios informes forenses sellados. Las presas de Philip. Las víctimas de Vivienne.

Si el periodista estaba en lo cierto, todos ellos habrían tenido las mismas toxinas en la sangre cuando murieron.

Si estaba en lo cierto, había pruebas. Quizá las suficientes para abrir un caso.

Se le cayó el alma a los pies al ver tantos nombres: reconoció algunos, aunque la mayoría no. Todas estas personas habían sido lo bastante cercanas. La habían llamado *muñeca*, le habían dado caramelos, le habían enseñado cómo poner el cebo en el anzuelo o cómo usar una sonda de pesca para encontrar peces.

Y, a cambio, ella cantó para ellos.

Dulce como un pájaro.

Los dos últimos nombres de la pila la dejaron helada. Mikhail Popov, a quien sacaron del estuario. Bryce Donahue, fallecido al llegar al hospital. Guardó todos los informes en la bolsa y cerró el compartimento. Después, se fue tal y como había entrado. En silencio.

Ya en la puerta principal, Vivienne se quedó parada en el umbral mirando al cielo nocturno, que centelleaba sobre ella como una cúpula plagada de estrellas brillantes como diamantes. Agarró las correas con más fuerza y avanzó hasta el camino de la entrada. Molly y Judd salieron corriendo hacia el césped para aliviarse. Ella se quedó inmóvil y esperó a que el sufrimiento la golpease: a que llegase ese dolor sordo de la desobediencia, esa sensación desgarradora de la insubordinación.

Pero no ocurrió nada. Philip le había dicho que no podía salir sin compañía.

No había tenido en cuenta a los perros.



Pese a las horas y horas de carísimo entrenamiento, a Molly y a Judd se les daba fatal pasear. Se abalanzaban sobre cada conejo, cada hoja y cada sombra que veían, tirando de Vivienne con las correas. Sobre su cabeza, el brillo de las farolas se tragó por completo el firmamento. No pasaba ningún coche. Afortunadamente, reinaba el silencio.

Hadley Appelbaum vivía al otro lado de la urbanización cerrada, en una preciosa casa de ladrillo con molduras blancas y contraventanas negras. Los aspersores estaban encendidos y, cuando Vivienne dejó que los perros la arrastraran entre ellos, el fresco beso del agua sobre su piel la hizo tiritar. Para cuando llamó a la puerta principal, estaba calada hasta los huesos.

Se encendió una luz por encima de su cabeza y Hadley abrió la puerta, ya sin arreglar, con una bata de seda y unos rulos.

—Oh —dijo—, pensaba que eras el repartidor de pizza.

—*¿Puedo pasar?* —signó Vivienne—. *Necesito darle algo a tu padre.*

—No sé… —dijo Hadley, mirando a Judd y a Molly—. A mi madre le daría algo si dejo que los perros entren en casa.

—*Seré rápida* —prometió Vivienne.

Pero Hadley no abrió la puerta. La mantuvo entornada, como una barrera entre ambas.

—¿Tienes idea de lo que me has hecho pasar? —preguntó de repente—. Frankie y yo pensamos que te habían *secuestrado*. ¿Sabes el miedo que pasamos? Hablamos con Hudson y nos dijo que tú misma lo habías planificado todo. Todo. Que solo fue una broma.

—*No fue una broma* —signó Vivienne, desanimándose por momentos.

—Ah, entonces, ¿no fuiste tú el cerebro que orquestó el asalto con pistolas de *paintball*?

Vivienne no respondió. ¿Qué podía decir que no la hiciese sonar culpable? *Era* culpable. Pero sus razones para haberlo hecho solo alejarían aún más a Hadley.

—Justo lo que yo pensaba —dijo Hadley, cuando Vivienne no dijo nada—. Por cierto, los patéticos de tus amigos me destrozaron el vestido. Ni siquiera en la tintorería han podido salvarlo.

—*Te lo pagaré* —signó.

—No te molestes —dijo Hadley—. Mira, Viv, te quiero y, si lo estás pasando mal por algo, lo siento. De verdad que lo siento. Pero todo esto ha sido muy duro para mí. Creo que lo mejor será que te vayas a casa.

—*Pero tengo que hablar con tu padre* —signó Vivienne, justo antes de ponerse a rebuscar la carpeta con los informes en su bolsa. La sujetó debajo del brazo y añadió—: *Necesito darle esto. Es importante.*

—Entonces puedes dárselo en comisaría —dijo Hadley—. Mañana, cuando esté trabajando. Ahora no está de servicio.

Le cerró la puerta de golpe en la cara.

En el jardín, los aspersores se apagaron. La luz del porche también. Hasta las polillas huyeron en desbandada, desperdigándose por la oscuridad como si hubieran sentido que un depredador andaba cerca. Vivienne sacó un bolígrafo de la bolsa y escribió una nota en la tapa de la carpeta: «Los he encontrado en el despacho de Philip Farrow. Pensé que te resultarían interesantes». Cuando hubo terminado, metió la carpeta en el buzón. Vivienne esperó que con eso fuera suficiente.

Tras convencer a los perros para que se levantaran, Vivienne se dirigió hacia el camino de entrada. La vasta cúpula de luz de estrellas ya no le resultaba grande y tentadora. Ahora le parecía que se burlaba de ella. Nunca se había sentido tan pequeña. Nunca se había sentido tan sola.

Había recorrido la mitad del camino de entrada cuando vio que se encendían los faros delanteros de un vehículo.

Había un coche parado varias casas más abajo, y sus luces la enfocaban de lleno. En el extremo de la correa, Molly se quedó inmóvil como una estatua. Olfateó el aire, con el pelo del lomo erizado. Judd soltó un ladrido inquisitivo.

Los faros se apagaron.

Con un tirón, Vivienne instó a Molly a que caminase más rápido. Aceleraron el ritmo, tanto que el medallón de Thomas empezó a oscilar como un péndulo contra su esternón. La tira de la bolsa de danza se le clavaba en el hombro. No sabía a dónde iba. A casa de Frankie, quizá, aunque ese era un trayecto mucho más largo.

El coche arrancó y avanzó por la calle. Con las luces apagadas, empezó a seguirla.

Por la acera, Vivienne apretó aún más el paso. Cuando giraba, el coche también giraba. Y cuando salió de la urbanización, el coche hizo lo mismo. Las casas que la rodeaban ahora estaban más dispersas, con los solares repartidos por colinas empinadas y valles inclinados. Casas amarillas y grises idénticas se amontonaban en parcelas de césped aplanadas artificialmente.

Dobló una esquina hasta llegar a una calle más antigua, donde se detuvo en seco. Allí había otro coche parado en medio de la carretera. Oyó cómo se cerraba una puerta y, en la penumbra, la figura de un hombre empezó a materializarse. A duplicarse. A triplicarse. De repente, había cuatro hombres.

Los dos perros empezaron a ladrar.

—Estamos buscando a la chica responsable de la muerte de Jesse Grayson —dijo uno de ellos. Vivienne no reconoció la voz—. Tú encajas con la descripción.

—No la incites a hablar —dijo otro—. A menos que quieras sacarte los ojos con tus propias manos.

La atravesó un miedo serrado. Se echó hacia atrás, tirando de los perros hacia ella al mismo tiempo. El coche que estaba a su espalda encendió las luces. El que tenía delante lo imitó. Vivienne estaba atrapada entre los faros, con el corazón latiéndole desbocado en el pecho.

A su derecha había un ancho muro de rocas, restos que los obreros dejaron en su día tras detonar los explosivos en las colinas para construir la carretera. Y a su izquierda, había una acera de hormigón y, justo al otro lado, un barranco, profundo y oscuro. Descendía

hasta una zona boscosa llena de tocones y pinos. Vivienne podía despistarlos allí.

—El presidente te ha estado buscando —dijo el hombre que estaba más cerca de ella—. Ya es hora de ir a casa.

Justo delante de ella, saltó la alarma del coche. Las luces destellaban mientras el vehículo emitía unos estridentes pitidos. Los hombres giraron en seco, sobresaltados por semejante interrupción. Detrás de ella, al segundo coche le pasó lo mismo. Judd se les unió, con un aullido alto y claro.

Vivienne no se cuestionó aquel repentino golpe de suerte, sino que aprovechó la oportunidad y se lanzó barranco abajo, tirando de los perros con ella. Molly y Judd demostraron más agilidad de la que podía haberse imaginado y ella, en la oscuridad, había subestimado la pendiente. Cayó en picado por la ladera hasta chocar contra el suelo tan fuerte que le temblaron los huesos. Se golpeó la sien contra una roca y vio las estrellas. Saboreó las estrellas.

Una nariz húmeda la olisqueaba por el pelo. Una segunda se apretaba contra su oreja y gruñía y chascaba los dientes. «Levántate», parecía decirle. «Muévete». Vivienne se tambaleó hasta ponerse en pie, con la pierna derecha chillando del dolor, y se lanzó hacia los árboles cojeando. Por encima de ella, en la calle, las alarmas de los coches se habían apagado. Ahora la noche estaba llena de gritos.

Echó a correr, con los perros arrastrándola tras ellos, tropezándose con las raíces y las zarzas. Cuando por fin salió de los árboles, con arañazos de las ramas y respirando con dificultad, Vivienne se encontraba en un barrio que reconoció.

Las imponentes mansiones de estilo georgiano emergían de entre

la oscuridad como Goliats, iluminadas con focos amarillos. Vivienne no redujo el paso, y los perros tampoco, que siguieron tirando de ella más rápido de lo que se sentía capaz, hasta que le entró el flato.

Vivienne no se detuvo hasta que tuvo la casa familiar de Hudson Turner a la vista. A punto de desplomarse, aporreó la puerta mientras rezaba por que los padres de Hudson estuvieran haciendo el turno de noche en el hospital.

La puerta se abrió y apareció Hudson, con la camiseta a medio poner y los pantalones de chándal con puños en los tobillos. Tenía los ojos adormilados, como si hubiese estado profundamente dormido. El chico le echó un vistazo, reparando en el hilillo de sangre de la frente y en su ropa manchada de barro.

—Debería darte un portazo en la cara —dijo—. Es lo que te mereces.

Vivienne quiso decirle que lo sentía. Que sentía haberle mentido, que sentía haberle hecho daño. Que sentía haberle hecho partícipe de su plan. Que sentía mucho todo: cómo había empezado y cómo había acabado. Y también todo lo que había sucedido entre medias. Pero no podía decirle nada de eso, claro. No lo entendería. Vivienne solo pudo mirarlo a los ojos y esperar que Hudson decidiera qué iba a hacer con ella.

Finalmente, dijo con un gruñido:

—Supongo que ambos somos un poco culpables de utilizar al otro, ¿no?

Vivienne se quedó quieta y se permitió tener esperanza. Con los hombros hundidos, él abrió la puerta del todo.

—Venga, pasa —dijo—, que están entrando los bichos.



24

Vivienne

Para sorpresa de Vivienne, Reed estaba allí. Se lo encontraron en el sótano arreglado de los Turner, repantigado en el lujoso cuero de una silla *gamer* con un mando en la mano. Al ver a Vivienne, pausó el juego y se puso en pie como un resorte, colgándose los cascos del cuello.

—Joder, Viv.

—*Parece peor de lo que es* —signó ella, aunque no estaba segura de que eso fuera verdad.

Con cada latido de su corazón, Vivienne sentía que una cascada de sangre le caía por el lateral de la cara; la pierna seguía chillándole de dolor; y su abdomen tenía latido propio. Rodeado por el halo rojo de su avatar, que estaba a punto de morir, Reed tampoco es que tuviera mucho mejor aspecto. Tenía un corte muy feo en el puente de la nariz y la zona de las ojeras inflamada y de un intenso color violeta.

—*¿Y a ti qué te ha pasado?*

—¿Esto? —Se tocó la nariz con el dedo—. Puedes agradecérselo a

tu novio. Se puso en modo John Wick cuando te largaste.

Algo revoloteó en su estómago, ligero como una mariposa y el doble de etéreo. Vivienne lo aplastó de inmediato.

—Necesita un sitio donde quedarse —dijo Hudson—. Le he dicho que puede pasar aquí la noche.

—¿Dónde está Grayson? —dijo Reed con el ceño fruncido.

Vivienne negó con la cabeza.

—Mierda. —Reed se pasó una mano por encima de la cabeza—. A ver, tampoco puedo decir que no me lo hubiera visto venir. ¿Y tú estás bien?

—*Estaré bien.*

—¿No puedes quedarte con Walsh?

—*No* —signó, pellizcando el aire con los dedos.

—Entiendo. —Reed entrecerró los ojos.

—Hablando de Walsh —tanteó Hudson—, ¿dónde está?

Vivienne no quería reconocer que probablemente Thomas estaba de vuelta en Massachusetts con los bolsillos llenos de dinero y una copia del acuerdo de confidencialidad en la guantera. No quería admitir que todas y cada una de las cosas perfectas que él le había dicho podían haber sido una mentira.

Con una mueca de dolor, levantó los dos pulgares.

—*Está vivo* —interpretó Reed.

—Sé lo que quería decir —dijo Hudson, aún estudiándola con reservas—. Pero no te he preguntado en qué estado lo dejaste, Vivienne. Te he preguntado *dónde* está.

—*¿Por qué quieres saberlo?*

—Porque no quiere volver a verlo en esta casa después de la que armó la última vez —respondió Reed sin molestarse siquiera en

interpretarla.

Vivienne quiso preguntar qué era lo que había hecho, pero hablar de Thomas era como una herida reciente: estaba demasiado fresco como para tocarlo.

En su lugar, signó:

—*No volverá.*

Reed se recostó sobre la silla con una sonrisa mordaz.

—¿Estás segura de eso? Yo tampoco pensaba volver después de toda la mierda que ha pasado y, mira, aquí estoy.

En el piso de arriba, alguien aporreó la puerta principal. El ruido retumbó por toda la casa, haciendo que los perros se pusieran a ladrar.

—Me apuesto lo que quieras a que ese es Walsh —dijo Reed, mientras volvía a ponerse los cascos.

Hudson miró a Vivienne a los ojos a través de la tenue luz de la lámpara.

—Tengo que reconocérselo —dijo Hudson, chistoso—, la sincronización ha sido impecable.

Thomas no miró a Vivienne ni una sola vez mientras se abría paso en el vestíbulo de los Turner. Se quitó a los perros de encima, con cuidado pero con firmeza, y pasó a la sala de estar que se encontraba justo al lado de la entrada. La casa de los Turner era prácticamente un coloso, cuyos techos artesonados se elevaban más de tres metros, pero aun así Thomas parecía llenar y llenar el espacio, hasta que no quedaba nada más que él. Vivienne no estaba segura de si siempre había eclipsado las habitaciones de este modo o si solo era su

percepción. Si quizás era porque él la había consumido hasta tal punto que todo lo demás se empequeñecía a su alrededor.

Vivienne deseó que él la mirase.

Pero no lo hizo.

Thomas se puso a mirar por los amplios ventanales frontales voladizos, comprobó sus cerrojos varias veces y corrió las cortinas de un tirón.

—Pasa, hombre —dijo Hudson, irónico—, como si estuvieras en tu casa.

—No le abras la puerta a nadie —dijo Thomas, comprobando otro de los cerrojos.

—Ah, no, no te preocupes —le aseguró Hudson—. Ya me arrepiento de haberos dejado pasar a los dos últimos que habéis venido.

—Voy en serio, Turner.

—Por Dios, Walsh, lo pesco: no le abriré a nadie. —Apoyó la cadera en una mesita auxiliar y la cara se le iluminó desde abajo con la luz de una lámpara Tiffany—. ¿Vas a contarnos qué es lo que ocurre?

Thomas respondió a su pregunta con otra:

—¿Están tus padres en casa?

—No —dijo Hudson—. ¿Por qué?

Thomas fue rápidamente hasta la siguiente habitación que, por su aspecto, era un despacho, minimalista y limpio. Diligentemente, repitió el mismo proceso. Cerrojo. Cortina. Siguiente ventana. Vivienne y Hudson lo seguían, ahora hombro con hombro bajo las puertas francesas dobles.

Thomas cerró otra cortina.

—¿Está Connolly aquí?

—En el piso de abajo —dijo Hudson—. No ha querido subir. Ahora mismo, no es que seas su persona favorita.

—Él tampoco es la mía —le aseguró Thomas. Se giró para mirar directamente a Hudson—. No dejes que se marche.

—¿Y eso?

—Hay gente por ahí. —Volvió a cerrar otra cortina—. Podrían estar buscándolo.

Hudson endureció la mirada, desconfiado.

—¿Qué tipo de gente?

—Gente *mala* —soltó, brusco, Thomas, cuya paciencia se estaba agotando—. Creo que son miembros de la Casa de Hades.

—¿De ese club de pringados de internet? —preguntó Hudson.

—Estos tíos eran diferentes —dijo Thomas.

—¿En qué sentido?

—No sé, Turner, no parecían ser los típicos a los que les gusta jugar a los demonios. ¿Puedes conseguir que Reed se quede en tu casa o no?

Hudson observó a Thomas con cara de pocos amigos durante unos segundos.

—Sí, creo que puedo convencerle para que se quede.

—Bien. Vámonos, Vivienne.

El sonido de su nombre la atravesó, chisporroteante, como si hubiera acercado una cerilla a la mecha de unos fuegos artificiales. Captó su atención de golpe y le aceleró el corazón. Thomas aún no la había mirado, pero estaba agarrando las correas de los perros y dirigiéndose hacia la puerta.

—Creo que todavía es seguro —dijo Thomas. Se detuvo en la

puerta y observó el exterior por las estrechas ventanas laterales—. Tenemos que irnos ya.



La camioneta de Thomas estaba aparcada fuera, a unos pocos pasos bajando la calle. Sin decir ni una palabra, Thomas ayudó a Vivienne a subirse al asiento del copiloto y tiró su bolsa de danza en los asientos traseros. El interior del vehículo estaba desgastado pero limpio. No estaba desordenado, ni hecho un desastre. Un rosario azul colgaba del retrovisor interior. Se balanceó como un péndulo en cuanto Thomas arrancó y empezó a desplazarse por la calle.

Condujeron en silencio. Los únicos ruidos que había eran el zumbido del motor y el viento golpeando el capó una y otra vez. Molly y Judd dormitaban uno encima del otro en el estrecho asiento trasero con las orejas levantadas, la única señal de que estaban atentos por si había problemas. Por las ventanillas, la autopista pasaba volando en anchos parches oscuros, interrumpidos por rápidos destellos blancos aquí y allá.

En el cristal, Vivienne seguía sin tener reflejo.

Alargó la mano y puso un dedo en el lugar donde debería estar su cara, estirada como un caramelo blando por el efecto de la curvatura del cristal de la ventanilla del coche. Pero no había nada más que oscuridad, oscuridad, oscuridad, y la distante franja del quitamiedos que se veía en caprichosas ráfagas grises.

Vivienne se recostó hacia atrás y vio que Thomas la estaba observando por el rabillo del ojo, con los músculos de la mandíbula contraídos. Los ojos de este volvieron a la carretera de inmediato. Sus nudillos estaban blancos en el volante. Si Thomas se había

percatado de la ausencia de su reflejo, no se lo dijo.

De hecho, no dijo nada en absoluto.

—*¿Dónde vamos?* —preguntó Vivienne, cuando llegaron a un tramo bien iluminado de la autopista.

—A un lugar seguro —respondió él.

Ya no dijo nada más.

Pasó una hora. Y otra. El cartel de Massachusetts se deslizó a su lado en una ráfaga azul. Thomas se mantuvo dentro de los límites de velocidad, e iba mirando intermitentemente por los retrovisores. Tras ellos, la carretera estaba vacía.

Ya era más de medianoche cuando Thomas aparcó el coche en un camino de entrada invadido por un césped demasiado crecido. Estaban a unos quince minutos de la autopista, perdidos en una plana zona residencial con casas de dos plantas en diferentes estados de abandono. Frente a ellos, unas cuantas lámparas solares iluminaban un camino de adoquines destartalado por las malas hierbas. En el porche, una lámpara llena de telarañas colgaba torcida de su sujeción, roja por el óxido. A través de una ventana con mosquitera, se veía una televisión que parpadeaba, iluminando una pared adornada con diversos marcos de fotos desparejados y un sofá lleno de bultos rodeado de plantas de interior con las hojas lacias.

Thomas le abrió la puerta del copiloto, con los perros erguidos y alertas a su lado.

—Vamos.

—*¿Esta es tu casa?* —signó Vivienne, pero él no la vio. Thomas estaba echando un vistazo a la oscura carretera mientras un coche pasaba de largo por la calle de al lado.

—Venga —dijo él, con una tensión en su voz que ella no reconoció

—. Rápido.

Thomas la guio por el camino, maldiciendo en voz baja todas las veces que Judd y Molly pararon a aliviarse en las descuidadas azaleas.

Justo acababan de llegar a la puerta principal cuando esta se abrió de golpe. Enmarcada por el brillo de la televisión, había una chica que no tendría más de quince años. Era alta y delgada, estaba en posición de ataque, y llevaba el pelo en un moño despeinado y una camiseta con dibujo tres tallas más grande.

—Estamos en plena noche —dijo la chica, con una voz que rezumaba tanto veneno que Vivienne se sorprendió de que no los hubiese fulminado ahí mismo.

Thomas la apartó de en medio sin decir ni una palabra, apañándoselas para meter a Vivienne y a los perros por la puerta en un único movimiento. Cerró de un portazo y echó el pestillo. Estaban en un salón de techos bajos y molduras desparejadas, en el que las paredes eran un despliegue de colores vivos. Entre la cálida luz del salón y la estrecha cocina de suelo vinílico colgaba una solitaria pancarta caída que decía: ¡FELIZ CUMPLEAÑOS!

—Cierra las cortinas —le dijo Thomas a la chica, mientras echaba un vistazo fuera por la mirilla.

La chica —la hermana de Thomas, supuso Vivienne— se mostró completamente indiferente al tono de su hermano.

—Lo prometiste, Tommy.

—Cierra las cortinas, Tess.

—*Prometiste* que no te perderías tu cumpleaños. Hicimos *cupcakes*.

En la puerta, Thomas apoyó la frente contra el marco. Cerró los ojos y dejó escapar un solo suspiro para tranquilizarse. Levantó el

puño y dio tres golpes en la pared, lentos, pero firmes. *Pum, pum, pum*. Y entonces, con una presteza alarmante, se acercó hasta las cortinas y las cerró de un tirón. A continuación, se dio la vuelta para mirar a su hermana.

—Siento mucho —dijo, hablando lento y claro— haberme perdido mi cumpleaños.

—Te hemos guardado un *cupcake* —dijo Tess, aunque con un poco de mala gana—. ¿Qué te ha pasado en el ojo?

—No te preocupes por eso.

La hermana de Thomas lo siguió hasta la cocina. Vivienne, que se sentía un poco fuera de lugar y extremadamente asustada, los seguía a su vez, como si fuera un molesto fantasma. Observó a Thomas ponerse de puntillas para echar el cerrojo de la ventana que había justo encima del fregadero, que estaba abarrotado de platos. Sobre la encimera laminada había un plato de cerámica decorado con pequeñas huellas de manos de color azul. En el borde, alguien había pintado: «Tommy, 3 años». En medio del plato había un *cupcake* solitario con una vela encima, que ya se estaba torciendo hacia el lado por el que la cobertura había empezado a derretirse.

—¿Has vuelto a meterte en una pelea? —preguntó Tess, siguiendo a Tommy los pocos pasos que los separaban de la puerta de atrás. Él forcejeó con el pomo para asegurarse de que también estaba cerrada —. Porque si lo has hecho, mamá te va a matar. Y luego te sentirás fatal porque el esfuerzo que le costaría matar a alguien de tu tamaño la dejaría hecha polvo un mes. ¿Eso es lo que quieres, Tommy? ¿Qué te reconcoma la culpa toda la eternidad?

Thomas se giró rápidamente y agarró a su hermana del hombro con firmeza.

—Tessa.

Ella no dio su brazo a torcer.

—Tommy.

—Vete a terminar la película.

—No quiero —dijo ella, animadamente—. Esto es mucho más interesante. ¿Esta es tu novia?

Thomas se quedó visible y dolorosamente inmóvil. Siguió sin mirar a Vivienne, pero esta vez, ella pudo sentir cómo él intentaba deliberadamente *no* mirarla. Como si ella fuera lo único de lo que él estaba pendiente, como si todas y cada una de las células de su cuerpo le estuvieran incitando a girarse y mirarla a la cara.

—No —dijo él, finalmente. Sonó forzado.

—Está sangrando —apuntó su hermana—. ¿Habéis tenido un accidente con el coche?

Thomas pasó a su lado con el ceño fruncido y abrió un armarito. Rebuscó entre los contenidos hasta que sacó un botiquín.

—¿Te vas a comer el *cupcake*? —preguntó Tess, mientras lo seguía de vuelta al salón—. Lleva fideos de colores.

—Me lo comeré luego —dijo Thomas—. Vamos, Vivienne.

Vivienne se quedó de pie sola en la oscuridad de la cocina. Quería preguntarle a Thomas por qué la había traído aquí, por qué le había abierto las puertas de su casa así, después de lo intencionadamente horrible que ella había sido con él. Vivienne sintió como si él se hubiese abierto en canal y ella estuviera viendo directamente su corazón, lo que era cruel, cruel, cruel, porque ¿cómo se suponía que iba ella a evitar quererle ahora?

—¿Vivienne? —Tessa fue a por ella, mirándola con sus grandes ojos claros—. ¿Ese es tu nombre? Es bonito. En fin, mi hermano está

haciendo una exhibición de su clásico comportamiento de bicho raro, así que, ¿podrías decirme tú si habéis tenido un accidente? ¿Un choque múltiple con otros diez coches, quizá? ¿Es por eso por lo que *se ha perdido su cumpleaños*?

—Déjala en paz —dijo Thomas, atravesándola con la mirada. Tuvieron una breve pero silenciosa conversación entre hermanos, de las que hacían que Vivienne fuese muy consciente de lo tremendamente solitaria que había sido su infancia, y después, Thomas, que había salido victorioso, avisó—: Estaremos en mi habitación. No les des comida de la nevera a los perros.



25

Vivienne

Vivienne nunca había pasado mucho tiempo en casas de otras personas. Cuando era más pequeña, era una medida preventiva porque, lejos de los vigilantes ojos de Philip o de Mikhail, habría sido muy fácil que se despistara y hablase. Más adelante, cuando ya hubo crecido lo suficiente como para custodiar su lengua como una fortaleza, ya se había convertido en una costumbre. Se quedaba en casa sola, encerrada en su habitación viendo el mundo a través de la pequeña ventana que era para ella su móvil: construyó un verdadero reino en la palma de su mano, uno en el que podía ser lo ruidosa o lo callada que quisiera sin decir una sola palabra, uno en el que podía ser lo que deseara o quien deseara.

Más allá de su habitación, la casa de los Farrow era intocable. Un museo. Bañada por el sol y de color beige, así había escuchado a su madre describirla una vez durante una entrevista con su revista del hogar favorita. Amelia no dejó de sonreír mientras le iba enseñando habitación tras habitación a la periodista, esperando con orgullo a un

lado mientras lucía su vestido nuevo y sus tacones de diseño ante el fotógrafo, que no dejaba de hacer fotos.

Pero a Vivienne siempre le había parecido fría.

La casa familiar de los Walsh era todo menos eso. El color estaba presente en todos los rincones de la casa, y toda esa miríada de tonos estaba cubierta a su vez por fotografías de un pequeño y sonriente Thomas en una piscina hinchable, o de Tessa en una trona con toda la cara llena de espaguetis. Clavados con chinchetas por aquí y por allá, había dibujos hechos con ceras de jirafas con rayas y caballos torcidos, así como hojas arrancadas de libros para colorear pintarrajeadas con colores primarios por algún artista que aún era muy pequeño como para no salirse de las líneas.

El tipo de cosas que su madre tiraba en el mismo momento en el que las recibía.

En silencio, Vivienne y Thomas recorrieron en fila un estrecho pasillo del que colgaban muchas fotos de Thomas y su hermana, sonrientes y sin algún diente de leche, tantas que casi no quedaba espacio libre en la pared. Después, bajaron un corto tramo de escaleras enmoquetadas y abrieron una puerta que daba a un garaje.

O, más bien, a los restos de uno.

No había ningún coche. En su lugar, pegada contra la pared más lejana, había una cama perfectamente hecha con un edredón de franela doblado por la parte de arriba. Cerca, acorralada por una torreta de cajas de almacenaje en las que ponía «invierno», había una cómoda a medio pintar, como si alguien hubiese comenzado el proyecto con la intención de restaurarla y darle una segunda vida, pero lo hubiese abandonado antes de terminarlo. Había varios estantes de paneles perforados anclados a la pared sobre los que

descansaban diversas figuritas de personajes de cómics en perfectas condiciones, a excepción de la capa de polvo que se les acumulaba en los hombros.

—*¿Esta es tu habitación?*

—Era esto o dormir con Tess —le dijo, sin mirarla—. Tengo que hacer una llamada rápida. Vuelvo enseguida.

Y, entonces, Thomas salió de allí con el móvil en la oreja. El grave murmullo de su voz reverberaba hasta ella en un indescifrable barítono. Vivienne deambuló por el espacio en silencio, sola y desesperada por encontrar algo que hacer. Terminó pasando los dedos, distraída, sobre las cabezas polvorientas de las figuritas hasta que su dedo se detuvo sobre una brújula. Tenía la tapa abierta, dejando a la vista un cristal hecho añicos y una tambaleante flecha roja. Intrigada, la tomó para inspeccionarla.

El suave *clic* de la puerta al cerrarse hizo que el corazón se le subiera a la garganta. Vivienne se giró como un resorte y se encontró con Thomas de vuelta en la habitación, mirando atentamente el objeto que tenía en las manos. La flecha no dejaba de moverse, sin rumbo, sin apuntar al norte, solo hacia su hombro. Los ojos de Thomas se oscurecieron. Nerviosa, Vivienne volvió a dejar la brújula en el estante.

—*Lo siento* —signó—, *no debería haber tocado nada.*

—No pasa nada —dijo él, antes de aclararse la garganta—. Siéntate. Vamos a curarte.

—*Puedo hacerlo yo sola.*

Él le señaló la sien con un gesto.

—Va a ser un poco difícil que te cures eso sin un reflejo.

Era lo más cerca que había estado de hacer un chiste desde que

había llegado a casa de Hudson. Una sensación de alivio la recorrió por dentro, y se dejó caer sobre la cama, sentándose sobre las piernas dobladas. Thomas se sentó a su lado, abrió el botiquín y rebuscó entre sus contenidos hasta que dio con una gasa esterilizada y una ampolla de suero fisiológico. Con delicadeza, empezó a limpiarle la sangre de la cara. Vivienne se quedó quieta y le dejó hacer, sin apenas atreverse a respirar.

Por último, le puso una tira adhesiva de sutura con sumo cuidado sobre el corte de la sien y se echó hacia atrás, admirando su obra bajo la tenue luz de la lámpara. Thomas tragó lentamente, lo que hizo que los músculos de su garganta se tensaran visiblemente. En ese silencio, Vivienne pudo sentir cómo Thomas estaba tratando de reunir el valor para decirle algo y, de repente, la aterró pensar qué podría ser.

—Vivienne…

—*Es tu cumpleaños* —signó, interrumpiéndole.

—Ah, sí.

—*No me lo habías dicho.*

En las comisuras de la boca de Thomas asomó una sonrisa.

—No sé si te has dado cuenta, pero hemos estado bastante ocupados.

—*No te he comprado nada.*

—No esperaba que lo hicieras.

—*Debería haberte comprado algo.* —Su sintaxis reflejaba que estaba molesta: empezó a mover la mano en círculos bruscamente, con el dedo índice apuntando hacia arriba. Thomas puso una mano sobre la de ella, deteniendo el movimiento de sus dedos. Vivienne supo con total seguridad que ese gesto tenía la intención de ser

reconfortante, pero, en vez de eso, el roce encendió algo dentro de ella.

—Lo digo en serio, me alegro de que no me hayas comprado nada.

Vivienne retiró la mano, rápida como un rayo.

—*Tú haces todo por mí* —signó, cruzando los puños y dejándolos caer hacia abajo, furiosa, como si fuera una acusación—, *mientras que yo no he hecho nada por ti.*

Algo endureció la expresión de Thomas.

—No empieces otra vez con eso.

—*¿Empezar con qué?*

—«Has sido muy bueno conmigo» —dijo Thomas, con tono de burla, repitiéndole las palabras que ella misma le había dicho a la cara en el patio de la catedral—. Esto no es bondad, Vivienne. No estoy siendo *bueno* contigo.

—*¿Entonces qué es?*

—¿De verdad necesitas que lo diga? —Soltó una risotada breve y repentina. Vivienne oyó el sonido de la garganta de Thomas al tragar —. Está bien, lo diré. Me gustas, Vivienne.

Aquella confesión la hizo sentir como si se hubiese saltado un escalón al bajar las escaleras. Se puso en pie de un brinco.

—*Eso no puede ser.*

—Bueno, pues así son las cosas —dijo él, levantándose tras ella—. No sé de qué te sorprendes, pensaba que había sido bastante obvio.

Un trémulo silencio se extendió entre los dos. Lentamente, Thomas dio un paso y se le acercó. Al ver que ella no retrocedía, le tomó las manos y entrelazó los dedos con los suyos. La sencillez del momento hizo que una corriente eléctrica le recorriera la columna vertebral. Atrayéndola más hacia él, Thomas apoyó la frente contra la suya.

—*Me gustas* —repitió, con más intensidad esta vez.

Vivienne bajó la vista hacia sus manos, entrelazadas a la perfección entre ambos. ¿Cuántas veces se había imaginado esto mientras estaban sentados en silencio en el sofá, con el espacio entre ellos haciéndose cada día más pequeño? ¿Cuántas noches había pasado en vela deseando ser el tipo de persona que amaba sin reservas?

Pero Vivienne sabía que eso no era posible. Ella nunca sería esa chica. Apartó las manos de las de Thomas.

—*No importa.*

—¿El qué no importa? —La mirada de Thomas se volvió turbulenta.

—*Si te gusto o no. No podemos estar juntos.*

Él la miró fijamente durante lo que duró un latido, dos; y esa mirada que había en sus ojos casi quiebra su valor. En voz más baja, Thomas dijo:

—¿Crees que no lo sé? ¿Crees que cada vez que te miro no sé que nunca serás mía?

«Mía». La palabra tintineó en el silencio.

—*Porque soy un monstruo* —supuso ella, mientras parpadeaba tratando de controlar las lágrimas—. *Porque la muerte vive en mí.*

—No —replicó él—. Porque eres disciplinada, inteligente, tienes contactos y el mundo entero a tus pies, mientras que yo tendré que pasar el resto de mi vida haciendo trabajos de mierda para conseguir llegar a fin de mes. Mírame. Mira a tu alrededor. No puedo darte nada que no tengas ya.

Ahora fue ella la que se quedó mirando fijamente a Thomas, sin aire en sus pulmones.

—Así que, sí, lo sé, Vivienne —siguió él—, no hace falta que me lo

recuerdes.

Vivienne se puso de puntillas y lo calló con un beso, posando sus labios sobre los de él sin pensar. Thomas se quedó congelado durante un instante, sorprendido, y después la atrajo hacia él con una urgencia que la desarmó. No fue como las otras veces, como aquellos momentos robados en habitaciones soleadas o en rincones escondidos. Esta vez solo estaban ellos dos y una noche infinita por delante. Esta vez se encontraron en un choque de dientes y de lenguas que le hizo ver las estrellas.

Thomas no se contuvo. La acarició por todas partes, dejándole las huellas de sus dedos por la mandíbula, las clavículas y la nuca. Un tirón repentino en su garganta la llevó a ahogar un grito en los labios. Se separaron, y los ojos de Thomas brillaron en la oscuridad mientras enroscaba un dedo en la cadena que ella le había robado aquel día en su habitación. Sin aliento, la sacó de debajo de la camiseta de Vivienne.

El medallón destelló mientras oscilaba bajo la luz. Los ojos de Thomas viajaron a los suyos. Su mirada era tan oscura como el océano más profundo.

—Ahora dímelo tú —le ordenó él.

—*¿Decirte qué?*

—Dime que te gusto.

—*A mí no me gustas* —signó Vivienne. *Yo te quiero*, pensó.

—Vaya, ladrona *y* mentirosa. —Thomas dejó caer el medallón—. Te ayudaré. Repite conmigo: «Me gustas, Tommy».

Vivienne negó con la cabeza, pero él no se rindió.

—Puedes hacerlo —la persuadió—. No me harás daño. Estoy bastante seguro de que soy inmune.

Vivienne quiso decirle que hacía semanas que llevaba su nombre en la boca. Quiso admitir que lo pronunciaba todo el tiempo cuando no había nadie a su alrededor que la oyera. Pero estaba aterrada, aterrada.

¿Y si la última vez solo había sido un golpe de suerte? ¿Y si esta vez lo mataba?

Al ver que se quedaba callada, él lo dejó estar. La luz de la luna se reflejó en los ojos de Thomas mientras agachaba la cabeza para besarla donde se unían su cuello y su hombro.

Después de eso, Vivienne registró cada momento como si fueran vívidos estallidos de consciencia. Las manos de Thomas en su pelo. La boca en su garganta. El suave movimiento del colchón bajo su espalda y los latidos acelerados del corazón de Thomas en las puntas de sus dedos. Ahí fue cuando ella encontró la valentía, que yacía enterrada en el silencio de la medianoche.

—Tommy —susurró en la oscuridad.

Él se puso tenso y se apartó lo justo y necesario para poder verle la cara. Vivienne alargó la mano y relajó la arruga de la frente de Thomas con el pulgar.

—Tú también me gustas. —La confesión brotó en un susurro.

—Pues claro. —La boca de Thomas se abrió en una sonrisa—. ¿Y a quién no?

Cuando por fin se quedaron dormidos, lo hicieron agarrados de la mano. Por primera vez en mucho tiempo, Vivienne no tenía miedo.



26
Thomas

Thomas se despertó y se encontró con que el otro lado de su cama estaba vacío.

Aún estaba oscuro, apenas estaba amaneciendo y el garaje seguía negro como la medianoche. Vivienne no estaba. Fuera, en el salón, no se oía la televisión. Había una horrible quietud en la casa que lo dejó helado. Se incorporó rápidamente, con el corazón latiéndole muy fuerte. En la oscuridad, Molly se levantó a la vez que él. Alguien le había dejado entrar, lo que significaba que alguien había salido a hurtadillas de allí. Cayó presa del pánico. Al notarlo, Molly soltó un lobuno gruñido. Este despertó a Judd, que miró hacia la puerta entre gemidos.

Algo no iba bien.

Se bajó de la cama y se apresuró para ponerse a tientas los pantalones. Después de una breve pero inútil búsqueda para encontrar su camiseta, sacó una limpia de la cómoda y salió hacia el pasillo, dejando a los perros bien encerrados en su habitación.

Cuando llegó al salón, se lo encontró hecho un desastre. Varias fotos se habían caído de las paredes. Los marcos rotos estaban tirados por el suelo y los cristales hechos añicos como estrellas brillantes sobre las lamas de madera. Su hermana estaba arrodillada barriendo las esquirlas en un recogedor.

Thomas se puso la camiseta y se arrodilló frente a ella.

—Tess, ¿estás bien?

—He estado mejor. —Le temblaba la voz. Tessa intentó sonreír, pero no le quedó muy creíble—. Pero estoy empezando a pensar que quizá no has estado trabajando de *stripper* este verano. ¿Es la mafia? ¿La-la CIA?

—Tessa.

Pero a Tessa los nervios siempre la incitaban a hablar demasiado y atropelladamente. Esa fue una de las razones por las que Thomas se había mudado a una habitación individual.

—¿Son los hombres de negro? ¿Vivienne es de Roswell? ¿Del Área 51? ¿Acabas de enrollarte con una alienígena del espacio? No es que hayáis sido muy silenciosos.

—¿Dónde está? —preguntó Thomas.

—Se la han llevado —dijo Tessa, divagando de nuevo—. Vivienne salió a por agua. Yo aún seguía despierta. Me comí tu *cupcake*. Bueno, más bien todos los *cupcakes*. Me dolía la tripa, así que me puse a ver una peli. Estábamos… estábamos charlando cuando entraron. Eran cinco, y todos con traje.

—Mierda. —Thomas se puso en pie de un salto.

—Lo siento —dijo Tessa—. Lo siento, no supe qué hacer.

—No te preocupes —la tranquilizó Thomas—. No podías haber hecho nada.

La puerta principal se había quedado abierta de par en par. En el exterior, Thomas vio cómo el alba empezaba a despuntar. El motor de un coche arrancó, chisporroteando hasta cobrar vida. En el garaje, los perros empezaron a ladrar sin parar. Thomas echó a correr hacia la oscuridad del jardín delantero saltando por encima de las jardineras de vivaces que con tanto cariño había plantado su madre hacía tiempo, ahora cubiertas de malas hierbas. Aterrizó en el camino de entrada y avanzó descalzo por los adoquines, dirigiéndose hacia el murete de hormigón que llevaba hasta el camino del garaje.

Aparcada detrás de su camioneta había una furgoneta. Blanca y sin rótulos. Al lado estaba Vivienne, vestida con su camiseta, con las muñecas atadas y la boca amordazada. En cuanto lo vio, los ojos se le abrieron como platos.

Thomas echó a correr, tan decidido a llegar hasta Vivienne que ni siquiera vio a los asaltantes que lo esperaban en la oscuridad hasta que se hubo chocado directamente contra ellos. Estos lo sujetaron fácilmente, reteniéndolo y haciéndolo retroceder un paso cada vez que él intentaba cargar contra ellos.

—Quitadme las manos de encima —escupió Thomas.

—Todo a su debido tiempo —dijo el hombre que estaba a su izquierda—. Despídete de ella primero.

Lo obligaron a mirar mientras dos hombres idénticos con traje le ponían a Vivienne una bolsa en la cabeza, se la llevaban y la cargaban deprisa en la furgoneta. Thomas se puso a insultarles mientras empujaba a sus captores.

—¡Soltadme! ¡*Vivienne*!

Por detrás de él, le llegó una voz que hizo que casi le fallaran las

rodillas. La última voz que le hubiese gustado oír, delicada y desconcertada por el sueño.

—¿Qué está ocurriendo ahí fuera?

—¿Quién es esa? —gruñó el hombre que tenía a su derecha.

—Es mi *madre* —escupió Thomas, todavía intentando liberarse—. Calmaos.

—Deshazte de ella —dijo el hombre de la izquierda— o lo haremos nosotros.

Por suerte, le soltaron los brazos y lo empujaron hacia atrás. Vigilando la furgoneta por el rabillo del ojo, Thomas rodeó las azaleas y recorrió el camino de vuelta hacia su casa.

Ahí estaba su madre, con la bata suelta sobre su cuerpo frágil y con una piel fantasmal bajo la luz de la luna. Parecía tener a la vez cien años y ser eternamente joven, con el aspecto exacto con el que su memoria la había grabado. Tess llegó derrapando hasta la puerta, quedándose medio paso por detrás de su madre, con los ojos muy abiertos y con expresión de disculpa.

—¿Tommy? —Su madre pestañeó hacia él, sorprendida, mientras signaba una *T* sobre su corazón—. No sabía que estabas en casa. ¿Qué ha ocurrido? He oído un estruendo.

—Todo va bien —dijo él, signando a toda prisa—. Siento que te hayamos despertado.

Ella lo estudió con sus ojos claros y agudos. Unos ojos que él había heredado de ella. Unos ojos a los que no se les escapaba nada.

—Te has metido en problemas —supuso ella. Pulgares pegados a las palmas, los dedos de las manos haciendo una cruz repetidas veces. Conocía ese signo demasiado bien. Problemas, problemas, problemas. Thomas Walsh siempre andaba metido en algún

problema. Pero ya no quería ser eso para su madre nunca más, un desastre que limpiar, cuando sabía que ella estaba demasiado cansada para desastres.

—Estoy bien —dijo él, mintiendo entre dientes. Mintiendo con las manos—. Vuelve dentro, mamá. No deberías estar levantada.

Por encima del hombro de su madre, los ojos de Tessa iban de Thomas a la furgoneta, parcialmente oculta por la salvaje maraña de arbustos que había enfrente. Thomas le lanzó a su hermana una mirada que esperó que transmitiese su desesperación.

«Me debes una», gesticuló Tessa con los labios, que había entendido a su hermano a la primera.

—Solo son los idiotas de sus amigos —dijo ella, plantándose en el campo de visión de su madre y tejiendo las mentiras con los dedos —. Le han hecho una sorpresa por su cumpleaños. Les he dicho que como sigan haciendo tanto ruido los vecinos llamarán a la policía.

Los ojos de su madre iban de Tess a él. Le había quedado demasiado largo. Demasiado largo. Cada vez que parpadeaba, Thomas veía a Vivienne con la bolsa en la cabeza. A Vivienne tropezando en la furgoneta, pataleando para mantener el equilibrio.

Su madre relajó un poco los hombros.

—No hagáis mucho ruido, ¿vale?

—Vale, mamá —dijo él—. No lo haremos. Lo siento. Te quiero.

Su sonrisa era cálida. La enfermedad le había robado muchas cosas, pero su sonrisa no había cambiado nada. Era de fotografía. Para Thomas, un ancla en su turbulento universo.

—Me alegro de que estés en casa —dijo ella—. Te hemos guardado un *cupcake*.

El corazón de Thomas se iba a partir en dos.

—Genial. Gracias.

—Ve con cuidado.

Y entonces se fue. Tess cerró la puerta tras ellas, lanzándole una última mirada ojiplática a su hermano. En el garaje, los perros aullaban como lobos. Thomas se dio la vuelta, preparado para pelear, pero solo encontró a un hombre ahí de pie, solo. Un hombre al que reconoció. Justo lo había visto el otro día, discutiendo con Philip Farrow en el solar de la catedral.

—No hace falta que mientas a tu madre —dijo Christian Price, con sorprendente gentileza—. Vuelve a tu casa.

—No sin Vivienne.

—Vivienne Farrow fue prometida a la Casa. —Los ojos de Christian Price centellearon en la oscuridad—. Parece que el destino tiene un gran sentido del humor. Llevo buscándola mucho tiempo, sin tener ni idea de que había estado delante de mis narices todos estos años.

—Eres el presidente —dijo Thomas, comprendiéndolo todo de golpe.

Christian Price sonrió.

—He oído que a algunos de los iniciados les gusta llamarme así, sí. Para ellos todo es un juego, como una extensa campaña en el mundo real.

—Me da igual lo que sea esto —dijo Thomas—. No puedes llevártela.

La sonrisa de Christian no fue desagradable. Había cierta simpatía en ella, en las comisuras de su boca, afiladas como cuchillas.

—Tu compromiso con Vivienne es admirable. Me han contado que actuaste con valentía. Te las apañaste para aventajar a mis hombres

en Connecticut. Les llevó horas rastrearte. Es impresionante, y lo digo de verdad. Pero me temo que tu camino acaba aquí.

El hombre se giró sin decir una palabra más, haciendo ruido con los zapatos en los adoquines plagados de malas hierbas. En el horizonte, los primeros rayos del sol empezaban a derramarse entre los árboles. Un neblinoso amanecer borrando la negra noche. El pánico se agarró a la garganta de Thomas.

—Es tu hija —dijo Thomas—, ¿verdad?

Christian Price se detuvo en seco. No se dio la vuelta, pero Thomas pudo ver cómo se le tensaban los hombros, resaltados por la creciente luz del sol. Envalentonado, continuó:

—Lo encuentro muy interesante, eso es todo.

—¿El qué? —La pregunta sonó mordaz, como si su anterior calidez se hubiera evaporado.

—Que tengas dos hijos y ambos sean objeto de interés en la Casa de Hades.

Hubo una pausa, fría y terminante.

—Tres —le corrigió Christian—. Tenía tres hijos.

Lo mencionó como un hecho, sin mostrar ni una pizca de dolor o pena. Esta vez, cuando Christian siguió alejándose, Thomas fue detrás de él.

—Le contaré todo a Philip Farrow —dijo—. Le contaré que has sido tú quien se la ha llevado. He trabajado con él el tiempo suficiente para saber que no tiene ningún problema en tomar represalias cuando cree que alguien se la ha jugado. Si te llevas a su hijastra, ¿qué crees que le hará él a tu hijo?

—Mis dos hijos están muertos —dijo Christian con frialdad.

—Colton no —replicó Thomas—. Al menos aún no. Pero lo estará.

—Decir eso —dijo Christian Price, girándose para mirar a Thomas a la cara— es algo muy peligroso. No estoy seguro de que quieras que te acepte el reto, por lo que me han contado, C. J. es amigo tuyo.

—Él lo entendería —terció Thomas—. Haría lo mismo.

Christian lo evaluó durante un rato. El suficiente como para que el cielo se hubiese aclarado. Finalmente, preguntó:

—¿Qué es lo que quieres?

—Que me lleves con vosotros.

A Christian se le dibujó una sonrisa, lenta y afilada.

—¿Crees que es lo más inteligente? ¿Tirarte de cabeza a un nido de víboras sin invitación? La Casa es muy estricta con lo que toma de sus invitados. Si entras, puede que nunca salgas de allí.

—No me importa —dijo Thomas—. Hice una promesa.

Christian Price lo observó minuciosamente. Con los duros rasgos de su cara oscurecidos por la sombra, se parecía a su hijo de manera asombrosa. Pero también había algo de Vivienne en él. Los primeros destellos de la luz de la mañana tallaban pequeños puntos de color ámbar en sus ojos.

—Pensándolo mejor —dijo—, puede que sí me seas útil. Atadlo.

Lo empujaron hasta que cayó de rodillas, retorciéndole los brazos a la espalda. El amanecer, que florecía poco a poco, se tornó negro en un instante en cuanto le pusieron una bolsa en la cabeza. Obligándolo a ponerse de nuevo en pie, lo metieron, descalzo y entre tropiezos, en la parte de atrás de la furgoneta. La puerta se cerró de un portazo. El motor rugió y, con una sacudida, dieron marcha atrás hasta el agrietado asfalto de su calle. Cambiaron de marchas y la furgoneta salió disparada hacia delante para luego girar bruscamente hacia la izquierda.

El repentino asalto a los sentidos que sintió le encontró desprevenido. Ni se le había pasado por la cabeza. En esa oscuridad sofocante, las paredes empezaron a cernirse sobre él. El corazón le palpitaba en el pecho como un martillo sobre un yunque y el sonido retumbaba por su cuerpo en grandes y fuertes golpes metálicos. Tragaba grandes bocanadas de aire y saboreaba su propio aliento, aún agrio después de dormir. Tenía ocho años y su padre conducía a tanta velocidad que Thomas iba dándose golpes contra las esquinas enmoquetadas del maletero. Arañaba el cierre como un cadáver en un ataúd. Cerró los ojos, intentando agarrarse a una calma que no conseguía encontrar.

Vivienne, pensó, agarrándose a su nombre como un salvavidas. *¿Dónde está Vivienne?*

Como si le hubiera oído, Thomas escuchó el ruido frenético de unos movimientos rápidos en algún lugar cercano. Hubo un instante de terrible quietud. Y, entonces, un pie le golpeó fuerte en la mandíbula. El dolor expulsó al pánico con una aguda inmediatez.

—¡Dios! —Thomas rodó hacia un lado, con los ojos haciéndole chiribitas—. Vivienne, soy yo. Soy Tommy.

Ella volvió a darle con el talón, esta vez sin ira. Tanteándolo, el pie acabó en su pecho y se quedó ahí, pequeño y arqueado. Thomas se preguntó si Vivienne podría sentir cómo le latía el corazón contra el talón del pie.

—Joder, eso me ha dolido —Thomas movió la mandíbula, hasta que le crujió—. ¿Estás bien?

Era una pregunta estúpida. Tomó una bocanada de aire entrecortada. Y otra. Y otra. Tragándolas de forma desesperada en un intento de convencerse de que era capaz de respirar. En la oscuridad,

pudo sentir cómo Vivienne lo escuchaba y supo que lo oía luchar por respirar.

—Gracias por no darme otra patada —añadió él, tratando de encontrar un humor que ni él mismo sentía. La forma en la que lo dijo no fue muy acertada. La voz le salió agarrotada—. Un poco más fuerte y ahora tendría que beber con pajita.

La única respuesta de Vivienne fue darle otra patada, solo que esta vez fue más suave. Movida por el enfado en vez de por el miedo.

—¡Eh!

Pero ella no paró y dirigió otra patada directamente a su abdomen. A la siguiente, Thomas logró anticiparse girando hacia un lado justo lo suficiente para que no le diera. Sintió el furioso silbido del talón cuando le pasó cerca de la cabeza. La furgoneta tomó una curva cerrada, que los empujó uno contra el otro. Thomas cambió el peso de lado, apañándoselas para colocar a Vivienne sobre su pecho.

—Lo pesco —le dijo—, me lo has dejado bien claro.

Apoyó la barbilla encima de la cabeza de ella y deseó no tener las muñecas atadas para poder abrazarla. Se quedaron tumbados así un buen rato, escuchando el rugido del motor. Al final, la calidez de Vivienne terminó por calmar su corazón desbocado, y su respiración se estabilizó.

—¿De verdad pensabas que te iba a dejar hacer esto sola? —preguntó finalmente, con la voz amortiguada por la bolsa—.No me lo creo, eres demasiado lista.

Condujeron durante horas. Dos, quizá tres. Era difícil de determinar en la oscuridad y con el aire rancio y agrio bajo la bolsa. Para cuando

la furgoneta se detuvo, Thomas ya no sentía las muñecas. Vivienne estaba acostada en su pecho, dormitando a ratos.

—Ey —susurró Thomas—, despierta, princesa. Creo que ya hemos llegado.

Vivienne se revolvió contra él, lento al principio, atropelladamente después, despertándose alerta como un conejo.

—Voy a sacarnos de esta —le prometió Thomas justo cuando les abrían la puerta con un traqueteo.

El brillante amarillo del sol se colaba por los agujeritos de la bolsa. Antes de que pudiera protestar, negociar o tratar de persuadirles, levantaron a Vivienne sin miramientos, alejándola de él. A él lo arrastraron fuera de la furgoneta unos segundos después, empujándolo hasta que se mantuvo en pie. Entumecido y con la cabeza dándole vueltas, Thomas se tambaleaba en el sitio y sentía pinchazos y hormigueos por las piernas. En algún lugar cercano, oyó los inconfundibles ruidos de un forcejeo.

—¿Dónde la lleváis? —exigió saber, mientras salía disparado hacia delante, cargando a ciegas. Unas manos lo arrastraron para atrás, reteniéndolo con un agarre férreo—. ¿Dónde estás…? ¡Vivienne! *¡Vivienne!*

—Haced que se calle —ordenó Christian Price, con voz fría y sombría.

Las estrellas explotaron detrás de sus ojos. Se golpeó las rodillas en la gravilla y se le abrió la piel. Su cabeza palpitó con violencia una vez. Y, después, solo hubo oscuridad.



27

Vivienne

Lo primero que vio Vivienne cuando le quitaron la bolsa de la cabeza fue un espejo. Amplio y sin cortes, se extendía de pared en pared, de suelo a techo, de tal forma que la habitación en la que se encontraba se reflejaba hasta el infinito.

Vivienne tuvo que parpadear varias veces para comprender dónde estaba. Era un salón de baile, rimbombante y descomunal, con las esquinas en chaflán decoradas con ornamentados paneles dorados. Por todas partes, y emergiendo del suelo en llamativos pilares, había montones de querubines con hoyuelos. La observaban con maldad con sus miradas planas cubiertas de pátina y sus bocas abiertas en unas sonrisas permanentes.

En los espejos había miles de variaciones del mismo hombre, alto y delgado, y con un elegante traje negro.

Pero suya solo había una.

Pequeña. Pálida. Sin reflejo alguno. Miró por todas partes pero no vio nada en absoluto.

Hola, se dijo a sí misma internamente, buscando a la okupa de sus huesos. *¿Dónde te has ido?*

No obtuvo respuesta.

Aún más silenciosa, pensó: *¿Y si te necesito?*

—¿Te asusta? —preguntó el hombre. La estudiaba fascinado, con las manos agarradas a la espalda—. No tener reflejo, quiero decir. Debe hacer que incluso te cuestiones si de verdad estás aquí.

Vivienne no le dijo que lo normal era que tuviera un reflejo perfectamente agradable o que este era lo suficientemente despiadado como para fulminarlo en el sitio. No *podía* decírselo. Estaba de rodillas, con las muñecas atadas por la parte baja de la espalda y con una mordaza que le apretaba con tanta fuerza las comisuras de la boca que los ojos le lloraban.

Vivienne alzó la vista hacia el hombre del traje. Él le devolvió la mirada. Lo reconoció de milagro. Tuvo que rebuscar en sus recuerdos varios segundos para acordarse de dónde lo había visto: al salir de la catedral, discutiendo con Philip. El marrón oscuro de sus ojos le resultó inquietantemente familiar.

Fue una especie de extraña percepción. No le gustó lo más mínimo.

—Qué desconsiderado por mi parte —dijo el hombre, mientras se sacudía para quitarse la americana y se quedaba solo con un ajustado chaleco y una impoluta camisa blanca. Colgó la prenda en la cara de un querubín y empezó a arremangarse la camisa—. No puedes hablar en estas condiciones. ¡Adrian!

Se abrió una puerta, oculta en el espejo. Por un momento, Vivienne pudo vislumbrar el pasillo exterior, todo de oscuras lamas de madera combadas: justo como el de sus pesadillas. La puerta se cerró

tan rápido como se había abierto y, poco a poco, Vivienne fue cayendo en la cuenta de que Adrian Faber estaba ahí, con un aspecto lúgubre y nervioso. El iniciado no la miró mientras se acercaba, aunque ella intentase desesperadamente que sus miradas se encontraran.

—Desátala, por favor —ordenó el hombre.

Adrian hizo lo que le pidió. Aflojó las cuerdas y los brazos de Vivienne colgaron flácidos. Se llevó las manos al pecho y estuvo a punto de chillar cuando la sangre empezó a circularle de golpe por las muñecas. Terminada la tarea, Adrian se dispuso a marcharse.

—Quédate —ordenó el hombre, y Adrian se quedó paralizado—. Puede que te necesite para que la interpretes.

—Pero… —Los ojos de Adrian miraron brevemente a Vivienne—, yo no sé signar.

—Bueno —respondió el hombre—, entonces simplemente tendrá que susurrarte al oído, ¿no te parece?

La sangre abandonó por completo la cara de Adrian.

—Sí, señor Price —murmuró.

Price. Así que así se llamaba.

—Quiero contarte una historia —dijo Price, dirigiendo su mirada hacia Vivienne—. Puede que al principio te parezca que es la mía, pero no lo es. Es la tuya. Y empieza justo aquí, en los Hamptons, con mi familia. Solíamos atravesar esta zona con el coche cada verano a nuestro paso por Nueva York. Mi madre adoraba admirar las mansiones y mi padre adoraba consentirla. Algunos años, aparcábamos el coche, nos bajábamos y malgastábamos toda una tarde paseando por la playa en barrios en los que nunca viviríamos, mirando casas que nunca podríamos permitirnos.

Al no llevar la americana, Vivienne pudo ver la cartuchera de cuero que portaba en la cintura, con un revólver guardado dentro cuidadosamente. El estómago se le volvió puro hielo.

—Ahí fue cuando me topé con la Casa por primera vez —siguió diciendo. Sonaba nostálgico—. Era una monstruosidad escondida tras unos arbustos. La habían abandonado a su suerte, pudriéndose. Pero escuché cómo decía algo. Me llamó para que me acercara. Me ofreció una oportunidad sin igual: una escapatoria a esa vida mediocre que me había tocado por nacimiento. Lo único que tenía que hacer era alimentarla.

Vivienne retrocedió, alarmada por aquella elección de palabras.

—¿Te asusta eso? —preguntó el hombre, analizándola—. Debería. La Casa tiene un apetito voraz. Yo le di lo que quería encantado y la Casa me lo agradeció de infinidad de formas. Pagó mis deudas. Me abrió puertas que antes estaban cerradas. Me permitió beber toda el agua que quise del pozo del éxito. Y, durante un tiempo, con eso me bastó.

»Pero ¿qué hombre puede resistirse a la promesa de obtener más? Cuanto más alimentaba a la Casa, más grandes eran sus recompensas. Las mecía delante de mí como una zanahoria. Conocimiento. Entendimiento. Sabiduría que abarcaba todo el universo conocido. Al final, llegó un momento en el que unas cuantas gotas de sangre ya no eran suficientes. Yo quería ascender. Pero, para eso, la Casa exigía un sacrificio mucho mayor.

Vivienne lo miraba fijamente, sin entender nada. Apartado a un lado, Adrian parecía estar poniéndose un poco verde.

—Yo era muy joven —continuó Price, como si estuviese implorándole a Vivienne que viera las cosas desde su punto de vista

—. Soltero y sin hijos. No supe ver el peso de las promesas que hice. Como un estúpido, ofrecí a mi primogénito. No fue hasta que nació y lo tuve en mis brazos que me di cuenta de que había cometido un terrible error. Traté de deshacer lo que había hecho. Supliqué. Rogué. Pero la Casa no ve con buenos ojos que rompas tus promesas. Así que, cuando llegó el momento de cobrarse su sacrificio, en vez de llevarse a uno de mis hijos, se los llevó a todos.

Con una débil sonrisa, parecía estar perdido en un recuerdo. Vivienne se sentía cada vez más inquieta.

—Se me concedió casi una década para estar con mis hijos antes de que la Casa los reclamase —explicó Price, observando su propio reflejo en el espejo—. Y un mes de marzo, se ahogaron. Me han contado que fue muy lento. Agonizante. ¿Fue eso lo que te ocurrió a ti también?

La piel de Vivienne se había vuelto húmeda y pegajosa. Era marzo cuando se puso a perseguir a aquel conejo del desierto y terminó cayéndose de cabeza en el desfiladero. Era marzo cuando se quedó tirada en la oscuridad silbando como le había enseñado la señorita Marley y escuchó cómo algo aterrador le respondía con un alegre silbido.

—Tuvo que ser tarde por la mañana —prosiguió Price, quien había vuelto a vigilarla como un águila, como si pudiera leer las respuesta de Vivienne solo con su expresión—. A eso de las doce menos cuarto. No tendrías más de cuatro años. Debo admitir que estoy fascinado. Impresionado, incluso. ¿Cómo lograste sobrevivir aun siendo tan pequeña?

Una especie de enfermiza claridad se extendió por su estómago. Vivienne cayó, quedándose en cuclillas, con sus pensamientos

girando como una peonza. Pensó en la oscuridad estrellada del desfiladero, en aquellos ojos fríos que la miraban con malicia mientras ella lloraba y lloraba hasta que se destrozó la garganta y casi se quedó sin voz.

Pobre corderito, había canturreado la criatura mientras se retorcía tres veces a su alrededor como una larga serpiente negra. *Alguien te ha dejado como ofrenda en la boca del infierno. Creo que me voy a quedar contigo para mí sola. Jugaremos un rato tú y yo. ¿Te gustaría? No más lagrimas; haremos que todo sea bonito y alegre.*

—No me quedan hijos vivos —continuó Price, ajeno a cómo Vivienne estaba repasando frenéticamente todos y cada uno de sus recuerdos—. No de un modo aceptable. La Casa se tragó a mi primogénito por completo. Se cobró su deuda llevándose parte del segundo, dejándolo frío e intratable, desfigurado hasta quedar irreconocible. Durante un tiempo, pensé que la balanza ya se había equilibrado, que había sido suficiente. Pero aun así, cada vez que venía a suplicarle a la Casa que me concediese el ascenso, solo me decía: «Todavía no». Me dijo que estaba esperando, que aún quedaban deudas por saldar.

Price se fue acercando, mirándola con desprecio, como si fuera un parásito.

—Vivienne —dijo, pronunciando el nombre lentamente, haciendo que sonara como una maldición, una pesadumbre—, no tenía ni idea de que existías. No hasta que Philip me llamó para decirme que te habías metido en problemas. Ese hombre siempre fue un miserable aprovechado. Estoy seguro de que, una vez que comprendió el verdadero alcance de tus habilidades, salivó en cuanto vio la oportunidad de utilizarte para su propio beneficio.

Todo estaba encajando de golpe. El hombre que estaba frente a ella —este señor Price, con esa mirada demasiado familiar— era ambicioso, astuto y frío, dispuesto a liquidar a quien fuera necesario para lograr sus objetivos. Justo como ella.

Vivienne no necesitaba un reflejo; ya se estaba mirando al espejo.

—Tú eres lo único que queda —dijo su padre—. Cuando desaparezcas, ascenderé por fin. Toda la sabiduría del mundo que conocemos estará a mi alcance. ¿Eres consciente de lo que un hombre puede hacer con el conocimiento infinito? Si lo desea, puede dominar el mundo.

Detrás de Price, Vivienne detectó el destello de un movimiento en el espejo oxidado. Al principio, solo era una sombra —una forma amorfa y diminuta, lo suficientemente pequeña como para que pareciese que estaba a kilómetros y kilómetros de allí. Pero mientras se acercaba poco a poco, esta empezó a adoptar una forma perversa. Se había puesto de puntillas sobre unos dedos maltratados y se deslizaba dando pasitos de bailarina: con los brazos extendidos y los dedos largos e hiperlaxos, y con los pies desnudos moviéndose rápidamente en pequeños *bourrées*.

A Vivienne le dio un vuelco el corazón. Miró hacia los demás espejos, pero no veía su reflejo en ninguno de ellos, solo en ese: justo detrás de su padre, donde él no podía verlo.

La otra Vivienne ejecutó un gran salto, elevándose por los aires en un *grand jeté*. Al lado de Vivienne, Adrian Faber ya estaba completamente verde. Él también la había visto, estaba segura. En el espejo, la sonrisa de la otra Vivienne se estiró casi hasta sus orejas. Después, se inclinó hacia delante y se llevó a los labios un largo y afilado dedo, parecido al de un trasgo. *Silencio.*

—Señor Price —balbució Adrian—, hay…

—Ahora no, chico —le reprendió el padre de Vivienne, todavía sin apartar la vista de ella—. Quiero que me escuches con atención. Existe una criatura que duerme en el corazón de la Casa. La llamamos Caribdis, aunque nadie sabe cuál es su verdadero nombre. Siempre ha vivido aquí, enraizada en la tierra. Los cimientos de la Casa se conformaron a su alrededor y ha habitado en ella desde entonces.

En el sótano, pensó Vivienne, mientras veía de nuevo la oscura puerta abierta de sus pesadillas y escuchaba esa voz chirriante como la rueda de un carro que la atraía a su hogar.

—Descenderás al piso inferior —dijo su padre— y te ofrecerás a la criatura. Yo ya he llorado a mis hijos, he cumplido. Pero mientras tú sigas con vida, sus sacrificios no habrán servido para nada.

En el espejo, la otra Vivienne había levantado el brazo y estaba dándole unos toquecitos en el hombro al reflejo de su padre. Él agitó la mano por el hombro, como si estuviera espantando un tábano.

—Es por una causa extraordinaria, Vivienne, te aseguro que…

—*Señor Price* —dijo Adrian, esta vez con desesperación.

—¡¿Qué?! —estalló su padre— ¿Qué problema puedes tener que sea tan importante?

—La cri… , ella…, usted…

La otra Vivienne les guiñó un ojo y volvió a darle unos toquecitos al reflejo de su padre, con más insistencia que antes. Tanta, que esta vez él lo sintió. Price se giró y se quedó con la mirada clavada en la diabólica chica del espejo.

—Bu —dijo la criatura, exultante.



28

Thomas

Thomas empezó a recuperar la consciencia lentamente al principio, con sus pensamientos aún difusos e inconexos. Hasta que entonces, de repente, fue horriblemente consciente de todo. Se incorporó como un resorte y su cabeza lo castigó por ello de inmediato con un dolor martilleante en la parte de atrás del cráneo. En silencio, evaluó el entorno que tenía a su alrededor. La habitación en la que se encontraba era tan formal como polvorienta, y en las paredes de color verde bosque el moho brotaba en flores negras.

El techo, un artesonado de madera, estaba completamente podrido en algunas zonas. A su izquierda, había una vasta librería que se extendía por toda la pared, en cuyos estantes combados se acumulaban tomos empapados a medio caer. A su derecha, había una ventana tapiada con tablones de madera y con la cortina de terciopelo medio descolgada de las barras. Justo delante de él descansaba un sillón asimétrico, cuya tapicería se había descolorido

a un amarillo putrefacto. En él estaba sentado Philip Farrow, con las muñecas y los tobillos atados, y sudando profusamente.

—Gracias a Dios —soltó, impaciente—. Ya era hora de que volvieses en ti.

Thomas intentó tocarse la nuca y se dio cuenta de que él también estaba maniatado, con las muñecas atadas con una cuerda al respaldo de barrotes de un sillón, y los tobillos a las patas de madera podrida con forma de garra. Estiró el cuello tratando de encontrar una salida. Al mirar por encima del hombro vio una puerta, que parecía bostezar como una boca hacia un ancho pasillo dañado por el agua. No había nadie ahí fuera. La casa se había sumido en un horrible silencio.

—¿Dónde está Vivienne? —exigió saber.

—En otra parte —respondió Philip con brusquedad—. Sácanos de aquí, Walsh.

Thomas bajó la mirada hasta sus muñecas.

—No tengo muy claro qué es lo que esperas que haga.

Philip maldijo para sí.

—¿Tienes alguna idea, por poca que sea, de lo que está pasando aquí?

—Algo sí —admitió Thomas—. Sé que has estado obligando a Vivienne a deshacerse de tu competencia. Y también sé que Isaac Shaw, que aún sigue con vida, ha sido testigo de ello y que, en cuanto se recupere, estarás acabado.

—Ya estoy acabado —bramó Philip—. ¿Acaso crees que alguno de los dos va a salir de aquí con vida?

Se hizo un silencio entre ambos, frío y absoluto.

—¿Alguna vez has visto cómo los pescadores atraen a los

tiburones? —preguntó Philip—. Toman un cubo lleno de carnaza, la arrojan al mar y esperan a que los tiburones la huelan.

Thomas no dijo nada.

—Pues eso somos nosotros —siguió Philip—. Por eso estamos aquí. Christian tiene algo en ese sótano y tú y yo somos la carnaza con la que lo va a sacar de ahí. Quédate con mis palabras, Walsh: he visto a ese hombre en los juzgados durante años, créeme si te digo que sé cuándo va a haber sangre en el agua.

En el pasillo, una puerta se abrió de golpe. Hubo un grito. El sonido de unos pasos a toda velocidad. Una figura llegó tambaleándose hasta el salón donde se encontraban y se apoyó contra el marco de la puerta. Thomas reconoció los ojos de Adrian Faber, grandes y desenfocados, de inmediato. La última vez que le había visto fue cuando los encerraba dentro de la catedral. El chico alzó la vista y miró a Thomas fijamente por debajo de un mechón de pelo revuelto mientras se señalaba la garganta. Adrian cayó de rodillas y empezó a sufrir unas fuertes arcadas.

—Oh, por el amor de Dios —escupió Philip—. *Levántate*.

—Tengo arañas —graznó Adrian—. Arañas en la garganta. En los-los pulmones. No pu-puedo respirar.

Fuera de su vista, una puerta se cerró de un portazo. Les llegaron los ruidos de las patadas y los arañazos de alguien a quien estaban arrastrando. Se abrió otra puerta, con el chirrido de unas bisagras oxidadas, y volvió a cerrarse. Thomas estaba seguro, más seguro de lo que nunca había estado de nada, de que acababa de oír a Vivienne. No se molestó en gritar su nombre. En vez de eso, se puso a forcejear con sus ataduras con todas sus fuerzas.

Philip observaba cómo Adrian se arañaba la garganta.

—No ha podido decirte más de una palabra —le espetó, irritado—. Levántate. *Levántate* y desátanos.

Adrian rodó hasta quedarse tumbado sobre la espalda, con los ojos cerrados y rascándose la piel. De reojo, Thomas vio cómo respiraba con bocanadas entrecortadas. Finalmente, sus brazos cayeron flácidos. El chico abrió los ojos y miró fijamente al techo.

—Ey —le llamó Thomas. Los ojos de Adrian viraron lentamente hacia donde Thomas estaba sentado y atado en el sillón—. ¿Estás mejor?

Adrian asintió con la cabeza sin convicción.

—Escúchame con atención —siguió Thomas— porque solo voy a decirte esto una vez. Con o sin tu ayuda voy a desatarme del sillón. Después, voy a reducir este sitio a cenizas. Puedes quedarte atrás o puedes echarme una mano.

Adrian se incorporó hasta sentarse, todavía respirando con dificultad. Parecía estar considerando seriamente la oferta de Thomas cuando su cuerpo se vio sacudido por un ataque de tos que le hizo temblar los huesos. Se dobló hacia delante y vomitó violentamente entre las manos. Cuando por fin se echó para atrás, algo negro y, sin duda alguna, de ocho patas empezó a retorcerse en la palma de su mano. El chico pegó un grito, lo lanzó y se revolvió hacia atrás. La cosa de ocho patas se escabulló, amenazada, por debajo de la librería.

—¿Qué demonios era eso? —preguntó Thomas.

—No lo sé —dijo Philip—. Sus habilidades nunca se habían manifestado en algo tangible. Siempre se quedaban en el plano de las alucinaciones.

En la catedral no, pensó Thomas, pero no lo dijo. Se acordó de

cuando miró dentro de la caja y vio a sus propios ojos devolviéndole la mirada.

—La Casa se construyó sobre un núcleo de poder sobrenatural —dijo Adrian entre jadeos, mientras arrastraba su cuerpo hacia el sillón—. Es como cuando captas la luz del sol con una lupa, todo se… concentra. —Le dio otra fuerte arcada—. Te desataré. Pero tienes que jurarme que me sacarás de aquí con vida.

—Si yo lo logro, tú también —le prometió Thomas.

Con un último hipido, Adrian se dispuso a deshacer el nudo de las muñecas de Thomas. Desde el otro sillón, Philip sonreía a Thomas.

—Sabía que lo conseguirías —dijo Philip—, no lo he dudado ni un segundo. Siempre se me ha dado bien reconocer una buena inversión en cuanto la veo.

Thomas lo ignoró y centró toda su atención en Adrian.

—Cuéntame qué es lo que está pasando aquí.

—El presidente desea ascender —explicó Adrian—. Y cree que ofrecer a Vivienne para alimentar a la Casa le ayudará a conseguirlo.

—Explícate un poco mejor —gruñó Thomas, deseando que fuera más rápido—. Y date prisa.

—Es por el conocimiento infinito —dijo Adrian—, el poder definitivo. Y semejante poder requiere un sacrificio del mismo calibre. El presidente prometió entregar a su primogénito, pero cuando intentó retractarse, la Casa pasó a exigirle toda su descendencia.

—Pero Vivienne aún sigue aquí —dijo Thomas.

—Algo interfirió en su muerte. —Adrian volvió a toser, manchándose el dorso de la mano contra la boca. Tras mirarse, receloso, los nudillos, añadió—: Cada vez que intentaba ascender, la

Casa le decía que aún necesitaba más de él, pero el presidente no sabía qué era. Fundó la Casa de Hades para ganar tiempo. Nos contó que si pagábamos nuestros tributos durante el tiempo suficiente, ascenderíamos.

—¿Qué pasa cuando alguien asciende? —preguntó Thomas.

—Ni idea —admitió Adrian. Ya había soltado una de las muñecas y ahora empezaba con un tobillo, mientras el propio Thomas se ponía manos a la obra con la otra—. Lo único que sé es que bajan al sótano y ya no vuelven a subir.

—Esos idiotas no están ascendiendo —dijo Philip—. Son sacrificios.

Thomas empezó a entender la horrible conclusión.

—Con ellos alimenta a la Casa.

De repente, sintieron el crujido de una puerta que se abría de golpe, tan fuerte que el pomo agujereó el pladur putrefacto. La luz del sol se coló de lado por el pasillo y, después, volvió a desaparecer, dejando todo en penumbra de nuevo. Apareció Reed Connolly, mirándolos con el ceño fruncido desde el dintel de la puerta. Se tomó su tiempo para echarle un vistazo al salón, con las manos en los bolsillos de su chaleco de cuero.

Y, entonces, como si se hubiese topado con Thomas al salir de un 7-Eleven, preguntó:

—¿Qué te cuentas, Walsh?

—No mucho —dijo Thomas con suavidad, mientras seguía peleándose con el nudo de su muñeca.

—¿Qué haces?

—¿A ti qué te *parece* que estoy haciendo?

—Pues a mí me parece que estás ahí sentado sin hacer nada —

contratacó Reed—. ¿Dónde demonios está Vivienne?

—Sótano —dijo Adrian, que acababa de vomitar otra araña.

Reed se puso pálido como un muerto.

—Mierda.

El nudo cedió por fin. La sangre volvió a circularle hasta los dedos mientras se ponía en pie frotándose las muñecas para recuperar la sensibilidad.

—Bien hecho, Walsh —dijo Philip—. Ahora, date prisa y desátame.

Thomas lo ignoró.

—Voy a bajar ahí —le dijo a Reed.

—Es una idea pésima —dijo Reed, seco—. Iré contigo.

Dejaron a Adrian en el salón para que vigilara a Philip, quien berreaba el nombre de Thomas mientras este salía por la puerta y echaba a correr hacia el sótano.



Para lo resplandeciente que tuvo que ser la casa en su momento, el sótano era pequeño y estrecho. Primero, emergieron en una antigua bodega de vino de ladrillo rojo y cemento agrietado, con una vieja despensa de madera aún repleta de botellas que se habían tornado opacas bajo décadas de polvo. El techo estaba hundido y Thomas se vio obligado a agacharse conforme iban adentrándose más.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó a Reed mientras salían de la zona de piedra y pasaban a una de tierra compacta, donde el antiguo cableado corría por encima de sus cabezas en marañas de nudos. El aire estaba impregnado de un denso olor a calcetín mojado—. Podías haberte quedado en Connecticut. Nadie te habría culpado.

—Es mi amiga —dijo Reed, sin más, antes de lanzarle una sonrisa

cínica a Thomas—. A pesar de todos sus defectos.

Una puerta sencilla, blanca como el hueso y podrida prácticamente en su totalidad, los llevó a un piso más abajo lleno de telarañas. A esta profundidad, el aire era frío y húmedo. Sabía como a tumba. Se agacharon y luego emergieron en un espacio amplio y oscuro. Thomas se detuvo a trompicones, con la visión ligeramente borrosa por los laterales mientras se esforzaba por regular su respiración.

Tuvo que parpadear un par de veces para entender qué es lo que tenía delante de sus ojos. Acababan de entrar en un osario. Las paredes estaban cubiertas de estanterías combadas repletas de cráneos blancos. Cráneos humanos, con ojos huecos y anchas sonrisas de dientes. Ninguno de ellos parecía llevar allí mucho tiempo. Thomas se preguntó si pertenecerían a todos aquellos ascensos fallidos, si los habrían limpiado y puesto en ese sepulcro de tierra del sótano como un trofeo.

A unos pocos metros, en el centro de la oscura habitación, se encontraba Vivienne. El piso, poco profundo, parecía estar inundado. Un charco de agua estancada se extendía delante de ella como un disco de aspecto plano y viscoso. Desde su aventajada posición en la puerta, daba la impresión de que Vivienne estaba a las orillas del mismísimo infierno, esperando a que llegara una barca. Como si la oscuridad se extendiera sin fin, más allá de lo que sus ojos humanos podían mortalmente alcanzar.

A esta profundidad no había luz natural, pero aun así, aquella superficie parecía reflejarla. Pálidos fractales plateados cortaban el agua negra, destellando veloces, como si alguien hubiese infestado el charco con miles de pececillos. Era muy difícil discernir si el agua tenía centímetros o metros de profundidad. La lógica le llevaba a

pensar en la opción más probable, pero la experiencia le llevaba a pensar lo contrario.

Christian Price estaba de pie medio paso por detrás de Vivienne, apoyándole una mano en el hombro.

—Piensa en ello como un bautismo. —Le escuchó decir Thomas con una voz que reverberó como si estuvieran en una caverna y no en un sótano húmedo—. El agua se llevará consigo la plaga que asola tu interior. Será como si volvieras a nacer.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —susurró Reed. Había sacado un cráneo del osario y estaba metiéndole un dedo con varios anillos por la cuenca del ojo—. Porque *tienes* un plan, ¿no?

—Pues claro. —Thomas se introdujo dos dedos en la boca y soltó un agudo silbido—. ¡Eh!

—No sé qué es lo que me esperaba —murmuró Reed mientras Christian Price se giraba hacia ellos. Durante lo que duró un latido, se pudo vislumbrar la sorpresa en su cara. Sin embargo, este rápidamente controló su expresión hasta transformarla en una de formidable paciencia, la misma con la que Thomas se lo encontró fuera de su casa.

—Justo estaba a punto de ir a buscarte —dijo Christian, con una sonrisa—. Me has ahorrado el viaje.



29

Vivienne

El agua estaba helada. Eso fue lo primero que notó Vivienne. Le lamía los pies desnudos en un frío murmullo que parecía estar llamándola para que se acercara más, más, más. Debajo de esa superficie oscura como el petróleo, apenas perceptible, podía distinguir caras humanas que se agitaban y enturbiaban el agua. Pálidas y diluidas como espectros, se separaban unas de otras para luego volver a fusionarse en un horror serpenteante y ansioso.

No quería meterse en el agua, pero tampoco sabía cómo alejarse de ella. Vivienne solo miraba fijamente, absorta, cómo el espejo que formaba la superficie le devolvía un único reflejo: el suyo. No el de dieciocho años, cruel, con la cara marcada de arañazos. No el que la miraba con malicia, y tenía unas articulaciones demasiado flexibles y una sonrisa con demasiados dientes.

En el agua, Vivienne tenía cuatro años, llevaba el pelo en dos trenzas y perseguía un conejo del desierto.

No dejes que Él te atraiga, le susurró la voz de trasgo que habitaba en

lo más profundo de su interior. *Nos ahogará.*

Un agudo silbido le hizo levantar la cabeza rápidamente. Por un momento, perdida en aquellos borrosos recuerdos del pasado, Vivienne pensó que era Philip, llamándola para que volviese al coche. En el instante en el que apartó los ojos del agua, el tiempo volvió a correr y a correr.

Estaba en un lugar oscuro. Húmedo. En un cuerpo que era a la vez suyo y de nadie. Y ahí estaba Thomas Walsh, más leal que nunca. Una boya en la oscuridad. No la estaba mirando a ella, sino que, flanqueado por Reed, Thomas miraba fijamente a su padre a través de la sofocante oscuridad del pequeño sótano.

—Quiero dejar algo muy claro —dijo Thomas. Su voz salió disparada como un sedal sobre la superficie de un lago—. Si ella entra en el agua y no sale, arrasaré este lugar hasta que no quede nada.

—No te precipites, hijo —dijo el padre de Vivienne—. Si haces eso, todos arderemos con él.

—Pues arderemos —dijo Thomas sin más.

Con tono irónico, Reed murmuró:

—Deberíamos haber perfeccionado un poquito más el plan.

Desde el agua, les llegó un suave *glup*.

—¿Ella te quiere? —preguntó el padre de Vivienne, de repente y sin preámbulos. La pregunta brotó, sin eco alguno, por la oscuridad. Su franqueza fue como una patada en pleno estómago para Thomas. Sus ojos se posaron momentáneamente sobre los de Vivienne.

—¿Qué?

—¿Eres *importante* para Vivienne? —pronunció Christian lentamente, como si Thomas fuese poco avispado—. ¿Se preocupa

por ti? ¿Le dolería verte sufrir?

—Yo, eh…

Durante todo el verano, Vivienne apenas había visto a Thomas quedarse sin palabras. Apenas lo había visto vacilar. Pero ahora, completamente desprevenido, Thomas titubeaba. A unos pasos de distancia, la paciencia de su padre parecía estar agotándose.

—Olvídalo —dijo, y sacó el revólver que llevaba en la cartuchera —, puedo sacar mis propias conclusiones.

Se escuchó el seguro del arma en medio del silencio y un grito ahogado se acumuló en la garganta de Vivienne. Antes de que pudiera dejarlo salir, sonó un disparo. Estalló en la oscuridad, dejando el punzante hedor del combustible propulsor en el aire.

Sobrevino una calma horrible y absoluta. Por un momento, Vivienne pensó que simplemente había sido un disparo de advertencia, para asustarlos.

Pero entonces Thomas cayó al suelo.

Cayó como una roca, primero sobre una rodilla, después sobre la otra. Un círculo rojo, oscuro e intenso, brotó por su torso. Reed le puso las manos en los hombros, sosteniéndolo, estabilizándolo, para que no siguiera hundiéndose. Los ojos de Thomas se clavaron en los de Vivienne.

—Solo le he rozado —dijo Price, irritado—, no le he dado en ningún órgano vital.

Vivienne estaba segura de que había algo importante que Reed debería estar haciendo (¿taponar la herida?, ¿pedir ayuda?), pero no podía pensar en ninguna. No era capaz de apartar los ojos de Thomas. Él solo la miraba y la miraba, y ella solo quería decirle que se pondría bien. No sabía cómo, pero ella misma se aseguraría de

ello.

El olor de la sangre impregnó el aire, haciendo que la oscuridad adquiriese un hedor metálico y sofocante. El líquido rojo le chorreaba entre los dedos, con los que se presionaba la herida. Empezó a fluir por el suelo en pequeños arroyos de un oscuro carmesí hasta llegar al borde del extraño charco. Detrás de Vivienne, el agua empezó a agitarse, a formar ondas, olas que chocaban rápidamente contra sus pies, como si algo estuviera emergiendo de las profundidades. Bajo la superficie, todos los espectros se habían diluido.

—El tiempo es de suma importancia en esta ocasión —dijo su padre, que se había girado para mirarla y observaba también el agua que se extendía más y más a los pies de Vivienne—. Cuanto más te demores, menos tiempo tendrá él. Necesita que le vea un médico, si no, podría desangrarse.

Qué extraño pensar en cómo solía preguntarse por los ojos que tendría su padre. Ahora que lo tenía delante, Vivienne vio que eran fríos e impasibles. La ambición rezumaba por cada poro de su cara. Era un hombre que deseaba algo desesperadamente y que haría cualquier cosa por conseguirlo.

Era el mismo mal que vivía en ella, el mismo impulso egoísta.

Pero Thomas… Thomas.

—Si quieres que sobreviva —dijo su padre—, descenderás. Es un simple toma y daca.

La oscuridad que tenía ante sus ojos se quebró entre lágrimas. El agua seguía revolviéndose, haciendo espuma ya, formando unas pequeñas y espumosas burbujas blancas que se rompían a sus pies.

—Tú. —Escuchó que decía su padre—. ¿Cómo te llamas?

—Reed —respondió con rudeza, como si estuviera diciendo «que te jodan».

—¿Tienes un coche cerca, Reed? —Este debió de asentir con la cabeza porque su padre continuó—: En cuanto ella se haya sumergido, sácalo de aquí. Llévalo al hospital más cercano. ¿Te ha quedado claro?

—Cristalino —dijo Reed, aunque la palabra parecía exudar muerte.

—Pues ya está, ¿ves? —dijo su padre, como si hubiese conseguido regatear un precio desorbitado a un vendedor—. Gestionado. El chico no morirá, Vivienne. Siempre y cuando tú hagas lo que se te pide.

—Vivienne…

Su nombre rechinó en la boca de Thomas. Vivienne escuchó lo que él no era capaz de decir: «No lo hagas. Deja que me desangre». Abnegado hasta decir basta. Inaceptablemente valiente hasta el final. Ella no había hecho nada para merecer su lealtad. Pensó en la habitación que él mismo se había preparado en el garaje, en el *cupcake* de cumpleaños medio derretido que no llegó a comerse.

«Tú haces todo por mí», le había dicho ella. «Mientras que yo no he hecho nada por ti».

Esta era su oportunidad.

Vivienne levantó la mano hacia Thomas por última vez y, con la gracia de una bailarina, estiró tres dedos: meñique, índice y pulgar. Con ellos, Vivienne le ofreció la respuesta que él, tan bueno y tan decente, no había querido dar por hecho.

—*Te quiero.*

Y, entonces, antes de que el coraje la abandonase, Vivienne descendió.



30

Colton

El día en que murió, Colton Price había estado jugando al hockey con su hermano. Desde la orilla, el blanco helado del lago Walden parecía estar completamente congelado. Engañosamente sólido. Colton sintió el crujido bajo su cuerpo segundos después de caerse. Fue el chasquido subdural de un hueso partiéndose en dos. Cayó hacia abajo. No tuvo ni tiempo de gritar. El frío punzante del agua que le rodeaba le robó todo el aire de los pulmones.

Después de todos estos años, atravesar el cielo le hacía sentir prácticamente lo mismo: como si un gran puño de hielo le golpease de lleno en las tripas. Salía al otro lado con arcadas, o intentando no tenerlas, con los pulmones llenos de agua y las manos en la garganta.

Había jurado, no hacía mucho tiempo, que nunca volvería a hacerlo.

Siempre había sido un poco mentiroso.

—Vale, gracias —dijo Mackenzie Beckett al teléfono. La antigua

compañera de clase de Delaney caminaba por la cuneta como un león de melena roja. De un lado al otro. Una y otra vez. Colton apretó los dientes para evitar hacer un comentario sobre ello—. Perfecto, gracias. Eres genial, te quiero, adiós.

Se encontraban en algún lugar justo a las afueras de Connecticut, aparcados en el arcén de una sinuosa carretera en medio del bosque. Colton estaba apoyado en el capó, distraído, mirando su reloj. Ya podía sentirlo: el suelo desvaneciéndose bajo sus pies, las sombras retirándose y estremeciéndose de forma extraña. Como si hasta la oscuridad supiese que se estaba preparando para regresar.

Justo enfrente de él estaba Lane, una pálida luz blanca que contrastaba con la oscura extensión del bosque que tenían detrás. *Malus navis*, su faro en la tormenta.

—Ya van cinco —apuntó ella.

Colton le siguió la corriente, deslizando las manos en los bolsillos y enarcando una ceja.

—¿Cinco?

—Has mirado el reloj cinco veces en el último minuto. —Sonó como una acusación, pero vio la preocupación en el profundo jade de sus ojos. Ella sabía que lo miraba para comprobar si los minutos se habían ralentizado. Era una mala costumbre. Una en la que solía recaer cuanto más irritado estaba.

—Estoy bien.

—Lo sé. —La sonrisa de Lane no fue muy convincente, pero le dejó salirse con la suya.

—Adya la ha visto —dijo Beckett, que apareció entre ellos de repente—. A Vivienne.

Adya Dawoud, la compañera de habitación de Lane en su primer

año en la universidad, tendía a ver cosas en los espejos que la mayoría de personas no veían, algo que resultaba muy útil. Se había pasado las últimas horas, escéptica, mirando fijamente dentro de un espejo en busca de Vivienne Farrow, o por lo menos, del reflejo de Vivienne Farrow, el cual, Thomas Walsh insistía, había desaparecido.

«Simplemente ya no está ahí», había soltado por teléfono, cuando Colton le pidió que se explicara. «No sé cómo explicarlo de otra forma. La amiga de Delaney es una bruja, ¿no? ¿No puede encontrarlo ella?».

Como si ir danzando por el plano astral en busca de un reflejo perdido fuese lo más normal del mundo. En cualquier caso, Beckett no supo qué tenían que hacer exactamente, pero Dawoud (que pasaba el verano en su casa en Kings County, Nueva York) sí.

«Es una petición un poco extraña», les dijo por teléfono, «pero lo puedo intentar».

Invadiendo el espacio personal de Colton, Beckett aguantaba la respiración ansiosa. Él la miró con desdén y esperó.

—Pregúntame qué más me ha dicho —dijo por fin.

—No hace falta que le des tanto suspense —dijo Colton—. Dilo y ya.

Beckett soltó un bufido que sonó como un «pues vale».

—Lo que Adya ha visto en el espejo no era el *reflejo* de Vivienne. Era ella.

Los ojos de Lane se encontraron con los de Colton. Él ya sabía lo que ella estaba pensando. La última vez que Adya había visto a alguien en el espejo, ese alguien resultó estar muerto. Si Vivienne Farrow estaba en el plano astral, significaba que se había deslizado entre los cielos. En el momento en el que a Colton le sobrevino ese

pensamiento, la oscuridad retrocedió, tembló a sus pies, como un paria miserable.

—Colton —dijo Lane, buscándole la mirada—. No tienes que ir tras ella.

Él pensó en Liam hundiéndose por debajo de él, lejos de su alcance. En la fría e interminable presión del agua, en lo extremadamente lento que pasaba el tiempo en aquella oscuridad sin fondo. Levantó la cara hacia el cielo, entrecerrando un ojo contra la intensa luz amarilla del sol. Finalmente, suspiró.

—¿Ah, no?

Siguió una pausa llena de significado. Colton podía sentir cómo Lane analizaba su perfil. Él se quedó quieto y dejó que lo hiciera, ignorando todas las partes de él que le daban vueltas y se retorcían en su interior. Expuesto bajo su mirada escudriñadora era cuando más humano se sentía. Supuso que sería porque ella se negaba a verlo de otra manera que no fuera esa.

Finalmente, Lane dijo:

—Puedo ir contigo.

—No. —El bajó la vista hasta clavarla en la de Lane—. Eso está fuera de toda discusión.

—Pero…

—Te necesito aquí fuera —dijo él— para poder encontrar el camino de vuelta hasta ti cuando todo haya acabado.



31

Vivienne

Vivienne había supuesto que se ahogaría. Que se hundiría y le entraría agua en los pulmones y se atragantaría.

Pero en su lugar, se encontró en medio de una sala sin principio ni final, sin luz y sin oscuridad. Se dio cuenta de que, en realidad, no había nada, nada salvo una ausencia de color y un duro suelo óseo. Y ahí estaba ella, mirándose a sí misma y hacia fuera de sí misma, como si una extraña omnipresencia hubiese tomado el control.

Como si estuviera despierta dentro de un sueño.

A pocos metros de ella había otra Vivienne. Esta tenía cuatro años, iba vestida con un camisón de un rosa polvoriento y, en los pies, llevaba zapatillas de estar por casa. Mirar a esa pequeña versión de sí misma le dio a Vivienne la peculiar sensación de estar partida en dos.

—Ahora sí lo has hecho —dijo la pequeña Vivienne, furiosa. Dentro de su boca había dos hileras de dientes, afilados como

cuchillas—. Lo has estropeado todo. Ya nunca volveremos a estar juntas.

Vivienne la miraba, desorientada.

—Espero que estés contenta. —La niña pequeña dio un pisotón.

—Lo estará —irrumpió esa voz chirriante como la rueda de un carro—. En cuanto tú desaparezcas. Y yo también lo estaré. Ya has causado problemas más que suficientes.

Vivienne giró rápidamente, buscando entre la nada. Poco a poco, materializándose desde el vacío, apareció un chico. Hombros anchos, ojos claros, un hoyuelo en la barbilla. Thomas. Vivienne retrocedió, alarmada.

—No es posible —dijo con voz entrecortada. Inmediatamente, ahogó un grito y se agarró la garganta con la mano. Su voz había sonado suave y clara. Un tono alto, dulce como la miel. La voz que podría haber tenido si no hubiese gritado hasta destrozarse la garganta en aquel desfiladero. Delante de ella, el falso Thomas sonrió.

Porque ese no era Thomas, y Vivienne lo veía ahora claramente. El falso Thomas parecía separarse y volver a juntarse, partes de él se tornaban extrañas si las miraba atentamente. Tenía siete dedos en la mano derecha, entonces, Vivienne parpadeó y ya solo tenía tres. Su sonrisa parecía tener dos hileras de dientes, pero cuando le miró directamente a la boca, esas hileras pasaron a ser infinitas.

—No le des tantas vueltas —dijo el falso Thomas—. El cerebro humano no es capaz de comprender lo que soy, así que me reemplaza por aquello que encuentra más placentero.

—¿Y qué eres? —preguntó ella.

—Quienes se adentran en mis aguas me llaman Caribdis —dijo él

—, pero ese no es mi nombre.

—¿Tú eres…? —Vivienne vaciló, asustada tanto por su cambiante familiaridad como por su facilidad para hablar—. ¿Tú eres la criatura que vive bajo la casa?

—He vivido aquí desde mucho antes de que hubiese una casa —dijo el falso Thomas—. Antes de que llegaran y construyesen los cimientos y labraran los caminos para el ganado. Antes de las granjas había árboles. Y antes de los árboles estaba yo. Llevo aquí desde el principio de los tiempos, durmiendo feliz en el barro. Y he estado esperándote a ti, Vivienne Farrow, desde el día en que naciste.

—Ella es mía —siseó la pequeña Vivienne, que se estaba impacientando visiblemente—. Yo la reclamé. *Yo.*

El falso Thomas sonrió. Fue del tipo de sonrisas que ponían los adultos cuando tenían que lidiar con niños con mal genio. Vivienne tenía la sensación de que fuera cual fuese la vetusta criatura que se había instalado en sus huesos era muy joven, mientras que el ente que tenía frente a ella era muy muy viejo.

—Debe de haber sido agotador —dijo el falso Thomas, sin la más mínima pizca de compasión— llevarle contigo todos estos años. Yo puedo hacer que se vaya. Puedo hacer que todo se calme.

Vivienne consideró la oferta de aquel ser.

—¿Qué sentiré? —preguntó—. ¿Será como morir?

—Como nada en absoluto. —Esa fue la respuesta que le llegó. Emanó desde arriba y desde abajo, envolviéndola, como si esa cosa que tenía delante de ella, la que se había enfundado en la amorfa piel del chico al que amaba, fuera solo una porción del vasto y durmiente Caribdis.

—Casi —dijo el ente, haciendo rugir el suelo bajo los pies de

Vivienne—. Ya estás dentro de mí.

En ese momento, Vivienne fue consciente de la ancha curvatura de unas costillas bajo sus pies. Del prolongado gruñido de algo que respiraba. De repente, esa dura y ósea formación que se extendía por encima de su cabeza se hizo evidente.

Estaba de pie bajo una columna vertebral.

Un distante *clinc*, de algo metálico, le llegó a los oídos. Como si alguien hubiese tirado un centavo a un pozo.

Una solitaria moneda salió rodando de la oscuridad y se tambaleó hasta pararse justo ante sus dedos del pie. Siguiendo la moneda llegó un hombre —o quizás era un chico, no podía distinguirlo bien — con unos ojos tan oscuros como la obsidiana. Al principio, Vivienne pensó que era su padre, que de algún modo la había seguido hasta allí. Pero conforme este se acercaba, sus rasgos se fueron suavizando hasta ser de un aspecto juvenil, todo bajo una cabeza de pelo negro rizado. Su boca era un auténtico desastre, con una de las comisuras de sus labios alargada por una cicatriz que le llegaba casi hasta la oreja.

Era el chico de la catedral. Vivienne no lograba recordar su nombre.

—*Tú* —dijo el falso Thomas. Sonó disgustado.

El chico miró con sorna al Caribdis. Finalmente, tras una pausa, dijo:

—¿Te conozco?

—No —le contestó—. Pero yo a ti sí. Me pasé años royendo tus huesos, antes de que lograses abrirte paso de vuelta hacia el sol.

—Oh —dijo el chico, como si lo que le acababa de decir fuera algo perfectamente normal—. Y ¿hay alguna razón para que te parezcas a

Lane?

—¿Lane? —Se encendió una bombilla en el pecho de Vivienne.

—Sí. —El chico todavía seguía estudiando al Caribdis, observándolo primero desde el rabillo de un ojo y después desde el otro—. ¿Tú no lo ves?

—Para mí tiene el aspecto de otra persona —dijo ella. Volvió a intentar acordarse del nombre del chico. ¿Cómo era? ¿Cómo *era*? Le parecía que habían pasado eones desde aquel fatídico día en el templo. Se sentía como si tuviera cien años y, al mismo tiempo, tan pequeña como la Vivienne de dientes afilados, que aún seguía furiosa a su lado—. No consigo recordar cómo te llamas.

Los ojos del chico se arrastraron hasta los de ella. Lo familiar que le resultaba la tenía abrumada. Él la miró durante un buen rato, inquietantemente tranquilo para alguien que se encontraba dentro de un estómago real.

—Colton —dijo por fin—. Price.

—*¿Price?*

—Por desgracia.

—Pero eso significa… Pero entonces tú… —Le estaba costando articular las palabras correctas. La cabeza le daba vueltas. Las costillas que los rodeaban se contrajeron, la respiración del Caribdis estaba empezando a acelerarse. El suelo se inclinó y Vivienne se tambaleó agitando los brazos.

—Creo que soy tu hermana —dijo finalmente—. Bueno, tu medio hermana.

—Eso me han dicho—dijo Colton.

—Bueno, pues a *mí* me habían dicho que tú estabas muerto.

Le salió con más franqueza de la que pretendía. En cualquier caso,

era una acusación ridícula. Fuera lo que fuera *ella*, no podía describirse como «viva». El suelo volvió a inclinarse. La pequeña Vivienne soltó un sibilante siseo mientras Colton miraba hacia arriba. El techo había comenzado a gotear de forma fatídica, unos chorretones viscosos de esputo resbalaban por la curvatura arqueada de los huesos. Vivienne tenía la vaga sensación de que estaban siendo digeridos. Y por lo visto, Colton también.

—No podemos quedarnos —le dijo Colton al Caribdis—. Pero, oye, ha sido un placer.

—*Tú* puedes irte —dijo el falso Thomas—. Ya he tomado todo lo que quería de ti. Has pasado tanto tiempo asándote en los fuegos del infierno que ya no queda nada tierno en tus huesos.

—Nunca en mi vida me han descrito como «tierno» —estuvo de acuerdo Colton, mientras miraba la hora en su reloj.

A eso le siguió un horrible silencio. Las costillas se expandieron y se contrajeron en un desconsolado suspiro.

—La chica se queda —dijo el falso Thomas—. Me pertenece.

Un temblor sacudió el vacío. Se desprendió una gran cantidad de saliva, que cayó sobre ellos como una lluvia e hizo que el suelo se ondulara bajo sus pies. Frente a Vivienne, el falso Thomas empezó a deshacerse entre temblores.

—¿Qué está pasando? —exigió saber Vivienne— ¿Qué es todo esto?

—Hay una perturbación en la casa —dijo el Caribdis, dándole la espalda y mirando hacia la oscuridad, hacia algo que ella no podía ver. Como una vela, la forma de Thomas titiló hasta apagarse y luego volvió de golpe—. Idiota. —Su voz retumbó por toda la extensión cavernosa—. Quiere entrar a por ti.

Thomas. El corazón de Vivienne dio una horrible sacudida.

—No lo logrará —dijo el Caribdis—. El camino está cerrado.

Hubo otro temblor, mucho más fuerte que el primero.

El Caribdis enseñó los dientes. Arqueó la espalda y liberó un horrible rugido.

—¿Qué clase de chico es este —preguntó— que puede abrirse paso a la fuerza por el cielo?

Es Thomas, pensó Vivienne de nuevo, esta vez con una oleada de orgullo. Porque claro que era él.

Él siempre iría a por ella. ¿No fue eso lo que le prometió?

—El camino está cerrado —rugió el Caribdis. Ya no sonaba como Thomas. Ahora, su voz era como el canto de una ballena, vasto y estremecedor. La aporreaba por dentro con una fuerza que casi la derriba.

Una mano envolvió la suya y tiró de ella hacia atrás con violencia.

—Hora de irnos —le dijo Colton Price al oído.

—Espera…

Vivienne fue dando tumbos por la oscuridad, provocando chapoteos plateados a su paso.

—¡No me abandones! —chilló la pequeña Vivienne, que corría tras ellos extendiendo su diminuta mano gris—. ¡No me dejes aquí sola!

Entonces sintieron un fuerte sonido de succión, como si una aspiradora estuviese tragándose todo el aire. Vivienne sintió agujas clavándosele por todo el cuerpo mientras, en algún lugar detrás de ella, el Caribdis soltaba un violento rugido. El aire cambió, tornándose tan helado como el invierno. Su aliento flotaba ante ella en patrones fractales de un blanco pálido. Se encontraban al lado de un lago congelado y sereno, tambaleándose de la mano mientras

atravesaban un prado de flores blancas espigadas. Un niño de pelo oscuro se incorporó entre las flores, sobresaltado, y los miró con atención. Sobre su cabeza colgaba una corona de flores torcida.

—¿Quién es *esa*? —le preguntó a Colton.

—Tu hermana —le respondió, sin pararse ni un segundo—. No te acerques al agua.

En el lago, empezaron a formarse unas grandes grietas negras sobre el hielo. Se resquebrajaban hacia fuera, astillándose como el cristal. Un fuerte ruido de agua emanaba por debajo, como si algo muy pesado estuviese intentando abrirse paso a empujones.

—No te sueltes —le ordenó Colton.

Otro pinchazo. Salieron del hielo hacia la oscuridad. Vivienne cayó y cayó, dando vueltas primero hacia delante, luego hacia atrás, descendiendo una vez más por aquella maldita garganta. Serpentearon hacia abajo por un desfiladero seco, estrecho como un río y negro como el ónice. Detrás de ellos, el suelo se separaba, partiéndose en dos como unas grandes fauces de piedra. Colton corrió más rápido.

Y ahí, por encima de ellos, había una niña pequeña con unos mitones arcoíris bajo la extensa luz de las estrellas del desierto.

—Vuelve —dijo la niña—. Ven a casa.

Salieron despedidos hacia la luz del sol. Un intenso azul brillante. Un fragante conjunto de cerezos silvestres. La carretera se extendía bajo sus pies, ardiente contra su piel descalza. Vivienne se tambaleó en el sitio, con el sentido del equilibrio totalmente alterado, y después cayó de rodillas. Consiguió tomar una temblorosa bocanada de aire antes de quedarse sin respiración por completo.

—Echadle un buen vistazo —dijo Colton. Había un tono de

preocupación en su voz—. Aseguraos de que no se ha seccionado nada vital. Me he movido demasiado rápido como para controlar eso.

A Vivienne no le dio tiempo a entender qué es lo que acababa de decir Colton antes de que la chica de pelo blanco de la catedral se acuclillara delante de ella. Lane, se acordó Vivienne. Se le unió una chica pecosa con el pelo tan rojo como el fuego.

—Inhala por la nariz —le indicó la pelirroja—. No aguantes la respiración.

—La primera vez es horrible —dijo Lane, haciéndole unas friegas en la espalda—. Lo has hecho muy bien.

Pero ella no se *sentía* muy bien. Estaba sufriendo unas fuertes arcadas mientras intentaba respirar por la nariz. Lo consiguió repetir dos veces antes de vomitar por toda la hierba. Se sentía extrañamente vacía. En la caverna de su pecho, su corazón se balanceaba en el vacío, como el badajo de una campana.

Tommy, pensó Vivienne, y el pánico la arrolló con un calor incandescente. La última vez que lo había visto estaba arrodillado, sangrando lentamente por la herida del roce de una bala en el costado. Le había dicho que le quería y después se había ido. Tenía que hacerlo, no tenía otra opción. Era la única forma de salvarlo.

—Las heridas por roce de bala rara vez causan la muerte —dijo Colton, de pie a su lado—. Es bastante improbable que sangrar por esa herida superficial sea lo que lo mate.

—*Colton* —dijo Lane, horrorizada.

—¿Qué? Estoy tratando de reconfortarla.

No fue hasta que Vivienne los miró a ambos, con la garganta dolorida, que se dio cuenta de que lo había dicho todo en voz alta.

Había brotado de ella en un absurdo y humillante balbuceo, pero con una voz que era solo suya.

—¿Dónde está? —preguntó Lane—. ¿Lo sabes?

—Los Hamptons —dijo Vivienne suavemente—. Thomas está en los Hamptons.



32

Thomas

Thomas estaba sentado en la parte de atrás de la ambulancia con la mirada perdida hacia el frente. Justo delante de él había un lago, ancho y oscuro, con el agua rasgada por unas olas con crestas de diamantes bajo el sol de mediodía. A su izquierda —más allá de la carretera, de las casas y de las dunas plagadas de barrón— estaba el océano, azul y en calma. El Atlántico, no el estrecho y sombrío Sound.

Un océano infinito y cristalino. De profundidades frías e insondables.

Había fracasado.

El costado le chilló de dolor y se movió un poco, con un apósito que le tiraba pegado en el torso. Los paramédicos habían llegado al lugar poco después de que Reed y él hubieran salido a trompicones del edificio cuando se estaba viniendo abajo, con humo en los pulmones y con Adrian Faber cojeando entre ellos. Los técnicos de emergencias habían insistido en revisar a Thomas, pese a las

repetidas veces en las que él afirmó que se encontraba bien.

Solo era una herida superficial.

Sentía que era el puto fin del mundo.

La noche de la fiesta de los Turner, cuando Thomas vio a Vivienne sentada bajo la luz de la luna, pensó que parecía una sirena. Pero aquello no fue nada comparado con su aspecto mientras caminaba por las negras aguas y se hundía en su vítrea superficie sin formar ni una onda.

«Te quiero», le había dicho ella. Y, después, se había ido.

Después de eso, Thomas luchó. Con fuerza y con furia. Pero para cuando entró salpicando en las aguas tras ella, Vivienne ya no estaba por ninguna parte. Se quedó ahí de pie, en un charco que le llegaba hasta las espinillas. Aquel mar negro sin fin había desaparecido. Donde antes les había parecido que la noche se extendía kilómetros, solo había una pared. Solo una lombriz retorciéndose en el barro.

A su alrededor, la casa tembló terriblemente y empezaron a caer trozos compactos de tierra.

«¡Walsh!», escuchó que le gritaba Reed. «¡Tenemos que irnos!».

Había trabajado en casas con su tío el tiempo suficiente como para reconocer cuándo los cimientos estaban cediendo. Con un sótano así de inundado —en una casa al lado de la playa, donde la tierra iba erosionándose lentamente—, no haría falta mucho para tirar la casa abajo.

Thomas golpeó la pared con el cuerpo y más tierra cayó a su alrededor. Empezó a brotar agua fétida alrededor de sus pies.

Volvió a hacerlo. Y otra vez, ignorando las continuas súplicas de Reed para que se fueran.

Él nunca había sido capaz de abrir los cielos. Ese era el punto

fuerte de Colton Price. Thomas solo podía caminar a través de una puerta ya abierta, sentir ese rancio y sofocante estallido de nada, y después emerger al otro lado. Pero aquí todo se había magnificado, intensificado por la corriente de la línea ley que había bajo tierra. Faber lo había dicho también mientras tosía arañas en el salón.

Si Vivienne podía sacar algo físico de su mente, ¿quién decía que él no podía abrirse paso a la fuerza a través del cielo? Corrió a toda velocidad contra la pared otra vez. El agua era como hielo en sus tobillos y lamía, furiosa, sus pies. Golpeó la tierra con el hombro mientras los cráneos caían de los estantes de la necrópolis sobre la superficial capa de agua como pedruscos blanquecinos.

Y otra vez. Y otra. Su cuerpo le gritaba que parase.

Se oyó un fuerte estruendo, un derrumbe: el ruido de la casa desplomándose alrededor de sus oídos.

No sabía cuándo había parado. Quizá cuando Christian Price comenzó a gritar. O cuando Reed se abalanzó sobre él como un loco y maldijo con agresividad en su oreja haciéndole volver a sus cabales.

Ahora observaba cómo el cuerpo de bomberos trabajaba y monitoreaba el derrumbamiento del edificio, del que solo quedaba un montón de madera y cristal y un tejado de tejas que se había vuelto cóncavo. Reducido a cenizas, justo como había prometido. No muy lejos de él, estaban metiendo a Philip Farrow en la parte de atrás de un coche de policía.

No le satisfizo ni lo más mínimo.

En el jardín delantero, los paramédicos pinchaban con cuidado a Christian Price, que estaba de rodillas. Thomas lo había visto desecarse en el sótano. Todo había sucedido muy rápido. Vivienne

descendió y Price padre empezó a reírse con un sonido triunfante y profundo, extendiendo las manos hacia fuera frente a su rostro como si estuviese esperando a que cayera sobre ellas un paquete lleno de secretos.

Pero no fue eso lo que ocurrió. El tiempo pareció deformarse, estirándose a su alrededor como la luz del sol refractada en un cristal. Sus dedos se afinaron, tornándose largos y huesudos. Hebras blancas plagaron su pelo y las mejillas se le hundieron hasta que adquirió el aspecto de un esqueleto viviente que seguía riéndose y sosteniendo las manos abiertas en una súplica a la oscuridad.

En esos momentos, a Thomas le recordó a su padre: consumido por la culpa, murmurando frenéticamente el cántico de la Virgen María en el rezo de las vísperas: «desde ahora me felicitarán todas las generaciones». Ahora, Christian Price estaba postrado en la hierba, con las manos hacia arriba sobre el regazo. Su boca se movía articulando la misma frase una y otra vez. Durante horas, era lo único que había estado diciendo: «Lo he visto. Lo he visto. ¿Vosotros lo habéis visto?».

—Walsh.

Thomas alzó la vista. Ahí estaba Reed junto a Adrian Faber, ambos tan cansados como se sentía él.

—Ha venido un inspector. Quiere que vayamos a la comisaría para hacernos algunas preguntas.

Thomas reflexionó sobre ello. El mantra de Philip se repetía en su cabeza: «Mantén la privacidad de la familia». Pero la familia Farrow se había roto en pedazos. No quedaba nada que mantener en privado.

—¿Qué vas a hacer?

Reed se encogió de hombros.

—Pues ir, supongo. Me da igual. Les contaré todo.

—¿Y crees que van a creerte?

En el jardín, Christian Price empezó a berrear mientras un policía lo agarraba e intentaba ponerlo en pie. «¡Lo he visto! ¡Tenéis que creerme, *lo he visto*!».

Reed hizo un mohín.

—Quizá —dijo—. Pero probablemente no.

No se molestó en preguntarle a Thomas si estaba bien. Ambos sabían que no lo estaba.

—Walsh —empezó a decir Reed, antes de cerrar la boca de golpe. Lo miró con el ceño fruncido. Por debajo de sus ojos, los moratones habían empezado a amarillecerse. Dejó escapar un suave suspiro y lo intentó de nuevo—: Vivienne tomó su decisión. No podrías haberla detenido.

Y eso fue todo. Esa fue toda la despedida que obtuvo. Y probablemente era, supuso él, una mejor despedida de la que se merecía. Thomas los vio irse hacia el Jeep de Reed, sin sentir nada en absoluto. Cuando se hubieron marchado, volvió a quedarse absorto mirando el agua.

Estaba tan perdido en las profundidades del océano, que casi no se dio cuenta cuando un coche aparcó y Colton Price descendió de él.

Sus miradas se encontraron por encima del reluciente techo plateado del coche. Colton le hizo un breve gesto de cabeza y Thomas sintió un imposible pellizco de esperanza. Una de las puertas de atrás se abrió lentamente, reflejando la luz.

De ella salió Vivienne Farrow, todavía vestida con su camiseta.

Thomas se bajó de un salto de la parte trasera de la ambulancia, sin

importarle la torpeza con la que se movía —o se tambaleaba, más bien—, con el dolor del costado ardiéndole en protesta. Corrió, y Vivienne hizo lo mismo, hasta que ambos se encontraron en mitad de la arenosa calle. Vivienne rodeó a Thomas por el cuello con los brazos, y él la abrazó por la cintura, levantándola del suelo por completo hasta que sus flexibles piernas de bailarina quedaron colgando junto a las suyas.

Thomas no se dio cuenta de cuánto tiempo estuvieron así antes de volver a dejarla en el suelo. Un minuto. Una hora. Thomas la miraba fijamente a la cara, respirando con dificultad. Ella le sonrió. Le brillaban los ojos, de un oro bruñido bajo la luz; una visión que dejó a Thomas sin aliento.

—*Ahora dímelo tú* —signó ella, recordando cuando él le dijo eso mismo aquella noche en su habitación—. *Te ayudaré: «Te quiero, V-i-v-i-e-n-n-e».*

—Te quiero —dijo él, solemne—. Desde el primer día.

Y Thomas lo decía de verdad.



33

Vivienne

Vivienne se despertó con el canto de un gallo, lo que le resultó bastante absurdo. Lo primero que pensó fue que debía de estar soñando. Lo segundo, que no tenía ni la más remota idea de dónde estaba. Se encontraba mirando al techo en una habitación que no le era familiar, metida dentro de una cama que tampoco se lo parecía. Envuelta en la persistente nebulosa del sueño, le llevó varios segundos acordarse de todo.

Estaba en casa de su hermano.

Todavía no había terminado de asimilarlo.

Tenía un *hermano*. La palabra le sonaba a otro idioma, después de tantos años pensando que estaba sola.

Fuera de la habitación, el gallo cacareó una segunda vez. Vivienne no tenía energía para ir a investigar. Un dolor leve pero febril le palpitaba por las articulaciones. Sospechaba que era el resultado de haber sido tragada por un horror sobrenatural y después haber sido arrastrada a través de unas grietas en el cielo. Todo ello parecía un

sueño febril. La curvada cavidad de huesos, los rasgos cambiantes del falso Thomas, la atrofiada forma del ser que la había atormentado durante toda su vida ahí a su lado.

Cerró los ojos y visualizó la cara de la criatura. Después de tantos años, no resultó ser como ella esperaba. Siempre se la había imaginado como algo resbaladizo y extraño. Un parásito con unos grandes ojos extraterrestres y una sonrisa de depredador.

En vez de eso, Vivienne se había encontrado cara a cara con una niña pequeña enfadada de ojos color miel.

Se preguntó, y no por primera vez, si no habría sido ella quien se había hecho esto a sí misma, quien había calcificado aquellas partes de ella que eran tiernas al tacto. Si no habría sido ella quien había transformado su furia en veneno, y quien se había ido enfureciendo más y más hasta que este empezó a rezumar de su interior.

Ninguna criatura se originó con veneno en su interior. Tuvieron que evolucionar.

Tuvieron que *sobrevivir*, y eso es lo que había hecho ella.

Estiró los brazos y las piernas y rodó hasta ponerse de lado.

Thomas estaba tumbado sobre la espalda junto a ella, respirando profundamente y con el brazo doblado sobre el estómago, vendado con gasas. En la muñeca llevaba la pulsera que ella le había regalado, con la palabra LLORÓN deletreada en blanco y negro. Anoche se quedaron dormidos de la mano, demasiado cansados incluso como para abrir las sábanas. Al verlo ahí tumbado, el fulgor que había en su pecho brilló con más intensidad todavía.

Thomas había ido a por ella.

Sin parar. Una y otra vez.

Justo como le había prometido que haría.

Vivienne le había dado cien razones para que se fuera. Mil. Cualquiera hubiera salido corriendo al primer chirrido de sus dientes. Pero Thomas no. Él se había quedado. Hasta el final y, después, más allá. No sabía que fuera posible sentirse querida de ese modo.

No sabía que fuera posible *querer* de ese modo.

Le habían contado después —después de la ambulancia, del hospital y del trayecto a casa dormitando entre la neblina previa al amanecer— que la Casa había sido construida justo encima de un gran núcleo de poder. Este había concentrado sus propias habilidades abominables, pero también había intensificado las de Thomas al máximo, quien, con toda esa furia, había empujado con el hombro entre mundos.

Había devastado los cielos por ella.

Bajo la suave luz de la ventana, Vivienne pudo entrever el tatuaje que Thomas llevaba escrito en el antebrazo. *Non omnis moriar*. Estaba hecho a mano al estilo *handpoke*, aunque era un poco grueso, como si lo hubiese hecho un aficionado. Acercándose a él, Vivienne recorrió las letras con un roce tan ligero como un susurro.

—Significa: «No moriré del todo» —dijo Thomas, sobresaltándola.

Vivienne levantó la vista y se lo encontró totalmente despierto, con la luz de la mañana acumulándose en sus ojos. En la penumbra, se preguntó cuánto rato llevaría mirándola. Probablemente el mismo que ella. Solo de pensarlo, sintió mariposas en el estómago.

—Estoy bastante seguro de que es de un poema —dijo él, inclinando el brazo para ver mejor el tatuaje—. Todos los de mi fraternidad tienen uno. Era una parte obligatoria de la iniciación. Eso y la ocasional misión de reconocimiento a través de grietas en el

cielo.

—*¿Utilizaste un cuchillo de sierra?* —preguntó, pensando en Frankie.

Thomas frunció el ceño.

—¿Qué?

—*Nada. No importa. ¿Qué es lo que tenías que buscar?*

La atención de Thomas se enfocó en sus manos, que se mecían entre ambos. No le había preguntado por qué seguía sin hablar, después de todo. Cualquier otra persona podría haberlo hecho, pero no Thomas. Él la entendía. Siempre lo había hecho. Vivienne se sintió repentina e inequívocamente vista, hasta la médula.

En voz baja, Thomas dijo:

—Se suponía que teníamos que ver si algo nos seguiría de vuelta.

Vivienne pensó en el fondo del desfiladero, en aquella interminable voz que serpenteaba hacia ella desde la oscuridad, y contuvo un escalofrío.

—*¿Por qué no me lo contaste?*

—¿Contarte el qué? ¿Qué solía experimentar con lo oculto? No es precisamente algo que suela surgir en una conversación casual.

—*Nosotros nunca hemos tenido conversaciones casuales.*

—Cierto. Estabas demasiado ocupada intentando hacer que me despidieran. —Thomas sonrió al ver la cara que puso—. No sé, simplemente en aquel momento no me pareció una experiencia laboral relevante.

—*¿Y ahora?*

Thomas pensó en la pregunta mientras se enrollaba un mechón del pelo de Vivienne entre los dedos.

—Después de todo lo que ha pasado, tengo la sospecha de que esa fue la razón por la cual Philip me contrató. Creo que dio por hecho

que ya había lidiado con alguna situación como la tuya antes.

—*¿Y es así?*

—Vivienne —dijo él, mirándola fija y seriamente—. Nunca había conocido a *nadie* como tú.

Ella le estaba preguntando por la Vivienne del espejo, pero por la cara que puso Thomas estaba claro que él se refería a la Vivienne que tenía delante. Aunque tarde, Vivienne entendió que ella era por lo único que él se había preocupado desde el principio. Había pasado tanto tiempo tratando de esconder las partes de ella que estaban podridas, que había descuidado el resto. A la chica que había en su piel. Las partes de carne y sangre.

De nuevo, tuvo esa vertiginosa sensación de ser vista. De sentirse *querida*.

Miles de emociones burbujearon hasta la superficie, cada una de ellas igual de indescifrable que la anterior. Había pasado tanto tiempo con las dos manos agarrándose el cuello, ahogándose a sí misma, silenciándose, que era abrumador sentir tantas cosas a la vez de repente. Tenía muchas ganas de decirle algo a Thomas en ese instante. Algo profundo. Algo sincero. Pero no sabía por dónde empezar.

Al final, con su voz tosca por la falta de uso, se le ocurrió decir:

—Creo que hay un gallo en la casa.

Una incipiente sonrisa formó un hoyuelo en la mejilla de Thomas.

—Si conozco bien a Price —dijo él, doblando el brazo por debajo de la cabeza—, seguro que no es la cosa más extraña que tiene viviendo bajo su techo.

Se quedaron así tumbados un rato más, viendo cómo el sol hacía desaparecer la neblina más persistente. Poco a poco, la luz pasó de

un blanco pálido a un cálido amarillo mantequilla. Fuera, en el pasillo, empezaron a oírse ruidos por la casa, que empezaba a despertarse. Las cañerías traqueteaban, las lamas de madera crujían. Se abrió el grifo de una ducha unas habitaciones más allá. Al final, Thomas volvió a dejarse llevar por el sueño.

Vivienne esperó hasta que estuvo segura de que no se despertaría y se escabulló al pasillo. Cerró la puerta con cuidado y se detuvo de inmediato. Ahí estaba el gallo, moteado y desconfiado, observándola como si entre los dos ella fuera la extraña.

Y supuso que así era.

En cuanto dio un paso hacia el gallo, este huyó, brincando por el pasillo presa del pánico. Vivienne lo siguió, sintiéndose un poco como Alicia tras el conejo blanco mientras bajaba por unas escaleras torcidas y llegaba a un amplio vestíbulo de mármol.

Después de una breve búsqueda, encontró al gallo posado encima de un ancho escritorio en un despacho escasamente decorado. Y no estaba solo.

Colton Price estaba sentado al otro lado del escritorio, con la frente arrugada y unas gafas redondas de montura metálica que se le escurrían por la nariz. Por lo que podía ver, parecía que estaba haciendo un crucigrama. Detrás de él había un cuadro torcido de una mariposa monarca con las alas extendidas sobre un fondo de dorados cálidos y marrones suaves como la miel. La imagen hacía que Colton pareciera un poco una criatura alada, inhumana e imperial. Sus ojos se posaron rápidamente sobre los de ella, mientras Vivienne seguía maravillada ante aquella extraña yuxtaposición.

—Hola —dijo él.

El silencio que lo siguió fue notable. No estaba segura de qué decir

para rellenarlo, ni si quería decir algo realmente. Sabía que Colton signaba, al menos un poco. Lo había visto hablando con su novia en la sala de espera del hospital, él y Lane, inclinados juntos en su propio mundo.

—¿Tú bailas, no? —preguntó, cuando ella no dijo nada—. Walsh dice que eres bailarina de *ballet*.

Ella asintió.

—Excelente. —Señaló su crucigrama—. Cinco letras, horizontal. No me la sé. La pista dice que es un paso en el que un pie se golpea contra la otra pierna o pie. Tengo la *t* en tercera posición, pero no he conseguido sacar el resto.

Vivienne le sonrió y le dijo la respuesta signando con los dedos. Él la observó con atención y después sacó el lápiz que llevaba detrás de la oreja.

—*Battu* —dijo—. Genial.

Ya no dijo nada más. No forzó una conversación, ni la atosigó con preguntas, ni propició una incómoda charla trivial. Con Philip, el silencio siempre significaba que ya se había hartado de ella. La despachaba, la despedía, la volvía a colocar en la estantería hasta que la necesitaba otra vez. Con Colton, el silencio fue más como una invitación. Y ella la aceptó, quedándose en la puerta abierta estudiando el perfil del chico.

Supuso que, si las buscaba en serio, había similitudes. Ambos tenían unos rasgos bastante afilados, angulosos y agudos. Tenían el mismo pelo negro y una nariz recta y respingona, solo que la de Colton le pegaba con la cara y no era muy bonita. Ahí acababa toda semejanza, pero era suficiente.

El gallo soltó un irritante cacareo. Colton dejó su lápiz y alzó la

vista para mirarla. Vivienne se preguntó si él estaba haciendo lo mismo que ella: enumerar sus similitudes en silencio.

Finalmente, él le preguntó:

—¿Quieres ver la habitación de nuestro hermano?

El silencio reinaba allí también. En el cuarto de Liam. Se sentaron en el borde de una cama impecablemente hecha, en una habitación repleta de docenas de trofeos decapitados. Vivienne no preguntó por ellos, y Colton no le explicó nada al respecto. En su lugar, le entregó una fotografía. El marco dorado estaba descascarillado y el cristal resquebrajado por el centro. Años de exposición al sol habían hecho que el kayak amarillo y los chalecos salvavidas naranjas perdieran un poco el color, pero las caras sonrientes de los dos chicos eran inconfundibles. El más joven de los dos era Colton, con algún diente de leche caído y quemado por el sol. Y el mayor…

Era el chico que aparecía en sus sueños. El chico ahogado, quien había sido su enemigo y su amigo. Vivienne pasó un dedo por la grieta del cristal y sintió una profunda y terrible tristeza. El tipo de pena que no tenía un nombre. Durante lo que duró un latido, sopesó el contárselo a Colton, pero enseguida se lo pensó mejor.

También Mikhail le había estado persiguiendo y, al final, había resultado que no era él en absoluto.

Solo una deplorable copia, enviada para atraerla hasta el interior de las tripas de una bestia.

—Estaba pensando en redecorar esta habitación —dijo Colton de repente. Había sacado una pelota de béisbol firmada de su soporte y le estaba dando vueltas una y otra vez entre las manos—. He decidido que estoy harto de vivir en una tumba.

Aquello la sorprendió y le hizo volver los ojos hacia él. Ella había

tenido ese mismo pensamiento mil veces en su casa de Connecticut, gélida con sus vastos pasillos que hacían eco y ese frío perpetuo. Lo miró en silencio mientras Colton volvía a dejar la pelota en el soporte y se levantaba de la cama. Este se apoyó en una cómoda, también sin mediar una palabra, con las manos en los bolsillos. Sus ojos vagaron por todo el espacio, cubierto de polvo, empapándose de él.

—Podría ser para ti —dijo—. Si la quieres.

En la fotografía, los dos hermanos le sonreían. Uno vivo. Uno muerto. Pero ambos sus hermanos. Sus dedos se tensaron alrededor del marco. Vivienne no sentía que se los mereciera.

—Mi madre se estará preguntando dónde estoy —dijo ella por fin. Le salió áspero y raro.

—¿Estáis muy unidas? —preguntó Colton, mirándola, perspicaz—. Tu madre y tú.

Después de considerarlo un momento, Vivienne respondió:

—Solo me tiene a mí.

Colton asintió, como si la comprendiera. E igual lo hacía. Igual él podía entenderla mejor que nadie. Igual habían tenido vidas muy similares sin haberse conocido nunca. Una vez leyó eso acerca de los gemelos idénticos: que tomaban las mismas decisiones, que perseguían los mismos sueños. Quizá también era así para el resto de hermanos. Incluso para los medio hermanos.

—Bueno, si alguna vez lo necesitas —dijo él—, aquí tienes un lugar donde quedarte.

Lo dijo con total desinterés, sin advertencias ni condiciones. Debería haberla reconfortado, pero aun así, se le pusieron los pelos de punta. Odió lo rápido que se puso a la defensiva, cómo quiso preguntarle de inmediato que qué esperaba él a cambio. Porque

seguro que quería algo. Todo el mundo quería siempre algo.

Pero Colton solo le lanzó una sonrisita y añadió:

—Solo si te sientes cómoda con la presencia de algún *poltergeist* de vez en cuando, claro.

—*Y de un gallo* —añadió ella, tocándose la frente con la punta del pulgar.

—Y de un gallo —estuvo de acuerdo Colton—. Lane les está cuidando a Cabrón a unos amigos. Con un poco de suerte, vendrán hoy a por él. Según las ordenanzas de la ciudad de Boston está prohibido tener gallos.

Se encontró a sí misma sonriendo, pese a sus recelos. Una amplia sonrisa abierta que imitaba la de él. Este era otro reflejo, en esta ocasión en forma de hermano. Era curioso cómo no dejaba de descubrir su propia humanidad en las caras de los que la rodeaban. En cómo la cuidaban. De repente, quiso decirle que sí, que se quedaría, pero consiguió morderse la lengua justo antes de que se le escapasen las palabras, atrofiadas y entusiastas.

Aún había cabos sueltos que atar de vuelta en casa. Disculpas que pedir. Peleas que arreglar. Vivienne había dejado un reguero de destrucción en su huida de la ciudad. Hadley. Frankie. Hudson. Reed. No podía desaparecer. No cuando aún les debía una explicación.

—Quizá algún día —dijo con suavidad, volviendo a dejar la fotografía en el estante.

El ligero rastro de una incipiente sonrisa brilló en los ojos de Colton.

—«Algún día» me vale.

Ahí fue cuando, por fin, Thomas los encontró: sentados juntos en

un silencio compartido, con el sol derramándose por las ventanas en unos haces dorados y polvorientos. Lo oyeron llegar antes de verlo, con sus fuertes pisotones por el pasillo. Patinó hasta la puerta abierta un pelín demasiado rápido, haciendo una mueca cuando se chocó contra el marco.

—¿Es que hay un incendio? —preguntó Colton, con aspecto divertido.

Thomas le lanzó una mirada amenazadora.

—Han sido unas cuarenta y ocho horas muy largas.

—Ahí te voy a dar la razón —dijo Colton—. Me alegro de verte en pie.

Thomas alternaba la mirada entre los dos, frunciendo el ceño ligeramente.

—Sabéis —dijo—, ahora que os veo a los dos sentados el uno junto al otro así, lo encuentro un poquito perturbador.

La boca de Colton se abrió en una sonrisa.

—No pasa nada, Walsh. Puedes admitir que te parezco guapo.

Más tarde, cuando el sol ya había salido por completo, se despidieron a la sombra del porche cubierto delantero. Lane estaba junto a Colton, vestida de negro de la cabeza a los pies, con el gallo bajo el brazo.

—Qué pena que tengáis que iros tan pronto —dijo Lane—. Luego vendrán unos amigos y creo que os caerían muy bien.

—Les tomas cariño con el tiempo —dijo Colton—. Pero bueno, Vivienne volverá.

Lo dijo con confianza, como si su vuelta fuera algo inevitable, pero

en su expresión pudo ver que no estaba del todo seguro. En ese momento, Vivienne supo que la soledad había hecho mella en Colton, de la misma forma que la había hecho en ella. Que él la odiaba también.

—*Volveré* —coincidió ella, y lo dijo de verdad.

—Excelente. —La sonrisa de Colton fue lenta pero sincera.

En la calle, Thomas abrió la puerta del copiloto de la camioneta. Con el pie en el primer escalón, Vivienne vaciló un momento, preguntándose si debería lanzarse con un abrazo. Lane tomó la decisión por ella, dejando al gallo en los brazos de Colton sin miramientos y atrayendo a Vivienne hacia sí. Esta experimentó un segundo de incertidumbre antes de devolverle el abrazo.

—Me alegro mucho de que existas —le susurró Lane al oído, justo antes de soltarla.

Vivienne pensó en ello durante todo el camino a casa, sentada en el asiento delantero de la camioneta de Thomas, con la música a todo volumen y las ventanillas bajadas. *Me alegro mucho de existir*, pensó. Más adelante, la carretera se desplegaba en una interminable cinta negra. Parecía no acabar nunca, tallando las montañas hasta quedar fuera de su vista.

—He llamado a mi hermana —dijo Thomas, bajando el volumen de la música— y creo que vamos a tener un problema. Se ha enamorado de Molly y Judd. Está decidida a luchar por la custodia exclusiva.

El viento le agitó el pelo a Vivienne por la cara. Ella se lo apartó de los ojos mientras le venía a la mente un pensamiento en una repentina y preocupante avalancha.

—*¿Te irás a casa* —signó ella— *cuando me hayas dejado a mí en la mía?*

Pasó un buen rato antes de que Thomas le contestara. Empezó a sonar otra canción, y la voz del cantante se filtraba por los altavoces en un tenor mordido por el viento.

—No sé si te habrás enterado o no —dijo Thomas— pero me han despedido.

Vivienne se giró para mirarle a la cara. Ni siquiera había pensado en eso.

—Tiene sentido —añadió él, rápidamente, antes de que a ella se le ocurriese algo alentador que decirle—. Volver a casa, me refiero. Es lo que suelen hacer quienes dejan la universidad y están sin trabajo.

—*Lo siento* —signó ella.

—No lo sientas —respondió—. Me alegro de haber aceptado el trabajo. Volvería a hacerlo.

Los adelantó un enorme camión abierto que transportaba madera. Thomas tamborileó con los dedos en el volante al ritmo de la música.

—Price, eh… —empezó a decir, y se aclaró la garganta—. Price tiene algunos contactos. En Boston. Tengo una entrevista telefónica programada para el próximo lunes.

—*En B-o-s-t-o-n* —repitió ella.

—Sí, bueno —dijo Thomas—, el trabajo sería en Boston. —Volvió a lanzarle una miradita a Vivienne—. Yo, eh…, he oído el rumor de que puede que tú también vayas para allí.

—*Puede* —signó ella—. *Todavía no lo he decidido.*

—¿No? —Thomas miró por el retrovisor y cambió de carril—. Bueno, tampoco tienes que decidirlo hoy. Tienes tiempo.

—*Tú también* —signó.

—Sí. —Tensó un músculo de la mandíbula—. Eh, oye, si los dos terminamos en la misma ciudad, quizá podría invitarte a una cita de

verdad.

A Vivienne le dio un vuelco el corazón.

—*¿Una cita?* —signó, juntando los puños con los pulgares hacia arriba.

—Sí, una cita. Una cena, una peli, un paseo por el puerto. —Thomas hizo una pausa. Se le ruborizaron las mejillas y añadió—: Ya sabes, la clase de cosas que haces con una novia.

Una novia. Era una palabra normal, para una chica normal.

En voz muy baja, Vivienne dijo:

—¿Tommy?

Él se giró rápidamente para mirarla antes de que dijera nada más y la camioneta se desvió un poco hacia el otro carril. Alguien les pitó y Thomas corrigió el rumbo, maldiciendo entre dientes.

—Perdona. —Sus ojos volvieron a clavarse en los de ella. Sus mejillas estaban sonrojadas—. ¿Qué?

—¿*Soy* tu novia?

La risa de Thomas fue silenciosa.

—Espero que sí.

Vivienne se ahuecó un poco el cinturón, se inclinó sobre la consola central y le dio un beso a Thomas en la mejilla.

—Te quiero —le susurró al oído—. Me alegro de que existas.

Él la tomó de la mano mientras ella volvía a sentarse en su asiento.

—Yo también te quiero —respondió él—. Pero eso ya lo sabías.

Frente a ellos, la carretera se extendía sin fin. Vivienne echó la cabeza hacia atrás en el reposacabezas y cerró los ojos. Iba ser un gran día. Podía sentirlo en los huesos.

NOTA DE LA AUTORA

Cada vez que escribo algo nuevo, siempre dejo un poco de mí misma detrás de las páginas. Es parte inevitable de la narrativa: no podemos remediar entretejer pedacitos de nosotros en lo que escribimos.

Y *La muerte vive en mí* no es una excepción.

Siempre he tenido una relación muy complicada con el lenguaje, tanto con el oral como con el de signos. Tenía cuatro años cuando perdí la audición. Por completo y en un instante. No hubo tiempo para prepararse. De la noche a la mañana, nuestro mundo cambió. Mi familia se adaptó como correspondía, pero los recursos eran limitados y mi acceso al lenguaje de signos era mínimo. Durante los años siguientes, luché contra el silencio.

Vivienne Farrow es mi demonio personal.

Aunque ella no es sorda, su relación con el lenguaje es la misma que la mía. Su rabia es también la mía. Vivienne carga con un intenso sentimiento de alienación, parte de él impuesto por ella misma, pero la gran mayoría no. He optado por reflejar este sentimiento mediante la forma en la que se comunica.

El lenguaje de Vivienne es improvisado y mezcla la lengua de signos americana o ASL, el SEE o *Signed Exact English* (un sistema de comunicación manual que representa la gramática y el vocabulario inglés de forma literal), así como el alfabeto dactilológico. Vivienne es una chica que no siente que pertenezca a ningún lugar, y, por

consiguiente, su lenguaje tampoco pertenece a nadie ni nada externo, sino a ella misma.

Soy consciente de la importancia de una representación rigurosa, especialmente en un área que, tristemente, siempre se infrarrepresenta. Hoy en día afloran muchas historias maravillosas, muchas de las cuales plasman la lengua de signos americana de forma precisa y rigurosa. Ese no es, ni nunca ha sido, mi viaje. El mío ha estado marcado por los malentendidos, la falta de acceso y las carencias. Mi viaje ha sido uno de enfado, confusión y agitación. El mío grita, da pisotones y hace todo lo posible por hacerse oír.

Mis decisiones estilísticas han sido intencionadas y pretenden transmitir la intensa represión que experimenta Vivienne. Su representación del lenguaje no es la representación de la ASL. Todos los signos de ASL utilizados en *La muerte vive en mí* se expresan mediante comunicación simultánea o SimCom, utilizado en estas páginas por ambos, un progenitor sordo y un hijo de una persona sorda (CODA, por sus siglas en inglés). Así es como mis hijas oyentes y yo nos comunicamos en casa.

Hoy en día, ya no cargo con tanta ira como antes. He recuperado mucho del lenguaje que perdí, hay más recursos que nunca y cada vez veo a más personas que, sin ser sordas, están dispuestas a aprender la ASL. Quizá algún día esto sea lo normal. Quizá algún día, las personas como Vivienne y como yo no tengamos que elegir entre el lenguaje y el sentirnos aisladas.

La esperanza nunca se pierde.

Kelly

AGRADECIMIENTOS

Me resulta un poco extraño estar escribiendo los agradecimientos esta vez. Cuando me senté a escribir *La muerte vive en mí*, sabía que quería que sirviera como colofón para *Susurros en la oscuridad* y *Tu sangre, mis huesos*. La idea siempre fue que estas tres historias, pese a que cada una funciona sin las otras dos, estuvieran conectadas por el mismo hilo del duelo, la curación y el agridulce dolor que se siente al seguir adelante. Y supongo que eso es lo que estamos haciendo aquí. Seguir adelante.

Para mí, escribir el capítulo de Vivienne y Thomas ha sido como una larga despedida. El final de un viaje. Y, como tal, la lista de personas a las que tengo que darles las gracias se remonta hasta los inicios de la pandemia, cuando me senté en la cocina y empecé a bosquejar una colección de terror *amateur* sin idea alguna de hasta dónde me llevaría.

Mis dos últimas rondas de agradecimientos fueron demasiado largas, así que voy a intentar mantener esta lo más breve posible.

A mi marido. Gracias por todo. Este ha sido duro. Gracias por mantenerme a flote.

A Josh y al resto de la familia de Adams Literary por defender a capa y espada mis libros, ciertamente extraños, y por ser siempre la voz de la cordura.

A Mallory, gracias por tu paciencia, tu genialidad y tu perspicacia.

A Maeve y Sasha, por diseñar otra increíble cubierta.

A Tessa, por toda tu ayuda para que esta historia vea la luz y llegue a manos de los lectores.

A Janell, por tu atención al detalle y por tu paciencia con mis estresantes retoques de última hora.

Al resto del equipo creativo de Scholastic, gracias por toda vuestra energía y entusiasmo y por dejarme volver a escribir otro libro con vosotros.

A Shannon, gracias por estar siempre al pie del cañón para ayudarme a encontrar el equilibrio entre la escritura y la maternidad.

A Hafsah, por ser la primera persona en confiar en esta idea allá por 2020.

A mi comunidad de escritura: ya sabéis quiénes sois. Gracias por consentir todas las notas de voz y las llamadas a altas horas de la noche que hice presa del pánico, y por calmarme todas las veces que me he venido abajo.

A mi bebé, Andrew, que estuvo conmigo durante el tiempo que escribí este libro y ya no está. Siempre atesoraré el tiempo que pasaste en este planeta, sin importar lo breve que haya sido. La tuya ha sido la despedida más difícil de todas.

Y por último, pero no menos importante, gracias a todos mis lectores. Tanto a los que estáis aquí desde aquel 1 de septiembre en la Universidad de Howe, como a quienes estáis descubriendo estas historias ahora. Todos habéis formado parte esencial del viaje, y me siento muy afortunada de poder seguir escribiendo y compartiendo estas historias con vosotros.


¿Te ha gustado esta historia?
Escríbenos a...
umbriel@uranoworld.com
Y cuéntanos tu opinión.
Conoce más
sobre nuestros libros en...
UmbrielEditores
UmbrielEditores